

se

Clarence Cooper Jr.

LA ESCENA

Traducción de Guido Sender



Lectulandia

A Rudy Black, maleante y chulo de baja estofa, el mono lo devora y cada vez le cuesta más conseguir las enormes cantidades de heroína que necesita para saciarlo. Rudy es uno de los habituales de la Escena, cierta zona de una ciudad sin nombre gobernada en la sombra por un traficante al que llaman el Hombre. Después de una ofensiva policial, el Hombre precisa refuerzos y le ofrece a Black el trabajo de camello que tanto andaba buscando. Sin embargo, las malas lenguas dicen que Rudy se entiende con los detectives Davis y Patterson de la Brigada de Estupefacientes. Para probar su lealtad, el Hombre le hace un encargo terrible y Rudy sabe que no puede fallarle.

«La Escena», que combina elementos de la novela policial con una audacia expresiva y una crudeza raras para su género y época, supuso el debut en 1960 de Clarence Cooper Jr., escritor con una trayectoria breve señalada por el demonio de la adicción a la heroína.

Lectulandia

Clarence Cooper Jr.

La Escena

ePub r1.0

Titivillus 05.08.2019

Título original: *The Scene*
Clarence Cooper Jr., 1960
Traducción: Guido Sender
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

*A mi mujer, Irene,
y a Jacques Chambrun,
que lo entendió.*

Si en el camino hubieras
de topar con los Cazadores Hambrientos,
evítalos,
o de lo contrario te devorarán.

Enero

1

Aquella noche, por primera vez, Rudy Black era dolorosamente consciente de la calle. Sus ritmos extraños, dislocados, cantaban a través del frío aire nocturno; lo envolvían desde el clac contra el asfalto de sus caros zapatos hasta el halo resplandeciente en torno al cabello en ondas de su cabeza.

Todos los elementos de la Escena —las luces, las putas, los clientes en sus coches, el alboroto del jazz de la tienda de discos en la esquina de la Setenta y siete con Maple— repelían a Rudy, el chulo y camello, hacían que se sintiera ajeno, falto de suelo firme y propósito, aunque no conocía otro ambiente que ese.

El tacto de la Escena era como de carne muerta. Recordaba haber tocado a una persona muerta, una anciana. Había muerto sola en el piso de arriba de donde él vivía con sus padres. Un día su madre subió a averiguar por qué la señora ya no pasaba a saludar, por qué ya nunca cacareaba un «buenas tardes» al volver del mercadillo. Su madre encontró a la anciana muerta en el baño, horriblemente hinchada.

Un médico acudió, y fue entonces cuando la tocó. El médico era viejo y entrecano, flojo.

—Cógela de las piernas, chico —dijo junto al cuerpo—. Ayúdame a llevarla a la otra habitación.

—No quiero —había dicho Rudy—. ¡Porque tú lo digas!

—A que te caliento el culo —dijo su madre—. Haz lo que te dice. —Pero ella nunca llegó a tocar el cuerpo—. A que te caliento tu culo negro.

Por miedo a su madre, tocó una cosa muerta.

Ahora la Escena era como aquella mujer; la vida la abandonaba y comenzaba a hincharse. Y de nuevo parecía que su madre lo forzara, quisiera corromperlo, empujarlo hacia la muerte.

Dejó su coche en la Setenta y ocho, lejos de la esquina para que nadie reconociera sus tumbos evidentes, y echó a andar por Maple, apocado ante la gente de caras delgadas, los coches y los autobuses.

Las luces parecían más tenues, eran un brillo barato de bares con sus chupitos dobles y cerveza a presión.

Sus pasos vacilaron; las piernas le temblaban sin control. Comenzó a maldecirse, se encendió un cigarrillo, aspiró simultáneamente la aspereza del tabaco y el frío del viento corrompido. Entonces advirtió a su yegua, Nina, haciendo la calle en la acera de enfrente con otras dos mujeres.

Cruzó, ignorando a los conductores buscadores, poco atentos, cuyos ojos eran repelidos por mujeres ansiosas de que las pararan, les silbaran o llamaran.

Rudy se resguardó en la sombra junto a la ventana con barrotes de una tienda de empeños.

—Mami, ven aquí —gritó a las mujeres.

La más baja del trío lo reconoció y se separó de las otras. Se le acercó deprisa, contoneando altanera las caderas bajo el corte recto de su abrigo rojo. Era rolliza hasta la gordura, y la cara, pese a que se intuía su juventud bajo el maquillaje desvergonzado de puta, tenía un aspecto amarillento y envejecido, como papel de periódico expuesto demasiado tiempo al sol.

Las otras mujeres se quedaron esperándola.

—¿Sí, papi? —dijo esbozando una sonrisa vacilante, temerosa, con sus grandes labios rojos.

—¿Qué haces? —preguntó él.

Sacudió la cabeza como si la respuesta fuera obvia.

—Trabajo, papi.

—¿Te parece que no tengo ojos? —dijo él—. ¿Qué crees que veo? ¿Te veo trabajar, mami?

—Estaba... Estaba hablando.

—¡Estabas perdiendo el tiempo! —gritó, ajeno a las miradas de prostitutas y transeúntes.

—De verdad, Rudy, papi, solo llevaba hablando un minuto...

—¡Tú no estás aquí para hablar! Estás aquí en la calle para pescar chorlitos y sacarles lana, ¿me sigues? ¡Ahora te llevas el culo a la otra acera y te quedas ahí!

Asintió obediente.

—Vale, papi.

Hizo ademán de irse, pero él la atrajo hacia sí.

—¿Cuánto dinero tienes?

Vaciló.

—Pues... No mucho. He...

—Dámelo.

—Uf, papi...

—¡Dámelo!

Sacó un puñado de billetes del monedero y se lo dio, haciendo un mohín.

—¡Sé guardar la lana igual de bien que tú!

—Tú no tienes cabeza. —Contó el dinero—. Dame el resto.

—Rudy, cielo...

—¡Dámelo todo, mami! ¡No me lo discutas! ¡Ni Rudy cielo ni mierdas!
¡Dame la lana y cierra el pico!

Se abrió el abrigo, hurgó debajo del escote del suéter y sacó un buen puñado de billetes de entre sus pechos separados.

—Anda, vuelve allí enfrente cagando leches —dijo en un tono algo más calmado—. Y si vuelvo y te veo perdiendo el tiempo otra vez, ¡te parto las piernas!

Se fue. Cuando Rudy levantó la vista vio que las dos mujeres lo miraban.

—¿Qué miráis, zorras? —dijo.

Se volvieron sin responder, los brillantes abrigos ceñidos a la altura de las caderas, moviendo los ojos al paso de coches y hombres solitarios que las miraban con avidez desde las ventanillas, tímidos, fugaces.

Aún sentía la muerte; le mortificaba los dedos al aferrar el dinero que Nina le había dado. Se lo metió en el profundo bolsillo del abrigo y, en el fondo cálido, notó las cabezas redondeadas de las cápsulas envueltas en papel. Tuvo escalofríos al tocarlas, apenas capaz de contener el miedo, el vuelco nauseante de sus entrañas, el impulso de volver a llamar a Nina y degradarla más, como si de ese modo pudiera espantar la noche y sus terrores.

Se lo dije al Hombre... Le dije que mataría al chivato y el Hombre me pagó...

Pasó de largo los billares Garden, sabía qué caras vería si entraba. El miedo... *Sonny, Rudy, Sonny...* Las voces, las manos sucias y los dedos azules de tiza, las palmas blancas de talco, alguien fallaría un tiro fácil porque él habría entrado.

Los muy memos.

No quería saber nada de tipos que creían que él había vendido a Sonny Tubbs, el gramero tullido. ¿Por qué iba él a vender a Sonny? Ambos estaban

en el mismo negocio, pero no se pisaban el uno al otro. Por culpa de Sonny, hasta el camello del barrio italiano recelaba de él.

Rudy se preguntaba cómo habían empezado las malas lenguas, aunque llegado a ese punto le importaba más bien poco. Contaba con sus clientes fiables y no tenía que sufrir por darle de comer al mono.

Bueno, ¡después de esta noche se las tendrán que tragar!

Alcanzaba a notar la turbación en el ambiente: a Sonny lo trincaban los federales; la Negra Bertha aflojaba el ritmo de venta; Dell, el camello más veterano de la Escena, reducía la clientela a unos pocos. Todo se respiraba en el ambiente, como el hedor a muerte que le había estado incordiando. Pero ahora él tenía el caballo; planearía en su catre, crujido, puesto hasta perder el sentido. —*¡Al carajo esos yonquis!*—, y con la mente en blanco escucharía el tráfico denso y la música escrita en la larga cordillera jorobada de su conciencia, sin hambre ni necesidad de pillar, escondido en su caparazón de seguridad como una tortuga, como un oso en hibernación, como una bala en reposo a la espera de detonar con júbilo en la recámara de una automática del 45...

Dobló la calle, pensaba en lo que se proponía hacer esa noche, las luces y el ruido de la Escena lo tentaban.

¡Porque tú lo digas!

Y su madre había pasado a mejor vida. Zorra, pensó.

Veía a su padre en un ataúd barato, amortajado con un traje de treinta y siete dólares con cincuenta. «Condolencias de la Cementera McPherson». Treinta y siete con cincuenta por veinte años de duro trabajo olvidado. Odiaba el recuerdo de sus padres. Se negó a seguir pensando en ellos.

La Noventa y siete, advirtió al levantar la vista hacia el letrero que indicaba la calle. Cruzó a la esquina de enfrente y se detuvo a esperar, apoyado en un árbol.

Encendió otro cigarrillo; le supo amargo. Tenía que ponerse un pico pronto. Podía hacerlo casi en cualquier parte. Había equipos escondidos en la barra del Garden, en la sala de billares, al pie de un arbusto apartado de la acera en la Noventa y dos, debajo del toldo de la Barbería Century de la Setenta, en el buzón de una casa abandonada en la esquina de la Setenta y uno con Maple...

Los equipos son también cada vez más difíciles de conseguir, se dijo, divagando. Una nueva ordenanza de la ciudad prohibía la venta de agujas hipodérmicas sin prescripción. Pero en el centro había un farmacéutico que

vendía agujas hipodérmicas a Rudy siempre que este quisiera, a sabiendas de que iba a hacer una ilegalidad pero deseoso de ganar treinta y cinco centavos.

Treinta y cinco centavos. Era un buen precio. Unos tipos que conocía habían estado en Chicago y le habían dicho que allí los equipos costaban un dólar, nada más que por la aguja y el cuentagotas. Pero solo para yonquis; con prescripción las podías comprar a precio normal.

Esta noche Rudy tenía aguja nueva, y cuentagotas.

Volvía a tener miedo, como cuando se chutaba demasiado aire y las burbujas, por más que se apretara la vena, se negaban a salir.

Pasó un coche, las lunas medio bajadas, difundiendo muy despacio música en la noche fría.

La corteza del árbol, tesa de invierno, le mordió profundamente en la espalda, como la dentellada de un animal salvaje. Sintió que el miedo crecía.

Dije que lo haría...

Con un escalofrío rememoró la tarde en el chatarrero de la Sesenta, donde vendían colchones a un dólar.

—¿Batería? —dijo el judío menudo—. ¿Tiene coche?

—Tengo un Cadillac. Pero no es para ese coche.

—¿Quiere una buena de segunda mano?

—No. Una vieja, muy vieja, la más vieja que tenga. Una que se esté quedando sin ácido. Deme esa, la de la costra blanca.

Y la había subido por las escaleras de servicio hasta su habitación en el Hotel Lou's, por un dólar. Una cápsula de heroína.

Hijo de puta, se maldijo. ¿De qué tienes miedo? Mira. ¿Lo ves? El chivato ya sale. Se fía de ti. Igual que se fio al teléfono. Ahí viene. Está vendido, menuda locura.

—¿Qué te cuentas? —dijo el informador de la policía.

—¿Qué te cuentas tú, Andy? —respondió Rudy.

Andy Hodden se acercó para verle la cara a Rudy en la oscuridad. Tenía diecinueve años, dos menos que Rudy, era bajo, casi raquítrico, y un terror atosigante, infantil, le rondaba los ojos y los rasgos demacrados.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—El paraíso —dijo Rudy.

—Ya he probado el paraíso, tío.

—Esto que tengo es puro talco que te reventará los sesos. —Rudy sonrió—. Algo impresionante de verdad, hermano, de la mejor calidad que haya visto en mucho tiempo. ¿Qué dices?

Andy sacudió la cabeza.

—Estoy frito, pero me tengo que aguantar, quiero descolgarme.

—He oído esa milonga miles de veces. Acuérdate de con quién hablas, tío.

—Hablo con otro yonqui —dijo Andy—. Te digo que llevo cuatro días sin ponerme; estoy limpio. No pienso colgarme nunca más. No sé ni por qué te he dicho que saldría cuando me has llamado. Ahora tengo compañía...

—¿Una tipa? —Rudy arqueó una ceja—. ¿Tu primera yegua?

Andy volvió a sacudir la cabeza, casi con tristeza.

—No es una de esas. Estoy pensando en casarme...

—Tú quieres ponerte —lo interrumpió Rudy—. Por eso sales; porque quieres tema. Nada te puede parar cuando quieres tema, ni siquiera una tipa.

—No...

—No me tomes el pelo; estás frito, tú lo sabes. Tienes tantas ganas de ponerte que las cañerías te van a reventar, se te suben a la cabeza.

Andy sacudió nervioso un hombro.

—Tío, ¿por qué quieres fijarme? Hasta ahora siempre que me veías me dabas esquinazo.

—Pues te iba detrás muy en serio —dijo Rudy irritado, con creciente impaciencia—. Me gusta tu estilo. La historia es que nunca he podido pararme a charlar un rato contigo.

La cara del joven se puso de un gris enfermizo en la oscuridad.

—No me cameles... No te voy a soplar nada. No pienso volver a vender a nadie.

—¿Y Popeye?

—Me... Fue un chivatazo a la fuerza. Los detectives Davis y Patterson, los estupas, me ficharon. Tenía que vender a alguien. Popeye acababa de llegar a la ciudad; no lo conocía.

—¡Demasiado niño para llevar lo tuyo!

—¡Era o él o yo! La madera se guarda una castaña contra mí por aquello del Gordo Earl.

—Recuerdo al Gordo Earl —dijo en voz baja Rudy, dirigiéndole una mirada dura.

—¡Me pueden enmarronar en cualquier momento! —dijo Andy—. ¿Por qué tengo que ir yo al saco?

Rudy esbozó una sonrisa apretando los labios.

—En parte tienes razón. —Y añadió con convicción—: Yo en tu lugar habría hecho lo mismo. Nadie quiere ir al saco si otro fulano puede comerse el marrón. ¿Verdad?

Andy dio media vuelta.

—Me voy, te veo luego.

Rudy estaba casi aliviado.

—Quería fijarte, nene —dijo en tono despreocupado—. Hoy me ha llegado tema nuevo. ¿Por qué no nos partimos un tapón? Es de primera. Me he chutado esta mañana y todavía me dura. No me ha dado el pavo en todo el día.

Andy se detuvo, para horror de Rudy.

¡Sigue andando, niñato, sigue!

—Me he descolgado —dijo Andy, pero esta vez sin convicción, bajando la voz, el frío le blanqueaba el aliento.

—Un tapón o dos no te harán daño —insistió sin convicción Rudy. Mientras esperaba se decía para tranquilizarse: Enseguida se va, lo sé.

Pero Andy volvió.

—Por un par de picos no me voy a colgar, ¿verdad?

—No, tú no te cuelgas. —Rudy observó la expresión de avidez en la cara del chico.

—¿Tienes equipo?

—Nuevecito.

Andy no se decidía. Los ojos, empequeñecidos en la oscuridad, destellaban con los muchos vaivenes inconscientes, esforzados, de su cabeza.

—Un par de tapones no me harán daño —dijo, repitiendo lo que había dicho Rudy—. ¿Dónde nos chutamos?

—Espérate —respondió Rudy, y se quedó inmóvil con la boca abierta y el corazón palpitante, preguntándose por qué había dicho eso, atento al fuerte martilleo encerrado en las cuatro paredes de su pecho—. Si de verdad te quieres descolgar...

—Eso no es nada —dijo Andy—. ¿Un par de tapones? —Sonrió con desdén—. Un par de tapones no hacen daño. Oye, puedo ponerme diez tapones por semana sin colgarme.

—Pero creía que lo querías soltar.

—Ya lo he soltado —dijo Andy con una sonrisa estúpida, ignorando lo que había dicho poco antes, y lo que se había prometido días atrás, y volviendo a la droga otra vez, cándido como un niño insensato, inconsciente de todo salvo de sus manos, su boca y sus genitales. Se irguió como si tratara de hacerse más alto, los pies lo inclinaron adelante. Una glándula en el cuello le mandaba agua a la boca ante la idea de la droga: olla, cerillas, aguja,

cuentagotas y chupete—. ¿Dónde nos chutamos? En mi nido no hay nadie. Vamos para allá.

—Tengo... tengo una habitación en el Hotel Quality.

—¿Nina y tú no vivíais donde Lou? —preguntó Andy, con repentina desconfianza—. ¿Por qué has alquilado una habitación en el Quality? —Sin esperar a que respondiera, añadió—: ¿Para qué ir hasta el Quality teniendo mi casa en la acera de enfrente?

—Si... —Rudy balbucía—. Oye, si te quieres descolgar...

—Venga, tengo un par de equipos escondidos en casa. ¡Venga! —Ahora imploraba, temiendo que Rudy se desdijera de la oferta de fijarlo gratis.

—No te lo echaría en cara para nada —dijo Rudy, tocando con los dedos el papel y el nido de cápsulas de su bolsillo.

—¿Qué no me echarías en cara?

—Que te descolgaras. No te lo echaría en cara.

Andy lo miró y dijo:

—Parece que sospechas.

—No sospecho. Solo que si vamos a ponernos prefiero que sea en mi catre.

—No le veo ningún sentido.

Rudy se mordió el labio.

—Hay... ¿Anda alguien por tu casa?

—Mi hermana ha salido con su corderito; no volverá hasta tarde. Nadie nos va a molestar.

—¿Y la tipa con la que te has liado?

—Le he dicho que esta noche no volviera. No va a volver.

Rudy trató de parecer indeciso.

—No sé... Es que, bueno, tu nido no me convence.

Andy esperó largo rato antes de responder.

—No te voy a burrear, si es lo que sospechas.

Esperaron, hasta que Rudy tomó aire profundamente y dijo:

—Vamos.

Ya no tenía miedo. Hasta ese momento todo había sido irreal y etéreo. Pero ahora, tras este último paso, sus voces, sus bocas empujaban las palabras, dejándolas convertirse en objetos duros en el aire para caer inservibles al suelo, había sustancia.

En el apartamento Andy puso un disco:

Un borrego me robó a mi chica,
El asqueroso hijo de...

Y sus propias voces cantaban esa letra extraña, ilógica, mundana, y sus cuerpos se movían con un ritmo heredado, asombrosamente primitivo, mientras vertían el contenido de dos cápsulas en la olla con cada arremetida combinada del bajo y la batería, y el saxo alto suplicaba como una voz humana.

Un borrego me robó a mi chica,
y me pregunto ¿se la habrá...?

... Hasta que estuvo deliciosamente lista y el cuarto se llenó del aroma acre de la heroína tostada.

Andy se chutó primero.

—Qué locura.

—Ya te he dicho.

Andy desplomó la cabeza.

—Estoy... ¡crujidísimo!

—Es dinamita, nene.

—Anda, ponte.

—Voy.

—¡Qué locura!

—Ya te he dicho que era cojonuda.

Andy se irguió, levantó las persianas de hierro que eran sus párpados.

—Nene, ¡es TREMENDA!

Allí estaban, sentados, sin escuchar la música, con un vaso medio lleno de agua ensangrentada en cuyo interior, envueltos en una nube roja, yacían un cuentagotas y una aguja.

La boca de Andy se había convertido en las fauces de un caimán.

—¡TREMENDA!

Y eso lo explicaba todo, establecía la razón de existir allí en una habitación con un tocadiscos que reproducía un disco obscuro, una olla con media luna de poso de azúcar, el agua ensangrentada y el cuentagotas lleno como una sanguijuela roja y gorda.

Era el momento de pasar a la acción, pero Rudy, paralizado por la heroína, no se movía de su silla, sus ojos luchaban contra su propio peso y perdían la batalla. Se quedó sentado una hora entera con una náusea profunda en la barriga que se negaba a moverse, lo hacía todo a cámara lenta. En algún momento encendió un cigarrillo, y luego cabeceó; cuando volvió a abrir los ojos vio que el cigarrillo ardía en el bolsillo de su chaqueta, y cuando la brasa se extinguió, quedó un gran agujero en el tejido... El movimiento, el cabeceo calmo del muermo...

Le dije al Hombre que lo haría... Le dije...

Se obligó a separar los párpados, y la habitación parecía que se hinchaba. Luego vio más claro: Ante él estaba Andy, sentado en la cama con la cabeza gacha casi rozándole las rodillas, los brazos abatidos.

—Soplón —dijo Rudy, empleando el sobrenombre que le habían dado a Andy quienes lo odiaban y temían en la Escena, hartos de repente los labios de aquella palabra, hartos de la sensación de que en su mente ya no hubiera terror sino solo un conocimiento real, plomizo.

—Soplón —repitió—. ¡Hijo de puta! —Sentía que la ira le corría por dentro, la ira que necesitaba para infundir fuerza a sus manos y a su cabeza vagamente reacias.

—¡Soplón!

Andy hizo un ademán, la boca abierta, abandonó su desplome prolongado y se enderezó despacio.

—¿Sííí, neneee? —El habla impedida por la heroína, la lengua espesa—. ¿Qué pasa, neneee? ¿El tocadiscos, colega? —Trató de alcanzarlo a ciegas—. ¡Mierda, estoy crujido!

Esto, que Rudy lo viera así, se volvió sumamente importante. Sintió sus dedos tantear las cápsulas letales, que contenían no heroína sino la costra blanca de ácido puro de batería. Notó que su mente reconocía la poca originalidad de estar ante otro yonqui. Vio dos cositas blancas en su palma.

—¿Quieres ponerte más? —preguntó.

Andy cabeceó y el muermo lo sacudió. Se frotó la nariz enérgicamente, despertó.

—Sí, papi, no digo que no a otro par.

Andy cogió las cápsulas.

Las cogió por gula, no porque de veras las quisiera o necesitara, exactamente como Rudy sabía que haría.

Limpió el cuentagotas ensangrentado y vertió el contenido de cada tapón en la olla, e incluso los golpeteó por si había quedado polvo pegado a la gelatina.

Seguro, confiado, cambió el disco, y tarareaba su canción cuando se chutó el líquido transparente en las depresiones gastadas, negras, de la vena antecubital de su brazo izquierdo. Luego, mientras la sangre de la vena transportaba a toda prisa muerte cálida a su corazón, miró a Rudy con súbita sorpresa, helado por el golpe casi instantáneo.

—Chivato cabrón —dijo Rudy, movido por el horror antes que por el poder que de pronto sentía.

La boca de Andy se abrió y movió y tembló, pero no salieron palabras.

—Niñato hijo de puta —dijo Rudy poniéndose en pie con un arrebató de energía renovada—. No puedes cargar con lo tuyo, ¿eh? Vendes a la gente y te crees que eres lo bastante bueno para vivir cuando te has llevado sus vidas, ¿eh?

Andy gruñó como un cerdo y vomitó al suelo una inmundicia verdosa.

Rudy gesticuló vacilante.

—¡No eres lo bastante bueno para vivir, niñato! En este mundo cada uno lleva lo suyo. Y los niñatos mueren. Tú no vas a declarar contra Popeye... El Hombre y yo nos hemos ocupado de eso. ¡Vas a estar muerto! —Un nudo muy prieto en la garganta le provocó arcadas a Rudy, que exprimió los ojos sin quererlo y se le aguaron—. Te mato porque eres un yonqui sin derecho a ser yonqui.

Andy trató de levantarse, se derrumbó encima de la porquería que había arrojado su barriga. Alzó la vista y miró fijamente a Rudy, incrédulo.

—Me... iba... a... casar... —glugluteó.

La frente se le arrugó y rebotó con estrépito en el suelo. Se revolcó en dolorosa agonía, lanzaba las piernas al tronco como arcos destensados de sopetón, los ojos muy abiertos en sus cuencas, viendo lejos y más lejos hasta que ya no vio nada.

—¿No lo entiendes? —gritó Rudy, temblando ante el cuerpo sin vida—. ¡TE HAN DADO UN CHUTE CALIENTE! ¡ESTÁS MUERTO, CHIVATO CABRÓN!

La música seguía sonando. Mecánicamente, Rudy se acercó al tocadiscos y lo apagó. Permaneció de espaldas un rato largo.

Se sentía débil; le bailaban las piernas. Al fin reunió el coraje suficiente para volverse y mirar el cuerpo. Pensó: Eso es, todo ha terminado, como dijo el Hombre...

Pero aquí, en esta habitación, el Hombre no existía. Aquí solo había dos personas.

Rudy temblaba, incapaz de dominarse. Dio con su abrigo y salió a trompicones y a ciegas de la habitación, temeroso de cada sombra mientras descendía torpemente las escaleras del bloque. El corazón le palpitaba con fuerza y por momentos le parecía casi imposible que lograra escapar.

Luego se encontró en la calle, y la Escena no estaba lejos, le hacía señas amigables con sus luces como si pudiera salvarlo.

No se sintió a salvo hasta que se hubo perdido en su locura sembrada de una miríada de neones.

En el interior de un coche de incógnito parado en la esquina de la Noventa y ocho con Maple, el detective Virgil Patterson dio un codazo suave a su acompañante, el sargento de detectives Mance Davis.

—¿Aquel de ahí no es el yonqui ese, Rudy Black? —dijo Patterson, señalando por encima del volante.

Corpulento, Davis se revolvió en el asiento del acompañante para verlo mejor.

—Sí, ese es. ¿Y qué?

—Puede que vaya surtido. Igual deberíamos pararlo.

Davis, con un bigote abundante y colorado que asomaba bajo una nariz copiosamente vendada, ofrecía una imagen amenazadora e imponente a los ojos de su joven compañero.

—¿Qué es esto? ¿Otra ración tuya de insolencia? —dijo.

Patterson suspiró.

—No le entiendo, señor.

—Me entiendes perfectamente. ¿Aquí quién toma las decisiones?

Patterson sintió que una ira incontrolable volvía a apoderarse de él.

—Usted, sargento.

—Entonces, ¿por qué no me dejas tomarlas a mí? —Habiendo restablecido su autoridad, Davis se retrepó en el asiento—. Ya sabes lo que pasó la última vez que paramos a Black. El Hombre tiene muchos contactos. A ese golfo no lo retendríamos más de cuarenta y ocho horas ni agarrándolo con un kilo.

Guardaron silencio, expectantes. Varias semanas antes habían reclutado como informante a una traficante del barrio, la Negra Bertha, y esta debía darles el parte de sus últimas actividades con el Hombre, el mayor proveedor de la zona.

En el poco tiempo que llevaba en la Brigada de Estupefacientes, Patterson había aprendido a respetar a su superior inmediato, aunque personalmente no le gustara. Se retrepó ante el volante y se encendió un cigarrillo con actitud resignada. Si Davis decía deja estar a Rudy Black, dejarían estar a Rudy Black; así le asomaran amapolas de las solapas del abrigo. Davis tenía una forma peculiar de hacer las cosas, pero el resultado era siempre efectivo.

De reojo volvió a mirar la nariz vendada del sargento y decidió hurgar un poco en la llaga. Pensaba devolvérselas, al menos hasta que le dieran el traslado.

—Ese Georgie Barris... —comenzó.

Davis le dirigió una mirada lánguida.

—¿Qué pasa con Georgie Barris, señorito diplomado?

—Nada, estoy pensando en él —dijo Patterson con parsimonia.

Davis se revolvió en el asiento.

—¿Crees que tienes gracia?

Patterson contuvo una sonrisa traicionera.

—No, Mance, sabe que no la tengo.

—Andas buscándome las cosquillas desde que el hijo de puta me rompió la nariz. Tal vez no lo hayas visto desde el día en que los chicos lo trincaron.

—No.

—Bueno, pues no estaría de más que te acercaras a la cárcel del condado a echar un vistazo, señorito diplomado. Te lo dije en el patio la noche que pasó... Te dije que cuando agarrara a ese yonqui le haría una fiesta de cumpleaños. ¡Ve a verlo si no me crees! —Se recostó con un bufido, pero no se dio por satisfecho y continuó: Vosotros, cabrones, creéis que estoy demasiado viejo, eso pensáis, ¿verdad? ¡Vosotros los jovencitos! Creéis que sabéis mucho porque habéis pasado por la universidad, pero óyeme, hermano, ¡yo me he abierto camino a palos!

—Yo no creo que sea usted viejo —replicó sin convicción Patterson, repentinamente avergonzado. Se había excedido con Davis; había olvidado que Georgie Barris, alias Popeye, también los zurró de lo lindo a él y a Andy Hodden, además de a Davis, quien había organizado la compra. Ahora no se enorgullecía demasiado de haberle buscado las cosquillas.

Patterson dio unas chupadas al cigarrillo, la brasa se volvió un resplandor brillante y airado. Qué puñetera lástima, pensó, que él y Davis fueran los únicos detectives negros del Distrito Sexto y se desagradaran tanto el uno al otro. No sabía decir cuándo había comenzado a torcerse la relación. Puede que la primera noche de Patterson en la Brigada de Estupefacientes, cuando conoció a Davis y probó por primera vez el ego complicado del hombretón. O puede que comenzara cuando la cagó en la trampa a Bertha Travis, su primer servicio de verdad con Davis.

Se encogió de hombros. Sea como fuere, él y Davis estaban atrapados en esa cosa llamada la Escena, y se daban apoyo mutuo. Davis me necesita, pensó, aunque solo sea para desahogarse un poco. ¡Y Dios sabía que él necesitaba a Davis! Aunque Patterson no quería reconocer que la Escena lo atemorizaba, al menos admitía que este destino requería un proceso importante de habituación.

—Hoy me ha llamado el capitán Beeker —dijo Davis, absorto aún en sus pensamientos, en tono vagamente cordial—. ¿Te acuerdas del caso Halsted? ¿El crío que atropelló un coche patrulla en la Jefatura de Policía?

—Creo que sí —respondió Patterson, tratando de recordar los detalles del caso—. ¿Lo agarraron por exceso de velocidad, o algo parecido? ¿Uno que llevaba heroína encima?

—Eso es. El crío murió la semana pasada y a Beeker le cayó la de Dios. La heroína que le trincaron al chaval era muy pura, casi del cien por cien. Piensan que salió de la Escena.

—¿De dónde sacaría algo así?

—Te aseguro que de la Escena no. —Davis vaciló un momento, como si evaluara de nuevo a Patterson—. Es probable que viniera de México, o de algún puerto. No se lo he contado a Beeker, pero creo que tengo un posible hilo del que tirar. —Patterson se mostró interesado—. Ese yonqui al que trincamos, Barris —siguió Davis—, también tenía una mercancía muy pura.

—¿Qué significa eso? —preguntó Patterson.

—La droga no cae del cielo, señorito diplomado. Cuando lleves un tiempo rondando por aquí verás a qué me refiero. Un talco así tiene que venir de la misma bolsa.

—Entonces, Barris y el chaval, Halsted...

—Puede —dijo Davis—. Dos ambientes sociales tan distintos... Halsted blanco, Barris negro.

—Tiene que haber un vínculo por alguna parte —dijo Patterson, pero su entusiasmo repentino fue rápidamente reprimido por Davis.

—Tú supón solamente que me dejas a mí hacer las conjeturas. —El bigote colorado se abatió sobre la línea recta que trazaban los labios.

Patterson supo que el compadreo había llegado a su fin. Le sorprendía lo fácil que había sido intimidar a Davis.

Bertha Travis recorría furtiva la Escena. Venía deprisa desde el apartamento del Hombre en la calle Pennsylvania, miraba atrás de vez en cuando mientras andaba por la Noventa hacia Maple. Puede que fuera su imaginación, pero últimamente tenía la sensación de que Dell Swiggins, su novio y persona de confianza del Hombre, la vigilaba más de cerca que de costumbre.

Tiró del cuello de su abrigo y se lo estrechó alrededor de la garganta, el miedo apremiante le revolvía la barriga. ¡No debían descubrirlo nunca! Y, de

todos modos, no era Dell quien le interesaba al sargento Davis... Era el Hombre. ¿Quién podía culparla de querer salvar el pellejo?

Pensar en sus dos hijas, Edna y Ginny, propició que se sintiera repentinamente segura. Eran muy pequeñas. ¿Qué sería de ellas si iba a la cárcel?

Con un sobresalto de aprensión se alejó de unos dedos retorcidos que emergían de la sombra de un bloque de apartamentos; se apresuró a mirar atrás de nuevo.

¡La estaban volviendo medio loca! ¿Por qué los estupas habían tenido que cogerla a ella? No hacía nada, solo vendía droga, igual que Rudy Black, o Ace, o Sonny Tubbs... o el mismo Dell. ¿Por qué Davis no les había tirado el anzuelo a ellos?

La oscuridad de la Noventa se cernía sobre su espalda al acercarse al estruendo sordo, rítmico, de la Escena, al resplandor titilante de sus luces baratas. La noche moría y ella estaba sorprendida: había estado dos horas hablando de droga con Dell.

¿Lo sabrá?, pensó con desesperación.

Le había recordado que ella no era yonqui, que traficaba solo por sus niñas, solo porque no había otro remedio. Ella no tenía necesidad ninguna de mezclarse con yonquis asquerosos...

Pero ¿podía sospechar que lo hiciera por la madera?, ¿que los maderos le hubieran tirado un anzuelo que a ella le fuera imposible no morder, el de conservar su propia libertad?

Sin previo aviso la Escena abrió ampliamente sus brazos. Ella ignoró a las putas que la saludaban, a los varios yonquis que le pedían tema, a los chulos colgados que la observaban con interés renovado y se preguntaban cuál sería la mejor manera de abordarla para que les abriera el grifo de la droga.

Davis había dicho la Noventa y ocho, recordó. Ni siquiera el frío lograba sofocar el fuego de la Escena. A los escasos bares se les acercaba la hora de cierre y los transeúntes reptaban como gusanos por las aceras quebradas.

Noventa y seis, se dijo Bertha.

De ahí en adelante la Escena se extendía en un rojo sin fin, las máscaras mortuorias de las putas en las heridas negras de los edificios.

—Buenas, Bertha.

—¿Qué tal, Bert?

—¿Cómo va el negocio, cielo?

—Pasa por aquí cuando vuelvas, Bertie.

—No pasa nada —decía Bertha irritada—. ¡No pasa nada!

Vio el coche en la Noventa y ocho, pero ellos la vieron primero. Lanzó una última mirada atrás y dobló la esquina.

El coche estaba parado detrás del haz tenue de una farola, a mano derecha. Cruzó y aligeró el paso.

Davis abrió la puerta y ella se subió a gatas en el asiento trasero.

—¿Por qué narices has tardado tanto?

—Tenía que esperarme —dijo sin aliento—. El surtidor hace una semana que no viene, y el Hombre está en el centro. Sylvia no tenía nada a mano.

Davis no dejaba de mirar a través de la luna delantera, mientras Patterson vigilaba despreocupadamente la calle de detrás.

—¿Qué problema tiene el Hombre con su correo?

—No lo sé —respondió Bertha estrechándose nerviosa las manos—. Ha pasado algo, no sé el que. El Hombre ha fichado a Dell. Yo solo sé lo que Dell me cuenta, y no me lo cuenta todo.

—No irá a cerrar el grifo, ¿verdad?

Bertha se encogió de hombros en la oscuridad.

—Puede, no lo sé. Desde que a Sonny Tubbs lo trincaron los federales, el Hombre se ha vuelto muy desconfiado. Sonny le pillaba a él.

—Se cuenta por ahí que Rudy Black delató a Tubbs —dijo Davis.

—Eso el Hombre no se lo cree —dijo Bertha—. Me lo ha dicho Dell esta noche. Me ha dicho que el Hombre sabe cómo ver a qué juega Rudy. Lo verá seguro, de una manera o de otra. Además, Dell dice que no se cree que Rudy hiciera eso. Quizás corrió el rumor porque Sonny, la noche que lo trincaron, había estado largando cosas sobre Rudy.

—¿Qué más sabes, Bertha?

—Nada más, aparte de que la droga va a flojear hasta que el Hombre vuelva a tener la sartén por el mango.

—Puede que el Hombre vaya a frenar por completo las operaciones —sugirió Patterson—. En ese caso nos dejaría con una mano delante y otra detrás.

—No, no lo hará —dijo decidido Davis—. Llevo cinco años detrás de ese hijo de puta. ¡No me dejo engañar así de fácil! —Se volvió hacia Bertha—. De acuerdo, cielo. En cuanto pase algo me lo haces saber. Te estás portando bien, sigue así. —Se inclinó adelante, tiró del respaldo del asiento delantero y abrió la puerta.

Bertha se deslizó afuera.

—Oye, Bertie —dijo Davis.

—¿Sí, señor Davis?

—¿Cómo están las niñas?

Se quedó unos instantes sin saber qué decir.

—Oh... Están bien.

—Estupendo —dijo Davis.

Bertha estaba aliviada. Se sentía casi como si le hubieran hecho una purga revitalizante. Ahora percibía que el cerco se estrechaba; lo notaba en la voz de Davis. Estaba sorprendida de lo bien que aquel hombre conocía el negocio de la droga, para ser un poli, y tenía la seguridad de que Davis había decidido reclutarla a la fuerza exactamente en el momento oportuno.

Al menos el asunto tocaba a su fin. Quizá un día tuviera un apartamento limpio, con calefacción de gas e incluso triturador de basuras, un salón grande y televisor, en otra parte de la ciudad en la que las niñas pudieran ir a escuelas buenas con patios grandes. ¡Lo más importante era alejar a las niñas de la Escena! Al menos la droga había le proporcionado bastante dinero para eso.

Dell la esperaba en la esquina de la Noventa y ocho con Maple. Su gran rostro mulato la dominaba sin la habitual sonrisa, y su cabeza abollada y pulida parecía dura como una maza.

Estaba tan asustada que no podía articular palabra.

—¿De vuelta a casa, Bert? —dijo despacio. Sus manos, ensartadas en los bolsillos del abrigo, eran enormes y amenazadoras.

—Dell... —Trató de sonreír y de parecer muy sorprendida, pero el miedo frustró sus intenciones—. Estaba... Estaba...

—Estabas en un coche. Te he visto.

No sabía qué responder, no sabía a qué mentira recurrir para salvarse.

Él se echó a reír.

—¡No me digas que estás haciéndote chorlitos a tu edad, Bert!

Se apresuró a seguirle la corriente.

—¿Por qué no? Tengo tanto que ofrecer como cualquier otra puta de la Escena.

Él siguió riéndose, pero más contenido.

—Estás muy lejos de casa, Bert. Anda, te llevo.

La cogió con firmeza del brazo y echaron a andar por Maple.

Las luces mortecinas de la Escena se reían con malicia de la Negra Bertha.

Cuando Davis y Patterson entraron en la oficina, el teniente Stuart, oficial a cargo de los agentes de paisano, les salió al encuentro.

—A Beeker le ha salido un grano en el culo —dijo—. Una pareja de ilustres ciudadanos acaba de hacer una inspección nocturna por la Escena. Más vale que vayamos enseguida.

Se dirigieron a una puerta con un panel de cristal esmerilado en el que ponía CAPITÁN con letras pequeñas.

El capitán Claude Beeker se levantó de la silla de un brinco. Era calvo y nervioso, y su cuerpo no alcanzaba para llenar su traje caro de ejecutivo.

—Estos son los señores James Flaubert y Donald Halsted —dijo levantando la voz y señalando con un gesto a un hombrecillo pelirrojo con aspecto de calabaza y a un tipo más joven con cara de halcón, ambos sentados frente a su escritorio—. Como saben, el señor Flaubert es director de distrito de esta zona de la ciudad. El señor Halsted es hermano de Richard Halsted, cuyo hijo murió hace poco... Tomen asiento, por favor.

Todos se sentaron. Beeker miraba alrededor con sacudidas breves de la cabeza.

—¿Estamos todos? —dijo.

—Garver está de servicio, señor —intervino Stuart.

—Demonios, ¡pues llámelo por radio y dígame que venga! —exclamó Beeker—. Estos caballeros querrán irse a dormir.

—Sí, señor. —Stuart se levantó de prisa y salió.

Flaubert miraba a Patterson y a Davis con aire plácido, las manos relajadas colgando entre los muslos. Donald Halsted fruncía los ojos y parecía que los desaprobaba con la mirada.

Flaubert tamborileó con los dedos un ritmo agitado en sus muslos y comenzó.

—Queremos hacer limpieza. No hay más que hablar. Vamos a ponernos manos a la obra ahora mismo.

Beeker se enderezó un poco en la silla.

—Recordará, Davis, que el otro día le hablaba exactamente de eso.

—Sí, señor.

—Para empezar, propongo una operación inmediata en mi distrito —dijo Flaubert—. Se lo he explicado al comisario y está de acuerdo.

Stuart volvió a entrar y cerró la puerta con cuidado.

—Está viniendo, señor —dijo a Beeker.

—Bien. Siga, señor Flaubert.

Flaubert se encogió de hombros.

—Mi enfoque del asunto consiste en una sola palabra, capitán: Erradicar. Quiero erradicar la droga de mi distrito. No me había dado cuenta de las

proporciones del problema hasta que me llegaron voces del incidente de Halsted. Este caballero es un viejo amigo mío —hizo un ademán con la cabeza hacia Donald Halsted—, igual que su hermano. Esta noche nos hemos dado una vuelta por mi distrito, y debo reconocer que está en unas condiciones deplorables. Mis investigadores dicen que mi territorio es el mayor mercado de droga de la ciudad. Me aseguran que si Ricky Halsted adquirió droga tuvo que hacerlo en mis dominios. —Hizo una pausa—. No quiero hacerles perder tiempo con palabras. Quiero que lo antes posible cojan a todos los adictos y traficantes de las inmediaciones y los pongan entre rejas. No crean que quiero arrojar sospechas sobre sus capacidades, simplemente quiero limpiar este distrito de una vez por todas.

—Será difícil, desde luego —dijo Beeker—. Tengo a los mejores hombres del cuerpo, pero la droga no es cosa que pueda erradicarse en cuestión de días. Puede que con unos meses...

—¿Puedo decir una cosa, capitán? —intervino el teniente Stuart.

—Adelante, teniente.

—Bueno, señor, no quiero parecer demasiado pesimista —comenzó Stuart—, pero los estupefacientes no son tan fáciles de eliminar. Nuestro mayor problema cuando hacemos un arresto es que siempre hay otro traficante o drogadicto a la cola, listo para ocupar la vacante, ¿entiende? Tenemos cuatro brigadas a mis órdenes en el turno de noche, y otras cuatro a las órdenes del teniente Speer: treinta y dos hombres, trabajando entre doce y catorce horas al día. Esta gente no puede ni siquiera empezar a solucionar el problema de los delitos de droga. En algún momento, con ayuda de los federales, lo lograremos. Pero no ahora mismo, a menos que todo cambie y las cosas se pongan excepcionalmente bien. —Miró a Davis—. El sargento de detectives Davis ha hecho más arrestos que cualquier otro agente de la casa. Quizá pueda ofrecerles una visión panorámica.

Davis se levantó y se acercó a un mapa de la ciudad colgado de la pared. Cogió un puntero de madera y, como si se tratara de una lección a recién llegados, comenzó:

—Esto es «la Escena». Así llaman los drogadictos al lugar donde ocurre todo, donde se pueden comprar o robar drogas, mujeres o cualquier otra mercancía. De este a oeste abarca las calles Pennsylvania, Lippert, Maple y Cambridge. De norte a sur, todas las calles que cruzan estas cuatro vías, desde la Ciento seis y Maple hasta la Sesenta y nueve que, según creo, señor Flaubert, es la frontera de su distrito.

Flaubert asintió y dijo:

—En esta área hay cincuenta mil votantes.

—Entonces puede que le interese saber que uno de cada veinte o treinta votantes es adicto o consumidor ocasional de sustancias ilegales —siguió Davis—. No sabría decir cuándo comenzó a llegar la droga a esta parte de la ciudad, pero debió de ser un poco antes de la guerra; volaba el dinero, se vivía deprisa. Ahora la droga está enquistada, y llevamos una maldita eternidad tratando de extirparla. —Dio un toque al mapa con el puntero—. Aquí el precio de la vivienda ha caído tanto que las casas ya no valen nada, y cuando una panda de maleantes se va o los trincamos, otros toman el relevo. En esta parte de la ciudad puede vivir casi todo el mundo, salvo los mejores ciudadanos. En estas treinta y cinco calles o más tenemos tres colectivos: aquí predominan los negros; luego están los italianos, por esta zona llamada barrio italiano; y los polacos, aquí. —Indicó cada área con el puntero—. Están segregados de forma voluntaria, pero también se mezclan. La influencia de la heroína es transversal. Por aquí tenemos algo parecido a una banda organizada, cuyos hilos maneja un personaje al que llaman el Hombre. Dispone de una línea caliente de fuera del estado que no ha dejado de suministrarle al menos un cuarto de kilo al mes. Droga pura. La procesan y después de cortarla obtienen unos dos kilos y medio, es decir, una cantidad suficiente para vender dosis de un pavo a un millar de drogadictos.

—¿No se puede atrapar al proveedor? —preguntó Donald Halsted—. Me refiero a que, ya que sabe usted tanto, no debería ser nada difícil atacar el meollo del asunto.

—El sistema cambia —le dijo Davis—. Por eso nos cuesta tanto. A veces la mercancía entra directamente, otras se «descarga» fuera. Alguien la recoge y cruza la frontera del Estado con ella. Luego llevan la mercancía a un centro de operaciones desconocido, la cortan y se la sirven al Hombre, el cerebro. Este a su vez la sirve a varios camellos e intermediarios, y así la droga se abre camino hasta los drogadictos, que la compran en menos de veinticuatro horas.

—Trabajamos coordinados con los de Hacienda en el asunto de las descargas —añadió Stuart—. Pero son tan complejas y están tan bien organizadas que hasta ahora no hemos hecho más que darnos contra una pared.

—Miren, no veo por qué es tan difícil —dijo Flaubert con un suspiro de impaciencia—. Golpeen al cerebro, a ese fulano al que llaman el Hombre. Sáquenlo de circulación.

Davis se acercó al escritorio.

—De acuerdo, pongamos que golpeamos al Hombre. Vamos a su apartamento, el que tiene en la calle Pennsylvania... Tiene muchos, pero allí es donde suele dormir. Buscamos droga, y es más que probable que no encontremos nada; incluso si la hubiera, no sería suya. Sería de otro y él no tendría ni idea. ¿Por qué iba a tener él droga? Es un respetable empresario con una flota de camiones. —Volvió al mapa—. Así que, ¿qué podemos hacer? ¿Arrestarlo por ser objeto de investigación policial, lo que no supone ningún delito y de lo que su ejército de abogados lo libraría en menos de una hora? ¿Acusarlo de posesión de droga, sin pruebas suficientes para elaborar verdaderamente un escrito de acusación? ¿De venta, si ni siquiera toca el dinero ni lo lleva encima? Tiene a una mujer, llamada Sylvia Dutton, que lo maneja en su lugar. —Davis esbozó una sonrisa sarcástica bajo el bigote colorado—. Lo ve, volvemos a estar exactamente donde estábamos al principio. Al Hombre podemos verlo y vigilarlo, pero es intocable. Llevo detrás de él bastante tiempo, de modo que sé de lo que me hablo. Pero esto no puede durar eternamente; la suerte al final tiene que girarse en su contra.

—Bien, pues si no lo puede tocar, ¡coja a los camellos! —dijo Flaubert—. A esos es a quienes queremos. A los cabrones que vendieron basura al joven Rickie Halsted. Si los coge a ellos, no creo que ese Hombre vaya a salir en persona a vender estupefacientes. ¡Toda la organización se vendrá abajo!

Donald Halsted intervino con cautela:

—Me gustaría decir que me inclino por darle la razón al señor Davis. Sabe cómo me siento por la muerte de mi sobrino; quiero hacer todo lo que esté en mis manos por ayudar. Sin embargo, como le decía a Richard, no debemos precipitarnos. Estoy seguro de que la Policía sabe lo que está haciendo.

A Flaubert no había manera de apaciguarlo. Se levantó y se acercó a Beeker inclinándose sobre el escritorio.

—En esta ocasión voy a hacerle caso al señor Halsted, capitán, pero quiero que sepa que espero resultados. *Resultados*. ¿Usted me entiende?

Beeker se sonrojó, urgido a responder adecuadamente.

—Haré todo lo que esté en mi poder...

—Hágalo —le advirtió Flaubert.

En ese preciso instante se abrió la puerta y entró un hombre alto y rubio con pantalón holgado.

—¡Garver! —prorrumpió Beeker, aliviado por dar salida a su ira y frustración reprimidas—. ¿Dónde demonios se había metido?

—Perdone, capitán, pero ha ocurrido algo. Hace un rato nos ha llamado una señora a propósito de un crío llamado Andy Hodden. Al principio creíamos que era una sobredosis, pero bastaba con verle la cara al chaval para darse cuenta de que se trataba de un chute caliente.

—¿Chute caliente? —dijo Donald Halsted.

—Una inyección de veneno —le respondió con indiferencia Garver—. Por lo general estircnina, u otro matarratas soluble.

—¿Ha dicho Andy Hodden? —preguntó sorprendido Davis.

—El mismo —respondió Garver—. El Soplón.

—¿Tiene esto algo que ver con droga? —preguntó Flaubert.

—Sí, señor —respondió Garver—. El chaval pensaba que se estaba poniendo un pico.

Flaubert los miró uno a uno. Luego, sin decir palabra, se levantó y salió con Donald Halsted del despacho.

Había entregado el mensaje.

Los ojos vigilaban desde las ventanas.

Los últimos restos de nieve a medio derretir yacían bajo la mirada extraviada y blanca del sol.

El tráfico circulaba letárgico Maple abajo, empastaba el asfalto de nieve sucia y la batía hasta volverla espuma gris. Los conductores se apartaban la mirada.

El dueño gordo de los billares Garden aguardaba sentado en una caja de refrescos frente a su local. La gran puerta rasguñada estaba cerrada con candado, un candado que no era suyo.

Los transeúntes diurnos deambulaban a lo largo de la vía pública, compraban, los ojos relucientes, las esposas hablaban, los maridos confiados —empleados del turno de tarde y peones—, seguros de sí mismos; poseían la Escena. Los mansos habían heredado la tierra.

Los ojos vigilaban desde las ventanas.

Los niños, como extraños seres de otro mundo, salían de sus plazas escolares, dando brincos y gritos, los corazones henchidos de libertad recuperada, los ojos y las bocas bien abiertas, sus manos fuertes y destructivas empujaban, golpeaban, arañaban, las piernas arriba y abajo calzadas en chanclos, extrañamente retorcidas, pedazos de carne cortos, gruesos, compactos, enfundados en las perneras holgadas de los monos de nieve.

La Escena ronroneaba.

Las calles parecían felices por acoger vida nueva, los pies y las caras eufóricas, las voces libres, los bocinazos de los coches, las compras enérgicas en la tienda de la esquina y los saludos al pasar, la sorpresa en todo ojo que percibía la *diferencia*, la sensación de salud.

Había llegado el Pánico.

El periodo sin droga.

El tiempo en que los yonquis hacían cola en los mostradores de los drugstores para comprar paregórico, evaporar su dulzura y quedarse con su parduzco contenido de opio, para chutarse cuentagotas rebosantes a las venas hasta que los brazos se les hinchaban, enrojecidos y ardientes, y así aplacaban momentáneamente el hambre.

El tiempo en que los que tenían droga no abrían la puerta a nadie salvo a un grupo reducido y selecto.

El tiempo en que la heroína, cuando había, costaba un dólar con veinticinco centavos más de lo habitual. El riesgo se pagaba.

El tiempo en que decenas de drogadictos eran arrestados por asaltar a médicos, por entrar sin ningún reparo en las consultas, solo porque necesitaban saciar el mono, y pedirles drogas a punta de navaja o de pistola.

El tiempo en que los yonquis se volvían moradores nocturnos, y PILLAR eran sus ojos, sus brazos, sus barrigas vacías y tensas tomadas por la sensación granulosa de la diarrea.

El Pánico era esto: gente muriéndose sin ser vista, que arañaba el fondo de las ollas para lamer ese poso como azúcar con sabor amargo, gente asustada, maldiciendo el tormento desconocido de sus intestinos, los ojos aguados y trastornados, la boca enorme y ferozmente abierta.

Fuera, el día no deparaba alivio alguno. La Buena Gente mandaba, disfrutaba el legado de un clan derrocado... hasta el anochecer.

Los ojos vigilaban desde las ventanas.

Y tenían hambre.

Diciembre

2

El invierno entró pesadamente en la ciudad.

Eran días propicios para Rudy Black. Días medidos en cantidades satisfactorias de droga. Días de locura.

Nina, su prostituta, trabajaba y ganaba dinero, y él tenía coche, un Buick. Se sacaba un buen pellizco extra haciendo de chófer a las chicas que andaban robando por ahí. Chófer de celebridades. Algún día iba a tener una ratera. Había llegado a esa conclusión. Las rateras hacían en una hora el doble de dinero que una puta en una semana. Era un camino que recorrer, una meta... *Necesitas un cambio, nene. Hasta los coches necesitan una puesta a punto de vez en cuando.*

Rudy Black, una máquina nueva y reluciente de veintiún años, con todos los engranajes en perfecto funcionamiento.

Este es Rudy Black en invierno...

Una chica lo embaucó, solo por diversión, para ver si era tan buen chulo como presumía. Se llamaba Alice y parecía una cría, aunque tenía la cara surcada por profundas líneas y deformada por el peso de la vida. Con todo, su cuerpo era joven y se sostenía firmemente sobre un par de piernas robustas, sexys y morenas.

Una tarde se llevó a Rudy al apartamento que compartía con otras chicas con la excusa de recoger unas cosas que había robado. Entonces se echó en la cama y se levantó la falda descubriendo la abundancia de carnes de sus caderas, y él picó como cualquier chorlito recién salido del trabajo. Se le acercó a cuatro patas y se le pegó detrás sin esperar a que se lo pidieran.

Alice se lo contó a las chicas y la historia acabó llegándole a Nina.

—¡A ver si puedes hacerme eso a mí, cabrón! —vociferó Nina, y Rudy, para reforzar su rol de chulo y asegurar su dominio sobre ella, trató de demostrar que sí podía... Pero en aquella ocasión estaba demasiado puesto.

¿Y qué?

La cosa se le quedó pegada, y todas las rateras adoptaron una actitud fría y distante hacia él. En su mente pequeña y retorcida empezó a conjurarse una

especie de venganza contra Alice.

El sábado era día fasto en el centro. Al mediodía los empleados de las tiendas descansaban para comer y dejaban a los sustitutos ocuparse de uno o varios mostradores. Ideal para entrar a robar, y las chicas habían elegido una tienda en particular solo porque todo el mundo la consideraba un hueso al tratarse de uno de los establecimientos más antiguos de la zona. Pero no era un hueso en absoluto: era el saqueo más fácil de la ciudad. A la hora de comer, la planta de mujeres era especialmente indicada porque se quedaban solo dos empleadas, y tenían demasiada gente que atender como para prestarle atención al trío de rateras experimentadas.

Alice, Marsha Lee y Leslie venían de la Gran Manzana, base de operaciones para una temporada de robos que se desarrollaba por todo el país. Alice era originaria de Washington, compuesta y cuidadosa; Marsha Lee era de Nueva York, habladora y rápida con los dedos, eternamente agraviada por las yeguas nuevas que fichaba su hombre para su establo, tratando siempre de ganar a las otras dos para demostrarse que todavía valía; Leslie era también de Nueva York, negra, fea, anodina, y muy mal hablada cuando se excitaba. Las tres estaban enganchadas, lo que significaba que tenían que trabajar el doble para llenarse el embudo.

—¿Puedo ayudarlas, señoras? —dijo la dependienta, una mujer menuda de cincuenta y pocos años.

—Aquel vestido —dijo Marsha Lee señalando con el dedo.

—Ese no, Susy Mae —dijo Alice junto a Marsha Lee. Sonrió a la dependienta—. Solo estamos mirando. Susy Mae, ese no, cariño. Ya te he dicho...

—¿El de lana? —dijo la dependienta—. ¿No es precioso? ¿Quiere probárselo, señora? —preguntó a Marsha Lee.

—Susy Mae, no...

—Sí —se empecinó Marsha Lee.

—Pero bueno, Susy Mae...

—¿No ve nada que se quiera probar usted también, señora? —la interrumpió intencionadamente la dependienta para distraerla de la puñetera venta—... Aquí tiene la colección de otoño. —Hizo un ademán con el brazo a Marsha Lee—. El vestidor es esa puerta a su derecha, señora. —Y añadió, dirigiéndose a Alice—: Y es una verdadera hermosura, ¿no le parece?

Alice miró las etiquetas.

—Ciento diecisiete... Son bastante tentadoras, pero los precios...

La dependienta examinó con mayor atención la ropa de Alice y redobló los esfuerzos. Era evidente que el gorila que se acostaba o se había casado con ella no era de los que dejarían que ciento diecisiete dólares de nada se interpusieran entre esa zorra mulata y su objeto de deseo.

—¿Le parece? Es baratísima, querida —voceó—, y absolutamente exclusiva de esta tienda. Con su tipo —evaluó a Alice llena de envidia— sería un crimen que no se la quedara. Se lo digo en serio, de todo corazón. Esto se hizo pensando en una mujer como usted.

Leslie salió del vestidor y se les acercó.

—Me gustaría ver vuestras toreras de cachemira nuevas —le dijo a la dependienta, que empezó a mirar alrededor en busca de la otra dependienta. Esta hablaba con Marsha Lee cerca del vestidor.

—Eunice —la llamó la primera dependienta—, Eunice, Eunice... Oh, por Dios... ¡Eunice, por favor, ven aquí! Perdonen, señoras. —Fue hacia donde estaban Marsha Lee y la otra dependienta.

Alice y Leslie ratearon. Tres toreras de velur de setenta y cinco dólares y cuatro trajes de cien dólares. Lo hicieron muy deprisa. Alice enrolló dos trajes y se los colgó en ganchos que llevaba dentro del abrigo amplio y chillón, y una torera la estrujó y se la metió entre los muslos. Leslie hizo lo mismo. La tercera torera la enrollaron y la metieron en una bolsa de la compra que llevaba Leslie.

La dependienta volvió y sonrió a Leslie.

—En un momento vendrá a atenderla. —Volviéndose a Alice—: Entonces, como le decía, esta cosita divina es justo lo que necesita. Si por mi fuera, debería ser un crimen venderlo por menos de doscientos dólares, ¡un absoluto crimen!

Alice meneó resignada la cabeza.

—La verdad es que no tenía intención de gastar nada —dijo—. William jura que si me compro algo más esta semana, ropa, quiero decir, no me deja entrar en casa. Pero mi prima Susy Mae acaba de llegar de Augusta, y quería comprar algo bueno de verdad, así que la he traído derecha aquí, naturalmente...

—Naturalmente —dijo la dependienta, haciendo lo que Marsha Lee llamaba «comer la oreja». Aquello hizo que a Alice le diera el pavo antes de tiempo, cuando todavía faltaba mucho para el pico.

—Reconozco que este conjunto me encanta —dijo—, pero... pensando en William, mira que puede ser bien malo cuando quiere... Vamos a ver algo un poco más barato, ¿eh?

Gastaron dinero, unos cien dólares en total. Pero salieron de la tienda con más de ochocientos dólares en trajes, chaquetas y zapatos, metidos en una bolsa, enganchados dentro de los abrigos, y entre los muslos, muy cerca del gusano que comenzaba a roerles las entrañas.

Contaban con un perista extraordinariamente bueno. Propietario de una inmobiliaria y ciudadano altamente respetado, era un hombre cómodamente grueso, con poco pelo, redondo de cara y siempre sonriente por deformación profesional. Lo cierto es que nunca tenía ganas de sonreír, salvo cuando lo visitaba Alice. Le hacía ojitos, y cada vez que la veía a ella y a las otras chicas se ponía a jugar con un broche caro sin apartar los ojos de Alice.

Muchas veces había intentado acostarse con ella, pero a Alice no le gustaba. Alegaba que no quería ponerle los cuernos a su chico, que vivía en Nueva York.

Marsha Lee le decía que era tonta de remate. Decía que el hombre de Alice le ponía los cuernos todo el tiempo, ¿por qué no podía hacer ella lo mismo? Sobre todo tratándose de un tío que podía ayudarla mucho, que tenía bastante lana para darle de comer al mono, para comprarle las cosas que robaba casi a precio de tienda, y todo a cambio de un poco de sexo. A Marsha Lee no le gustaba Alice y le molestaba que el perista no le echara el ojo a ella. Necesitaba dinero más que Alice, dinero para que a su hombre, Mickey, no le faltaran sombreros Stetson, trajes Brooks Brothers y cocaína que llevarse a la nariz, para que así cuando ella volviera a la Gran Manzana su chulo no hiciera caso a las demás yeguas del establo.

Aunque trabajaban juntas, facturaban la mercancía por separado. De este modo sacaban más dinero que vendiéndolo todo junto. Por ochocientos veinticinco dólares de mercancía cada una se sacó cien dólares. De haberlo vendido en lote, solo habrían ganado una quinta parte de eso.

Así era mejor. Cien dólares de beneficio. De ellos cada una apartaba lo que creía que le tocaba a su hombre y lo guardaba religiosamente en unos fondos abultados —la «Hucha de mi Chico»—, y se quedaba con la cantidad necesaria para su sostén, para sus drogas: *Recuerda que mañana es domingo*.

—Chicas, sois maravillosas —dijo el perista mirando a Alice—. Valéis un millón de dólares. Siempre os lo digo, pero no me lo creo hasta que aparecéis en días espléndidos como este.

Retuvo cerrando el puño el dinero de Alice, que sería la última en cobrar.

—Dame mi lana —dijo ella.

—Ven al cuarto trasero. Quiero hablar contigo.

—Estoy frita —dijo Leslie—. Que Rudy pase a recogernos y vámonos de una maldita vez al nido.

—Un segundo —dijo el perista—. Quiero hablar con ella. No os marchéis. Un segundo.

—Anda, ve a hablar con él —dijo Marsha Lee.

Los ojos de Alice eran duros y enfermizos; tenía un pavo peor que cualquiera de las otras chicas.

—Quiero mi dinero —dijo.

—Ven conmigo, no te voy a hacer daño. ¿Qué pasa? ¿Te doy miedo o algo? A ti todo lo que te ofrezco es el amor que tengo en mi cabeza y el dinero que guardo debajo del colchón.

—Anda, ve —la apremió Marsha Lee.

Alice acompañó al perista al cuarto trasero. Marsha Lee y Leslie salieron por la entrada principal y se subieron al coche con Rudy, que empezaba a estar frito e irritable.

—¿Qué diablos hace ahí dentro?

—Hablar con el perista —respondió Marsha Lee.

—Bueno, pues ve a decirle a esa zorra que no pienso esperarla todo el día.

—Saldrá enseguida —dijo Marsha Lee.

—Me importa una mierda. No tengo todo el día.

Leslie se apeó del asiento trasero y se sentó en el de delante, junto a Rudy.

—Larguémonos —dijo—. Seguramente están echando un polvo.

—La esperamos —intervino Marsha Lee.

Rudy giró la llave de contacto.

—Me largo.

Marsha Lee abrió la puerta y salió.

—Pues que este golfo se vaya solo —le dijo a Leslie.

—¿Qué demonios has dicho? —preguntó Rudy.

—Que eres un golfo, y que te plantamos. No eres más que un golfillo indeseable.

Leslie se apeó del coche. Rudy apagó el motor, se apeó y se puso al lado de Leslie.

—Dame mi dinero, zorra —masculló a Marsha Lee, pensando en lanzarle un tortazo de los suyos. Ella era grande y no le apetecía organizar una bulla aparatosa en la calle. Le daría solo un bofetón y cogería su dinero.

—No te voy a dar nada —dijo Marsha Lee, reculando. Conocía los bofetones de Rudy. Se llevó la mano al bolso y tanteó su cuchillo.

—Meteos en el coche —protestó Leslie—. Me estoy helando.

—Quiero mi dinero, ¿me oyes? Quiero mi dinero.

—Vamos a esperar a Alice —dijo Marsha Lee con firmeza. Y además no pienso montarme en tu buga. No eres más que un niño indeseable, fanfarrón y yonqui, y lo sabes. ¡Por eso estás tan cruzado!

—Me estoy helando como una hija de puta —intervino Leslie—. Subamos al maldito coche.

—¡Dame mi dinero! —dijo Rudy casi gritando—. ¡Dame mi dinero o arranco el buga y os paso por encima, putas!

—Subid al coche —suplicó Leslie.

Se subieron al coche, y al cabo de un rato olvidaron el enfado. Había sido por culpa de la tensión, por pasarse el día entero rateando, por el regateo con el perista. Había sido la cabeza disparada y la nariz disparada, las tripas disparadas y los ojos lagrimeando todo el día por un solo motivo: el pico. Anticipar el momento podía ser dulce, pero para no estropearlo no debía retrasarse ni un segundo más de la cuenta.

Esperar a Alice era eso, incrementar la inquietud, en silencio los tres unidos por un vínculo humano de esperanza, la esperanza de que Alice saldría pronto, se largarían de una condenada vez y pillarían.

Pillar, pensaba Rudy. Una de cal y otra de arena.

Olla, pensaba Leslie. La veía clarito, medio llena de agua y heroína, notaba que se quemaba las yemas de los dedos deliciosamente.

Dinero, pensaba Marsha Lee. Necesitaba más. Mandaría a Mickey la mitad de lo que había hecho hoy, para que viera que todavía estaba en activo. El caballo estaba a un dólar con veinticinco el tapón, y ella se chutaba dosis de seis, dos veces al día. TENÍA QUE conseguir más dinero...

Luego Rudy pensó en dinero, el dinero que le debían.

Leslie pensó en pillar. Cuatro de merca y cuatro de potro. Speedball.

Marsha Lee pensó en tostar cuatro tapones en lugar de seis.

Poco después salió Alice, y todos se pusieron contentos.

—Largo —dijo Leslie ansiosa.

Alice se sentó en el asiento trasero junto a Marsha Lee. Se acababa de pintar los labios y sonreía. Rudy arrancó a toda prisa y las llantas chillaron. A todos les apetecía chillar, chillar como niños.

—*Oh my man, I love him so* —canturreó Leslie.

Rudy encendió la calefacción. El interior del coche se caldeó y se llenó de expectación. Iba a ocurrir ahora, iban a hacer lo que llevaban rodo el día

queriendo hacer, ir al cielo... *Oh, voy camino al Cielo y soy tan feliz... El mundo no puede hacerme ningún daño...*

Alice acabó de contar dinero. Le dio cinco dólares a Rudy y dijo:

—Para mí.

Leslie le dio cinco a Rudy. Marsha Lee hizo un ademán con la mano. Perder cinco dólares le dolía, pero el viaje bien valía eso, y ahora se encontraba excepcionalmente bien. Alcanzó su bolso, sacó los cinco, y cuando alargaba el brazo por encima del respaldo delantero para darle el billete a Rudy, advirtió el broche en el brazo de Alice, el mismo con el que jugueteaba el perista cada vez que iban.

Lo toqueteó.

—¿Te lo ha regalado?

Alice hizo un mohín fingiendo sentirse culpable y, con una sonrisa falsa, dijo:

—Me lo ha vendido. Qué locura, ¿verdad? Los pedruscos azules son auténticos.

Marsha Lee se quedó callada. Ella esperándola con el pavo, y mientras tanto Alice trabajándose al perista. La tensión había sido insoportable, pero lo que más la sacaba de sus casillas era que Alice no había dicho nada del broche, lo había escondido.

¡Vaya si lo escondía! De no haber mirado la muñeca de Alice justo en ese momento, nadie se habría enterado. ¡El maldito broche! Marsha Lee estaba casi ciega de rabia. Esa ramera mulata... Y decía que no quería poner cuernos, cuando ponía cuernos con Rudy por nada, y que tenía que portarse por su chico; Marsha Lee en el coche a punto de estallar en malditos pedazos y mientras tanto Alice frotándose con el perista.

La odiaba.

—Llevamos una puñetera hora esperándote —dijo Leslie, pero ya no le importaba porque iban a pillar. A Rudy tampoco le importaba. Conducía a ochenta kilómetros por hora por la Setenta y uno, atento a la madera, sorteando por pocos centímetros a los coches que venían de frente. Iba camino del cielo...

—Estaba hablando con el perista —dijo Alice indiferente, volviendo a contar el dinero.

—¡Si vas a ser puta —exclamó Marsha Lee—, SÉ PUTA! ¡Yo no fui la que quiso formar equipo contigo! ¡No nos hagas esperar! ¡De tus negocios y tus polvos te ocupas en tu maldito tiempo! —Olvidaba que ella misma había

animado a Alice a trabajarse al perista; estaba demasiado encantada de haber encontrado una excusa para liberar su odio.

—Mi chico me dijo que trabajara contigo y con Leslie —dijo Alice—. Yo hago lo que mi chico me dice. Si Leslie no quiere trabajar conmigo, muy bien. Pero volveré a la Gran Manzana y le diré a tu chico cómo me has tratado, a ver qué le parece.

Leslie sintió un repentino pavor.

—Espero que no le digas una mierda. A mí no me importa trabajar contigo. —Temía lo que podía hacer su chico si descubría la cantidad de dinero que estaba haciendo en realidad. El miedo a eso la penetró muy profundo, más que su adicción al veneno blanco. Nunca se le había ocurrido pensar que su chico estaba a cientos de kilómetros de distancia, ni que podía incluso poner más tierra de por medio si quería. Al parecer, que su chico supiera la verdad era mucho peor que la muerte—. Cállate —le dijo a Marsha Lee—. Si alguna se tuviera que ir serías tú.

Rudy detuvo el coche en una calle lateral.

—Preparad el dinero.

Se apresuraron a alcanzar sus bolsos, sorprendidas de que el momento hubiera llegado tan deprisa. Volvían a sentirse felices, se reían nerviosas como colegialas. Solo que no eran muchachas y que tras años y meses de práctica se habían ganado sus nombres: Cuatro Tapones, Seis Tapones y Ocho Tapones.

Tener el dinero en mano le hizo algo a Rudy. Se alejó del coche con andares afectados, luego se puso a trotar y casi corría cuando alcanzó la esquina.

En aquel momento, a aquella hora tardía del sábado, ellas casi lo amaban, las prisas de él eran las suyas. Rudy era su dios negro.

Alice enseñó el broche.

—Me he comprado esto, por si os interesa. Cincuenta ahora y doscientos después.

Pero Marsha Lee y Leslie la habían olvidado, y enseguida Alice también se olvidó y unió a ellas en la observación embelesada de un edificio de ladrillo visto en la esquina de la Ochenta y tres con Maple, cercano a un cine en cuya entrada un grupo de niños hacían cola para la sesión de tarde. Allí era donde Rudy tenía la cita.

Las llevaban a una especie de clímax, parecido a cuando se pegaban al cuerpo de un hombre que las estrechaba entre sus brazos y cuyos músculos de la espalda se hinchaban al tacto de sus dedos. Era una sensación intensa, y la

excitación vendría cuando Rudy volviera con dieciocho cápsulas de diacetilmorfina. Ese sería el verdadero clímax. El pico iba a ser decepcionante.

Rudy volvió.

—No hay nadie —dijo.

Leslie se puso a maldecir y a lamentarse de sus dolores de espalda. Marsha Lee se encendió un cigarrillo, arrancó el filtro con los dientes de mala manera y lo aplastó en el cenicero.

Alice sintió que un espasmo le encogía el estómago por arriba y por abajo, e hizo lo que sabía que haría todo el día: vomitar.

Más tarde, en la Noventa y tres, Rudy entró en los Billares Garden y se sentó a esperar en una de las mesas del fondo. Sabía que si esperaba lo suficiente acabaría apareciendo alguien con droga. Era inevitable; siéntate, espera y reza por un tiempo suficiente, y alguien con algo de droga tiene que aparecer.

Su ira crecía minuto a minuto, pensando en los muchos grameros que tenían droga y no estarían disponibles. Los muy hijos de puta. Siempre te echaban el aliento caliente a la cara mientras todavía estabas tratando de reunir la lana, y cuando por fin la tenías desaparecían. ¡Parecía que lo hicieran a propósito!

Se juró que se haría con una bolsa. Mañana iría a ver al Hombre y le diría cómo estaba la cosa. Quería tener tanto poder como todos esos cabrones; de ese modo sería él quien haría esperar a los que lo buscaran en la Escena, él los haría correr arriba y abajo.

Ahora estaba de veras frito, tenía espasmos en la barriga. Podía levantarse para ir al baño, pero corría el riesgo de que se le escapara alguien, Ace, Dell o Bertha, podía escapársele la cosa que necesitaba más que un plato decente o mil dólares o una ratera con tres brazos... o un sitio en el que simplemente sentarse a pasar el muermo.

Su vida cabía en un instante. No había días en su mundo de yonqui. Solo había momentos para pillar y momentos para ponerse y momentos para amuermarse y volver a pillar.

Llegó Nina. No lo vio. Tenía los ojos grandes, hambrientos y acuosos. Rudy supuso que el pavo de ella debía ser terrible para aparecer tan temprano, pero no la llamó. Llamarla implicaba renunciar a una parte de la droga.

¿Qué demonios? No podía explicarle por qué compraba diez para él y dieciocho para la caleta. Ella no se creería que era para las lobas. Pensaría simplemente que no quería soltar prenda, que se guardaba los veintiocho tapones para alguna zorra. No sería la chica lo que le molestaría tanto, sino que Rudy escondiera tema. Eso pensaría.

Razonar el porqué no había que compartir drogas resultaba muy sencillo.

Hundió la cabeza entre los brazos para hacerse pasar por un borracho. Cuando al cabo de un rato levantó la vista, ella se había ido. La espera le resultaba ya insoportable. Se levantó y salió a la calle. El bar se estaba llenando de aborregados y atontados de jornada de sábado, ruidosos y revoltosos, pasándolo en grande y comportándose como personas.

Los envidiaba.

Por primera vez en todo el día notó que el frío le mordía a través del abrigo, penetraba la fina piel de sus zapatos. El clima le era extraño. No era capaz de recordar que había jugado con bolas de nieve (antes del reformatorio, cuando sus padres decidieron que no podían cargar con él y lo mandaron a vivir de la generosidad de la parentela), ni que había tomado chocolate caliente en casa de un amigo, hecho de una tableta robada en el colmado de la esquina. Tampoco recordaba que había ido en trineo, que el viento le había silbado entre las perneras de camino al colegio, ni una estufa de leña en una casa grande, decente y chirriante, ni a su tía, Mama Mee, con la cara como una vieja herradura y un chichón en la frente, llamándolo a la vuelta de la esquina, lejos del descampado...

¡Ven aquí, chinche sinvergüenza!

Sí, Mama Mee...

¡Vuelve a casa, anda!

Sí, Mama Mee...

Diablillo... Con una sonrisa como un hilo marrón claro en sus labios marchitos.

No lo recordaba; no podía. Todo acudía libremente con el tortazo rudo del viento, sin invitación. Volvió Mama Mee, y también Elisa, y Lucas, sus dos primos que vivían como él, no deseados por \ sus padres, necesitados de Mama Mee.

Veía a Lucas ahogarse hasta la muerte con un hueso de pollo en una Navidad lejana. Un niño de seis años, y Rudy nueve, y la muerte que se adhería a la mente de Rudy. Veía a Lucas incluso ahora, la cara azul y negra y los ojos grandes, echado sobre la mesa como de astillas de la cocina, tosiendo

una tos que sonaba «juffff», como una vaca regurgitando o un caballo resoplando con sus gruesos labios.

Un pollo no es más que un pájaro...

En algún lugar la cacofonía del tráfico vespertino le alcanzó los sentidos, el Bebop se entremezclaba, dominante; un viejo tema de Fats Navarro, en una transición entraba la trompeta como por arte de magia, y las frases eran pura genialidad. Rudy se preguntaba cómo podía un yonqui pensar de ese modo, de dónde sacaba el tiempo.

Se quedó en trance escuchando la canción hasta que terminó, luego fue ganando conciencia del hambre siempre presente. Parecía que *ella* también hubiera estado escuchando, embelesada unos instantes, y que hubiera dicho del trompetista, orgullosa, «yo le hago hacer eso, yo le hago tocar así. Es por mí, es cosa mía».

Echó a andar, escrutando cada cara con que se cruzaba. ¡En alguna parte habría droga! Ahora podía verla: en cápsulas lisas, blancas o rojas, todas dispuestas en fila, como cadáveres en miniatura; en un frasco de sal hepática, juntas y ovilladas como pequeños capullos; en el bolsillo de un pantalón, o de una camisa, o de un abrigo, envueltas en un pedazo de papel de aluminio; en el alijo del Hombre, todavía sin cortar, un magnífico paquete blanco envuelto en celofán; entre los pechos de la Negra Bertha, en una caja de cerillas, medio deshechas y pegajosas por el calor de su cuerpo; en el depósito de la Jefatura de Policía...

Caminó.

¡Ayer pillar parecía tan sencillo! Y hoy, nada. Nadie a la vista con la bolsa. ¡Esos cerdos cabrones se escondían a propósito! Tenían droga, así que no necesitaban salir a pillar. Podían quedarse en sus nidos, echarse en la cama a ponerse con alguien y decirse a la mierda los yonquis.

Un trolebús torció zumbando la esquina y Rudy lo detuvo repentinamente, sabía por la brusquedad de sus acciones adonde se dirigía. Iba a lo alto de una colina con una calle de dos manzanas de largo en la que no había ningún árbol, una casita en una calle remota, justo en la esquina, con un crucifijo blanco y luminoso en la única ventana alta de la fachada delantera, encendida de día y de noche. *Dios mío, Dios mío, mi buen Jesús, Dios mío...*

Apenas empezaba a anochecer, pero la oscuridad se asentaba deprisa. La ciudad se asentaba, con una larga vida a sus espaldas, un día más. La gente iba en autobús, como va la gente en autobús, hacia destinos indeterminados, acarreando felicidad, odio y hambre.

De todas las hambres, ninguna podía ser más aguda que la de Rudy.

—¿Qué hay, Rudy? —le dijo alguien a su espalda.

Se volvió y vio a un muchacho al que conocía solo como Penny, una de las muchas caras mudables de la Escena, un don nadie salvo porque consumía drogas en sintonía con otros don nadies de la Escena.

—¿Adónde vas? —preguntó Penny. Estaba solo, sentado detrás de Rudy, los ojos medio cerrados, una expresión vagamente ausente en la cara delgada, oscura.

Rudy se volvió hacia él con interés.

—Tienes pinta de haberte metido —dijo envidioso. El pavo empeoraba y comenzaba a sentir lástima de sí mismo—. Estoy frito. Esta mañana he pasteado algo y llevo desde las dos intentando pillar. Esto me está crujiendo.

—Voy para casa —dijo Penny—. Hoy he salido temprano del tajo.

—Vas puesto. Como si no lo viera.

—He ido derecho al nido del Hombre. Le digo a la mujer, «Oye, guapa, estoy frito y necesito droga». Le digo «o me vendes droga o bajo a la calle y me rajo la maldita garganta delante de tu casa». Ella sabía que los federales estaban allí mismo, en la Noventa y uno. ¿Me iba a morir yo en la entrada de su casa con los federales en la Noventa y uno? —Sonrió—. Me ha dado droga como le había pedido.

—¿Los federales estaban en la Escena?

—De nueve a una y media.

—Por eso hoy ni Dios sacaba la cabeza —dijo Rudy. Estaba cada vez peor, miraba a Penny—. ¿Tienes algo de droga, Penny?

—Unos seis tapones.

—Véndemelos.

Penny negó con la cabeza.

—Mañana es domingo, tío. Sabes lo difícil que es pillar en domingo. Nadie sale los domingos. Estaría ciego perdido si te los vendiera.

—Tengo el pavo, nene. ¿Por qué no me haces este favor?

—No puedo, Rudy.

—He estado frito todo el día, nene. Necesito ayuda —suplicó Rudy.

—Mañana es domingo. El día de la muerte. Ojalá pudiera ayudarte, pero no puedo.

—Nina está frita también. Tan frita que voy a buscar a mi tía Mee para que se quede con ella mientras encuentro un médico que la cure —mintió Rudy—. Nina es mi lana, tío.

Sabía que Penny lo respetaba por chulo, igual que veía al Hombre como envuelto en un aura divina. Para Penny, Rudy era un aristócrata, y Nina su sirvienta.

—Puedo aflojarte un par —dijo Penny a regañadientes.

—El pico de Nina son cuatro. No es por mí, colega, es solo por Nina. ¿Qué harías tú en mi lugar si tu yegua estuviera crujidísima y no pudiera trabajar ni nada? Harías lo mismo que yo, ¿verdad?, sabiendo además que tu chica es la estrella de la Escena. Los dos tenemos un fije muy malo, sobre todo Nina.

Penny estaba impresionado, pero negó muy decidido con la cabeza.

—Mañana es domingo. Te puedo aflojar dos tapones, eso es todo, y sabes que si no fuera sábado te daría más. ¿Por qué no vas donde el Hombre como hice yo?

Rudy tenía ganas de arrearle, allí flipado en su asiento mientras él tenía un pavo de morirse. Si Penny no le vendía la droga, bajaría del autobús con el cabroncete, lo tumbaría a golpes y se la quitaría. Puesto como estaba, Penny no podría hacer gran cosa.

—Véndeme todo, Penny.

—No puedo, Rudy. Te vendo dos.

—Te doy un dólar y medio por cada uno, eso es una mitad más de lo que pago.

—Te vendo tres; no te vendo más. Así Nina y tú os quitáis el pavo hasta que podáis pillar.

—¿Eres tonto de remate? —dijo Rudy, perdiendo los nervios—. Como si te fueran a disparar en la cara con una escopeta por venderme los seis puñeteros tapones. Te daría tres centavos de más. ¿Qué problema hay? ¿Qué más quieres, qué COJONES quieres?

—La gente nos está mirando —dijo nervioso Penny.

—¡Que les den por el culo! ¡Quiero la mierda, Penny!

—Rudy...

—¡Te doy diez dólares!

—Rudy, escucha...

Rudy se levantó y rodeó el asiento para sentarse junto a él, apretando fuerte su muslo contra el de Penny. Resollaba pesadamente, pensaba en las seis cápsulas.

—Escucha —dijo entre dientes—, si no me vendes los seis tapones, te voy a cortar el cuello. De verdad, hablo en serio. ¡Te mato, te lo digo en serio!

Sin dudarle, Penny le entregó las cápsulas. Rudy le dio diez dólares. Se levantó y se apeó del autobús, sintiéndose de maravilla. Vio a Penny mirándolo a través de la ventanilla mientras el autobús se alejaba.

¡Rudy se encontraba de maravilla! Llevaba el equipo encima y quería parar en una gasolinera a chutarse, pero estaba en un barrio blanco y levantaría sospechas.

Anduvo hasta que vio a unos niños jugando en la calle, blancos y negros. Blancos pobres, negros pobres. Jugaban a un juego parecido al escondite, el avance de la noche les daba cobertura en un barrio sin árboles, cuyas casas tambaleantes del siglo pasado se erguían pulcras, con inocente seguridad puritana, y no concedían recovecos donde esconderse para frívolos juegos de niños.

El amplio bloque discurría sinuoso por una colina bajo la cual unas vías de tren deponían sus brazos herrumbrosos a través de un túnel, fauces amplias y cavernosas abiertas en la colina, lugar de encuentro para parejas de adolescentes.

Desde la esquina, parado junto a la ventana de una confitería cochambrosa —donde tiras de caramelos y helados, cajas de Baby Ruth amarillentas por el paso del tiempo, gaseosas con sabor a vainilla, galletas de jengibre en cuencos, y el aroma de los puritos que fumaba el propietario arrugado y menudo, todo aglomerado en un olor confuso y acre—, Rudy veía las luces de Maple, se sentía muy diferente a ellas y a su urgencia, y un sentimiento de soledad se arremolinaba en su interior mientras oía los gritos de los niños jugando. Tenía la sensación de no ser, de flotar en el limbo. Cerca, un tren rompió la calma con un aullido majestuoso y quebró a Rudy como lo quebraba la necesidad de ponerse, de apaciguar la furia de su mente y cuerpo.

—¿Puedo ir al baño? —preguntó al viejo.

El propietario, sentado en una caja de fruta, medio escondido detrás de la inmensidad de la vitrina vieja y parecida a una cripta, dijo:

—¿Vas a comprar algo?

—No —respondió Rudy.

—No puedo dejar que todo el mundo use mi baño. Tendrías que comprarme algo.

Siguió dando chupadas al purito con indiferencia, mirando sin ver a través de las gruesas cataratas de sus ojos.

Rudy se fue, algo molesto con el viejo porque no lo hubiera reconocido, porque no recordara los cientos de piruletas y miles de semillas de calabaza y patatas fritas que le había comprado hacía solo unos cuantos años... ¡Gastas

como un maleante, chico! ¿De dónde sacas todo ese dinero? Y en tardes como aquella, frías, todos los amigotes reunidos en torno a la calefacción central, una estufa de leña, y comiendo cacahuets en el depósito, hablando, riendo, contándose cosas, cosas de muchachos felices que nunca más recordarían...

En la calle buscó, el viento era más frío, sin que se interpusieran obstáculos en la larga acera desnuda, reuniendo fuerzas mientras rastreaba la colina, descendiendo con violencia como el puño frío y furioso de Dios. En la casa cercana a la esquina, el crucifijo todavía resplandecía, Cristo moría a perpetuidad.

Rudy subió la escalerilla austera de la entrada sin porche y llamó, esperó, volvió a llamar.

—¿Quién es? —dijo a Rudy una voz desde el interior, una voz como de ultratumba.

—Yo.

—¿Yo quién?

—Yo, Rudy.

—¿Rudy? —La voz parecía desconcertada, luego ilusionada—. ¿Rudy qué más?

—¡Abre la puerta!

La puerta se entreabrió.

—Entra —dijo y abrió del todo Mama Mee, insoportablemente frágil, envejecida, negra y débil.

Se quedaron mirándose. Veían la muerte el uno en el otro y les impresionaba. A Rudy le avergonzaba aparecer por ahí después de tantos años y encontrarse a Mama Mee con el mismo viejo vestido de estar por casa, mientras que él llevaba unos zapatos de veinticinco dólares que no le servían para protegerlo del frío; unos pantalones sport que costaban lo mismo y no abrigaban como se debía la carne menguante de sus caderas, muslos y pantorrillas; un abrigo de ciento veinticinco dólares que proporcionaba corriente en lugar de calor.

Entró.

—Hola, Mama Mee.

La casa olía como siempre; aquel aroma a repollo y codillo al fuego, incienso y hamamelis para el estreñimiento, el olor profundo y cálido de los muebles viejos y del ambientador en las esquinas desnudas con el papel despegado.

—¿Qué has estado haciendo, muchacho? —preguntó Mama Mee.

—Lo mismo de siempre.

—No, quiero decir a ti, ¿qué te has hecho, Rudy? —Sus ojos, que el tiempo había aguzado en vez de estropeado, se llenaron de dolor. El tumor que sobresalía en la negrura tersa y de doble profundidad de su frente se desplazó como una piedra bajo la piel cuando frunció el ceño a causa del dolor—. No eres el mismo, Rudy. Algo le ha pasado a mi chico.

—Déjame ir al baño.

—Ya sabes dónde está.

Volvía a aquel baño, un poco más grande que un armario, con un váter cuya cadena funcionaba a veces y un lavamanos de porcelana desportillado y agrietado que le goteó en los zapatos y se los empapó. Pero le daba igual. Ahora ponerse droga era lo más importante del mundo; era el mundo. Para él, llenar la cuchara, quemarse los dedos, absorber la mezcla con el cuentagotas, tenía más significado que cualquier otra cosa, incluso que la vida. Sin droga no podía vivir. Sin droga no quería vivir.

Se ató el cinturón alrededor de la parte superior del brazo izquierdo a toda prisa y las venas emergieron como una negrura bajo las costras muy desgastadas. La agitación le impidió acertar en la vena de la sangradura, y del agujero resultante brotó un súbito chorro de sangre, que recorrió el brazo y le manchó la pernera izquierda del pantalón. En el segundo intento acertó. Chutarse la droga fue como si algo le hubiera golpeado duro en la barriga. Estuvo a punto de caerse desplomado del asiento del váter, pero se mantuvo erguido y no retuvo la sangre en el cuentagotas. La droga era buena. Si jugaba con ella tal vez perdería el conocimiento. Tal vez moriría.

No hay manera mejor de abandonar este mundo.

Limpio el equipo a cámara lenta, con movimientos torpes. Le apetecía echarse en el suelo. El muermo le sobrevendría de un momento a otro, bajaría despacio la cabeza, la barbilla pegada al pecho, y los brazos se abatirían ante él. El muermo no era premeditado; llegaba de repente, sin avisar, y embotaba los sentidos, detenía y asesinaba cualquier mensaje del cerebro a los nervios motores, destruía todo pensamiento.

Dentro de poco se levantaría y recobraría sus facultades mentales lo suficiente para acabar de limpiar el equipo. Lo hizo con diligencia, como un soldado que limpiara su fusil; sabía que, como en la batalla, todo dependía de la fiabilidad de su arma, su vida dependía de su equipo.

Salió del cuarto de baño

en la lejanía un martilleo

y avanzó por la pulcritud de la uniformidad de la casa pobre, austera.

los latidos acelerados de su corazón

Mama Mee estaba cerca de la puerta de la cocina, cerca del cuartito que había sido de Rudy, con lágrimas en los ojos, su cuerpecillo encogido bajo el vestido raído de estar por casa.

era lo mejor que nunca había sentido

—Ven aquí —le susurró, mirándolo.

una calidez, una satisfacción tan exquisita, tan estupenda, tan o blaa dii

—Mi niño —gimió, sus manos exploraban la masa ósea de Rudy, y

la misión del yonqui nunca termina, afana droga de sol a sol

el chichón de la frente se hundía en el pecho de Rudy.

—¿Qué te has hecho, Rudy, qué te has hecho, por Dios?

—Estoy bien.

deputamadre, deputamadre

—Saliste de la cárcel y no viniste a ver a Mama Mee. No dejé de pedirlo de todo corazón, de pensarlo y desearlo una y otra vez. —Hundió más la cara en el pecho de Rudy—. ¿En qué me he equivocado? Dios mío, hago todo lo mejor que puedo, ¿en qué me he equivocado? Te quiero, Rudy, igual que quería a Lucas y a Lisa. Dime qué pasa.

—Estoy bien, Mama Mee.

¡porque la calentura te abrasa los sesos!

—No me mientas. ¡Te lo veo en los ojos, muchacho! ¡Estás enfermo! ¡Por favor, vuelve a casa con Mama Mee! Deja que Mama Mee cuide de su niño.

—Volveré.

—Por favor —suplicó Mama Mee—, por favor, no te alejes de mí, Rudy.

—Vendré a verte.

—No, Rudy...

Se espabiló y se apartó de ella.

—Volveré.

—No. Sé que no volverás. Harás lo mismo que la última vez, lo sé de sobra. Te vas y no volverás.

Dio media vuelta y fue despacio a la cocina.

Rudy ya se encontraba bien. Anduvo hasta la puerta de entrada con grandes zancadas, una calidez en el estómago, como si lo tuviera lleno de whisky pero sin su sabor. Con el sabor de la heroína.

—Volveré, Mama Mee —gritó hacia la cocina, y salió, a punto estuvo de dar un trapiés en los pronunciados escalones.

Volvería.

Si por casualidad caía por aquel barrio y necesitaba un sitio para ponerse, volvería.

Hizo a pie el camino de vuelta a la Noventa y tres, como si nada.

—Chorlito hijo de perra. Si conociera bien la ciudad iría yo a pillar —dijo Marsha Lee.

—Como vuelvas a llamarme algo así te muelo a palos —dijo Rudy.

—¿Has pillado? —le preguntó Alice. Estaba echada en la cama, tan frita que apenas podía moverse. Rudy sabía que el pavo de ella era peor que el de las demás.

—Sí, he pillado. —Tenía que hacerlo; después de pasarlas canutas, había topado con Ace, bien surtido. Ace le había vendido todos los taponos que necesitaba.

—Vamos a ponernos —dijo Leslie, que salía del baño en sostén y pantis, su cuerpo menudo y negro temblaba entero—. Me tocan seis.

Rudy puso la droga en la mesa, diez cápsulas. Se guardaba ocho. Marsha Lee se abalanzó sobre ellas. Leslie afanó seis y corrió al baño con Marsha Lee pisándole los talones.

Alice intentó levantarse de la cama, pero estaba muy débil; le dolía la espalda y tenía la barriga atenazada de espasmos. Las arrugas de la cara parecían más profundas; la tensión de cada músculo era muy visible en sus rasgos. Tenía azul e hinchado el contorno de los ojos, la sangre los había abandonado. Los labios estaban secos, cortados y lívidos. Sus esfuerzos por moverse eran apenas perceptibles.

—Ayúdame, Rudy.

Se quedó mirándola fríamente.

—Venga, lo vas a conseguir.

—No seas así, cariño, por favor. Ven a ayudarme.

—Puedes tú sola. No necesitas que te ayude.

Se puso de pie presa de temblores, el cuerpo doblado en la fina combinación que llevaba.

—Venga —dijo Rudy—. Venga. —Qué maravilla. Aquello era solo una parte de la venganza que había planeado—. Venga, tú puedes. Aquí hay droga. Levanta los malditos pies. —Conque chorlito, ¿no? ¿Un chorlito al que echarle el lazo para luego soplarlo por ahí?

Alice alcanzó la mesa, y Rudy le acercó una silla y le dio la última cápsula de Ace. Fue al baño, donde Marsha Lee y Leslie se estaban poniendo, y volvió con un vaso de agua. Alice había vertido el polvo en la cuchara. Con los dedos temblorosos, metió el cuentagotas en el agua, absorbió un poco y la

roció en el polvo. Luego arrancó un buen puñado de cerillas de un librito y las prendió, poniendo la cuchara sobre la llama.

—¿Qué pasa? —dijo Rudy al ver que ella se detenía.

—Mira —dijo Alice con incredulidad—. Ven, mira.

—¿Qué tiene? —Rudy observó el contenido de la cuchara, una masa espesa y pastosa que crepitaba y burbujeaba como bechamel al fuego.

—¡Eso digo yo! —gritó Alice—. ¿Qué es? ¿Qué coño es eso?

Rudy aparentaba desconcierto.

—No entiendo por qué tu mierda está mala; la de Marsha Lee y Leslie está bien.

Alice se puso a gemir y a gritar y a dar golpes en la mesa.

Rudy se volvió y sonrió para sí.

—Me habrán burreado —dijo.

Sabía que no.

3

En el dormitorio, Maxine Patterson observaba a su marido mientras este se vestía. Era como si sus ojos lo vieran por primera vez tras muchos años: sus hombros morenos, esbeltos y elegantes, su cabeza rapada, ladeada como si se preguntara algo. Es curioso, pensó, tiene casi treinta, pero para él es como si no pasaran los años. Supongo que lo ves así cuando quieres mucho a alguien.

Dirigió su atención hacia las voces litigantes de Lonnie y Virg Junior, en el salón del piso de abajo, para cerciorarse de que los juegos no habían tomado un cariz peligroso; luego sus ojos volvieron a su marido. Un arrebató de orgullo repentino la levantó y al instante la detuvo.

—Dame un beso —dijo arrimándose a él de puntillas.

Se la quitó de encima irritado.

—Me vas a hacer llegar tarde, Max.

—¿Por un beso?

Él columpiaba el nudo de la corbata azul marino bajo el cuello blanco de la camisa.

—Quiero empezar con buen pie. Llevo tres años esperando este ascenso. Quiero que todo vaya bien.

—Irá bien.

Se volvió hacia el tocador y se enderezó la corbata ante el espejo.

—Después de esperar algo tres años, cuando se hace realidad tienes la sensación de que es un sueño, y que un sargento te reprenda por llegar tarde puede resultar un duro despertar, qué te voy a decir.

Ella lo volteó y le dio unos golpes enérgicos en la frente con los nudillos.

—Tú ya no estás a las órdenes de ningún sargento, cielo, ¿es que no te entra en la mollera? ¡Eres un detective hecho y derecho!

—Razón de más para llegar puntual —dijo—. El tipo con el que voy a trabajar es un veterano, lleva años en el cuerpo, quiero que vea que estoy atento.

—Estabas atento cuando aprobaste el examen hace tres años —dijo seria—. Si es el veterano que imagino que es, digo yo que verá por tu nombramiento que el cuerpo de policía no es muy quisquilloso con la puntualidad.

—Eso no me lo dirías si hubieras visto a mi viejo salir cagando leches cada mañana para ir a la Jefatura en aquella bañera que conducía.

—De eso hace veinte años. Los tiempos han cambiado —dijo ella, encendiéndole un cigarrillo mientras él se ponía el abrigo—. Cuando tu viejo era poli, un negro solo se acercaba al escritorio de un detective con cubo y fregona. Piénsalo, Virgil —dijo orgullosa, enderezándole las solapas del abrigo—, ¡eres detective!

—Cosa seria —dijo con una amplia sonrisa.

Lo agarró del brazo.

—Venga, he dejado a Virg y Lonnie que se acuesten más tarde para que te vean salir.

—Un segundo.

—¿Qué pasa?

Abrió el cajón del tocador y sacó una pistolera de piel, negra y nueva, su fuerte olor llenó la habitación. Contenía una treinta y ocho gris de cañón corto.

—¿Te gusta? Hay una tienda justo enfrente de la oficina. Cuesta una fortuna, pero a los polis de paisano nos obligan a llevar una propia. —Ella lo miró en silencio mientras se la ataba—. La pistola es reglamentaria, igual que la Smith & Wesson, solo que esta pesa como medio kilo menos, y el mecanismo es mejor; la he probado esta tarde en el campo de tiro. —Levantó la vista y vio que ella lo miraba de una forma extraña—. ¿Qué pasa, Max?

Ella apartó la mirada.

—Virg, ¿qué tipo de trabajo harás con la Brigada de Estupefacientes?

—Aún no lo sé. No creo que sea muy diferente a lo que hacía en el coche patrulla.

—¿Será... peligroso?

Se apresuró a atraerla hacia sí.

—Cariño, todos los trabajos tienen su peligro, ya lo sabes.

—No me refiero a eso. —Cerca de él se sentía más segura—. Pensaba en la pistola... En las cosas que oyes sobre los drogadictos...

—Mira —dijo él con seguridad, rozándole afectuosamente la barbilla con el puño—. Llevo seis años en esto, soy uno de los mejores de la ciudad, y no he disparado a nadie ni una sola vez, ni siquiera por accidente. Con la Brigada

de Estupefacientes no será distinto, Max, créeme. Es un trabajo como otro cualquiera, como limpiar cristales. Y no dirás que no necesitamos dinero. Está el coche, la mesa y el juego de sillas...

—Lo sé, lo sé —dijo con fatiga—. La hipoteca, la televisión. ¡Ojalá nos entrara dinero tan deprisa como nos entran facturas!

—¡Esa es mi chica! —dijo él correspondiendo a su sonrisa—. Vamos abajo a ver a los niños. Tengo prisa.

Cuando bajaron los niños veían tranquilamente la televisión. Lonnie y Virg tenían ocho y nueve años, pero casi parecían gemelos, ambos tenían la complexión larga y delgada de su padre, la misma cara perlada sobre unos hombros muy rectos.

Lonnie fue el primero en ver a sus padres.

—¡Eh! —Dio un codazo a su hermano, sentado a su lado en el sofá—. Viene papá.

Virg dio un respingo.

—¡Papá! —La decepción apagó su mirada—. ¿Y el uniforme?

—Los detectives no llevan uniforme, tonto —dijo Lonnie—. Por eso son detectives.

Virg estaba contrariado.

—¡Me gustaba más con uniforme!

—¡Ya tienes uniformes en la cabeza! —dijo Lonnie a su hermano—. Oye, papá, ¿vas a investigar asesinatos y cosas así, como hacen en la tele?

—Si me dan un papel en la tele —dijo su padre.

—¡Venga, papá, lo digo en serio!

—Eso es lo mucho que sabes —dijo Virg Junior—. Lo que sale en la tele nunca es de verdad.

—Oídmeme, muchachos —dijo su padre, agachándose para dar un beso en la mejilla a cada uno—, me tengo que ir. Mañana por la mañana os contaré todo. Cuidad de vuestra madre.

Maxine le sostenía el abrigo. Le ayudó a ponérselo y se quedó largo rato esperando su beso, como si temiera dejarlo marchar.

—Ten cuidado —le dijo, la voz quebrada de ansiedad.

Los niños y ella se quedaron en la entrada mientras él arrancaba el Chevy y recorría la calle impecable, interracial.

—¡Mira tú! —murmuró Lonnie para sí—. Papá es detective, detective en la vida real.

Mance Davis terminaba un parte de arresto cuando Patterson se le acercó en la oficina. Sentado a su escritorio, dirigió al joven una mirada de indiferencia y siguió aporreando las teclas torcidas de su obsoleta máquina de escribir.

El motivo del parte era un yonqui agresivo que había dado problemas a Davis durante la detención, tragándose unas treinta cápsulas de heroína. Davis trataba de explicar, lo mejor que podía, la manera en que había estrangulado al individuo hasta que este había escupido las pruebas, y cómo en el proceso le había partido varios dientes al detenido.

Davis se hacía una idea de lo que era Patterson. Llevaba casi seis meses sin compañero, y ahora habían decidido que necesitaba apoyo. Veía a aquel tipo como algo que la Urban League se había sacado de la manga, elegido por tener los dientes más blancos y porque el trasero del pantalón no llamaba la atención. Era consciente, por supuesto, de que llevaban mucho tiempo intentando que ahuecara el ala. Pero lo que no sabían era que no se iba a mover, no hasta que no le diera a él la real gana.

Levantó la vista desde debajo de sus cejas pobladas e inspeccionó al tipo. Era joven, tenía cara de pánfilo y probablemente tuviera el pelo como un cepillo de alambre.

Aporreaba enfadado las teclas. Ahora todos se ponían en su contra, hasta el maldito Cuerpo de Policía. ¡Después de diecisiete años uno tenía derecho a que lo dejaran tranquilo!

Terminó el parte demasiado pronto, pese a su torpeza al teclear; pero quería que Patterson esperara un poco más. Se tomó su tiempo para releer el documento, y lo satisfizo su lacónica precisión. Al fin puso bruscamente la hoja en la bandeja de salida y se entretuvo a encenderse un cigarro que sacó del humidificador de su escritorio, aunque fumaba solo muy rara vez.

Consintió en dirigir la mirada poco a poco a Patterson, sin dejar de dar chupadas al cigarro.

Patterson se puso delante de su escritorio. Davis lo dejó titubear un rato antes de decirle nada.

—Siéntese —dijo por fin.

Patterson abrió la boca.

—¿Es usted Davis?

Davis señaló el rótulo con el cigarro apestoso.

—Eso dice ahí.

—Bien... —Patterson se quitó el sombrero y lo puso encima del escritorio, pero se apresuró a cogerlo ante la mirada de desaprobación de

Davis—. Me mandan de la Jefatura. Acabo de hablar con el teniente Stuart...

—¿Cómo te llamas?

—Virgil Patterson, señor.

—¿Cuánto llevas en el cuerpo?

—Seis años.

—¿Qué edad tienes?

—Veintinueve. Pronto cumpla treinta, señor.

—Muy bien —dijo Davis con sequedad—. No estaría tan bien si tuvieras treinta y cinco. ¿Cuánto dices que llevas en el cuerpo?

—Seis años, señor —respondió inquieto Patterson.

—¿Casado?

—Sí, señor. Mujer y dos hijos, señor.

Davis lo miró de cerca.

—¿Qué problema tienes?

—¿El qué, señor?

—Eso —dijo Davis señalándolo desdeñosamente con el cigarro—. Eso de «señor». ¿Te crees que estás en el Ejército? Debes de haber estado en el Ejército.

—Sí, señor, pero poco tiempo, en Corea...

—¡Bien, pues ahora no estás en el Ejército! Recuérdalo. No me gustan las formalidades, ¿me entiendes? Y me gusta que mis compañeros de trabajo sean puntuales —dijo mirando su reloj—. Has llegado veinte minutos tarde.

—Mire, señor, el caso es que...

—Y no me gustan las excusas —dijo Davis—. O aciertas o la cagas, una de dos, no hay término medio, ¿me entiendes?

—Sí, eh... sargento —dijo Patterson, más irritado que inquieto.

Davis se retrepó con toda su mole sin dejar de mirar al joven.

—Seguro que fuiste a la universidad.

—Sí... sargento. Central College.

—Graduado en criminología, supongo.

—Fue mi segunda especialidad.

—¿Qué sabes de mierda?

Patterson lo miró desconcertado.

—¿Sabes algo de potro? ¿De merca? —Davis siguió recreándose en la ignorancia de Patterson—. ¿Qué me dices de la grifa? ¿Sabes qué es un equipo? ¿Una caleta? ¿Sabes a qué se refiere un toxicómano cuando dice que está frito? ¿Y el fije? ¿Y la bolsa? Si un yonqui dice que quiere ligar, ¿qué dirías que quiere hacer? —Dio una larga calada al cigarro ante la expresión de

desconcierto de Patterson—. Te hago un resumen rápido, señorito diplomado. Los yonquis llaman potro a la heroína; a la cocaína la llaman merca, como mercancía. Grifa es marihuana; el equipo es el conjunto de utensilios que usan para inyectarse. La caleta es donde guardan la droga. Cuando un yonqui está frito, necesita chutarse; se encuentra endemoniadamente mal. Fije es como llaman a la adicción; la idea de chutarse se les fija entre ceja y ceja. La bolsa son sus provisiones de droga. Cuando van a ligar, van a comprar droga, a pillar.

Patterson sentía que le ardía la cara, y la irritación había aumentado.

—¿Nada más que necesite saber?

Davis esbozó una sonrisa detrás del cigarro.

—Desde luego, si es que puedes retenerlo todo de una sola tacada. La terminología de los yonquis es como un código. Lllaman lana al dinero. Cuando engañan a otro para quedarse con su dinero o su droga, dicen que lo han burreado. Un manco es un chulo, entre otras cosas. Un capo es un yonqui que no informa a la policía, aunque esa es una especie que está por descubrirse. El talco es heroína muy potente. Cuando un yonqui está rayado, es que está cabreado por algo o por alguien. Cuando está crujido, es casi lo mismo, pero puede estar crujido de droga, y entonces significa que va tan puesto que ya no sabe ni dónde puñetas está. —Hizo una pausa, masticó el cigarro—. Un tajo es un trabajo, pero no creas que los yonquis se molestan mucho en conseguirlo. Blanca, teca, tema, caballo... Todo eso es heroína. Un buga es un coche, probablemente robado. Un huero es un blanco. Si un yonqui dice que ha hecho un pastel, quiere decir que ha hecho un robo importante. Si tiene tapones, tiene heroína en forma de cápsula. —Se encogió de hombros—. Podría pasarme el día entero. Veo que todo esto es nuevo para ti. Tal vez debiste elegir criminología como primera especialidad, señorito diplomado... No te enseñaron una mierda.

—En eso no puedo darle la razón, sargento —dijo enfadado Patterson—. En la universidad aprendí muchas cosas.

Davis volvió a mirarlo de cerca.

—A mí me parece que uno tiene que saber de lo suyo. ¿Tú qué sabes de heroína?

—Sé —dijo Patterson sin poder evitar cierta irritación en el tono— que la descubrió un químico alemán, Gerhardt Dressen, en 1898, que es un derivado del opio y que desde que Dressen la descubrió no ha dejado de causarle problemas al mundo.

Davis se medio ahogó por el humo del tabaco, al que no estaba acostumbrado. El descubrimiento de la heroína era algo que siempre había ignorado. Apagó el cigarro en un cenicero y se levantó.

—A la calle, señorito diplomado, te voy a enseñar algo que en tu maldita universidad no saben ni que existe.

La primera impresión que Patterson tuvo de la Escena fue de una repugnancia insoportable. Sabía, aunque no era plenamente consciente de ello, que en su ciudad las prostitutas se ofrecían abiertamente en las esquinas, y que los traficantes y yonquis actuaban de forma pública y notoria. Siempre había vivido en un buen barrio, ido a buenos colegios, jugado en asociaciones recreativas de la comunidad. Ver a los niños de la Escena jugar a esas horas de la noche, expuestos a las garras de la adicción, le causó horror.

—Bonito, ¿eh? —dijo Davis, que conducía despacio por Maple—. La llaman la Escena. —Gruñó para sí—. Enseguida descubrirás el porqué.

Recorrieron la Cincuenta y cinco hasta la Setenta. En ese tramo Patterson contó no menos de veinticinco prostitutas y una veintena de individuos sospechosos.

—Pareces sorprendido, hijo —dijo Davis, volviéndose hacia él—. ¿No habías visto nunca nada parecido?

Patterson meneó embobado la cabeza.

—Conozco el centro, ya sabe, borrachos y vagabundos. Es la primera vez que vengo por aquí.

—¡Has estado protegido, muchacho! Aquí hay tantos especímenes que una liebre no podría menearles el culo a todos. Tendrías que haber estado en el Distrito Sexto hace mucho. —Se rio—. ¡Te habrías hecho un hombre de pelo en pecho!

En la siguiente semáforo se acercó a la acera y aparcó. Permanecieron callados hasta que Davis vio a un tipo saliendo de un bar.

Dio un codazo a Patterson.

—¿Ves a ese niñato engominado? Es un tipo llamado Ace, uno de los mayores camellos de la Escena; pero es un punto débil, lo conozco. Un día de estos va a fichar y me va a hacer unos cuantos favores, ya verás. Le pillará al Hombre, y tiene un contacto aquí, en el barrio italiano. —Davis observó al individuo que deambulaba con andares dislocados—. No tendré que tocarlo siquiera. Se derrumbará ante mí... Madurará como un melón y se partirá en dos. Lo he visto otras veces.

Patterson advirtió que las putas, como si de una marea humana se tratase, se retiraban calle abajo, cambiaban de puesto.

Un coche con caras blancas pasó a su lado, los ojos de los ocupantes los escrutaron curiosos.

—Más niñatos —dijo Davis señalando al vehículo—. Un par de críos muy colgados. Llevo un par de semanas viéndolos. ¿Te has dado cuenta de cómo nos miraban? Quieren pillar y les parece que cualquiera podría venirles bien. En la Escena lo están teniendo crudo: nadie quiere venderles porque son blancos. Deben de ser protegidos de Coca Prado, otro camello que andaba por aquí. Los de la basura lo recogieron hace pocas semanas con un pavo de mil demonios, tirado en la misma calle... Intoxicación por heroína. Era bastante importante; incluso pensaba que manejaba la línea caliente con México —murmuró para sí—... ¿Por qué acabaría partiendo peras con el Hombre? Pero a esos críos —le dijo a Patterson— también los van a fijar. Ya lo verás. Alguien la cagará y les venderá droga; tendrá que cargar con ellos... y con un muerto muy largo por vender droga a menores cuando lo descubramos.

De nuevo se hizo el silencio, y los ojos de Patterson sufrieron el asalto de la Escena, el pandemonio de voces extrañas, las muchas palabras salvajes, la pulsión vital de la calle extrañamente retorcida, una vida tan retorcida y deformada como la misma Escena, sensualmente infecciosa.

—Por ahí va otro personaje —dijo Davis señalando a un hombrecillo de hombros caídos que acababa de pasar—. Se llama Lou Tyler. Tiene un hotel calle abajo, una clásica conejera de yonquis. El hotel se llama Lou's, aunque lo lleva su mujer, Ella. Por la pinta no lo dirías, ¿verdad? Pues juraría que tanto él como su señora están surtidos hasta arriba. Un empresario honrado no ofrecería techo a diez o quince yonquis a cambio de nada. Le hablaré de él a Stuart. Tal vez podamos darle un meneo a ese sitio, averiguar qué se cuece.

—Es increíble que conozca a toda esta gente por el nombre —dijo Patterson.

—Llevo más de cinco años rondando por aquí —dijo Davis con un punto de orgullo—. Puede que no lo entiendas, pero este es mi elemento. Sé más de esta gente de lo que ellos mismos saben. —Como para demostrarlo, señaló con la cabeza hacia la acera de enfrente—. ¿Ves a ese fulano? ¿El que anda deprisa con la cabeza gacha? A ese no hay que quitarle ojo... Es Rudy Black, un yonqui de poca monta con un fije tremendo, pero merece que le prestemos atención. Tiene una puta llamada Nina Moten, muy cría... una pobre tontaina. —Davis sacudió la cabeza mirando a Rudy—. Sí, tenemos que vigilarlo de cerca. ¡Le está sacando partido a su chica! Nunca la veo cuando paso por su

esquina, el negocio le debe ir bien. —Torció pensativo la boca—. ¡Mira cómo va! Juraría que tiene los bolsillos llenos de droga; es probable que acabe de pillarle a alguien.

Patterson notó que se le amargaba la boca.

—Si sabe que todos estos llevan droga, ¿por qué no los arrestamos?

—Porque no los quiero a ellos, señorito diplomado, quiero a un pez mucho más gordo que estos gusanitos de yonquis y camelluchos. Quiero al Hombre, a ese quiero. —Señaló hacia la figura evanescente de Rudy Black—. Estos me van a ayudar a cogerlo. Yo los dejo en paz. Dejo que vayan a lo suyo. Elijo el momento de trincarlos. —Arrancó el coche, parecía repentinamente molesto—. Observa, señorito diplomado, y aprende. Este no es un trabajo sencillo, aquí nada se resuelve en un momento. Si no querías ensuciarte —concluyó con sorna—, haberte buscado un empleo de limpiacristales, no de estupa.

—Puede que lo haga —murmuró para sí Patterson, y el horror de la Escena amenazaba con tragárselo vivo.

4

Augustin Prado reconoció al chico en una nube.

Era consciente de que muchas enfermeras y médicos le habían estado haciendo algo aquel día, pero no lograba adivinar el qué. Estaba como si no pudiera moverse, como si algo pesado le oprimiera el pecho. No notaba ni los brazos ni las piernas, pero el dolor en los intestinos, en cierto modo, se había calmado.

En aquel momento de lucidez, lo primero que le vino a la cabeza fue el deseo insaciable de un pico. Había soñado que estaba constantemente puesto. El Hombre y él volvían a estar juntos, volvían a ser amigos. Ya no había desencuentros; Coca Prado era el surtidor fiable que siempre había sido, y no había problemas de dinero, ni de comisiones, ni lo ninguneaban, ni lo expulsaban de la banda...

Ahora estaba despierto y nada de eso era cierto, solo la cara delgada y angulosa de Frankie Wysocki inmóvil en el aire, cuyos ojos enloquecidos le suplicaban algo que no podía ofrecer.

¡En el nombre de Dios!^[1]

Frankie lo sujetó.

—No te muevas, Coca, te han atado los brazos. Te has estado arrancando el pelo.

Su cuerpo se desplomó entre las manos del chico.

—Te habría traído un pico —decía el chico—, pero Coca, ¡no hay manera de ligar en toda la ciudad! Tony Caseri tiene algo de tema, pero es básicamente leche en polvo, y se cobra cada tapón a dos dólares. ¡Yo no tengo ese dinero, Coca! ¡No lo tengo! Sabes que si lo tuviera te compraría.

—Avisa a Adele —dijo Coca, los labios pegajosos de su propia saliva—, dile que te he dicho que venga...

—Anoche fui con Tippy adonde trabaja. No estaba por ninguna parte.

Coca apenas oía las palabras. Volvía a arderle la barriga, y poco a poco recuperaba la sensibilidad en los brazos, que le picaban bajo las ataduras.

—El Hombre —dijo con la voz ahogada—... Ve a ver al Hombre, dile que necesito ayuda de verdad. Dile...

—Pero, Coca, yo no conozco al Hombre. No puedo ir a verlo.

—Me va a ayudar —dijo Coca reuniendo fuerzas—. Me debe mucho... Hice contactos importantes para él... Ve a ver al Hombre...

Frankie se enderezó, resignado.

—Lo voy a intentar, Coca. Pero hazte a la idea de que no va a servir de nada.

Augustin Prado no lo oyó; volvió al reino de los sueños, donde su relación con el Hombre era como antes.

Nevaba cuando Frankie salió por las amplias puertas de vaivén del Hospital Municipal. Los copos de nieve caían pesados y punzantes sobre su cara y el viento le llevaba los largos cabellos castaños a los ojos.

Ante él, aparcado junto al bordillo en el acceso curvo, había un Olds con nieve en la capota, el tubo de escape exhalaba humo azulado con desgana.

Cuando Frankie entró el chico que estaba al volante alzó la vista. Tenía un cuerpo como hecho de ramas, y la cara, nítida en el interior oscuro del coche, era imberbe y hermosa.

—Vámonos —dijo Frankie—. Acelera, deprisa.

El coche arrancó, patinó por un momento al perder tracción las ruedas, y al fin se impulsó enérgicamente cuando el cambio automático hendió en la nieve las ruedas traseras.

—Tuerce a la derecha —ordenó Frankie.

El coche voluminoso tomó Pennsylvania Avenue, la vía más grande de la ciudad.

Los ojos del muchacho al volante no perdían de vista el tráfico.

—Vamos a la zona alta, ¿no?

—Tú conduce y ya, Tippy.

—Bueno, necesito gasolina. Hay que parar en algún momento a echar gasolina. —Se quedó unos instantes absorto en la conducción—. ¿Qué ha dicho el panchito?

—Ha dicho que vayamos a ligarle donde el Hombre.

—¿Cómo vamos a hacer eso? —preguntó Tippy—. Ni siquiera conocemos al Hombre.

—¡Pues a algún sitio tendremos que ir, imbécil! No hemos ligado un pico decente desde que ingresaron a Coca. Ni siquiera anoche... Ese tío que

conoces del colegio nos la dio con queso. Viene y resulta que ya no son cinco tapones, que son tres.

—Lo que yo digo es: ¿por qué preocuparse por el panchito? Si se pone un pico la palma, ¿no? ¿Por qué hay que preocuparse?

—Porque lo necesitamos —explicó paciente Frankie—. Sin él no vamos a ninguna parte, ¿lo entiendes? Aparte de Coca no conocemos a ningún otro traficante.

—Mira el depósito —dijo Tippy—. Estamos casi sin gasolina. Mi viejo ni sabe que le he cogido el coche. Como se entere me calienta.

—A tu viejo que le den —soltó Frankie—. Para en la próxima gasolinera que veas. Te pago la maldita gasolina.

En el cruce de Pennsylvania con Mt. Vernon se detuvieron en una gasolinera. No había coches, salvo un par en las plataformas elevadoras del garaje, y la nieve se amontonaba en los accesos.

—Aquí no hay nadie —dijo Tippy.

—Vamos a esperar.

Nadie salió.

—Vámonos —dijo Frankie.

—Espera. Fíjate, allí no hay nadie.

—Y qué.

—¿Y qué? ¿Y qué? Esa caja registradora está pidiendo a gritos que se la lleven. Con un buen fajo ligamos a lo grande.

—No seas imbécil.

—¡Sabes que podemos! Doblamos la esquina para que nadie se quede con la matrícula, y uno de los dos se lleva la caja. ¿Qué dices? ¡Está tirado, Frankie!

A Frankie empezó a gustarle. La parte de delante de la gasolinera estaba poco iluminada, y las latas de aceite de motor de las ventanas impedían ver el interior. Desde donde Tippy detendría el coche, la distancia hasta la gasolinera era de unos quince metros.

La idea le produjo una extraña excitación. Sus anteriores robos nunca habían sido tan audaces.

—De acuerdo. Tippy, vas tú. Yo te espero al volante.

—¿Yo?

—¡Sí, tú! Ve tú.

—¿Por qué? ¿Por qué me la tengo que jugar yo cuando se me ha ocurrido a mí?

—¡Pues porque es tu idea!

A regañadientes, Tippy salió marcha atrás del acceso y aparcó el coche cerca de la esquina, dejando el motor encendido.

—Bien. Anda, ve —le dijo Frankie.

Tippy se detuvo con un destello de rebeldía en los ojos.

—Escucha, ¿me ves cara de tener que cargar siempre con el muerto? Cuando levantamos el whisky en Farnham's, lo mismo.

—Es una manera de demostrarme agradecimiento —dijo herido Frankie—. ¡Por cuatro asquerosos pavos! ¿Y yo qué? ¡Llevo dos meses jugándomela, ligándole al panchito para que tú te pongas! Solo con eso ya voy de cabeza al saco. —Agarró a Tippy del cuello del abrigo con una mano—. Yo no tengo que pagar el pato por ti. Cuando te fijé en el instituto llevaba ya un año poniéndome blanca. No me haces falta.

La mirada de Tippy se enturbió de miedo.

—¿Qué quieres decir?

—Digo que ligues tú mismo si quieres, sin mi ayuda.

Era un ultimátum, y Frankie lo sabía. Tippy no podía conseguir un contacto de forma inmediata. Coca estaba ingresado y Tippy, como Frankie Wysocki, era de esos de los que tanto recelaban los grameros, de esos cuyas caras decían «¡Cuidado conmigo! Me pongo pero no me hago responsable».

—¡A la mierda! —Tippy trató de decirlo suavemente—. Lo voy a hacer para que veas que no soy un gallina.

Se quedó un buen rato parado junto al coche arreglándose el cuello del abrigo, atemorizado. Luego echó a andar, encogido bajo las suaves ráfagas de nieve, y desapareció al doblar la esquina.

Frankie se deslizó al asiento del conductor, agarró el volante y le gustó la sensación. Amplitud por todos lados. Una verdadera preciosidad, aquel Olds.

Se relajó, y el efecto de la droga que se había puesto un poco antes lo asaltó como una enorme y peluda bestia de la jungla. Se entregó a aquella placidez, cabeceando...

—Tienes diecisiete, Frankie. Yo dieciséis.

—¿Y qué?

—Pues que somos demasiado jóvenes.

—Te repito: ¿Y qué?

—Pues un montón de cosas. Te crees listo.

—Soy listo.

—Pero conmigo no vas a poder.

—Ya he podido.

—No, aquí en el salón de tu madre no.

—¡No es mi madre!
—Bueno, tu madrastra. ¿Qué diferencia hay?
—Mucha.
—¡Frankie, no!
—No te voy a hacer daño.
—Son sensibles... Les pasa a todas las mujeres.
—Déjame besarlas.
—¡No, Frankie, no! Tu madre podría...
—¡Te digo que no es mi madre! ¡Es una polaca cateta y asquerosa!
—Yo también soy polaca, y tú también.
—Polaca profunda, quiero decir, con paja en las orejas todavía. ¡Yo soy americano!
—Bueno, tu padre la quiere.
—Claro. ¡Al muy imbécil le chifla todo lo cateto, desde la maldita *kielbasa* hasta la Asociación de la Comunidad del Pueblo!
—Suéltame, Frankie... Por favor, Frankie, no... ¡Se va a romper!
—No quiero que vuelvas a decir que es mi madre.
—Por favor, Frankie, te juro que no lo he hecho nunca... ¡Frankie!
Levantó con un respingo la cabeza. Volvía a ser plenamente consciente de sí.

Había cabeceado un instante brevísimo y había vuelto con Helen. Hacía más o menos un año. Aquella noche fue cuando conoció a Coca en los billares Lenny's, tras salir del baile con ella en el Arcadia y parar por su casa.

Luego dejó a Helen en la puerta de la casa de ella, sonriente. La chica había actuado como si esa primera vez no hubiera sido nada. A ella le gustaba mucho él.

Y después fue a los billares porque no quería volver temprano a casa y tener que oír el rollo pegajoso que se traían el viejo y Kathrina, su esposa desde hacía dos meses. Ella venía de Kutty, un pueblo polaco cercano a la frontera con Rumanía, y el viejo era de Kolomyja, que no estaba muy lejos.

Jugó tres partidas a snooker con Coca, y luego fueron a la pensión donde vivían Coca y Adele, y Frankie probó la mierda por primera vez en su vida.

¡Era lo más de lo más! Era como que Stan Getz tocara echado sobre un millón de dólares tocando «Too Marvelous For Words». Nada le había afectado de ese modo nunca, ni la grifa, ni el whisky ni nada. No te daba la tontería como cuando fumabas grifa, ni te ponía escandaloso y tarumba como la priva. ¡Era una locura, tío, una locura de buena!

Más tarde, puede que cuatro o cinco días después de ponerte, te daba un poco el pavo. Era como estar resfriado. Pero nada importante, ni mucho menos lo que se inventan en los libros, tipo luces locas que ves girar en tu cabeza o que te suicidas y toda esa porquería.

¡Tío, es una manera de estar de puta madre!

Coca ligó y lo fijó. A Coca le gustaba Frankie, ¿o no? Fue ligando y fijándolo y ligando y fijándolo y ligando.

Luego lo dejó en la estacada. De pronto el Hombre había descubierto que Coca no era indispensable.

Después su cuerpo sufrió un tormento mucho más atroz de lo que jamás había creído posible. Comenzó a faltar a clase; estaba demasiado letárgico para competir con sus compañeros.

Y como estaba siempre solo, apartado de porreros, trompas y Demás Bienaventurados que no eran otra cosa que aborregados, su deseo de sentir que alguien lo necesitaba lo impulsó a buscarse un compañero, una víctima, otro como él.

Tippy era su mejor amigo. Le había hecho un honor, entonces, fijándolo en la locura del Potro Salvaje, ¿o no? ¿Acaso no le había dicho «Nadie te obliga, tienes todo el derecho de ser un cagón»?

Y bien, ¿qué importaba que eso no debiera hacersele ni al peor enemigo? Tippy ya no era un crío. No tenía por qué ponerse nada si no quería. Además, le había descubierto a aquel tontaina el placer más grande del mundo: EL TEMA.

TEMA.

TEMA.

TEMA.

¡Fíjame un poco más y dime que soy una kielbasa!

Al pensarlo desplomó la cabeza hacia delante.

A veces tenía ganas de llorar. Estaba tan frito que tenía ganas de llorar. Los robos ponían a prueba sus nervios, porque él no era ladrón. No podía mantener un trabajo bastante tiempo para dar de comer al mono; las ocho horas pasaban demasiado despacio. El gorila no entendía de horas. Dormía como un bebé feo y enorme y de repente rompía a llorar con una insistencia monstruosa.

Recordaba aquella mañana en que su padre estaba en el trabajo y su hermano menor y su hermana habían ido al colegio. Arrinconó a Kathrina en la cocina.

—Estoy frito —le dijo—. Necesito dinero.

—Dinero no tengo, Franik.

—No me mientas, lo he visto. El viejo te da.

—Franik...

—No, Franik no... ¡Frank! F-R-A-N-K. Así me llamo. ¡Como *tank*, como *stank*, pestazo, lo que huelo cada vez que te veo!

Lo rehuyó, los ojos se le llenaban de rabia ante el tono violento de él.

—Yo no entiendo...

—¿Entiendes dinero? ¡Dinero! Lo que le exprimes a mi viejo. ¡Dámelo! ¡*Pieniadze!*

—Yo no tengo...

La agarró del brazo, sus dedos delgados mordían la carne firme.

—Te crees... —empezó.

En ese momento el puño de ella describió un arco y golpeó duro la mejilla de él, demostrando nervio y rapidez. Se puso detrás de la mesa de la cocina y se quedó mirándolo suplicante y airada.

—*Co ci jest, Franik? Co ci jest!*

—¡A mí no me pasa nada! —le gritó—. ¡Eres tú, zorra! ¿Crees que puedes ocupar el lugar de mi madre? ¡Pones en ridículo a mi padre, puta!

Fue hacia él rodeando la mesa y le arrojó una pesada fuente de porcelana, pero falló.

—*Pies krew pieklo!* —gritó furiosa, la cara encendida y los ojos destellantes—. ¡Mi hijo, lo más quiero! ¡Tú dices! *Ty pies!* ¡Te quiero, te mato!

Estaba atemorizado. Reculó, le ardía la mejilla en la que había encajado el golpe.

A salvo en el umbral de la puerta, gritó:

—¡Vete! ¡Vuelve a tu país, careta!

Y salió corriendo, frenético, sabiendo que no podría volver en mucho tiempo, tal vez nunca, porque su padre lo mataría.

De pronto se abrió la puerta del acompañante y Tippy subió a toda prisa. Frankie puso la marcha y pisó a fondo el acelerador. El coche salió a toda velocidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Frankie, el corazón en un puño. Tippy miraba fijamente la calle a través de la ventana trasera medio helada—. Joder, ¿qué ha pasado? ¿Has conseguido el dinero?

—No... no he conseguido nada.

—¿Cómo?

—El tipo me ha visto, Frankie. Estaba detrás engrasando un buga y lo veía todo clarito.

—¿No has conseguido *nada*?

—¿Y cómo iba a hacerlo? El tipo estaba allí plantado viendo todo lo que hacía.

Frankie sintió que el frenesí de su corazón remitía. En cierto modo estaba aliviado. Se habían acercado mucho, habían estado a punto de hacer algo casi idéntico a lo que salía en los libros y en las películas: dos tipos atracando una gasolinera para comprar droga.

El siguiente capítulo le daba pavor: matar por droga.

Pero no era así. Uno no mata a alguien sin más. Por nada. Cuando se mata, normalmente es por algo, ¿o no?

Con el tema no era así.

Adele los vio llegar al bar. Se quedaron en la puerta sin entrar, indecisos, obviamente dudaban por su edad, y esto dio a Adele la oportunidad de alejarse de la barra e ir a ocupar una de las mesas de atrás. Tras sentarse trató de esconder la cara, pero ellos la vieron de todos modos y se le acercaron. Sintió que se le hundía el corazón bajo el efecto de la mezcla de heroína y cocaína que se había puesto una hora antes; sabía que venían por Coca, esperaba que le trajeran la noticia de su muerte.

Desde que ingresaron a Coca en el hospital, Adele había vivido una libertad desconocida hasta entonces. No había tenido que ir a trabajar a la Escena ni una sola noche. Coca había sido un chulo muy exigente. En casi diez años había aniquilado hasta el último vestigio de su vida anterior: el desierto de Arizona, la Escuela de Nuestra Señora, el páramo desalmado de Tucson.

Todo eso dejó de tener sentido cuando conoció a Coca. Juntos huyeron como liebres del desprecio de la gente hacia un mexicano y una mujer blanca.

Oyó ausente la voz joven y aguda de Frankie.

—Dile que iré mañana.

—Hoy ya hemos ido —dijo Frankie—. Lo tienen en el área de psiquiatría. Necesita más caballo. Deberías ir a verlo... Se está muriendo.

—¿No sabe que es venenosa, la mierda? —dijo ella satisfecha—. ¿No sabe que si se pone ahora la palma? Dile que iré a visitarlo en algún momento.

—Me ha dicho que fuera a ver al Hombre —dijo Frankie.

Los labios de Adele esbozaron una vaga sonrisa.

—¿Y qué cree que hará por él ese cabrón? Para el Hombre, Coca ya está muerto. —Rio de forma apenas audible—. Qué manera de agradecersele. Hace años Coca consiguió al surtidor de la frontera mexicana cuando el Hombre empezó aquí, en esta ciudad. Durante años el cabrón sacó partido de lo que Coca había hecho por él, y luego ya no lo quiso para nada. Solo porque Coca le pidió más dinero. El Hombre no quiere saber de él. —Volvió a reírse—. Así se lo agradece, mira tú.

Frankie la observaba, y ella notaba la envidia de un yonqui hacia otro drogadicto que había logrado pillar. Ser mujer era útil, pensó ella al recordar su reciente alianza con Tony Caseri, uno de los traficantes más ricos del barrio italiano. Si eras buena con Tony, él era bueno contigo; te llevaba dinamita.

—Se supone que eres la tipa de Coca —dijo Frankie—. ¿Por qué no lo cuidas? Si no se pone mierda se va a morir.

Adele lo miró irritada.

—Se va a morir si se pone mierda. Y yo estoy en la mierda, ¿me entiendes? Además de darle de comer al mono tengo que ocuparme del alquiler de la habitación y de otras historias. Coca sabe lo que tengo encima.

—¿Por qué no pillas por nosotros? —le preguntó Frankie—. Desde que Coca no está no tenemos a un surtidor que sea jefe. Tú sabes dónde pillar... Ya estás puesta.

—¿Por qué tengo que hacerlo yo? ¿No conocéis a Tony Caseri, el de la Setenta?

—Su mierda no está buena —intervino Tippy.

—¿Y qué pasa? Se parece a mierda, ¿no? —Lágrimas de autocompasión le empañaron los ojos—. Santo Dios, ¿qué esperáis que haga? El mundo se me echa encima, nadie me da una mano.

El dueño del bar, un hombre grande y gordo de más de un metro ochenta, se acercó a la mesa.

—¿Conoces a este par, Adele? —preguntó.

—Échalos de aquí —farfulló detrás de la manga—. Son unos niñatos.

—Largo —dijo el dueño—. ¿Queréis que me quiten la licencia? Qué pasa, ¿os manda la poli?, ¿quieren que muerda el anzuelo? ¡Largo de aquí!

De malos modos echó a los chicos al frío de la noche y volvió adonde todavía estaba sentada Adele, los brazos le hacían de nido a su cabeza de flor con tinte barato.

—Eh —dijo él sacudiéndola bruscamente—, hay un tío en la barra, igual te ganas un par de pavos.

Adele levantó la cabeza. Borró la sequedad de sus labios con la lengua.

Con esfuerzo se levantó para ir al encuentro del premio de tres dólares que la esperaba en la barra.

Te he estado viendo... Eso había dicho el Hombre. *Te he estado viendo por la Escena, Black, y creo que serías un buen camello...*

Los pies de Rudy se hundían en la moqueta de felpa del pasillo mientras se alejaba del piso del Hombre. En el bolsillo del abrigo, envueltas en grueso celofán, había cien cápsulas y un cuarto de onza de heroína. Por cada dólar vendido de heroína se quedaría con cuarenta centavos. Pese a que las matemáticas no se le daban bien, no le resultaba muy difícil calcular que ese porcentaje de venta le iba a reportar al menos ciento treinta dólares.

Ahora tenía que ir a la Escena y hacerles saber a los demás yonquis que llevaba la bolsa. Sabía que el grameo sería lento las dos primeras horas, pero cuando todo el mundo hubiera catado la droga y comprobado lo buena que era, se iba a hartar a pulir.

Estaba pletórico, no veía la hora de volver a su habitación del Lou's y catar la mierda.

La mierda no podía haber llegado en mejor momento. Nina se había largado no sabía dónde un par de días, de modo que le faltaba su pellizco. Por si eso era poco, las rateras se habían pescado a otro yonqui para que les hiciera de chófer, así que tampoco podía contar con lo que pudiera sacarles a ellas. Sin embargo, disponía aún del pastel que Marsha Lee le había escondido en el armario; no iba a dejar que se esfumara bajo ninguna circunstancia.

Todo le iba de maravilla, ¡de maravilla! En cuanto saliera del bache y enderezara el rumbo, vendería el Buick y se compraría un Cadillac. ¿O creían los chulos venerables del Garden que solo ellos podían conducir cochazos? ¡Que les den! Rudy Black, el purasangre, el capo. Se imaginaba sus caras cuando lo vieran con la bolsa, sus enormes sonrisas cuando se le acercaran a hacerle un trato de diez o veinte dólares.

Oyó voces que subían por las escaleras y se detuvo a escuchar. Agarró fuerte la bolsa de la droga con ambas manos. ¡No podían ser los maderos! Los maderos no se atrevían a ir a casa del Hombre.

Pasos escaleras arriba. Reculó en el rellano, un cepo de miedo le apresaba el corazón. Ya podían haber ido a casa del Hombre cualquier otro día, pero no, los maderos tenían que ir justo la noche en que a Rudy le daban la bolsa por primera vez.

Contuvo el miedo y buscó un sitio donde esconderse. No podía ser la madera. ¿O no le había dicho el Hombre que tenía la comisaría del Distrito Sexto bajo control? ¿No le había dicho a Rudy que si lo trincaban no tenía ni que preocuparse ni que escabullirse por nada, porque lo iban a soltar en un par de horas?

Miró atrás a la puerta del piso del Hombre, la última del pasillo a mano derecha. A muchos metros de distancia estaba la salida a la escalera de emergencia. Rudy corrió hacia ella. Las escaleras de emergencia descendían vertiginosamente y a punto estuvo de irse de cabeza. Mantuvo el equilibrio y apoyó la espalda contra la puerta. Oyó gente andando en el pasillo.

Con mucho cuidado abrió la puerta unos centímetros y miró. Dos blancos, chavales, llamaban a la puerta del Hombre. Rudy oyó que Sylvia les respondía.

—¿Está Floyd? —gritó el chico alto.

—No —respondió Sylvia sin abrir la puerta.

—¿Cuándo vuelve?

—No sé.

—¿Quién eres? —preguntó el chico.

—¿Por?

—Quiero ver a Floyd. Dile que salga.

—¡Lárgate!

—Antes quiero ver a Floyd.

—¡Ya te he dicho que no está! ¡Y ahora largo!

—No me voy hasta que no vea a Floyd —se empecinó el chico.

La puerta se entreabrió y Rudy vio que por la rendija asomaba la cara menuda, morena y ratuna de Sylvia Dutton.

—¿Qué demonios queréis?

—Mire, señora —dijo el chico alto—, nos manda Coca. Nos ha pedido que hablemos con Floyd de su parte. Está frito en el Hospital Municipal y nos ha dicho que viniéramos...

—Oye, muchacho —dijo Sylvia—, si sabéis lo que os conviene, largaos de aquí.

—Pero señora...

—Óyeme —dijo Sylvia—, tengo una pistola aquí mismo. Si no os largáis te prometo que os pego un tiro. —Los chicos comenzaron a recular—. ¡Largo y no volváis! —gritó y cerró de un portazo.

Los muchachos comenzaron a bajar las escaleras.

Rudy se metió en el pasillo. Los siguió deprisa, tanteando el paquete de su bolsillo. Desde luego que no eran policías, pero no entendía cómo habían averiguado la dirección del Hombre. La mayoría de yonquis de la Escena no la sabían.

Tal vez fuera cierto que los mandaba Coca Prado. Todo el mundo sabía que estaba frito en el hospital.

Se decidió deprisa y corrió a buscarlos antes de que abandonaran el edificio. Los atrapó justo en las escaleras de entrada.

—¡Eh! ¡Eh, blanquitos! Acercaos un segundo.

Aquella sería su primera venta, y tal vez lograba fidelizar a esos muchachos. Todo traficante tenía a cinco o seis hueros con los bolsillos llenos.

Entonces Rudy les vio las caras y supo instintivamente que los muchachos eran novatos. Los asaltó con su mente maquinadora de yonqui.

—¿Queréis tema? —dijo—. Tengo bolsa, pero es tan buena que va a dos cincuenta el tapón.

—La semana pasada te enseñé casi toda la Escena —dijo Davis llevando el Ford por Pennsylvania, conduciendo deprisa entre copos de nieve salpicados de luz—. Ahora estoy a punto de enseñarte la base de operaciones.

Recorrieron muchos bloques más allá de la Ochenta y ocho. Davis aminoró cuando se acercaban a la Noventa y dos.

—Ahí —dijo—. ¿Ves aquella empresa de transportes... Angelo's Transit? Es de Floyd Angelo, el Hombre. Perfectamente legal. Se dedica al transporte ligero y tiene un par de tráilers que se los alquila a una siderúrgica del centro.

—Parece grande —dijo Patterson.

Davis gruñó.

—Lo es. Dirías que alguien que factura cincuenta mil dólares anuales de forma legal debería darse por satisfecho, ¿verdad? Pues el Hombre no... No está hecho de esa pasta.

—Asombroso —dijo pensativo Patterson.

—¿Asombroso por qué? —dijo Davis—. El Hombre es un angurriente, pura y simplemente. Es como esos cerdos que nunca tienen bastante, por más

pienso que les des. Aunque es tan listo como insaciable. —Siguió avanzando y dejó atrás la Noventa y cinco—. ¿Ves ese edificio de viviendas de la esquina? También es del Hombre. Un edificio de cien mil dólares, treinta viviendas. Se lo compró a una empresa inmobiliaria hace tres años. Paga la módica cifra de quinientos al mes, y le proporciona unos ingresos brutos de dos mil al mes, aproximadamente. Y ahí no acaba. Tiene otras tres viviendas, casas particulares, desde donde maneja el negocio de la droga.

—No puedo entenderlo —dijo Patterson—. Podría dejarlo ahora mismo y vivir dentro de los límites de la ley el resto de su vida. ¿Por qué correr el riesgo de que lo pongan entre rejas?

—Algunos tienen un fije con el dinero peor que el de muchos yonquis con la droga —dijo Davis—. Además, el Hombre se debe a la banda. No dejo de pensar que es un angurriente, porque si uno quiere deja cualquier cosa... Pero puede que el Chico de Arriba no quisiera soltarlo. No me extrañaría. En esta parte de la ciudad, el negocio de la droga mueve tanto dinero que si el Hombre bajara la persiana las pérdidas serían millonarias. —Davis dejó de hablar y dirigió toda su atención al edificio de viviendas—. Aun así, Floyd Angelo *podría* dejarlo, pero no lo hará. Está colgado, colgado de verdad.

Al pasar por delante de la entrada diáfana del edificio, Davis tuvo un sobresalto.

—¡Benditas mis nalgas! ¡Allí está Rudy Black!

Patterson dio un respingo en el asiento. Davis detuvo el coche junto al bordillo y apagó el motor.

—Ahí —dijo, señalando por la ventana trasera—. Con esos dos críos. Parecen ese par de niños que llevan un tiempo merodeando por la Escena.

—Les está dando algo —dijo Patterson aguzando la vista.

—¡Ya lo creo! —dijo Davis—. A mí me parece que el golfo de Black lleva una bolsa, ¿a ti también? ¡Sí, lleva una bolsa!

Patterson se dispuso a entrar en acción.

—¿Cómo vamos a cogerlo?

Davis hizo un gesto de desdén con la mano.

—No vamos a saltarle encima. Vamos a jugar con él, como con los peces gordos. Lo peor que podríamos hacer sería trincarlo justo delante de la casa del Hombre.

Davis observó atentamente la transacción entre Rudy y los chicos.

—Algo va mal. Están discutiendo. Diría que Rudy intenta burrearlos. El tema está a un dólar con veinticinco centavos en el mercado. Rudy quiere cobrarles más.

—Son menores —dijo Patterson—. Usted dijo que al primer traficante que les vendiera droga le iba a caer un buen muerto.

—Escúchame —dijo Davis con firmeza—. Sé lo que hago, ¿me entiendes? Así que mantén la boca cerrada y puede que aprendas algo, señorito diplomado.

Patterson enmudeció. Empezaba a entender que cuanto menos dijera e hiciera en presencia de Davis mejor le iría.

—Ahhh —dijo Davis casi con fervor—. Han pillado. Ya se van. —Dio un manotazo al respaldo del asiento—. ¡Buena noticia! Volverán a ver a Rudy, por descontado. ¡El Hombre acaba de dar un patinazo! En el piso tiene una puerta que no se puede atravesar ni con lanzagranadas. Cada vez que creemos que podemos enmarrarlo, alguno de sus abogados unta a la persona indicada. Ni siquiera sabemos dónde tiene la caleta, tan listo es. —Giró la llave de contacto y arrancó despacio—. Pero Rudy Black es otra historia, tengo una corazonada. Espera y verás... ¡Tengo una corazonada!

Patterson no dijo nada, le hervía la sangre. El veterano notó el enfado.

—Mira... Hay una mujercita negra que gramea en la Escena, Bertha Travis. Creo que está a punto de caramelo; lleva solo unos pocos meses vendiendo, desde que a su hombre lo pusieron a la sombra por un robo. Dentro de una semana o así te dejaré que pruebes a trincarla, solo para ver cuánto aprendiste en la universidad.

A partir de ahora mantendré el pico cerrado, resolvió Patterson. No le voy a dar a este cabrón más oportunidades de pisotearme.

Sonaba bien, pero no acababa de parecer lógico que toda la culpa recayera en Davis. No quería admitir que era aquel trabajo, la inmundicia como casquería de esa gente obsesionada por los estupefacientes. En todo aquello había algo sucio de lo que nunca te librabas del todo.

—Damos una vuelta y nos vamos para casa —dijo Davis.

Patterson se volvió y observó el furor de neón de la Escena, quería probar que él era más grande que ella.

5

Fuera la lluvia rebanaba la nieve sucia de la calle lateral, asaeteaba los montones espalados, ennegrecidos, inundaba de agua las aceras irregulares. Se oyó vagamente el gemido lento del silbato de la fábrica de cajas que indicaba las cuatro en punto de la tarde.

La lluvia de invierno caía sin parar, salpicaba la cara indeleble del barrio.

Desde donde estaba sentada, a través de la ventana que daba a la calle, Constance Purtell vio venir deprisa a Ace y a Rudy Black. Sentía que su carne se estremecía, pensó vale la pena, sé que vale la pena.

Se levantó en un arrebato, ciñéndose el vestido de estar por casa, sin botones, arrugado y abierto, en torno a la oscura abundancia de su cuerpo.

Alcanzó el teléfono del pasillo y marcó un número. Oyó los tonos al otro lado de la línea.

—¿Mamá? Hola, soy Connie —dijo.

—Sí, ya sé, cariño. ¿Dónde estás? ¿Pasa algo?

—No, mamá, es que... Bueno, se me ha ocurrido llamarte para ver cómo estabas, solo eso.

—¿Estás trabajando?

—Acabo de salir del trabajo. —Se mordió el labio, qué fácil era decir mentiras ahora—. Estoy en el piso. Velma, ¿sabes?, mi compañera de habitación, está a punto de llegar. Vamos al teatro.

La puerta de la entrada se abrió y oyó las voces graves de los hombres.

—Mamá...

—Dime, cariño. Connie, ¿qué pasa?

—Nada... nada. Pensaba que se había cortado. —Subió el tono de voz con una alegría exagerada—. ¿Cómo te va? ¿Qué tal están Clara y los niños? El otro día la vi en el supermercado...

—Clara está bien, cariño. Pero el pequeño Haywood tiene tos ferina. Acaba de llamarme y me ha dicho que Seymour se lo va a llevar al médico cuando vuelva de trabajar.

—¿Seymour?

—El marido de Clara, Connie. Jesús, ¿qué te pasa? No parece que estés bien.

Oía los pasos a su espalda, avanzando. Su carne volvió a estremecerse, un escalofrío le subió hasta el cuero cabelludo.

Soltó una risotada nerviosa.

—Por Dios, mamá, ¿por qué lo dices? Estoy bien; nunca he estado mejor. No cambiaría mi vida actual por nada en absoluto.

—Pero ya no te veo nunca, Connie —dijo su madre en tono de preocupación evidente—. Yo sola en este caserón, Connie... ¿Por qué... Por qué no vuelves a casa?

—¿Con quién hablas? —le susurró al oído Ace, la voz ronca, el aliento caliente y disruptivo. Ella tapó el micrófono del teléfono con la mano, pero enseguida la apartó y siguió hablando.

—¡Iré a verte pronto, mamá, te lo juro!

—No tienes por qué enfadarte...

—¡No estoy enfadada, mamá, te lo prometo! Es porque lo digo en serio. Es solo una manera de hablar.

—Dame tu dirección, cariño, iré para allá.

—No puedo, ¿cuántas veces te lo tengo que decir? Es tan imprevisible... Bueno, ya me entiendes.

—¿El trabajo?

—Sí, eso.

—Podría ir un domingo...

—¡Que no, mamá, ya te he dicho que iré yo! ¿Tenemos que discutirlo cada vez que llamo? Para mí ir a verte es lo más fácil del mundo, ya lo sabes.

—Connie, hace casi un año que no te veo. Algo no va bien. Eso también lo sé.

—Creo que ya hemos hablado bastante, mamá.

Silencio.

—Si eso crees, Constance...

Esperó, su corazón palpitaba con un dolor sordo.

—Te volveré a llamar pronto.

—Me gustaría que me llamaras, cariño. Ven a verme cuando puedas, por favor.

—Ma...

—Y trae a tu amigo, cariño.

—¿Mi amigo?

—Quien sea.

El teléfono hizo clic en su oído. Se quedó inmóvil un rato largo. Luego, en un furioso arrebató de ira desenfrenada, se volvió hacia Ace y Rudy Black, empapados y chorreantes de lluvia. Ace, la cabeza abollada, empapada y brillante, se le acercó; sus ojos de cerdo destellaban con estúpida avidez.

Rudy Black los miraba sin interés mientras las manos húmedas de Ace desgarraban el vestido de Connie, se secaban la lluvia fría en el calor de su carne.

Se zafó de sus manos.

—Eh, eh, no te pongas tontorrón conmigo, muchachito. —Él se había puesto casi de puntillas para darle un beso en los labios. Ella lo apartó empujándolo hacia la cara sonriente de Rudy Black.

—¿Y ahora qué he hecho? —preguntó en tono suplicante.

—¡Estaba hablando por teléfono! —gritó ella.

—¡No he hecho nada!

—¡Me has interrumpido, desgraciado!

—¿Por qué demonios te enfadas así? Sabes que no he hecho una mierda. —Se quedó inmóvil, empapado de lluvia y lastimosamente bajo y negro al lado de la altura y esbeltez de ella.

—¡Estaba hablando al puñetero teléfono con mi madre! —gritó—. ¡No soporto que te me acerques por detrás a escondidas!

Sobre el hombro de él notó la mirada exploradora de Rudy, e instintivamente se ciñó el vestido. Hacía poco que había conocido a Rudy Black, y ahora cada vez que Ace lo traía era como si algo indescriptiblemente despreciable de la Escena se colara dentro de casa. Lo odió desde el primer instante. No por la droga, o porque supiera que su fije insaciable no era normal ni siquiera entre drogadictos; lo odiaba porque intuía que Rudy encarnaba algo indeciblemente maligno y vil del ambiente que la rodeaba.

Ace se le acercó y trató otra vez de ponerle la mano en el vestido, pero ella se escabulló, la carne trémula, y fue junto a la ventana.

Fuera la lluvia aporreaba con furia renovada el silencio de la casa. Oyó que Rudy se iba al salón; oyó el chirrido de la silla al separarla de la mesa redonda; el sonido de una cápsula de vaselina tintineó contra el tablero, y supo que se iba a poner un pico.

A su espalda notaba todavía el esqueleto arrepentido de Ace. Se relajó: sus labios esbozaron una bonita sonrisa, ajena a la repulsión que sentía.

—Dame algo de tema —dijo volviéndose hacia él.

Se había quitado el abrigo, su expresión era oscura y resentida como la de un crío.

—Te doy si te portas.

—¿Qué has dicho?

—He dicho —comenzó, pero advirtió que le faltaba coraje para repetirlo —... No hace falta que nos pongamos así, guapa. —Volvió a acercarse a ella, las cejas muy arqueadas en señal de disculpa, arrugas cómicamente suplicantes—. ¿A qué viene esto? ¿Por qué tú y yo no podemos llevarnos bien?

Ella se forzó a recorrer medio camino, como si fuera al encuentro del enemigo en la batalla, todos los músculos en tensión. Esa tarde tenía que acostumbrarse a aquello, igual que la tarde de ayer y que todas las tardes de los últimos ocho meses. Tenía que prepararse a diario para las necesidades salvajes de él, hipnotizar su mente hasta que se extraviaba.

Lo alcanzó y sonrió.

—He estado frita todo el día, Tommy, y cuando has llegado estaba al teléfono con mi madre, y... —Se tensó al sentir sus dedos tanteándole los pechos—. Y... No la oía bien.

Acomodó la cabeza entre sus pechos, los cabellos fríos y muertos.

—He tenido un día duro, guapa. Créeme, muy duro. Lo voy a dejar, guapa, voy a pasar de la bolsa, ya verás.

... Tiempo atrás era una muchacha muy lista, cazaba las cosas a la primera, era popular en el club de chicas de la escuela, muy solicitada, besada, mimada y querida. Ahora mismo parecía un disparare dudar de que fuera una yonqui, con aquellas marcas en los brazos, aquel vestido de estar por casa porque la pereza y la apatía le impedían ponerse nada decente por las mañanas, y con aquel negro, bajo y feo, que portaba en una bolsa todas las riquezas, amoríos e idilios de sus sueños concentrados en forma de polvo...

Fueron al salón donde Rudy se había sentado con el brazo izquierdo arremangado, los ojos cerrados, la aguja anclada todavía en la sangradura, llena de sangre, la cinta elástica atada en lo alto del brazo, las venas protuberantes bajo la piel como gusanos largos y retorcidos.

Ace se le acercó y lo sacudió.

—¡Eh, tío! ¡Espabila, hombre!

Rudy se incorporó despacio, reparó en la aguja del brazo, apretó la goma hinchada del chupete hasta que hubo devuelto la última gota de sangre a la vena abotagada.

—¿Te quieres matar? —le preguntó Ace—. No te me mueras aquí.

—Te sigo, te sigo —farfulló Rudy, la lengua espesa, los ojos medio cerrados—. Te sigo, te sigo... —Se quitó la aguja y chupó la sangre que

manaba del brazo. Como un borracho arrastró el brazo por la mesa y tiró al suelo las mitades abiertas de las seis cápsulas blancas que acababa de ponerse.

—Me alegro de no ponerme —dijo Ace a Constance con orgullo—. Me alegro de picotear algo solo de vez en cuando. —Le hizo un sitio a ella en la mesa y sacó unas cápsulas de un paquete vacío de cigarrillos—. ¿Cuántos quieres, guapa?

—Que sean cuatro —dijo Constance, mirando de soslayo hacia la cosa que era Rudy Black.

... Tiempo atrás salía con un tipo llamado Roy, una peonza a la que darle vueltas. Lo pasó muy bien con él, pero nunca se tomó la relación muy en serio porque siempre volvía a los brazos de su madre viuda cuando la situación se ponía peligrosa. ¿Cómo iba a casarse y dejar a mamá sola?

El caso es que, con su hermana Clara casada, ella se encontraba muy cómoda viviendo con mamá, solas las dos. Tenía un buen empleo en la compañía de seguros para negros del centro, lo pasaba muy bien y frecuentaba a las mejores personas.

¿Quién iba a querer casarse?...

—Pronto será Navidad —dijo Ace—. ¿Qué quieres que te regale, guapa?

—Quiero una onza entera de mierda para mí solo —farfulló Rudy Black, observando a Constance mientras esta se ponía—. ¿Tú no, Connie? Dile a tu mami que quieres una onza de mierda para Navidad.

—Quiero una onza de mierda para Navidad —dijo Connie, que recibía el primer impacto de la sustancia, sentía que la barriga se le calentaba y aquella sensación placentera deshacía el miedo a Rudy Black—. Mi papi me va a regalar una onza de mierda, ¿verdad, papi?

Ace la ignoró, mirando celoso a Rudy.

—Puede que para Navidades no estés por aquí, tío. Tú sigue vendiendo mierda a blanquitos y para Navidad estarás fuera de circulación.

—Tú tranqui —dijo Rudy con desdén.

—Yo he intentado frenarte. Llevas la bolsa desde hace solo una semana. No sabes cómo te calan los maderos, tío. En la Escena todo el mundo te cala.

—La Escena no me da miedo —dijo Rudy desafiante—. No me dan miedo ni los maderos ni nadie. ¡Soy un purasangre! ¡Les doy mil patadas, mil patadas a todos!

—Tú estás loco, tío —dijo Ace—. Los hueros te van a meter en un lío de narices si no les das esquinazo.

—Ya les he dado esquinazo —dijo Rudy—. No les ha gustado el trato que les ofrecía. Me han mandado a tomar por culo. Volverán... Nadie les vende

mierda. ¡Y cuando vuelvan yo los mandaré a tomar por culo! —Se echó a reír como un loco.

Constance bamboleó la cabeza, la blusa del vestido se le abrió y expuso el perfecto peso y delicadeza morena de sus pechos.

—No me dices nada de esa onza para Navidad —le dijo a Ace, agarrándolo bruscamente.

Rudy observó la sacudida de sus pechos.

... Tiempo atrás fue a un bar en la Doce con Roy y escuchó a la banda: vibráfono, bajo, piano y batería. La banda era genuina y única; los arreglos, sobrios, suavemente penetrantes. Como la tortura china de la gota, se dijo, te tiene esperando a que la próxima gota te noquee el cerebro. Así estaban, en la cresta de la ola.

Newton tocaba el vibráfono. En el cartel de fuera estaba su cara y su nombre: CON NEWTON LEWIS AL VIBRÁFONO. Era bueno: tenía un ritmo crudo, fluctuante, y un torrente de ideas esperpénticas en la cabeza. Era guapo y de piel muy oscura, tersa como una aceituna, vestía bien y olía a fragancia de flor de manzano.

Su forma de mirarla era potente, casualmente significativa, tan apremiante que la empujó a pedirle a Roy que la llevara a casa.

Pero volvió más tarde, sola...

—¿Qué vas a hacer cuando te enmarronen? —preguntó Ace a Rudy. Estaban sentados uno frente al otro, ella a la derecha de Ace, que le acariciaba el interior del muslo de cuando en cuando—. Uno como que no se da cuenta de que cuando se pule tema te acaban trincando. De repente, ¡zas! Se acabó, se cae el telón. Yo intenté frenarte, tío —concluyó muy serio Ace...

—No me preocupa —dijo Rudy—. El Hombre es un jefe, tú lo sabes. No tengo que preocuparme por nada. Si me trincan él me salva el culo.

—Lo mismo me da pillarle a Puck en el barrio italiano que pillarle al Hombre —dijo Ace—. Si me trincaran, Puck no podría hacer una mierda por mí, y es un jefazo, tío, un jefazo de verdad.

—No tanto como el Hombre.

—Tiene su banda —insistió Ace—. No se puede ser más jefe.

—No es tan jefe como el Hombre —insistió Rudy—. En la ciudad no hay otro jefe como él. Deberías pillarle al Hombre; te salvaría el culo a ti también.

—Llevo pillándole al Hombre como el que más. Yo nací aquí, en Drogolandia. Y te digo que nadie para a los maderos cuando te tienen en el punto de mira, ¡nadie, tío!

—El Hombre me va a hacer grande —dijo Rudy embelesado—. Me voy a comprar un carrazo y voy a llevar la bolsa más gorda de la Escena. Todo el mundo hablará de lo grande que es Rudy Black... ya verás, te vas a acojonar... tú también hablarás de lo grande que es Rudy Black, tú y todos.

—Estoy pensando en aparcarlo —dijo Ace—, pillarle a Puck lo justo para que Connie le dé de comer al mono hasta que se descuelgue. —Le agarró fuerte el muslo—. ¿Tú quieres dejarlo, guapa? ¿Quieres?

Levantó la cabeza y lo miró.

—Sí.

Sin hacer caso de Rudy, Ace continuó.

—Seguiremos juntos, ¿verdad? ¿Tú y yo?

No respondió.

—Lo pensaremos —dijo Ace.

... Tiempo atrás subió con Newton al piso de arriba del bar y pidieron gambas en salsa, patatas fritas recién hechas, galletas saladas, Chow Mein y cerveza fría que le helaba los dientes.

El piso, reservado a los artistas, era pequeño, estaba decorado con gusto y tenía un ventanal en la cocina pequeña que enmarcaba el resplandor de la orilla del río a muchos kilómetros de distancia: la profunda, movediza extensión de agua, los cientos de luces de remolcadores y barcazas como tantos ojos brillantes mirando en la dirección equivocada.

Conversaron de todo menos de ellos, dosificaron lo que debía saber el uno del otro. Sus sonrisas atesoraban lo que sabían que era inevitable. Su cuerpo se calentaba y la cerveza le dejaba en la nariz una fragancia punzante, sensual.

Newton yacía en el suelo, mirándola, la cabeza apoyada en un cojín del sofá; su ropa brotaba alrededor de su cuerpo delgado como hojarasca, un esqueleto demasiado escuálido.

Se acordaba de cuando se la dio a probar: la heroína como un pedazo de cristal en la nariz, el sumidero agridulce en la lengua...

Cuando volvió del muermo la casa estaba a oscuras con las luces apagadas. Rudy Black se había ido.

En el pasillo, Ace intentaba contactar con el italiano, Puck. Después de marcar el número muchas veces volvió al salón.

—Algo le pasa a Puck —dijo—. Siempre está en casa. No me ha cogido. —Hablaba casi aterrorizado—. ¡Ha pasado algo! ¿Qué crees que puede haber pasado, guapa?

Constance estaba sentada en la mesa con la cabeza apoyada sobre los brazos. Tenía el vestido medio caído y los hombros desnudos. Al cabo de un

rato adquirió consciencia de los labios de él en su nuca y de los dedos juguetones que tanteaban su omóplato.

—Vamos a la cama, guapa.

—Ahora no —dijo ella de forma apenas audible.

—Venga, vamos. Yo no te digo nunca no a nada que tú pides, no te digo que no a droga, por ejemplo. ¿Por qué me tratas así de mal, guapa? —Sus dedos encontraron el pezón de ella y le hicieron daño.

—¡He dicho que no, maldito seas! ¿Por qué insistes una y otra vez?

—Guapa...

—¡No me apetece! Yo no puedo ser como tú quieres que sea, Tommy.

Se incorporó, el calor de la barriga le provocaba náuseas, como si fuera a vomitar.

Respiró profundamente y pensó en su madre, se preguntó qué estaría haciendo en ese momento.

—Yo no quiero que seas de ninguna manera —dijo Ace rozándola con los labios—. No tienes que ser de ninguna manera, guapa, no tienes que hacer nada.

—Tommy...

—¡Por favor, guapa, por favor, por favor! ¿Por qué eres tan mala conmigo?

—¿No lo entiendes? —dijo, levantándose—. ¡No te quiero!

Sus dedos taladraron violentamente su barriga, aferrando su carne suave. La besó en los labios, retorciéndole dolorosamente el cuello.

El asco hizo que todas sus fuerzas la abandonaran.

... Tiempo atrás era una chica extremadamente lista. Jamás se le habría ocurrido que llegara a tener el mono. La idea le habría parecido del todo imposible.

Había crecido en el barrio adecuado, con los compañeros de juegos y los amigos del colegio adecuados, los padres adecuados (aunque su padre murió cuando ella aún era muy pequeña), los novios adecuados, y había dispuesto de todo lo más adecuado para que una muchacha negra, lista, joven, y orientada a hacer carrera, floreciera de la mejor manera.

Todo había ido a pedir de boca. Su vida no iba a ser cuestión de ensayo y error, sino que se había planificado de acuerdo con esa nueva tendencia social de los negros de clase media, y no había desviación posible.

Pero se colgó.

Y Newton la dejó por otros bolos; la dejó con un mono y un bebé, muerto al nacer. Muerto por culpa del mono, que no toleraba ninguna otra vida dentro

de ella aparte de la suya propia.

Sobrevivir sin vender su cuerpo no era fácil, hasta que encontró a Thomas Carson, conocido como Ace... y la Escena...

Él se las apañó para llevársela al dormitorio, tumbarla en la cama deshecha, su aliento agrio soplaba en la cara de ella y sus manos le agarraban fuerte las extremidades.

—Connie, preciosa —gimió, y se dejó caer a su lado, arrancándole el vestido, desnudando su cuerpecito rígidamente articulado y lleno de músculos —. Preciosa, ohh, preciosa... —Sus labios, cálidos y frenéticos, se adhirieron al cuerpo de ella, se arrastraron sensitivos sobre su carne, despertando en ella un pálido destello, nauseabundo y debilitador, de deseo y asco entremezclados.

—Para, Tommy —dijo ahogadamente.

—Haré lo que sea, preciosa... Te quiero, preciosa...

—¡He dicho que pares, cabrón! —Débilmente lo agarró del cuello, deslizó los dedos hacia sus cabellos pesados y espesos y tiró.

—¡Unnnnh!

—¡Suéltame, Tommy!

Él se incorporó y la miró. Los ojos se le empañaron de lágrimas.

—Te he dado mi mierda —le dijo—. ¿Qué más quieres que haga?

Ella sabía que al darle la droga le había dado todo lo que tenía. El mundo de él era pequeño, solitario e inseguro, falto de amor y de cualquier compañía que lo quisiera o necesitara. Hasta ahora. Y a ella le costó poco entregarse a él.

Lo dejó seguir.

No muy lejos, a través del rumor de la lluvia, un tocadiscos daba vueltas y vueltas al estribillo de una canción, triste pese al swing del blues:

Déjame seguir, preciosa, no me haces ningún bien.
Déjame seguir, preciosa, no me haces ningún bien.
Amarte a ti, cariño, es como amar a un trozo de madera...
¡Anda, venga!

Más tarde se levantó y fue al baño. Esperó a que su estómago se calmara y volvió a la cama para dormir hasta el día siguiente.

... Mucho tiempo atrás no era una yonqui...

Aquella noche Davis se reunió con Patterson justo después de que les pasaran revista.

—Ven conmigo al depósito. Quiero enseñarte unas cosas.

El depósito, una antigua sala de interrogatorios partida por una reja, servía para guardar tanto material confiscado como armas.

Al otro lado de la reja, un guardia con cara de sebo sentado en una silla alta leía una novela de bolsillo. Levantó la vista cuando llegaron.

—¿Cómo vamos, Mance? —dijo sonriente.

Davis le respondió encogiendo los hombros.

—Ken, este es mi nuevo compañero, Virgil Patterson. Le estoy dando algo así como una clase de introducción. No parece que Virgil sepa gran cosa de la mierda. ¿Tienes el tema que le saqué a aquel yonqui no hace mucho?

El guardia hojeó un libro de registros grande y gastado.

—No sé si lo tengo, Mance. Puede que se lo hayan llevado a la Jefatura como prueba. Déjame ver... —Examinó a conciencia un puñado de páginas—. Sí, aquí lo tenemos. No se lo han llevado todavía. ¿Quieres echarle un vistazo?

—Si lo tienes a mano —dijo Davis—... Nos tenemos que ir enseguida.

Dio un giro y se bajó de la silla con agilidad, fue a la estantería repleta de sobres de manila que ocupaba todas las paredes de la sala a la altura de la cabeza, seleccionó uno y volvió a la ventanilla.

—Aquí lo tienes.

Davis soltó los cordeles y vertió el contenido.

—Esto —dijo seleccionando uno de los objetos— es lo que la mayoría de drogadictos llama chuta. Como ves consiste en un cuentagotas corriente, un chupete de bebé sujeto por arriba con una goma, y una aguja hipodérmica de 25. Sujetas la aguja arrancando un pedacito de billete de dólar y envolviéndolo en el extremo estrecho del cuentagotas. Por ley está prohibida la venta de agujas sin prescripción médica, pero es una de esas cosas a las que se suele hacer la vista gorda, como escupir en la vía pública. —Hurgó entre los objetos—. ¿Ves esto? —dijo sosteniéndolo en alto para que Patterson lo examinara de cerca—. ¿Qué te parece que es?

—Diantre, un tapón de botella —dijo Patterson, tratando de deducir el contenido de la botella por el fondo ennegrecido del tapón—. Igual de algún producto de limpieza.

—Así es —dijo Davis—. Esto es la olla. El drogadicto la sostiene entre los dedos mientras tuesta la droga con un puñado de cerillas. Se quema los dedos de mala manera, pero no la suelta ni que lo maten... Mira, ¿ves eso del fondo?

—Parece azúcar cristalizado.

—Exacto. Es lactosa, se usa en soluciones químicas. Se supone que la venta está restringida. —Gruñó—. Hacen falta manos expertas para cortar droga, señorito diplomado... Me refiero a cortarla para sacarle hasta el último centavo de beneficio. Tratándose de droga pura la operación es peliaguda, la tiene que hacer un químico o un farmacéutico. Por eso sabemos que estamos ante una banda de tipos listos, talentosos, profesionales.

—Qué asunto más feo —dijo el guardia meneando la cabeza.

—Si solo fuera eso —dijo Davis cogiendo una de las tres cápsulas que contenía el sobre—. Esto es mierda. —Destapó la cápsula y se la ofreció a Patterson—. Toma, prueba. No te hará nada. Prueba un poco con la lengua. Así. ¿Notas el sabor? —Patterson arrugó la cara—. Amargo como el demonio, ¿verdad? —Davis sonrió—. No olvides ese sabor. Solo la heroína sabe así. Cuanto más amarga, mejor calidad. Así es como el yonqui sabe lo que se mete. —Devolvió las cápsulas al sobre y se despidió del guardia con la mano.

Se dirigieron de nuevo a la oficina.

—¿Te has hecho una idea, señorito diplomado?

—Empiezo a hacérmela —dijo Patterson, que le crispaba ese apodo del que parecía que ya no se iba a librar.

—Tengo otras cosas que enseñarte —dijo Davis—. Cosas como la morfina o la cocaína. No pillamos de eso muy a menudo. A veces se nos mete en la ciudad un chino o un espalda mojada con eso, pero no dura mucho en la calle. Esas cosas son lujos.

Antes de que salieran, el teniente Stuart llamó a Davis desde el otro extremo de la oficina. Se acercó con media sonrisa en los labios.

—He pensado que querrías saber esto, Mance —dijo—. Esta tarde Speer ha trincado a Pietro Telluccini en el barrio italiano.

—¿A Puck? —dijo Davis, sorprendido.

—El mismo —dijo Stuart—. Ya solo quedan Clyde Lujack y Tony Caseri, los independientes. Han estado operando a espaldas del Hombre, pero ya lamentarán cuando vayamos a por ellos y no dispongan de su cobertura.

—¿Cómo ha sido?

—¡Fabuloso! —Stuart sonrió—. Nos llega una llamada, dice que Telluccini acaba de hacer una compra. Speer sale a tiempo y lo agarra con las manos en la masa.

—Menuda suerte —dijo Davis—. Alguno de arriba le habrá puesto la trampa. No todo el mundo está al corriente de las compras.

—Creo que ha sido otro traficante... Algún pez gordo.

Davis torció la boca.

—Podría ser. Reducir la competencia, el Hombre ya lo ha hecho alguna vez.

—¿Te parece que nos sirve?

—Ahora no podemos saberlo —dijo Davis—. Conozco a un maleante, Ace, que le pilló a Puck porque vende cantidades grandes a precios bajos. Ahora es probable que vuelva a acudir al Hombre, y eso sería bueno para mí. Cuando llegue el momento de enmarronar a Ace nos servirá para ponerle al Hombre otro clavo en el ataúd.

—Muy alentador. ¿Cuál va a ser tu próximo movimiento?

Davis señaló con el pulgar a Patterson.

—Vamos a ver si podemos trincar a Bertha Travis. Su surtidor del centro se quedó sin existencias hace dos días, y me ha llegado que se está entendiendo con el Hombre.

—Este turno estaré con Garver en el coche. Si la cosa se pone caliente hazme una llamada. Nos vemos luego.

Davis y Patterson fueron al garaje, se dirigieron a un sedán sencillo de dos puertas y subieron en él.

—Ahí detrás tengo ropa para ti —dijo Davis—. Te quiero ver vestido para la ocasión cuando vayamos a trincar a la Negra Bertha.

—Claro —dijo Patterson con el regusto persistente y agrisado de la heroína hormigueándole todavía en la boca.

6

En el apartamento de la Noventa las onzas estaban sobre la mesa como el botín de un pirata, separadas en partes iguales.

Sylvia Dutton se levantó del sofá y volvió a pasar revista a la mercancía. Dieciséis onzas, contó. A doscientos dólares la onza, el monto ascendía a más de tres mil dólares.

Sylvia se encendió un cigarrillo y volvió al sofá. Estaban amasando más dinero que nunca. Desde que el Hombre se había librado de Coca Prado, el nuevo correo de Nueva York, Georgie Barris, había resultado barato y de confianza. Georgie se lo montaba bien, alternaba como pulidor y correo, lo que era mejor que dedicarse solo a una cosa o a la otra. Ahora que el Hombre había tomado la decisión de hacerse con el monopolio de la ciudad, la cosa resultaba de maravilla.

Pensó en la llamada de teléfono que había hecho antes. Había sido una suerte que Telluccini hubiera tenido que hacer una compra de emergencia al Hombre, y a ella le diera la oportunidad de tenderle una trampa. Cuando los demás traficantes vieran lo que le había pasado a Telluccini no tardarían en acudir a ellos.

Dio una calada al cigarrillo, pensativa. Ya era hora de que el Hombre se diversificara; le había dicho que diera ese paso hacía mucho. Ahora parecía que todo encajaba. No le gustaba el nuevo camello, Rudy Black... Aquellos modos presuntuosos, aquella jactancia. Según ella el Hombre habría hecho bien en prescindir de él. Nunca le habían gustado los drogadictos, aunque Dell Swiggins, uno de los camellos más importantes de la Escena, era un drogadicto que al Hombre le merecía toda confianza.

Pero había ciertas cosas que al Hombre sencillamente no se le podían decir. Llevaba casi diez años con él, fielmente unida... Sí, lo había querido durante todo ese tiempo, pese a que a ojos de él no era mucho más que una secretaria... Y ella nunca lo había visto equivocarse en nada.

Se levantó y cruzó la sala para mirarse al espejo: la narizota ancha, los labios gruesos y los párpados pesados. Ni siquiera la ropa cara que llevaba le

confería el más mínimo atractivo; el tratamiento que se había hecho en el pelo corto, teñido de rojo, había sido tirar el dinero, aunque de dinero era de lo último de lo que debía preocuparse.

Aplastó la colilla en un cenicero. No, el Hombre no se había equivocado todavía, tampoco en cuanto a ella.

Sonrió jactanciosa al horror que veía en el espejo y volvió al sofá. No podía pedir nada más que lo que tenía, ¿a que no?, ¿o tal vez sí?

En su caso, una formación universitaria habría sido inútil, salvo por conocimientos de contabilidad y por ciertos contactos que el negocio requería. El sueldo era extremadamente alto, mucho más alto que el que el Tío Sam le pagaba en el WAC^[2] diez años atrás, y tenía su propio negocio en la Ciento Cinco, un comedor perfectamente legal.

Hizo memoria de su experiencia en el WAC. El recuerdo le suscitó una mezcla de dolor y placer. Por lo menos en el Ejército le habían dado techo. Cuando alcanzó el rango de sargento empezó a hacer más o menos lo que quería. Los viajes habían sido maravillosos, y Florida, donde conoció a Floyd, había sido doblemente excitante, porque ahí conoció también a Evelyn.

Sintió que el corazón se le aceleraba al pensar en ella: Evelyn, sus piernas suaves, morenas, su mirada cándida de chiquilla... Ella y Evelyn solas en su cuarto de los barracones...

Con aire serio se encendió otro cigarrillo y anduvo inquieta por el salón. Expulsión por mala conducta. Se quedó solo en eso. Y no mucho después apareció Floyd.

¿De qué podía quejarse? No tenía a nadie salvo a ella misma y al Hombre, su hombre. Toda esa gentuza con la que estaba en contacto no significaba nada. Los trataba con frialdad, igual que el mundo la había tratado con frialdad a ella: siempre habría droga y prostitución; el mundo necesitaba algo que le ayudara a olvidar.

Sylvia evaluó la situación en que iba a quedar la Escena. Si Rudy Black cubría la nueva demanda, quinientos dólares o más por semana engrosarían las arcas del Hombre, sobre todo si Black hacía algo más que gramear pequeñas cantidades. El Hombre disponía de una veintena o más de camellos como Black repartidos por la ciudad, sin contar a los intermediarios, y el dinero entraba a espuestas.

Se suponía que esa misma noche la Negra Bertha iba a aparecer con Dell. Este había arreglado para ella unas compras a través del Hombre, dado que a su contacto del centro lo había trincado la policía. Sylvia repasó mentalmente todas las posibilidades. Bertha no era una gran vendedora, pero no lo haría

peor que Rudy Black, e incluso podía ser que lo hiciera mejor, puesto que no estaba colgada y no tendría la tentación de meterle mano a la bolsa.

Ahora que Telluccini estaba fuera de circulación, Ace y todo el negocio de Puck llamaría a la puerta. Sylvia se dijo que habría que apretarlos las primeras semanas para sacarles unos precios altos, así verían que no estaban necesitados.

Sonny Tubbs era un vendedor constante y vigoroso, pese a que trabajaba sentado en una silla de ruedas. Se dijo que debía ofrecerle un trato mejor en las compras grandes.

La caleta estaba en el hotel de Lou y Ella Tyler. No dejaba de asombrarla la genialidad del Hombre. Un hotel invadido de yonquis era el último sitio en el que la policía creería poder encontrar el descomunal tesoro del Hombre.

El único cabo suelto de toda la operación era la identidad del Pez Gordo, el que recibía la droga directamente de la frontera y atenuaba su potencia, el hombre por encima del Hombre.

No importa, pensó. Es algo que prefiero no saber.

Todo iba sobre ruedas, y el Hombre no iba a tardar mucho en alcanzar la cima del millón de dólares de la que siempre hablaba. Entonces podrían dejarlo, desaparecer de la banda, y dar gracias a la providencia.

Hasta ahora su única némesis había sido el estupa Davis. El Hombre lo había probado todo para sacarlo de la brigada, pero nada había resultado. Sin embargo, con el capitán Beeker bien atado al Distrito Sexto, Davis tenía que bregar con ruedas de molino.

Sí, el Hombre había pensado en todo.

Aunque la audiencia había durado casi tres horas, todavía llovía cuando Bertha y Dell dejaron al Hombre.

—¿Cómo se supone que voy a conseguir el próximo surtido? —dijo Bertha a través del cuello de su abrigo—. Vivo justo en aquella esquina, a dos bloques de distancia. ¿Voy a tener que ir hasta allí otra vez?

Dell la arrastró dentro del portal de uno de los bloques de pisos que se alineaban a lo largo de la calle.

—Bertie, no me ha gustado tu manera de hablarle al Hombre —dijo fulminándola con la mirada.

—¿Pero qué he hecho? Solo le he dicho que doscientos la onza era demasiado. En el centro la consigo a ciento sesenta y cinco.

—Al centro ya no vas a ir más...

—Le he dicho lo que pienso —dijo acaloradamente—. ¿Qué demonios se supone que es? A mí no me parece de la realeza precisamente.

Dell sentía amenazada su posición ante el Hombre. Al Hombre no le gustaba la gente obstinada, Dell lo sabía mejor que nadie. Puesto que Bertha era su novia, probablemente el Hombre lo culparía a él de las cosas que Bertha había dicho.

—Escucha, Bert —dijo armándose de paciencia—. Cuando le pillamos al Hombre tenemos que pagar sus precios. ¿Qué quieres, meterme en un lío? Algún día me llevaré una buena tajada del Hombre. ¿Para qué sueltas la lengua? ¿Para joderme?

—¿Joderte? ¡Los cojones! —dijo Bertha—. ¿No sabes que perdí casi trescientos dólares cuando trincaron a mi contacto? ¿Tú qué puedes perder? ¡A mí me parece que doscientos es demasiado, y se lo pienso decir cada vez que vaya a pillarle!

—Tienes dos onzas —dijo Dell levantando dos dedos—. ¡Dos onzas que nunca habrías conseguido si yo no te hubiera llevado adonde el Hombre! ¿Te vas a quejar por dos puñeteros chavos? Te está haciendo un favor...

—¡No me está haciendo nada! ¡La mierda no debería costar más de ciento sesenta y cinco! —Le meneó el puño ante la nariz—. ¡Y otra cosa! ¡A esa zorra suya con cara de mono más le vale cerrar la boca! ¿O no me ha dicho dónde tenía que «centrar mis operaciones»? ¡Desde el momento en que salgo por la puerta con la droga, es mi droga! ¡A mí nadie me dice dónde o a quién tengo que vender!

Dell se dio por vencido. Cuando a Bertha se le metía algo en la cabeza no había manera de bajarla del burro. Pero él no iba a perder el favor del Hombre, aunque fuera a costa de dejar a Bertha. El Hombre le había prometido un puesto grande en la banda; y ya no era un chaval. Con cuarenta y cinco años era un yonqui de edad más bien avanzada. Esperaba llevarse a la hucha un buen fajo, además de unas cuantas onzas, antes de terminar el año. De modo que incluso si la cosa descarrilaba podría irse a Sudamérica, a algún sitio en el que la droga abundara y fuera casi legal, a pasar el resto de sus días.

El caso era que últimamente parecía que el Hombre le estuviera regalando los oídos. Le había hablado de Georgie Barris y de una parte de la estructura del correo. ¿Por qué iba a decirle nada si no estaba pensando en darle un buen puesto?

—¡Te digo que un surtidor que te cobra doscientos no te está haciendo ningún favor! —decía Bertha.

—Óyeme —dijo Dell levantando una mano para acallarla—, tengo cosas que hacer, tengo que ir al Quality a entaponar la mierda.

—¡Dirás a picarte la vena, chorlito!

—Igual deberías empezar a ponerte —dijo, echando a andar bajo la lluvia—. ¡Es una manera de mantener la boca cerrada!

—Eh —le gritó—, ¿cómo vuelvo a surtirme?

—Te llamaré —dijo por encima del hombro.

En las escaleras de la pensión de Bertha, en la esquina de la Noventa con Maple, un hombre y una mujer temblaban bajo el frío aguacero. El hombre vestía andrajoso, los bordes deshilachados del abrigo le rozaban los ojos. La mujer, con una gabardina blanca, era gruesa y tenía la piel muy clara. En la cara lunares oscuros y abultados, uno en la barbilla y el otro en el pómulo derecho. Apoyaba la espalda en la pared del edificio, cruzada de brazos, la agitación de la que era presa le hacía sacudir violentamente las piernas y los muslos en espasmos recurrentes.

Cuando Bertha empezaba a subir las escaleras se acercaron a ella.

—¿Eres Bertha? —preguntó el hombre. No llevaba sombrero, y la pulcritud de su pelo corto hizo que Bertha sospechara.

—Sí —dijo.

—Quiero pillar —dijo—. ¿Puedo? ¿Eres de fiar?

—No te conozco —dijo Bertha, y añadió dirigiéndose a la mujer, a quien sí conocía—: Ven, entra, Carrie.

La mujer gruesa la siguió ansiosa. El hombre las siguió también.

—Te digo que no te conozco —dijo Bertha volviéndose hacia él—. Más te vale desaparecer de mi vista.

—Pero es que estoy frito —protestó—. No te voy a hacer nada. Tengo dinero. Solo quiero quitarme el pavo para ir a trabajar.

—¡No tengo nada, ya te lo he dicho!

—No me has dicho...

—¡Te lo digo ahora! Lárgate de aquí. Aquí plantado me vas a atraer a la poli.

El hombre señaló a la mujer gruesa.

—A ella le vas a vender tema. Sé que a ella le vas a vender. ¿Por qué a mí me das esquinazo? Yo no le hago nada a nadie.

—Lárgate de aquí —dijo Bertha.

—Pregunta a cualquiera en la Escena —suplicó el hombre—. Pregunta al hijoputa que te apetezca, te va a decir eso. Vivo en la zona oeste, vengo por aquí sin parar.

—En la zona oeste también venden droga —dijo Bertha sin dejarse convencer—. Ve a pillar allí... ¡No vengas aquí a darme la lata! ¡No sé nada de ti!

Bertha le dio la espalda y, seguida de la mujer llamada Carrie, franqueó la puerta de vaivén que se aguantaba por una bisagra.

El recibidor estaba a oscuras, casi como la noche, no difería del exterior en nada salvo en que allí dentro el viento y la lluvia no perturbaban el frío. Las escaleras chirriaban bajo sus pies como animales. En el rellano de arriba se oía cantar a un crío.

No, mami, no, la niña dice no.

Ve, mami, ve, la niña dice ve.

Ve, ve, ve...

Hacia el fondo del rellano de arriba había un cubo de basura rebosante de desechos; las ratas correteaban enloquecidas al ruido de los pasos. Bertha se metió en una habitación en el extremo más oscuro del pasillo, una habitación que parecía extrañamente amarilla pese a la desnudez blanca de una enorme bombilla que colgaba sobre una mesa nueva de cocina.

En la habitación de al lado dos niñas yacían dormidas en una cama desmedida, arropadas hasta el cuello, sus cuerpos entrelazados en cálida paz formaban un gran bulto, los ojos cerrados.

Bertha arrugó la nariz.

—¡Edna!

Una de las niñas se movió ligeramente, pero no respondió.

—¡Edna! —repitió Bertha.

—Dime, mamá. —Uno de los cuerpos se desunió del otro y se incorporó despacio, apartándose de los ojos adormecidos unos rizos oscuros, naturales, garbosamente ajena a sí misma como cuerpo.

—¡No me vengas con dime mamá! —gritó Bertha dominada por un miedo repentino—. ¡Levántate de la cama!

—Ay, mamá...

—¡He dicho que te levantes!

Edna Travis se levantó de la cama. Su cuerpo era delgado, inmaduro pero ya hermoso bajo la fina combinación, insolente hasta el punto de hacer que Bertha dejara de pensar en el presente. Tenía casi quince años, la edad que tenía Bertha cuando su marido, Howard Travis, la había puesto a hacer la calle.

A Bertha le parecía que Edna se le parecía, pero tenía un físico más rotundo que la señalaría como un polvo ante todos los maleantes de la ciudad.

Carrie puso la mano en el brazo de Bertha.

—Solo quiero cuatro tapones, Bert —dijo penosamente—. Dame cuatro solo. Y me largo. Tengo cosas que hacer.

—¡Si no quieres esperar vete a pillar a otra parte! —le gritó Bertha. Se volvió hacia Edna—: ¿De dónde has sacado la grifa?

—¿Grifa? —Edna negó con la cabeza—. Yo no tengo grifa, mamá. Tengo lo que me pediste que guardara y ya está.

—No digo eso —dijo Bertha con severidad—. Sabes lo que digo... ¡Has fumado grifa! ¿Dónde está? ¡Dámela!

—Te lo juro por Dios, mamá...

Bertha se le acercó y le dio un bofetón en la boca.

—¡Yo no soy una loca imbécil! —gritó furiosa—. ¡Dame la grifa o te muelo a palos! A mí, a tu madre, me tomas por loca, ¿no?, ¿me tomas por tonta de remate? —La excitación le provocaba temblores violentos—. ¿Te crees que no reconozco el olor a grifa? ¿Que soy tan gilipollas que no me doy cuenta de lo que apesta esto?

—Mamá, escucha...

Bertha le dio otro bofetón que la tumbó en la cama, donde la niña más pequeña despertó y las miró, los ojos aún enturbiados de sueño.

Los ojos de Edna ardieron de repente, pero no lloró.

—Te lo juro por Dios, no tengo grifa. Por favor, no me pegues más, mamá... Yo no he hecho nada. He hecho solo lo que me habías pedido.

Bertha no estaba conmovida. No veía inocencia. Veía en cambio el futuro dentro de dos años: su hija plantada en una esquina, como las hijas de otras prostitutas, envejecida prematuramente por la vida, con muslos gruesos y duros, pechos altos, haciendo la calle. Día tras día la Escena le enseñaba esas cosas, y su propia vida era la viva imagen de ello. Lo sabía. Conocía la Escena igual que la droga que vendía. También mataba.

Conocía bien a su marido Howie y a los de su ralea, a las busconas, las estrellas, los establos y las blanquitas que hacían de callgirls ocasionales... Ella había formado parte de esas cosas.

Al volver a oler aquel aroma picante a marihuana que le recordaba a hojarasca quemada, se sentía confusa. Edna lo vio en su cara, y un odio infantil centelleó en sus ojos para desvanecerse enseguida.

—Ya te he dicho que no he fumado grifa, mamá.

Carrie tocó tímidamente el brazo de Bertha. Sostenía un billete de cinco dólares.

—Aquí están, cinco pavos por cuatro tapones, Bert. Me tengo que ir, cielo, de verdad que me tengo que ir. —No había prestado ninguna atención a nada de lo que había ocurrido.

Bertha no la oyó.

—Qué... ¿Qué es eso?

—Cocinan —le dijo Edna.

—¿Cocinan? ¿Qué cocinan?

—La comida, mamá. —Trató de sonreír ante la ignorancia de su madre, pero su mirada se ensombreció al recordar la violencia precedente—. La casa huele a esto todo el tiempo... No es grifa. —Ahora le dirigió una mirada suplicante—. Yo nunca me fumaría un canuto, mamá, sabes que no. Ni siquiera sé fumar.

—Bert... —insistió Carrie.

—La gente cocina cada mañana —siguió Edna—. Cocinan por toda la casa. ¿Por qué, mamá? —preguntó, alargando la mano hacia su madre como si la ternura pudiera abrir una brecha en el muro que las separaba—. ¿Por qué tienes que pensar que he hecho algo malo? Intento hacer todo lo que me dices que haga, pero siempre dudas de mí. ¿Por qué, mamá? Nunca haría nada que no quisieras que hiciera.

Bertha no sabía cómo borrarle el dolor de los ojos a su hija. Donde antes había visto a una mujer hecha y derecha, ahora veía solamente a una cría encantadora, morena, demasiado delgada, medio asustada, acusada injustamente, más herida por el hecho de que su madre no la creyera que por los golpes recibidos.

Consciente de haberse equivocado, Bertha todavía se aferraba a la idea de que había hecho lo mejor, de que los golpes eran lo mejor, de que incluso el odio que Edna pudiera tener por ella era lo mejor: así odiaría sin matices aquel lugar en que vivía y la gente con la que vivía, y entonces estaría a salvo.

—Anda, vístete, Edna —le dijo Bertha tratando de contener la aspereza de su voz—. Llévate a Ginny y prepara huevos, café y tostadas, y no pierdas el puñetero tiempo.

—Mamá, dile a Timmy Jones que no cante por las mañanas y que deje dormir a la gente —dijo Ginny. Tenía nueve años, la cara regordeta y los ojos castaños de búho.

Bertha le dio un azote inofensivo en el culo.

—Ve a lavarte al baño. Tú a Timmy no podías oírlo, estabas roque. ¡Anda, ve! Haz lo que te digo o te arreo una buena.

Mientras las veía irse dejó que una minúscula veta de orgullo le alcanzara el corazón. Sus hijas. No tenían nada de Howie, salvo la complexión delgada; era como si ella misma se hubiera fecundado, como una flor. Howie, aunque todavía lo amaba con la misma estoica intensidad, había dejado de existir para sus hijas. Representaba todo lo que ella consideraba que las amenazaba: rufián, chulo, jefe, purasangre, yonqui, birria...

Por alguna razón había guardado distancias con la droga, y ahora se alegraba; si se hubiera enganchado ya no habría habido esperanza para las niñas.

—Bert... —Carrie sostenía aún los cinco dólares—. ¡Cariño, por favor, hazme caso! ¡Estoy frita de morirme! Bertha, cielo...

Bertha hurgó entre sus grandes pechos y contó cuatro cápsulas que sacó de una cajita de cerillas.

—A partir de ahora ven a buscarme a la esquina —dijo.

—De acuerdo —dijo deprisa Carrie, ansiosa por irse.

—Si el borracho ese sigue allí fuera le dices de mi parte que se largue de una maldita vez.

En la esquina desierta de la Noventa con Maple, Patterson esperaba resguardado bajo el toldo de una tienda, los ojos clavados en la pensión de Bertha. Al otro lado de la calle, justo doblando la esquina, vio que Davis maniobraba un sedán de incógnito y reducía ligeramente al pasar por delante.

Contra su voluntad, Patterson sintió una punzada de ansiedad. Davis le había pedido expresamente que hiciera una compra a Bertha Travis, ¡y la había cagado! Sin embargo, Davis no podría culparlo; era la primera salida de Patterson... ¿Qué culpa tenía si no lograba mentalizarse para hacer lo que había ensayado con Davis?

Pensaba en la ira de Davis.

La luna del lado derecho del coche descendió y vio asomar el bigotazo colorado de Davis.

—¿Pero qué cojones ha pasado?

—Ha dicho que no me conocía —dijo Patterson con la voz quebrada—. No me iba a vender nada.

Oyó maldecir a Davis; la luna subió y se cerró. El coche se detuvo en la esquina, su voluminoso conductor se apeó torpemente y pareció difuminarse en la lluvia.

Nervioso, Patterson miró su reloj y volvió a la entrada de la pensión.

Un tranvía pasó zumbando entre un chisporroteo azul, siseando como un anciano enfermo al accionar los frenos neumáticos en la esquina. Davis apareció junto a la parada del autobús como si acabara de apearse y buscara cobijo bajo el mismo toldo que protegía de la lluvia a Patterson.

Patterson guardaba silencio y Davis se le puso a pocos metros.

—He hecho exactamente lo que me dijo.

Davis no apartaba la vista de la lluvia, miraba fijamente la pensión.

—Ya te dije que no me gustaban las excusas.

—No es una excusa —dijo Patterson a la defensiva.

—Pues sin duda lo parece —dijo Davis—. Te he dicho lo que tenías que hacer, ¡solo tenías que hacerlo! Hasta un idiota podía.

—¡Pues consígase a un idiota! —soltó Patterson sin pensar.

Davis lo fulminó con la mirada.

—Eso es lo que pensaba que tenía, señorito diplomado, pero al parecer no se me da bien calar a las personas.

Patterson perdió los nervios.

—¿Sabe qué? —dijo acercándose a Davis—. ¡Soy un suertudo de narices! Primero la lluvia me empapa hasta los huesos, luego una traficante se niega a venderme droga porque no me conoce, y, lo mejor de todo, ¡ahora viene usted!

Davis enderezó la espalda y a Patterson le sorprendió lo grande que era realmente.

—A lo mejor deberías explicarte, señorito diplomado.

—No me parece que hagan falta explicaciones —dijo Patterson muy enfadado.

—Para ti puede que no, pero para mí sí. Los señoritos diplomados con el culo al aire venís aquí después de dos o tres años en el cuerpo y os creéis que lo sabéis todo. ¡Si hubieras hecho exactamente lo que te he dicho habrías hecho la maldita compra! Tú no llegarías a conocer a esa gente como yo los conozco ni viviendo con ellos cincuenta años. No son como tú y yo; tenemos el mismo color de piel, pero ahí se queda. Lo que sé de ellos no lo aprendí en manuales de criminología. Lo aprendí trincándolos in fraganti con cientos de tapones entre manos, sobornándolos, presionándolos, pateándoles sus sucios traseros. Eso no lo aprendes en los libros, *detective* Patterson —dijo—. Lo aprendes tratando con esa gente día sí día también, y durante no pocos años, precisamente. Consigues confidentes y afinas la intuición. Te diría que casi presientes cuando una onza va a entrar o salir de la ciudad. Es algo sobre lo que ningún zaguero niñato del equipo universitario de la temporada pasada te

puede dar la más mínima lección. Esto es lo que *yo sé*, Patterson; y tú no pienses, ni un poquito. Tú aprende, obedece y haz lo que yo digo. Y considérate lo que me acabas de decir: ¡un suertudo de narices!

Patterson se quedó sin palabras. Lidiar con Davis, con su ego desmedido, era demasiado para él. Quiere pelea, pensó Patterson; ya lo creo que quiere pelea... ¡pues la tendrá!

Era monstruoso, se sentía atrapado: por un lado Davis, por otro la Escena.

Al fin dijo, con dificultad:

—Me gustaría proceder, sargento, si hay algo más que pueda hacer.

Davis pareció no escucharlo. En cambio tenía la atención puesta en la pensión.

—Ahí sale la mujer con la que has estado esperando a Bertha.

—Se llama Carrie.

—Sí, ya lo sé —dijo Davis—. Ve y suplícale que te venda un par de cápsulas... A mí ya me conoce. Se negará, pero hazte el desesperado, ofrécele cinco dólares por dos tapones. Es una barbaridad, no le ofrezcas más. Si le ofreces más sospechará. Si sigue en sus trece, le ofreces dos cincuenta por un tapón. —Reculó y se escondió entre las sombras—. Si no accedemos a Bertha directamente, vamos a tener que hacerlo a través de su clientela.

Patterson atravesó deprisa la calle bajo la lluvia con cara de atormentado, más enfadado ahora que antes.

Quería pensar que había elegido la Brigada de Estupefacientes por razones altruistas, aunque era plenamente consciente del incentivo económico: abandonar el rebaño de los policías de uniforme comportaba una subida de sueldo. Pero ahora la cosa se estaba convirtiendo en algo difícilmente manejable. Se estaba convirtiendo en una batalla que no tenía el menor deseo de librar, y que sin embargo no podía arriesgarse a perder. La Escena, los yonquis, comenzaban a cobrar forma ante él; se volvían personas reales. Cuanto más lo machacaba Davis con su anonimato, menos anónimos le parecían.

Patterson se acercó a la mujer, la cabeza gacha, los ojos aguados. De repente era un yonqui, la máscara se había deslizado sobre sus facciones.

—Véndeme dos tapones, guapa. Estoy tan frito que como no me ponga un pico voy a echar las tripas aquí mismo...

Era por la tarde. Andy Hodden dormía cuando su hermana Jacqueline entró. Se despezó mientras la voz de ella horadaba su sueño drogado.

—¡Andy, levanta, gandul!

Se dio la vuelta dolorido, parpadeó para librarse de la costra de sueño de sus ojos.

—Ya voy, ya voy —dijo.

—¡Levanta de una vez, inútil! —Su voz estridente se quebró ligeramente—. ¿Qué me has dicho esta mañana? Me has prometido que irías a buscar trabajo. ¿Por quién me tomas? —dijo desesperada—. Vuelvo a casa y te encuentro durmiendo. Parece que no haya en el mundo una sola cosa de la que tengas que preocuparte.

—Ya lo sé —dijo, apocado ante la reprimenda.

—No sigas así, Andy. Por Dios, ¿qué voy a hacer? No puedo pegarte como hacía papá, no tengo fuerza. No tendría que estar trabajando así sin ayuda de nadie —se lamentó—. ¡Y tú lo sabes!

—¿Por qué no cierras el pico y te largas? —dijo perdiendo la paciencia. Se levantó de la cama, desnudo, sin que ella tuviera tiempo de volverse; sabía lo mucho que ella odiaba eso—. Voy a salir a buscar trabajo... ¿O no te lo dije? Te lo dije, ¿verdad?

Encendió el tocadiscos. Cuando el aparato se hubo calentado, eligió un elepé del montón de álbumes y lo puso.

El bufido áspero y entrecortado de un saxo alto no logró ahogar la voz de Jacqueline.

—Ya no me creo nada de lo que dices —gritó.

Su desnudez menuda, demacrada, la ponía nerviosa. Ella era baja también, pero algo voluminosa por los pechos grandes y las caderas anchas. Ahora tenía los hombros decaídos de agotamiento bajo el ceñido uniforme azul de camarera, y trazas de sudor seco en la piel clara. Le dirigió una mirada atemorizada e inquisitiva a la vez.

—¿Por qué me miras con cara de boba? —dijo, todavía sin intención de vestirse.

—¡Mierda, Andy! —No pudo mantener la compostura y rompió a llorar—. ¿Por qué no colaboras aunque solo sea esta vez? No trabajas, y sabes que puedes trabajar. Sería diferente si no encontraras trabajo o algo así, pero podrías perfectamente ir conmigo a trabajar al centro. Te dije que el tipo que lleva el restaurante necesita un... bueno, ayudante...

—¿Para fregar los platos?

Las lágrimas se le evaporaron.

—¿Qué importa? ¿No te parece que ya es hora de que pagues tu parte de los gastos de la casa? ¿La comida, la luz y el gas? ¡Andy, tienes casi veinte años, eres casi un hombre!

—¡Otra vez la misma mierda!

—Yo lo odio igual que tú...

—¿Y por qué no me lo parece? —le gritó—. Voy a conseguir trabajo, ¿no es lo que te dije? Ya tengo algo entre manos. ¿Tienes que darme la lata todos los días? —Se llevó las manos a las orejas—. ¡Me va a explotar la cabeza! ¡Tú sigue así! ¡Me vas a ver de verdad! ¡Te juro que un día voy a explotar y no sé lo que voy a hacer! Me... ¡Me mataré, me voy a matar!

—Andy...

—¡Lo haré! —prometió—. ¡Siempre riñéndome, siempre exigiéndome, diciéndome lo que tengo que hacer!

—Andy, yo no te riño —dijo, ablandada por su arranque de ira—. Solo te pido que me ayudes, nada más. —Dio la espalda a la desnudez de su hermano y salió de la habitación—. Si... Si dejaras estar el tema, te...

—Anda, vete.

—Sabes que te digo la verdad.

—Desaparece de una puñetera vez de mi vista —dijo, acercándosele de forma amenazadora—. ¡Desaparece de mi vista y déjame en paz!

Ella no reculó.

—Es la mierda... No te hace ningún bien. Por el amor de Dios, vuelve a ser el que eras y volvamos a empezar. Tenemos este piso, y papá nos dejó el coche, que algo es algo...

—Y un armario lleno de botellas de vino —dijo Andy amargamente.

Ella alargó la mano y la apoyó suave, vacilante, en su hombro.

—No podemos culparlo por eso.

Andy se zafó de su mano.

—No veo por qué no.

—¡Porque ahora ya no tiene importancia! Ahora solo tiene que importarnos lo nuestro. —Adoptó una actitud serena—. Andy, no quiero seguir en este piso nauseabundo e infestado de ratas el resto de mi vida. Quiero dar marcha atrás y terminar la universidad...

—Nadie te lo impide. No tienes por qué quedarte a cuidar de mí. Ya soy mayorcito.

—Te has acostumbrado a algo que es enfermizo. Este barrio no te hace ningún bien, aquí la gente no es como la gente de verdad. Tus amigos... Andy, ellos también están enfermos.

—¡Otra vez la cancioncita! —Se volvió, volvió el cuerpo pero no los ojos, fue a la cama y hurgó debajo de la almohada en busca de las tres cápsulas que había guardado la noche anterior—. Te pasas la vida criticando a mis amigos —dijo—. Yo nunca critico a los tuyos.

—Nunca estás en casa para conocerlos.

—Conocí al pobre infeliz que gastabas de novio.

—No metas a Ernest en esto —dijo con firmeza.

—¡Pues deja estar a mis amigos! ¿Por qué la misma cancioncita todos los puñeteros días?

—Porque tú lo provocas —dijo—. Si papá viviera...

—Estaría curda perdido debajo de la mesa de la cocina.

—¡Andy!

—Qué diablos pasa, es la verdad, ¿o no? ¡Nunca nos hizo ningún bien ni a ti ni a mí! ¡Y si en lugar de gastarse el dinero en priva lo hubiera gastado en medicamentos, mamá igual estaría viva!

Ella se puso a llorar de nuevo.

—Yo esto no lo aguanto.

—Pues es lo que tienes.

—Ay, Andy...

—Si quieres casarte, Jackie —adoptó un tono menos hiriente—, si quieres volver a estudiar, adelante. Tienes veinticinco años y el tiempo pasa.

—Lo haría —admitió, levantando la mirada hacia él—. Andy, lo haría si supiera que tú vas a salir adelante.

—Bah, maldita sea... ¡claro que saldré adelante!

—¿Y cómo voy a saberlo viéndote así? Has perdido más de diez kilos en los últimos seis meses. Estás ansioso todo el tiempo. —Hizo una pausa, los ojos se le encendían—. Pero tiene remedio. Lo leí en una revista: hay un sitio, una centro público en Kentucky... Se llama Lexington. Ayudan a los drogadictos a rehabilitarse.

Hizo a un lado a su hermana y corrió por el pasillo hacia el cuarto de baño. Oyó que ella lo seguía. El pestillo de la puerta del baño era una bisagra inservible; se apoyó con la espalda en la puerta, desfallecido, como si repentinamente todos sus músculos hubieran dejado de funcionar.

Cerró los ojos.

—Andy...

—Yo no soy un yonqui —dijo imperturbable—. Lex es para yonquis. Yo no estoy colgado.

—Andy, por favor, si quieres escucharme...

—¡No soy un yonqui! —dijo—. Puedes encontrar maneras mejores de librarte de mí. ¿Eso es lo que quieres? ¿Librarte de mí? Oye, si quieres que me largue de aquí, me largo cualquier día de estos. No hace falta que me despaches a un maldito hospital a que se ocupen de mí. Me puedo cuidar solo, y no estoy colgado... Solo picoteo de vez en cuando. Igualmente, un hospital no me haría ningún bien.

—Ya te entiendo —dijo ella a través de la puerta, como si se hubiera vuelto repentinamente consciente de sus palabras—. Un hospital no te haría ningún bien en absoluto.

Su respuesta casi lo hizo enloquecer.

—¡Lárgate de aquí!

—Ya me voy.

—¡Y no vuelvas!

—No volveré.

Ahora la voz de ella ya no era tan audible. Aguzó el oído para escuchar el ruido de la puerta al cerrarse; se puso tenso, a la espera de ese sonido. Cerró fuerte los ojos, clavó los omóplatos en la madera de la puerta, rezando para que el clic metálico liberador llegase pronto.

No sería correcto hasta que ella se fuera.

La gelatina comenzó a derretirse en su mano.

Lexington.

Maldijo.

—¿Con qué derecho? —dijo, las palabras le recordaron de repente a su padre: *¿Con qué derecho me dicen a mi cuánto tengo que beber?*—. Qué derecho tendrá ella... —Enmudeció, porque el clic llegó de forma inesperada; al momento se puso a temblar, arrojó su cuerpo delgado hacia el retrete, se puso de rodillas encima de la taza, miró por la ventana.

A través de los brazos entrecruzados y oxidados de la escalera de incendios que ascendía hasta el tercer piso, vio a su hermana andar hasta un

dos plazas de diez años aparcado junto al bordillo y subirse en él. Esperó el petardeo sufrido, la explosión sucia de humo del tubo de escape, pero el coche no se movió.

¡Muévete!, pensó. Alzó su mano derecha, la que atesoraba las cápsulas, y observó los objetos pegajosos. Eran como excremento blanco de un insecto gigante. Estaban adheridas a su carne, como cosidas; eran tentadoras, como piruletas abandonadas en un mostrador.

—Anda, muévete de una maldita vez —dijo, mirando el coche.

Tenía que irse para que él se pusiera su pico; no quería que ella rondara por allí, que volviera, lo sorprendiera en mitad de la operación y le echara a perder el chute. Ella hace esas cosas; no puede dejar de meter las narices en lo que no le importa. Siempre tiene que rondar cerca, abrir de repente la puerta cuando tengo la chuta a unos treinta centímetros en lo alto del brazo, y ponerse a llorar y a chillar.

Y luego me habla de Lex.

Volvió a mirar el coche, sentía que la piel se le erizaba en todo el cuerpo.

—¡Muévete, maldición! —Aquella no era su voz; era la de su padre.

Qué curioso cuánto se parecía al viejo... y cuánto lo odiaba. Lo odiaba tanto que se le amargaba la boca cada vez que lo veía: aquel temblor flácido de las manos, aquella incoherencia invariablemente estúpida.

Cuando era más jovencito se deleitaba con el sabor del vino. En la escuela bebía todos los días con un amigo mayor que él, Rico Walsh. Y ahora no podía soportar el sabor de nada más fuerte que una Seven Up... ni vino ni nada.

Pensó en lo que decía Carlisle, el director del Centro de Juventud del barrio... Que el caballo era lo peor que le podía pasar a un muchacho. (Entonces Andy tenía dieciséis años y se ponía). Decía: ¿Os fumaríais un canuto si tuvierais que pelear ocho o diez asaltos? Y todos los memos respondían que no, claro que no. Decía: ¿Lo veis? El caballo y la grifa son como ayudar a tu contrincante a que te tumbes, te dejan sin aliento, sin tiempo y sin deseos de ganar. Recordad, muchachos, que cada día de vuestra vida es un combate y que tenéis que mantener la forma. *¡Alejaos de la droga!*

¿Por qué pienso ahora en Carlisle?, se preguntó Andy. Ese Carlisle era un cretino monumental. Nunca había ayudado a nadie, ¿eso lo sabía la gente? Lo único que hacía era dar órdenes, ponerse en forma y demás chorradas. Carlisle no quería enterarse de que uno iba a pasar la tarde al Centro para bailar y frotarse con tipas.

¡Era un grandísimo imbécil!, pensó Andy. Aunque no podía negar que Carlisle le había gustado un poco; le gustaba su fortaleza y seguridad, le gustaba aquella cosa en la mirada que decía que no le tenía miedo a nadie.

Hubo movimiento en la calle y sus ojos fueron al encuentro de las lunas mugrientas, impenetrables, del coche, volvieron al camino velludo de nieve que llevaba a la escalinata del edificio. No le parecía ver a nadie. Los paseantes deambulaban por la calle.

Se puso en pie, y por casualidad sus ojos se detuvieron en una ventana con marco de madera del edificio de enfrente. Al otro lado de aquella ventana una chica lo miraba fijamente como una estatua de bronce, desnuda hasta la cintura, el pelo largo, oscuro y peinado hacia atrás le caía sobre los hombros, los pómulos altos y vagas depresiones en torno a la boca. Sus pechos eran jóvenes y firmes; los pezones despuntaban con ese tono sonrosado de la piel interior de la naranja. Ella lo miraba fijamente pero sin ponerle atención, como ante un paseante con el que se fuera a cruzar por la calle. No mostró la menor intención de taparse; en ese momento, inconsciente de la totalidad de sí misma, era una desvergonzada.

Se quedaron así unos instantes. Luego ella desapareció.

Él se avergonzó de su desnudez, bajó el estor de la ventana. Empezó a darle el pavo y sacó el equipo de debajo de la rejilla del suelo, sin preocuparse de si Jacqueline iba a volver o no.

Aquella tarde estaba sentado en el banco pegado a la pared de la sala de billares del Garden, viendo a Dell Swiggins y Rudy Black jugando una partida. Observaba con detenimiento a aquel par de camellos importantes. Eran importantes, pero tenían miedo de él, del pequeño Andy Hodden; lo veía en sus caras cada vez que lo miraban. Se había quedado allí de espectador sobre todo para fastidiarlos, para entorpecerles cualquier grameo que pudiera surgirles en los billares.

Se dijo que le gustaba estar así, solo, le gustaba que lo evitaran. Al verlo, los chavales del instituto salían por patas. Todos lo conocían, sabían lo que había hecho y seguiría haciendo. Soplón. Le habían puesto ese mote y él lo aceptaba con una especie de orgullo retorcido.

Su bautizo había ocurrido hacía dos años. Menudeaba droga en la Escena para un surtidor más bien importante, el Gordo Earl. Los federales trincaron a Andy y lo entregaron a la autoridad estatal. Los maderos le zurraron... No

mucho, pero lo suficiente para hacerle ver que no bromeaban. Fue así como conoció a Davis.

Queremos al contacto, dijo Davis; eso es todo lo que queremos.

Era muy sencillo: Tú danos al fulano por debajo del subalterno que trata directamente con el Hombre que está justo debajo del Jefazo, y nosotros damos carpetazo a lo tuyo y te soltamos. Incluso te daremos un par o tres de chutes. Pero si no cooperas te endilgaremos un marrón de entre tres y diez años y te mandaremos al saco tan deprisa que creerás que vas en patines.

Lo asustaron, de modo que cooperó, y Davis hizo lo que había dicho que haría. Dejó marchar a Andy con diez cápsulas y le soltó un montón de porquería, como asqueado de que fuera tan fácil de doblegar. Ahí empezó...

Al Gordo Earl le cayeron entre cuatro y medio y diez años por posesión. Y de lo suyo no se encargó la policía del estado, sino los federales; irrumpieron como la caballería para rematar al enemigo renqueante después de que la infantería hubiera hecho su trabajo. Los federales consiguieron la condena, mientras que los del Estado se portaron como buenos niños y quedaron al margen.

Si vas a jugar, pon moneda, pensó.

Esa era la idea. Formó equipo con otro informante en el exilio, Rico Walsh, para jugar con la moneda de los demás, sin otro peaje que el odio de la gente.

Se levantó y fue a la máquina de discos, le echó veinticinco centavos, puso «Whispering Grass» y todo el mundo se volvió hacia él cuando la voz comenzó a entonar la letra.

¿Por qué susurras, hierba verde?
¿Por qué cuentas todo lo que sabes?

Lo siguieron con la mirada mientras volvía al banco a sentarse.

... Porque la brisa no tiene que saberlo.

Ahí sentado, escuchando aquellas palabras y sin que nadie pudiera ponerle un dedo encima, se sentía bien. Aquella canción insulsa simbolizaba el lugar que ocupaba en la Escena:

Porque si se lo cuentas a los árboles,
se lo contarán a los pájaros y a las abejas,
y todo el mundo lo sabrá...

Pensó en Rico, llevaba tiempo fuera de la Escena, cómodamente instalado en Nueva York o Chicago, podía ponerse toda la droga que quisiera sin que

nadie le atosigara para que «contara».

Ser un chivato era doloroso. Soplón el delator. *Vendió al Gordo Earl ¿no lo sabías? Si pules, no le pulas al Soplón. Te quedarás con dinero caliente en el bolsillo...*

Freddy Arrujo, un portorriqueño alto y moreno de la edad de Andy, entró en los billares con dos chavales blancos en busca de alguien con la bolsa. Se detuvo junto a la mesa en la que jugaban Rudy y Dell, pero no iba a interrumpir la partida ni a hacer una compra delante de Andy. Arrujo se le acercó.

—¿Qué quieres, *men*? —le dijo Andy.

—Quiero que te largues, *men*, para que pueda pillar —le dijo Arrujo.

—No me voy a ninguna parte.

—Te lo estoy pidiendo por las buenas, *men* —dijo Arrujo, el fuego crecía en sus ojos.

—Y yo te lo estoy diciendo por las buenas, *men, meen* —se burló Andy—. ¿Qué pasa, eh? Qué diablos, ¿quieres pillar? ¿Y por qué no lo dices? ¿Es eso, *men*? Yo tengo droga; cómprame el tema a mí, *men*.

—Estoy frito, no me hagas perder el tiempo ni me burrees.

—Y yo estoy puesto —dijo Andy sonriente—. ¿Te parece que te voy a burrear? Tengo tema. Si quieres comprar, me puedes comprar a mí, pero nadie me manda moverme.

—¿Tienes tema?

—¿Quieres?

Arrujo vaciló.

—Si tienes te compro, pero te compro para otros también.

—Me importa una mierda. Con que vea los verdes me quedo contento.

Arrujo se quedó en silencio, meditando su decisión.

—¿Tienes doce tapoonees?

—¿Qué? ¿Qué? ¡Pídeme veinte! ¿Quieres veinte?

—Quiero doce.

Andy alargó la mano.

—Dame la lana.

Arrujo le dio el dinero, pero lo frenó antes de que se levantara.

—Mira, *men*, este dinero no es mío. Te sigo adonde vayas.

—Tengo la caleta fuera. ¿Qué pasa, no confías en mí? —Andy le apartó la mano que sostenía el dinero—. Toma, ve a pillar a otra parte. No quiero que nadie me siga a mi caleta para que luego me la puedan levantar. No, *men*, quédate el dinero.

Arrujo hizo un gesto de rechazo con la mano.

—¿Está muy lejos?

—A tiro de piedra; estoy de vuelta en un abrir y cerrar de ojos.

—Ándate con cuidado, *men* —le advirtió Arrujo, dándole el dinero de nuevo—. Trata este dinero como si fuera tuyo. Si le pasa algo te la cargas. Puede que te mate.

—No pretendo afanarte tu dinero. Nadie te va a dar el palo.

Los ojos del portorriqueño se amansaron y se quedó mirándolo.

—Tú dame el palo y yo te muelo a palos.

—De acuerdo, de acuerdo. —Andy se levantó y pasó junto a los chicos blancos, ansiosos y contrahechos cerca de la entrada. Le dirigieron una mirada hambrienta.

Fuera cogió un taxi con el dinero del portorriqueño y le dijo al conductor que volara. El burreo perfecto, pensó, tarareando para sí:

«¿Por qué susurras, hierba verde?».

Recordó que Davis lo había citado a las diez en la Cincuenta y siete. Desde la ventanilla del taxi vio un reloj en el aparador de una tienda que indicaba las once y cuarto. Se preguntó qué habría hecho Davis al ver que no llegaba. Seguramente se habría acercado a su casa, pero no lo habría encontrado. Se habría asegurado de que no estaba, habría esperado el cambio de turno y se habría ido a dormir.

Cerró los ojos en el interior del taxi, sentía que el dinero afanado ardía en su bolsillo. Todavía estaba puesto, le apetecía quedarse allí toda la noche, a resguardo y a gusto, sin que nadie le dijera «Véndeme a Fulano o a Mengano...».

Últimamente había faltado a un par de citas con Davis. «No dejes de serles útil —oía que le decía Rico Walsh—. Si te vuelves inútil te cae un muerto peor que nadie. Recuerda que irás al saco con los tipos que ayudaste a trincar». Pero le traía sin cuidado. Había empezado a odiar a todo el mundo: a los yonquis, a la gente, a los maderos, a los de la bolsa.

Bajó del taxi en el centro y dejó atrás las marquesinas luminosas de Pennsylvania, que todavía echaban el anzuelo a compradores de última hora, QUEDAN DIEZ DÍAS PARA NAVIDAD, advertían los letreros.

Su paseo estaba lleno de voces y rostros de criaturas de otro mundo, criaturas que no se ponían, que no picaban bolsos o carteras, que ni siquiera

reparaban en su existencia, tan concentrados estaban en los *diez días que quedaban* antes de aquella celebración de la fraternidad de una vez al año.

El recuerdo de su padre unas Navidades de hacía muchos años: el primer tren de juguete, la pistola Roy Rogers con su pistolera, muchas barritas de menta y su dulce aroma de caramelo... Estas cosas le provocaron una punzada momentánea de tristeza y vergüenza.

Anduvo más de dos horas por calles que ni siquiera sabía que existían, viendo los adornos navideños, los árboles de Navidad en las ventanas; estaba excluido de todo.

Pese a que ya era tarde, un grupo de personas se agolpaba ante la vitrina de unos grandes almacenes para ver un escaparate animado. Se acercó y se puso detrás de la gente, fascinado por los muñecos que retozaban en un paisaje nevado.

Gordo, colorado y azotado por el viento, el alegre Santa Claus trataba de subirse a lomos del elefante Dumbo con su saco rebosante. Al fondo, ocho renillos resfriados guardaban cama atendidos por un Rudolph con la nariz colorada y vestido de enfermero.

Santa fracasaba en sus intentos de treparle encima al servicial Dumbo; una y otra vez resbalaba para abajo con su saco. Rudolph iba de cama en cama. Santa meneaba la cabeza y sonreía de oreja a oreja, se cargaba el saco al hombro, volvía a intentarlo y volvía a resbalar por el lomo redondeado del elefante. Desde la ventana de su cabañita cubierta de nieve, la señora Claus, desconsolada, negaba con la cabeza.

La escena emocionó a Andy. Se echó a reír. Rio y de pronto puso cara de pasmado. Los demás lo miraron y se pusieron también a reír, y pensó de pronto en lo estupendo que era reírse, reírse con otras personas. Se soltó completamente, los ojos le lagrimeaban y hasta le dolía la barriga. La risa lo fundía con los demás, con aquellas personas que le habían parecido criaturas de otro mundo. Ya no se sentía excluido.

Pero de forma gradual, una detrás de otra, las personas comenzaron a irse. Andy miró alrededor y se encontró solo. Le dio la espalda al escaparate y dejó de hacerle gracia. Sabía lo terrible que era resbalar una y otra vez de lomos del elefante.

Hizo a pie todo el camino de vuelta, sintiendo progresivamente que el efecto de la droga lo abandonaba y dejaba tembloroso y deprimido.

Cuando doblaba por su calle desde Pennsylvania se detuvo en la esquina. Había un Ford negro aparcado frente a su casa. En la oscuridad vio a un individuo sentado al volante.

Sintió una punzada de miedo, dio media vuelta y se metió en una hamburguesería con grandes vitrinas abierto toda la noche. Se sentó en un taburete y pidió una hamburguesa y un batido, pero cuando se lo sirvieron apenas podía comer ni beber.

Echó una moneda de cinco centavos a la máquina de encima del mostrador y pulsó el botón verde junto a «Dancing in the Dark». La música comenzó a difundirse sin dificultad a través de los altavoces del techo.

Se levantó de sopetón y fue a la entrada a observar la calle larga y oscura. El coche seguía aparcado frente a su casa.

¿Por qué no lo dejaban en paz?

Si vas a jugar, pon moneda...

—¿Con qué derecho...? —comenzó a decir pero se mordió los labios, y fue casi como si supieran a vino.

Iba a volver a su taburete cuando la vio entrar; la reconoció al instante. La acompañaban otras tres chicas, todas de entre dieciséis y dieciocho años. Ella trató de abrirse paso, pero él no podía moverse. Solo podía contemplar embobado la hermosura de su rostro.

—Perdona —dijo ella en voz baja, intentando rodearlo.

—Venga, Taylor —dijo una de las chicas a su amiga.

Ella era casi igual de alta que él; tenía la piel tersa y morena, los ojos claros y los labios carnosos y firmes. Tenía la cabeza descubierta pese al frío, pero en esa ocasión llevaba el cabello recogido en dos grandes trenzas sujetas como una corona sobre la cabeza.

—Perdona —repitió, moviendo apenas los labios. Se quedó esperando, aguantándole fríamente la mirada, haciéndole sentir tan desnudo como se había mostrado ante ella aquella tarde.

—No te había visto nunca —dijo él al fin.

—Nos acabamos de mudar a esta calle, mi madre y yo.

Andy le cedió el paso con torpeza y dijo:

—Es muy tarde para andar fuera... Son casi las tres y media.

—Estoy acostumbrada. Trabajo de noche en el centro. Hoy he librado.

—Me llamo Andy Hodden. —Trató de sonreír, había perdido la costumbre, y pensó: ¡Todo va mal, no puede ir bien!

—Yo me llamo Taylor Mayo —dijo ella.

—¿Taylor...?

—Señorita Mayo.

—¿Señorita Mayo?

—Sí, señorita Mayo, no Taylor —dijo—. No me conoces... todavía.

Él se enfadó en exceso.

—¡No te hagas la estirada!

—No me hago nada —dijo, más bien fría ante su enfado—. No teníamos que conocernos.

—¿Por qué? —dijo él, algo desesperado.

—Porque a veces es mejor no llegar a conocer al chico al que te gustaría conocer.

—Déjame volver a verte.

Su primera sonrisa fue lánguida, casi de resignación.

—No te puedo impedir que me veas.

—Me refiero a... ¡Demonio! Quiero hablar contigo.

Notó que una de las chicas la miraba extrañada y se apresuró a rodearlo.

—Perdona.

Él no podía pensar; no se atrevía a pensar.

Si vas a jugar...

La cosa del amor, pensó. Esa cosa de críos, siguió, sintiéndose estúpido. ¡Esa cosa de cocaína y blanquitos!

Salió del restaurante y el aire le helaba los labios. Oyó campanas de Navidad en su cabeza, QUEDAN DIEZ DÍAS PARA NAVIDAD.

El coche ya no estaba, pero en el vestíbulo, cuando Andy comenzaba a subir las escaleras, Davis salió de la oscuridad acompañado por Patterson.

—¿Tú crees que estoy para juegucitos? —dijo Davis, haciendo bajar a Andy de un tirón y dándole un tortazo en la boca.

El dolor tuvo cierto efecto... Todo el mundo le atosigaba, le apretaba... Y de pronto se rebeló.

—No —dijo.

—¿No qué? —lo azuzó Davis, furioso.

—Que no, que me importa una mierda —dijo Andy.

Davis lo tiró al suelo.

Patterson se apresuró a mediar.

—Mance...

—¡Que te den, Patterson, quítate de detrás de mí! ¡Le voy a enseñar a este respondón hijo de perra! —Puso en pie a Andy, volvió a derribarlo con más fuerza y el chico notó que se le abría una brecha en la cabeza al golpearse contra el zócalo junto a las escaleras.

Davis volvió a ponerlo en pie, resoplando sin resuello como un buey enfurecido.

—Conque te importa una mierda, ¿eh, yonqui?

Le asestó un fuerte puñetazo en la boca del estómago.

El dolor, golpe tras golpe, ahogó los gritos. Andy se quedó sentado en el suelo, la boca ensangrentada, hinchado el ojo donde su carne había encajado el puñetazo de Davis. No percibió movimiento alguno sobre su cabeza, ninguna intención de nadie de levantarlo. Se puso en pie por sí mismo, despacio, con dificultad.

Davis lo agarró por el cuello del abrigo y lo estampó contra la pared.

—Oyeme bien, gamberrete bocazas, ¡si te digo que nos vemos en tal sitio, tú vas! ¡Si necesito algo de ti, lo necesito ya, no cuando a ti te dé la puñetera gana! Recuerda a quién te conviene estarle agradecido. ¡Recuerda que si me sale de las narices te enmarrono! ¡Métete esto en la mollera y nos llevaremos bien! Pero si crees que el Sol sale y se pone solo para ti y que puedes decirme cuando te apetezca que tal cosa te importa una mierda, entonces, chico, ¡vas a tener problemas!

Soltó y empujó a Andy de malas maneras.

—¿Has averiguado algo de la entrega que se supone que Caseri y Lujack tienen que recoger, ahora que el Hombre se ha quedado con el negocio de Puck?

—Lujack se bajó del tren —dijo Andy con hosquedad—. Ahora le pillará al Hombre a través de Rudy Black.

—Black se está abriendo camino, ¿eh? —dijo Davis. Tenía un brillo trémulo en los ojos. Obviamente la información sobre Lujack era novedosa para él.

—Esta noche Black ha aparecido en un Cadillac —dijo Andy—. Lo debe estar haciendo bien.

—Bueno, todavía no me has respondido —dijo Davis—. ¿Has averiguado algo de esa entrega?

—No.

—¿No qué? —dijo Davis yendo de nuevo a por él.

—¡No, no he averiguado nada de la maldita entrega! —gritó Andy.

Patterson le puso la mano en el hombro a Davis para apaciguarlo, pero Davis se zafó.

—Así que la has cagado con el asunto de la entrega. ¡Más te vale encontrar algo para compensarme, y que sea pronto!

Davis y Patterson se fueron.

Andy se apoyó en la pared, doblado. La cabeza le martilleaba.

Se llevó una mano al ojo lastimado.

Si vas a jugar...

—¿Con... Con qué derecho? —preguntó sin fuerzas a la oscuridad—.
¿Con qué derecho?

8

Desde algún rincón impreciso del hotel, la lejana melodía de «Noel, Noel» despertó a Davis.

Se incorporó despacio en la cama, encendió la lamparita e iluminó los retratos de la cómoda. Eran de su mujer fallecida y de su hija, que vivía en Texas con su marido y dos hijos.

Junto a los retratos había una botella de bourbon.

Se levantó de la cama en ropa interior y se acercó al lavamanos, donde alcanzó un vaso. Volvió y se tomó un copazo.

Se sentó al borde de la cama y comenzó a vestirse, respiraba pesadamente por efecto del whisky mientras se ponía los calcetines y los pantalones. Se levantó y se puso la camisa sin prestar atención a las tres distinciones clavadas con chinchetas a la pared de la cabecera de la cama, premios al «mérito policial» del 43, 50 y 51.

Gruñó para sí. Lorrie, su hija, no había estado en la última ceremonia. No, ella estaba demasiado casada... y demasiado muerta su madre.

Hurgó en el armario en busca de una americana que combinara con sus pantalones. Una un poco llamativa, pensó, para que esos cabrones de la comisaría vieran que no era tan viejo como pensaban. Sobre todo ese bichejo con pedigrí universitario de Patterson.

Curioso... En cierto modo admiraba a Patterson. Le estaba haciendo la vida imposible al señorito diplomado, pero de momento el muchacho aguantaba todos los palos. Una cosa podía decirse de él, pensó Davis: era honesto. Si se picaba, no escondía sus emociones detrás de un escudo de intelectualidad superficial. Tenía algo de agallas, concedió Davis, pero para ser un buen estupa hacía falta algo más que agallas.

Siguió hurgando en el armario, buscando sin éxito la americana que quería ponerse. No era así cuando Bea vivía, cuando vivían los dos en su propia casa.

Se apresuró a revisar sus pensamientos y retomó el tema, menos amenazador, de su vejez. ¡Vejez! ¡Como si uno fuera viejo ya a los cincuenta

y dos! Se acordó de cuando había hecho más arrestos en el Distrito Sexto que todos los demás maderos juntos. Recordó que *tenía*, que hacerlos, tenía que bregar con todos aquellos montones de papeleo... aunque le tomara diecisiete años.

Verían lo viejo que era cuando les llevara al Hombre a rastras. ¡A ver qué dirían de su edad entonces!

Encontró la americana al final del perchero, arrugada y un poco pasada de moda con ese corte demasiado largo en el faldón. Tras observarla de arriba a abajo concluyó que no era exactamente como se la esperaba. Demasiada hombrera, demasiado drapeado, demasiado «jitterbug» en las solapas.

Volvió a colgarla asqueado, preguntándose en qué momento había tenido la ocurrencia de comprársela. Debió de comprarla mucho tiempo atrás, tal vez diez o doce años, cuando todavía estaban Bea y Lorrie y tenía su casa.

Volvió a acercarse a la cómoda y se tomó otra copa. El segundo trago tuvo un efecto poderoso: le caldeó la cara y le irrigó los pies de ansiedad. Le faltaban dos horas largas para ir a fichar y no tenía adonde ir, ni amigos con los que verse, ni siquiera una mujer...

Se recostó en la cama, su inmensidad se dejó caer sobre su voluntad, una mano acudió a su cara para montarse a su narizota y a su bigote como cepillo de alambre.

De acuerdo. *Prefería* estar solo. No le debía nada a nadie y nadie le debía a él una mierda, ¡podía estar seguro!

Se levantó y se arrimó a la ventana, miró abajo hacia la Escena, iluminada por la Navidad.

Le sobrevino una sensación de orgullo retorcido al contemplarla. ¡Al menos tenía eso, que le partiera un rayo! Algo que conocía mejor que los demás, mejor que los cabrones de Stuart y Speer.

¡Claro que sí, demonio! Trabajaba mejor que nadie de la comisaría porque conocía mejor que nadie su trabajo. Por eso era sargento; por eso era uno de los tres únicos sargentos negros que había en la ciudad.

Bueno, bueno, puede que solo tuviera a sus órdenes a un memo con diploma universitario, pero aun así no era algo que se conseguía de la noche a la mañana.

Amaba amargamente a la Escena, pese a que se decía: ¿quién da un centavo por esa escoria? Si querían inyectarse esa mierda en los brazos, ¿qué le importaba a él? Él tenía un trabajo que hacer, ni más ni menos, y estaba decidido a hacerlo bien, por más obstáculos que se le pusieran delante.

¿Demasiado viejo? ¿Él? ¡Él nunca iba a bajar la cabeza, nunca! Eso se lo podían reprochar a algún subalterno, a algún jovencito como Patterson, un tipo que quería saltarse los peldaños que Davis tan esforzadamente había subido uno a uno. ¡Pero nadie podía reprochárselo a él! ¡Ya le habían reprochado bastantes cosas!

Su mente se quedó repentinamente en blanco y se encontró viendo los retratos de su mujer y de su hija. Tanteó la botella, pero recordó que en un rato tenía que ir a trabajar. Quería mantener la compostura. Uno nunca sabía, no le sorprendería que el capitán Beeker le guiñara un ojo y le dijera «Ajá» delante de todos.

Volvió a sentarse en el borde de la cama, alcanzó la pistolera con el revólver de la mesita de noche y se la ató.

Los muy hijos de perra.

Contempló de nuevo los retratos de su mujer y de su hija, y luego la botella de whisky. ¡Bah, que les den!, pensó, se levantó y se sirvió otra copa.

Por la mañana, al llegar a la oficina, Patterson fue a su encuentro.

—Hemos cogido a Travis, la mujer —dijo—. La tenemos aquí.

Una matrona la ha cacheado, le ha encontrado veintitrés cápsulas.

Davis echó a andar deprisa.

—¿Dónde está?

—En la tres —dijo Patterson, esforzándose en seguir las largas zancadas del grandullón.

Recorrieron un pasillo y se detuvieron ante una puerta que Patterson tuvo que abrir con un manajo de llaves. Bertha Travis se hallaba sentada al fondo del cubículo sin ventanas, la mirada ardiente y desafiante.

—Mira tú —dijo Davis saliendo de su abrigo—, ¡pero si es la Negra Bertha!

—Al final has conseguido enmarronarme, ¿eh, Davis? —dijo Bertha—. Venís a mi casa y nos sacáis a mí y a mis niñas a rastras, y luego haces que me pongan tema en los bolsillos. ¿Dónde están mis hijas? —Se levantó amenazante—. ¡Más te vale que no les pase nada a mis hijas!

—Siéntate —dijo Davis—. Tendrías que haber pensado en tus hijas cuando comenzaste a vender mierda. ¡Siéntate de una vez y cierra la boca!

Bertha se sentó.

—Quiero hablar con un abogado. No podéis impedirme que vea a mi abogado si quiero.

—Tú no vas a ver a nadie —dijo Davis, y dirigiéndose a Patterson—: ¿Tienes eso?

Patterson le entregó un papel que sacó de un sobre de manila.

Davis lo cogió y se acercó a Bertha.

—¿Ves esto, muchachita? Además del marrón por posesión, ¡tenemos esto por venta!

Bertha hizo ademán de agarrar el papel pero Davis lo alejó de su alcance. Fue a sentarse frente a ella detrás de la mesa pegada a la pared.

—¿Qué demonios pasa aquí? —dijo—. Conozco mis puñeteros derechos, ¡sé que tengo derechos!

—Tienes derecho a ir a la cárcel, Bert —dijo Davis. Hizo señas hacia Patterson—. ¿No recuerdas a este tipo?

Miró a Patterson y luego a Davis, enfadada.

—¡Yo no he visto a este hijo de perra en toda mi vida! Solo sé que quiero ver a mi abogado, eso es todo.

—¿Te acuerdas de tu amiga Carrie? —dijo Davis—. ¿Te acuerdas que hace una semana, un día que llovía, le puliste a Carrie? ¿Recuerdas que este de aquí se te acercó?

—Sí, ahora lo recuerdo —dijo Bertha, reconociendo de pronto a Patterson—. Sabía que era poli. No tenéis nada que cargarme. No le vendí mierda.

—No le vendiste a él, pero a Carrie le vendiste cuatro tapones.

Davis percibió el miedo incontrolable que se apoderaba de sus ojos.

—¡Yo no vendí nada a esa zorra! Si eso es lo que os ha dicho, os ha contado una puñetera mentira.

—Es exactamente lo que nos ha dicho. Bajo juramento. —Davis le paseó el documento por las narices—. Tenemos cuatro tapones de prueba contra ella. Este oficial jura que le compró dos tapones a Carrie, y Carrie jura que te compró cuatro a ti.

—¡No tenéis nada! —gritó Bertha—. ¡Solo tenéis el marrón por posesión, y para eso conseguiré la condicional!

Davis gruñó ufano.

—Te sorprendería. Mañana te acusamos con base a estas pruebas, compareces ante el tribunal en dos semanas... y el mes que viene estás en la cárcel de mujeres cumpliendo veinte años de condena.

Bertha sabía que decía la verdad. Los miró desesperada.

—Déjame contactar con mi abogado. Si hablo con mi abogado no me vais a poder hacer nada.

El bigote colorado parecían llamas sobre el labio de Davis.

—Escúchame de una maldita vez. No estoy para juegucitos, señorita. Tienes el culo en las brasas, solo hay una manera de que te saquen... y tú sabes en qué consiste. Te podemos empapelar mucho antes de que los abogados del Hombre empiecen siquiera a calentar.

Bertha enmudeció, asustada.

—Piensa en tus niñas —dijo Davis sin piedad.

—¡De acuerdo, *de acuerdo!* —gritó—. Pero ¿qué puedo hacer? Yo no sé nada. Mi novio, Dell, maneja casi todo mi negocio.

—No me vengas con eso —dijo Davis—. No eres tan tonta como para poner un solo centavo en manos de ese yonqui.

—Ya, bueno, yo le doy mi dinero...

—¿Al Hombre?

—No, a la tipa, Sylvia. Yo al Hombre lo he visto solo una vez.

—Lo declararías bajo juramento, ¿verdad?

Bertha vaciló.

—¿Verdad que sí? —insistió Davis.

—Sí... Supongo.

—Tú prueba a tomarme el pelo y dejarás de suponer —dijo Davis con firmeza—... Me vas a dar todo lo que tienes para declarar.

—Pero si no sé nada —alegó Bertha.

—Sabes lo suficiente. Sabes que la mierda es del Hombre, ¿o no?

—Sí, eso lo sé...

—Entonces sabrás declararlo cuando llegue el momento. Por ahora quiero que te quedes todo lo pegada que puedas a esta cosa... —Se interrumpió para preguntar a Patterson—: ¿Se ha enterado alguien de que la hemos trincado? Alguien de la Escena, quiero decir.

Patterson negó con la cabeza.

—Ha sido sin testigos, imagino. Speer ejecutó la orden de arresto y se llevó a Bertha y a sus hijas. Aunque lleva aquí un par de horas.

—Bueno, eso está bien —dijo Davis—. No queremos que se corra la voz de que Bertha nos ha hecho una visita. Y ahora escúchame, Bert —dijo, volviéndose hacia ella—. Quiero información, y tú me la vas a proporcionar. La menor noticia de algo, cualquier cosa. Quiero saber dónde tiene el Hombre su caleta, quiero saber dónde corta la mierda. Si juegas bien tus cartas, puedes hacer mucho por nosotros. ¿Entendido?

—Sí...

—Patterson, trae al taquígrafo para tomarle declaración.

Patterson salió y cerró la puerta con llave.

—¿Qué hay de mis niñas? —dijo Bertha—. ¿Qué pasa con ellas?

Davis la miró con desprecio.

—Tú no deberías tener hijas. No tienes derecho a tener hijas.

—¡Son *mis* niñas! —gritó, levantándose—. ¿Quién eres tú? ¿Dios? ¿Solo porque eres madero? ¿Solo porque has tenido la suerte de que te tocara ser importante? ¡No tienes derecho a decirme que no debería tener hijas, hijo de perra! ¡Tengo el mismo derecho que cualquiera, incluso que tú!

—Cállate —dijo Davis tranquilo, algo asqueado de su propia actitud—. Calla y siéntate.

Patterson volvió a entrar.

—El taquígrafo viene enseguida.

Davis se levantó.

—Vigíleme a Bertie hasta que vuelva. —Cogió las llaves de Patterson, salió y cerró con llave.

En el pasillo tropezó con el teniente Stuart.

—Le estaba buscando, Mance. ¿Qué hay de la señora Travis? ¿Algún resultado?

—Se nos va a escabullir —dijo Davis.

—Entonces supongo que podemos mandar a las niñas a la Jefatura, al departamento de menores. Están al final del pasillo.

—Me gustaría soltar a esa mujer, jefe. Hasta ahora nunca había trincado a nadie tan cercano al Hombre. Podría resultar muy valioso llevar a ese ejemplar ante el tribunal.

Stuart se encogió de hombros.

—Proceda como crea, Mance. Hágame saber en qué termina.

Se separaron y Davis recorrió el pasillo hasta llegar al cuarto donde estaban las niñas.

Estaban las dos juntas en una silla, acurrucadas; los ojos, desencajados y atemorizados, vigilaban el lugar extraño en que se encontraban.

—¿Podemos irnos a casa, señor? —preguntó la mayor de las dos.

—No lo sé —respondió Davis con aspereza—. Puede que sí y puede que no.

—¡Déjenos ir! —le dijo la pequeña—. ¡Me chivaré a mi madre de usted!

—¿Cómo os llamáis?

—Edna y Ginny Travis —dijo Edna, y añadió con cautela—: mi madre no ha hecho nada, ¿verdad, señor?

Davis se mordió la lengua.

—No os preocupéis por eso. Enseguida volveréis a casa. —Pensó en la amarga réplica de Bertha, en cómo él había tratado de justificar su opinión de ella en sus hijas, pero ahora le parecía artero y bajo. Aunque le importaba un pimiento, se dijo.

Pero cuanto más miraba a aquella hermosura de niñas, más enfadado estaba. No parecía justo que una mujer como Bertha Travis hubiera engendrado a aquellas criaturitas, con tanto...

Dio media vuelta precipitadamente y salió del cuarto. Cuando llegó a la sala de interrogatorios lo estaba esperando el taquígrafo, un cadete voluminoso con pinta de tener más aptitudes para cortar leña que para escribir con lápiz.

Hizo que Bertha volviera a explicarlo todo, disparándole las habituales preguntas inquisitivas. Cuando terminaron le entregó la declaración a Bertha para que la repasara.

—Haz tres copias —pidió al taquígrafo—, y que las firme todas —ordenó a Patterson. Observó a Bertha, que parecía exhausta—. Cuando termines te podrás ir, Bert.

Ella le devolvió la mirada, agradecida, y él se puso en marcha.

—Ten la boca cerrada sobre esto, Bert; no le digas nada a nadie. ¡Si lo haces te juegas el trasero, señorita!

—Ya sé —dijo, incapaz de reprimir su alegría.

—Cuando te necesitemos te llamaremos, y a partir de ahora más te vale recordar con qué equipo juegas... y quién te ha dado la oportunidad. —Se volvió hacia Patterson—. Voy a la oficina. En cuanto termines nos vamos de paseo.

Patterson lo siguió al pasillo. Miraba a Davis como si fuera un loco.

—¿Me está diciendo que va a soltar a esta mujer para que siga vendiendo droga? —Davis entrecerró los ojos—. Escuche, Mance, la tenemos. —Patterson ladeó la cabeza con cara de perplejidad—. ¿Por qué no la encerramos? Ya sé que hay muchas cosas del negocio de la droga que no entiendo, pero sé que si la soltamos la estaremos ayudando a matar gente.

—¿No has oído lo que he dicho ahí dentro? —dijo Davis.

—Claro que le he oído, pero...

—¡Entonces cierra el pico! —dijo Davis, un rubor denso extendiéndose bajo la aspereza de su cara—. ¡Cuando llegues a sargento de detectives podrás hacer las cosas a tu manera!

Dejó a Patterson con la palabra en la boca.

Al final del pasillo echó un vistazo a las niñas. Quería asegurarse de que estuvieran bien.

9

Los viernes por la tarde el Palacio de Justicia estaba abarrotado. En la planta baja la gente iba y venía despacio entre los enormes pilares amarillentos; se embutían en los viejos ascensores, y en grupos pequeños, apesadumbrados, subían las amplias escaleras de mármol que conducían a las salas de vistas del segundo y tercer piso.

Sobre ellos, amenazadora en su inmensidad, pendía el aura regia de la autoridad administrativa, rancia, que impresionaba a los visitantes y hacía que bajaran la voz por respeto, algo que raramente sentían.

Un gordinflón enorme y su hermano más menudo se abrieron paso entre la multitud y se metieron en un ascensor. «Segundo», ordenó el hombre voluminoso, acomodándose sin la menor consideración hacia los demás pasajeros, aplastados dolorosamente contra las paredes de acero del ascensor.

La vieja caja chirriante trepó hasta el segundo piso, en el que, según informó el mozo de ascensor, se encontraban las salas de audiencias de sus señorías Callum, Stanky, O'Callahan, Murphy y Royal.

El hombretón salió a empujones y echó a andar con sorprendente garbo, tratándose de alguien con ese volumen. Al moverse le ondeaba la ropa, de buena calidad, y le contorneaba las pantorrillas y los muslos, la espalda amplia, abundante y fuerte y las caderas.

Su hermano, que le iba detrás, le vigilaba la espalda con algo de odio en los ojos de color gris.

Cerca de las escaleras, el hombretón se detuvo de golpe y preguntó a un guardia por el paradero de ese hijo de perra de O'Callahan, tan deprisa y en un tono tan cortante que el guardia señaló instantáneamente al otro extremo del pasillo. Sobre una enorme puerta doble había un rótulo largo que decía: SU SEÑORÍA RICE O'CALLAHAN.

El abogado del hombretón lo vio en cuanto entró, corrió hacia él y habilidosamente lo agarró del brazo, explicándole mientras andaban que se trataba solo de una comparecencia. Lo llevó ante el tribunal en el que una

veintena de espectadores medianamente interesados observaban el procedimiento.

El otro hermano los miraba.

Richard D. Halsted padre había llegado justo a tiempo de oír al fiscal hablar de algo así como «homicidio imprudente». Vio a su hijo, Rickie, sentado en el banquillo, y su ira creció. El abogado trató de calmarlo.

—Si le parece a su señoría —interrumpió el abogado de Halsted—, creo que ha quedado concluyentemente probado que el chico no vio a la víctima. A fin de cuentas, la víctima estaba cruzando la calzada de forma imprudente. ¿Cómo podemos acusarlo de homicidio imprudente cuando las pruebas demuestran que, con toda seguridad, fue la víctima la que cometió la imprudencia?

Su señoría apoyaba la barbilla en la mano, su cabeza grande y canosa parecía carente de la más mínima comprensión.

—Señoría —intervino el fiscal—, el examen de las marcas del frenazo llevado a cabo por los agentes que realizaron el arresto en el lugar de los hechos muestra que este joven conducía a más de cien kilómetros por hora en un barrio residencial. Y no solo eso: en el examen de la ropa del acusado se hallaron tres cápsulas de heroína. La acusación quiere demostrar que el acusado era incapaz de manejar un vehículo motorizado en el momento del accidente porque se encontraba bajo los efectos de sustancias estupefacientes.

Halsted había estado mirando a su hijo, encogido, rígido y silencioso, pero al oír «sustancias estupefacientes» su cabeza dio un respingo.

—Me perdonará, pero soy el padre del chico, y me gustaría saber qué...

El juez O'Callahan dirigió una mirada de lince a Halsted.

—¿Usted es el padre del chico?

Halsted dio un paso adelante.

—Sí, soy su padre.

—¿No sabía que comparecería ante este tribunal esta tarde?

—He estado fuera de la ciudad por motivos de trabajo, su señoría. Anoche, cuando llegué a casa, mi hermano Donald me informó de que a Rickie lo habían arrestado por unos cargos absurdos.

O'Callahan lo miró.

—Los cargos tienen poco de absurdos. Su hijo atropelló a un hombre hace dos noches. —Examinó unos documentos—. Ha muerto esta mañana, de hecho. A su hijo se le podría procesar por homicidio imprudente.

Halsted no lo entendía. ¡No podían estar hablando de Rickie!

—Según lo que dice aquí, la Agencia Antidroga de la autoridad federal ha manifestado un interés especial en su hijo —siguió el juez—, y en su posesión de sustancias estupefacientes. Sin embargo, puesto que hay una persona fallecida, ceden el caso a la autoridad estatal. Su hijo es adicto a los estupefacientes; no obstante, esta circunstancia se considerará en la vista oral.

—¿Adicto a los estupefacientes? —estalló Halsted—. Óigame bien...

—Señoría —intervino el abogado de Halsted, pero el juez estaba susurrándole algo a un ayuda de cámara.

—Teniendo en cuenta que el chico solo tiene dieciocho años, y carece de antecedentes —dijo por fin el juez O'Callahan—, fijo la fianza en mil quinientos dólares. ¿Quedan satisfechas sus señorías? —preguntó al fiscal y al abogado de Halsted, y sin esperar respuesta firmó un documento y se lo entregó al ayuda de cámara—. ¿Podrá pagar la fianza, señor Halsted?

—Por supuesto.

—Estupendo. Señor Halsted, le aconsejo que no pierda detalle de los hábitos de ocio de su hijo, de sus amistades y demás compañías. —Con un gesto de la cabeza señaló al acusado—. Ese chico está enfermo. Mire cómo está... Solo hay una cosa en el mundo que pueda llevar a un joven a comparecer ante un tribunal en semejantes condiciones, y esa cosa son los estupefacientes. Si tuviera que instruir la vista oral de este caso, recomendaría tratamiento, tanto si se lo declara culpable como no culpable.

—Pero, señoría... —empezó el abogado de Halsted.

El juez lo interrumpió haciéndole una seña al funcionario que custodiaba al acusado.

—Siguiente caso.

Halsted vio cómo se llevaban a su hijo por una puerta lateral, y cómo el juez procedía tranquilamente a tratar otro asunto del tribunal, sin la menor consideración hacia el presidente de Industrias Químicas Halsted y Halsted.

El abogado trató de conducirlo a la salida poniéndole una mano en el brazo.

—Es todo, señor Halsted. Venga, aquí al lado va a ver a su hijo mientras pagamos la fianza...

—¡A mí nadie me habla de esa manera! —dijo Halsted mientras el abogado se lo llevaba.

Donald Halsted, que había seguido la comparecencia desde el fondo de la sala, se acercó a su hermano con una sombra de preocupación en la cara angulosa y larga.

—¡Richard, no te lo tomes tan a pecho! No te haces ningún favor; ¿quieres que te vuelva la úlcera?

—Es todo mentira —dijo Halsted echando humo—. Por Dios bendito, es una treta sucia para desprestigiar mi empresa. El señor comisario es muy buen amigo mío, ¡pienso encargarme de que tenga noticia de esto!

Bajaron en ascensor a la planta baja y anduvieron hasta la Jefatura de Policía, que era el edificio contiguo al Palacio de Justicia.

El sargento de turno los derivó al registro, en la séptima planta, donde el abogado de Halsted pagó la fianza. Luego subieron a la novena planta, donde tenían a los detenidos, y esperaron en el vestíbulo silencioso, de acero immaculado, a que Richard Halsted hijo resolviera las formalidades y fuera liberado.

Cuando el chico llegó, no miró a su padre. Apenas levantó la vista cuando su tío se le acercó y le dio una palmada en la espalda para consolarlo.

—Irás bien, Rickie. No te preocupes por nada.

El chico se había peinado apresuradamente y tenía el flequillo espolvoreado de caspa. Al detective que lo acompañaba, un hombre alto, se lo veía enano al lado del chico; sin embargo, Richard parecía empequeñecido y consumido por algún sufrimiento interior, y los brazos le colgaban como pesos muertos a ambos lados.

—¡Rickie! —exclamó horrorizado Halsted—. ¿Qué te han hecho, hijo mío?

El chico no respondió.

El detective dio un paso adelante.

—Señor Halsted, soy el detective King. Me gustaría hablar un momento con usted.

Halsted lo miró, desconcertado.

—Mi hijo...

—Venga por aquí, por favor —dijo King, conduciendo al hombretón por una puerta en la que decía brigada de estupefacientes. Donald Halsted los siguió, dejando que el abogado se ocupara de Rickie.

Atravesaron una oficina en la que dos mujeres mecanografiaban deprisa, sin prestarles la menor atención, y entraron en el despacho del fondo. King se sentó detrás del escritorio pequeño e invitó a los demás a que se sentaran en las sillas de enfrente.

King habló despacio.

—Supongo que sabe que estoy a cargo del caso de su hijo.

—¡Entonces tal vez pueda decirme qué demonios pasa aquí! —dijo Halsted—. ¡Tal vez pueda decirme qué ha hecho de malo mi chico!

—Su chico es un yonqui —dijo con rotundidad King; luego, al reparar en Donald Halsted, le dirigió una mirada inquisitiva.

—Soy el hermano del señor Halsted, Donald —explicó.

—Nosotros también queremos saber qué está pasando —siguió King sin acusar recibo de lo que acababan de decirle.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Halsted.

—Su chico tenía tres cápsulas de heroína... heroína casi pura. Ahora los federales quieren saber de dónde sacó la mercancía, señor Halsted, y nosotros también queremos saberlo.

—Espere un momento...

—Mercancía así no entra en nuestro Estado andando —lo interrumpió King—. Alguien la ha tenido que meter, ya sea por las fronteras o bien por el puerto. —Guardó silencio, observando cómo Halsted comprendía poco a poco y mudaba su expresión—. Su hijo me ha dicho que hacía viajes a México con cierta frecuencia...

—Solo por trabajo —respondió Donald Halsted—. Richard ha estado preparando al muchacho para que ocupe cierta posición en la empresa. Tenía que visitar regularmente a nuestros proveedores mexicanos.

—Gracias —dijo King, sin el menor atisbo de agradecimiento, encauzando de nuevo la conversación con Halsted—. Eso es lo que el chico me dijo. Me dijo que pilló las cápsulas en su último viaje, que había sido la primera vez que se ponía. Por supuesto, era una maldita mentira.

—Si es lo que dice Rickie —exclamó acaloradamente Halsted—, es lo que pasó. ¡Rickie no miente!

King se encogió de hombros.

—Puede que a usted no le mienta, pero a mí no ha parado de mentirme. Mire, señor Halsted, en este trabajo uno llega a aprender algunas cosas. Por ejemplo, que un aficionado no andaría jugando con mercancía pura; esa heroína sin cortar que tiene su muchacho podría matar a tres personas. Los que consumen saben cómo dosificarla para no sufrir una sobredosis. Por otro lado, su hijo tiene callos a lo largo de todo el brazo izquierdo.

—¿Callos?

—Las marcas del brazo en las que los drogadictos se clavan la aguja una y otra vez —le dijo King—. Eso tiene su chico, y una cañería con un trombo de casi quince centímetros de largo. De modo que sabemos que consume desde hace bastante tiempo, un año o puede que más.

—¡No puede ser! —dijo Halsted.

King lo ignoró.

—¿A qué clase de negocio se dedica usted, señor Halsted?

—A la industria química —respondió Donald Halsted.

—Proveemos a casi todas las plantas más importantes —dijo Halsted, algo reticente—. Hacemos productos para industrias químicas y farmacéuticas.

—Muy interesante —dijo King—. Su chico está en una posición privilegiada para serle de utilidad a un gran mayorista. Vamos a suponer que se dedicaba a pasar por la frontera estupefacientes para uno de los grandes laboratorios, o para alguien del laboratorio, con quien usted trabaja...

Halsted se puso en pie.

—Vámonos, Donald. No voy a escuchar ni una palabra más.

—Debería ser cosa de usted —dijo King—. Pero voy a tener a su chico vigilado, señor Halsted, y lo voy a averiguar todo. Los federales también están enormemente interesados. Según he oído, podrían tomar medidas enérgicas contra todo este entramado repugnante muy pronto. Puede que su hijo y otros como él reciban un regalo de Navidad inesperado.

Halsted se abalanzó sobre el escritorio, enseñando los dientes.

—Dígame, ¿quién está detrás de toda esta mierda que me está echando? ¿Quién es su jefe? ¿Quién le ha mandado acosar a mi chico?

King se sacó un cigarrillo suelto del bolsillo de la camisa y lo encendió, entrecerrando los ojos. Se tomó su tiempo antes de empezar a hablar, como un mediodonista que cogiera ritmo en la primera vuelta.

—Me sorprende que me pregunte quién es mi jefe —dijo—. A peones como yo los tipos ricos como usted suelen hacerles saber a la primera de cambio que deben sus sueldos a los impuestos que ellos pagan. —Abrió un cajón del escritorio y sacó una jeringuilla hipodérmica improvisada y una cucharilla doblada y ennegrecida que dejó caer encima del cartapacio del escritorio—. ¿Y sabe qué pienso? Que lo mismo que le sucedió al crío que tenía esto le puede suceder a su muchacho, y si a usted le trae sin cuidado, a mí también. Mi trabajo de remueve mierda se lo puede envainar, ¡he visto a muchos cabrones presuntuosos como usted! —Subió la voz y Halsted reculó—. Tengo un trabajo apestoso como el demonio, señor, y mi jefe quiere que lo haga lo mejor que pueda. Si para ello necesito atosigar a su hijo, ¡no dude que lo atosigaré hasta sacarlo de sus casillas! No pararé hasta saber con certeza de dónde viene esa mercancía, y a ver si así logro salvar a algún crío cuyos padres sí se preocupen por él. —Se levantó y volvió a guardar el

cuentagotas y la cuchara en el cajón—. Ande, vaya y trate de impedirme que moleste a su hijo, señor Halsted; póngase a tirar de algún hilo de esos de mil dólares. Pero oiga esto: Si vuelvo a encontrarme aquí a su chico con un marrón por posesión de droga, ¡haré todo lo que esté en mi poder para que cuando salga del saco crea que la heroína es el baile de moda!

Salió del despacho.

—¡Te recomiendo encarecidamente que le hables de este sujeto al comisario! —dijo Donald Halsted viendo marcharse a King.

De vuelta en el vestíbulo se reunieron con el abogado y Rickie, que esperaba al ascensor pulsando el botón de llamada. Estaba inmóvil pero era como si su cuerpo se moviera, inclinándose ligeramente a un lado y a otro.

Halsted, seguido de su abogado y de su hermano, se le acercó, pero Rickie no prestó atención a su padre. En lugar de eso, agarró a su tío.

—¡Tío Donald, por favor, ayúdame! —gritó—. ¡Diles que me saquen de aquí!

Lo único que podía hacer su tío era darle palmaditas en la espalda.

—No te preocupes, Rick. Nos vamos a ir enseguida. Todo va a salir bien.

Halsted lo miraba fijamente, recordando lo que King le había echado en cara, recordando lo que él había querido decir y no había podido, recordando el dicho: todo tiene un precio.

Ahora, por encima de todo, quería comprar lo que fuera que el chico había perdido. ¿Acaso no podía? Era un hombre extremadamente rico. Donald, naturalmente, era accionista de la empresa, pero no hacía mucho más que de consejero y relaciones públicas.

¡Tenía que poder ayudarlo de algún modo! Haría cualquier cosa por Rickie, por más dinero que costara. ¡Sí! ¡En caso de extrema necesidad podía dejarlo todo por su hijo!

Pero ¿tanto valía Rickie?

No había querido hacerse la pregunta, no quería verse cara a cara consigo mismo, no allí, no con el muchacho grande y desaseado delante. No quería sondear su amor o los límites de este.

—Rickie —empezó—, dime que mienten... Dime que nunca has tomado drogas. ¡Dímelo, Rickie!

El chico lo miraba solo de vez en cuando.

—No... Papá.

En realidad decía sí, decía sí con su vocecita nerviosa. Pulsaba el botón del ascensor sin parar; se volvió, frustrado ante la inutilidad de aquello,

mirando sin verlos a su padre y a su tío, la cara llena de la mentira que acababa de decir, los ojos gris azulado rabiosamente brillantes.

—¡No hay escaleras en este sitio!

—Tranquilo, hijo.

—¡Pues vámonos de una puñetera vez de aquí! Vámonos a casa, quiero ir a casa.

—¡Rickie! —Halsted adivinaba la verdad, pero incluso adivinándola su mente seguía desdibujando sus contornos—. ¡Cálmate, chico! Sé que has pasado por un muy mal trago, pero ponte un momento en el lugar de los demás. Esto no ha sido lo mejor del mundo para mi salud, que digamos.

—Lo siento —dijo el reprendido.

El abogado se acercó y habló con Halsted sobre el juicio que tendrían («... podría resultar un poco caro debido a la naturaleza del delito, que es muy grave en este Estado, pero la juventud y la inocencia juegan a nuestro favor, y eso influye en cualquier jurado...»), quiso saber su opinión, minimizó el grado en que su hijo estaba implicado en asuntos de droga, lo convenció de que lo habían usado de chivo expiatorio.

El ascensor los recogió y los dejó en la planta baja. En el trayecto, Halsted, su hermano y el abogado estuvieron hablando sin prestar atención a Rickie. En la planta baja, el chico salió corriendo. Lo vieron atravesar como una flecha las puertas de vaivén y lanzarse con furia a la calle.

—¡Rickie! —gritó Halsted, demasiado tarde—. ¡Paradlo! ¡No está bien!

—¡Eh, chico! —chilló alguien.

Justo al alcanzar las puertas, Halsted lo vio ocurrir, casi a cámara lenta. Con un movimiento de piernas torpe y frenético, Rickie esprintaba en medio de la calle. El coche que venía de prisa frenó, pero lo hizo demasiado tarde. El parachoques y la calandra golpearon en la pantorrilla izquierda del chico, y su pierna se derrumbó y partió como un palo de madera. Su torso dio en la capota con un ruido carnosos escalofriante. Al caer, la rueda delantera derecha del coche le pasó encima del pecho con una fuerte sacudida, y lo dejó casi al instante aplastado y sin forma.

El sonido del metal contra la carne fue un bofetón en la boca de Halsted. Corrió hacia la figura rota de su hijo, que yacía bajo el vientre impersonal, asesino, del vehículo.

El coche que había atropellado a su hijo era de la policía.

—¡Un momento! ¡No lo mueva!

—¡Déjeme pasar, maldita sea, déjeme pasar! Soy su padre.

—Llamen a una ambulancia —gritó alguien—. Deme su abrigo. Usted, el padre... ¡Quítese el abrigo! Apártense. No se amontonen aquí. Eh, paren el tráfico en la esquina, saquen a esos hijos de perra de la calle.

—Un abrir y cerrar de ojos —dijo Halsted aturdido, sintiendo las punzadas del viento en el cuerpo mientras la voz autoritaria le ponía encima unas manos también autoritarias y le quitaba el grueso abrigo de vicuña—. ¡Ha sido un abrir y cerrar de ojos!

—Retírese. ¡Si quiere ayudar quítese de en medio!

Por una vez hizo lo que le pedían. Se quedó en la acera junto a otros espectadores y observó, sin escuchar lo que el abogado y su hermano le decían. Observaba a aquellos hombres fuertes que actuaban con decisión para aliviar a su hijo.

Cuando llegó la ambulancia trató de ir detrás de la camilla, pero lo apartaron de malas maneras.

—Es que soy...

La puerta se cerró ante sus narices.

Antes de que el vehículo arrancara oyó un grito suplicante salir de los labios de su hijo. Vio su mirada agonizante y oyó sus palabras.

—Me van a dar un pico, ¿verdad?

A primera hora del domingo limpiaron a fondo el Hotel Lou's en una redada antidroga. La policía irrumpió y registró una a una todas las habitaciones, tras sacar a sus ocupantes por la fuerza y de malas maneras. Fuera, tres coches patrulla y un furgón celular estaban listos para la acción en el aire gélido de la mañana, y los agentes encargados de los arrestos, blancos y negros, como enfadados por la tarea encomendada, enfadados por estar ahí tan temprano, acometían su trabajo con metódica devastación.

El teniente Stuart, Davis y Patterson comandaban la operación. Elegían personajes del hotel al azar, los interrogaban, examinaban sus brazos.

Davis presionó especialmente a la recepcionista del turno de noche, una mujer menuda, sumisa y de mirada temerosa que hablaba en un tono extremadamente alto.

—Yo solo trabajo aquí —le dijo—. No sé nada más que lo que tengo que hacer detrás del mostrador. —Señaló a Lou y Ella Tyler, detrás del mostrador con su ropa de dormir. Ella observaba tranquila el alboroto, pero Davis notaba los respingos de la cabeza pelada del hombrecillo oscuro con cada estrépito proveniente de las habitaciones.

—¡Pregúnteles a ellos! —dijo la recepcionista—. Son los dueños de esto. ¡Yo solo sé lo que tengo que hacer detrás del mostrador!

Davis cazó la mirada de Patterson y le hizo una seña.

—Saca la libreta. —Mientras Patterson y él se acercaban a los dueños, observó su reacción; solo Lou parecía nervioso.

Algo en la pareja llamaba la atención de Davis. Para empezar, no pegaban ni con cola: Lou era menudo, casi marchito, y que todo su cuerpo estuviera inmóvil salvo sus ojillos, que iban de un lado a otro como dardos, le daba un aire como de cobra disponiéndose a morder; Ella, por su parte, tenía unos rasgos anchos, una boca grande y labios gruesos. Le sacaba unos tres centímetros a su marido, tendría cuarenta y pocos años y un carácter claramente dominante. Su piel clara contrastaba fuertemente con la de su marido; eran como un melocotón maduro junto a una uva negra.

Davis percibió que, mientras él y Patterson se acercaban, ella se adelantaba sutilmente para encajar el golpe.

Davis le sonrió gentil, casi haciéndole una reverencia.

—¿Cómo están? —dijo con familiaridad—. Me llamo Davis. —Presentó a su compañero, que lo miró extrañado ante aquella manera poco usual de abordarlos—. Me gustaría hacerles unas preguntas, si no tienen inconveniente.

—Adelante. —Ella sonrió amable.

—Ustedes arriendan esto, ¿verdad?

—Es nuestro —dijo Lou asomando por encima del hombro de su esposa—. El edificio entero es nuestro, hemos pagado hasta el último centavo. ¿Qué pasa? ¿Algún problema con eso?

A Davis pareció sorprenderle el tono algo agresivo del hombre.

—No, señor. Puedo decirle con cierta autoridad que no tiene nada de malo que uno se haga con una parcelita de suelo. ¡Es lo mejor del mundo! —Los miró de cerca—. Pero ¿sabían que su hotel es el mayor nido de drogadictos y demás gentes de esa ralea en toda la ciudad?

Ella asintió y esbozó una sonrisa pétrea.

—Claro que lo sabemos. Hemos intentado solucionarlo.

—¿No me diga? —dijo Davis interesado.

—La semana pasada llamamos al FBI —dijo ella—. Les contamos lo de los drogadictos. Incluso se lo contamos al capitán Beeker, de la comisaría del distrito. Simplemente no está en nuestras manos. Mi marido lleva un tiempo enfermo, va y viene, y no podemos hacer gran cosa cuando nuestros empleados nos meten a inquilinos nuevos.

—¿A quién llamaron primero? —dijo Davis—. ¿Al FBI o al capitán Beeker?

—Al capitán Beeker —dijo Ella—. Yo misma lo llamé, hará cosa de un mes. Pero hasta ahora no ha hecho nada. Llamé al FBI la semana pasada. Mandaron a uno a que investigara, pero no han hecho nada.

Davis esbozó una sonrisa exagerada.

—Comprendo lo difícil que les resulta mantener esto limpio y bien con la clase de gente que tienen ustedes que soportar en este barrio. Espero no tener que volverlos a molestar.

—Está bien —dijo Ella.

Lou clavó enfadado el mentón en el hombro de Ella.

—Dígale a los suyos que se anden con más cuidado. ¡Todo lo que rompan lo van a tener que pagar! Los denunciaré si es necesario.

—No dude que se lo voy a decir, caballero —dijo Davis—. Ahora mismo se lo digo.

Davis y Patterson fueron detrás, donde el teniente Stuart supervisaba el registro.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Patterson.

Davis le dedicó una sonrisa ladina.

—Eso, muchacho, era lo que los del Sur llamamos un julepe: bourbon con menta, dulce y pegajoso, para relajar al personal. —Con cautela, se volvió a mirar—. Lou y Ella no me habían visto nunca, aunque seguramente se habrán enterado de los palos que doy en la Escena. Quiero que la primera impresión sea duradera.

El teniente Stuart permanecía fuera de una habitación en cuyo interior dos policías despedazaban un colchón.

—¿Qué tenemos aquí?

—Un yonqui que responde al nombre de Rudy Black —le dijo Stuart—. Cuando los hemos sorprendido a él y a su novia y los hemos sacado aquí fuera, un paquete lleno de droga ha aparecido mágicamente en el suelo, delante de la puerta.

—Nunca pensé que vería el día en que Rudy Black tiraría droga —dijo Davis.

Stuart examinó cuidadosamente cada pedazo de relleno del colchón que habían arrojado al pasillo.

—Black usa la cabeza. Va a ser más difícil que el demonio endilgarle posesión, y lo sabe. Aunque los he mandado a comisaría a los dos. Tal vez consigamos que uno suelte la lengua.

—No cuente con ello —dijo Davis—. Ese maleante sabe guardarse los ases en la manga. De todos modos, Patterson y yo tendremos una charla con él. Igual se le escapa algo que lo incrimine.

Stuart alzó la vista.

—¿Qué hay de los propietarios?

—Todavía no lo sé —admitió Davis—. Pero tengo la sensación de que aquí algo huele a podrido.

El tono de Davis hizo que Stuart parara.

—¿Qué puede ser, Mance? Tengo esa misma sensación. Salvo por la droga que hemos recogido del suelo, está todo limpio.

—Me he dado cuenta.

—Aunque solo hubiera un yonqui, siempre encontraríamos algo. Una cuchara, un chupete, al menos eso lo encontraríamos.

—Si fuera malpensado —dijo Davis mirando a su alrededor—, diría que han limpiado este sitio.

—Exacto.

—Pero nadie sabe cuándo va a haber una redada aparte de la policía —dijo Patterson, empezando a comprender las implicaciones.

—Vas aprendiendo, señorito diplomado.

Stuart los llevó a un aparte, lejos de los oídos de los demás policías.

—No nos precipitemos a sacar conclusiones. Puede ser que alguien haya dicho algo sin mala intención, ¿saben? Usted dijo hace un tiempo que quería registrar este hotel, Mance.

—Sí, lo dije, jefe, pero no nos sincronizamos hasta ayer por la tarde. —Meditó si mencionarle o no su sospecha a Stuart, pero decidió que no lo haría. Aunque Stuart y él eran buenos amigos, Beeker era el capitán del distrito. Hacía un mes, según había dicho Ella Tyler, a Beeker se le había informado de la situación de ese hotel. ¿Por qué no había ordenado una redada inmediata?

—Tendré las antenas puestas para detectar filtraciones —dijo Stuart—. Si alguien ha estado hablando más de la cuenta, se le caerá el pelo, puede contar con ello.

Cuando todo el mundo se hubo marchado, Ella se acercó al teléfono de la pared y marcó un número. Respondió una mujer.

—¿Sylvia? Soy Ella. Pásame a Floyd.

—Está durmiendo —dijo Sylvia—. ¿Qué problema hay?

—La estupa, acaba de estar aquí. Se han llevado a Rudy; han encontrado tema fuera de su habitación.

—¿Rudy? ¿Qué ha pasado? ¡Se suponía que teníais que limpiarlo todo!

—Beeker me dio el chivatazo anoche. Rudy ha aparecido por aquí esta mañana y no he podido decírselo.

—¡Muy bien! —dijo Sylvia—. ¡Qué suerte!

—No ha sido culpa mía —dijo Ella, crispada—. ¿No se suponía que esto iba a pasar el mes pasado? ¿No dijo Beeker que nos daría mucho tiempo?

—¡El plan era que no hubiera ningún problema! Queríamos que te hicieran una redada por el lote nuevo. No queríamos correr ningún riesgo, y pensamos que si la madera pensaba que tu local estaba limpio no se iban a dedicar a meter la nariz por ahí. —Parecía encolerizada—. ¡Pero como han encontrado esa mierda se van a quedar rondando!

—Pues que Beeker hubiera hecho lo que había dicho —protestó Ella—. No tendría que haber esperado tanto.

—¡No seas imbécil! Beeker no tiene nada que ver con esto... Él no ha movido el culo.

—¿Entonces, quién?

—Probablemente Davis... Aparecer tan temprano por sorpresa es algo que le pega mucho.

—¿Davis? Lou y yo lo hemos conocido esta mañana. Es un palurdo.

—¿Qué?

—Davis es idiota. Se le ve en la cara. Y el que lo ayuda es un crío. Yo creo que Davis ha tenido siempre suerte con los palos que da, sin más.

—¿Has perdido la cabeza? —dijo Sylvia—. ¿Qué milonga os ha contado?

—Ninguna, Sil, salta a la vista. ¡Ese tipo no sabe hacer la o con un canuto!

—¡Serás imbécil! ¡El madero estaba actuando! ¡Y ha conseguido tomarte bien el pelo! ¡Procura no cruzártelo, y espero que sepas de qué hablas cuando él tenga algo que decirte!

—No te pongas nerviosa. —Trató de amansarla—. Podemos seguir con el plan. No creo que sean tan listos.

—Ahora no podemos. El viernes pasó algo que ha provocado un movimiento de tierras. Vamos a tener que esperar a que nuestro surtidor se calme. Tenemos que estarnos quietos un tiempo, y no me preguntes por qué... Es todo lo que sé.

—¿Qué pasa con Rudy?

—¿No le puedes pagar la fianza, conseguir una orden judicial o algo? ¿No me has dicho que no le encontraron nada encima?

—Sí, pero no quiero ocuparme de él, yo en persona. Él no sabe que estoy metida en esto, y no quiero que lo sepa. De todos modos, es casi imposible conseguir una orden judicial en domingo, ya lo sabes.

Sylvia se quedó en silencio unos instantes.

—Voy a despertar a Floyd. Vamos a hablar con Beeker. Él hará algo... más le vale, con el dinero que se lleva al bolsillo.

—No me gusta ese chaval, Rudy —dijo Ella—. Corre demasiado. Un Buick, luego un Cadillac... ¿me entiendes? Es demasiado niño, se gusta demasiado.

—Floyd dice que es un encantador de serpientes —dijo Sylvia sin comprometerse.

Ella cambió de tema.

—Hasta ahora hemos tenido manga ancha, pero tengo la sensación de que las cosas van a empezar a ponerse difíciles. Hay señales. Deberíamos subir los precios.

—Floyd también lo ve así. Piensa que tenemos que seguir así cuatro o cinco meses, y luego cerrar el grifo.

—Lou y yo estaremos preparados.

—Bien. Me pongo con el asunto de Black. No vuelvas a llamarme, a menos que sea algo que no pueda esperar.

Colgó. Ella se volvió y topó con Lou, pegado a su espalda, con la cara menuda y oscura transida de preocupación.

—Tengo este hotel desde hace quince años —lloriqueó—. ¡Y mira ahora! ¡Míralo! —Puso las manos en alto con desesperación—. ¡Si llego a saber que pasaría esto cuando me casé contigo hace diez años, no me caso!

—De eso hace diez años —le dijo Ella—. Hace diez años estabas pelado. Piensa en el dinero que tenemos ahora.

—Mira mi hotel —gimió Lou, la angustia se hacía estridente en su voz—. Ella, óyeme bien, tienes que dejar este asunto de las drogas. Yo nunca lo quise, y sigo sin quererlo. El dinero me da igual.

—Pues a mí no me da igual —dijo Ella haciendo ademán de abalanzarse sobre él—. ¡Si quieres ser un negro pobre hasta que te mueras, allá tú! Te lo dije cuando nos casamos, tengo intención de llegar a alguna parte. Estoy cansada de callejones traseros y de vías de tren. Quiero un casoplón blanco y espléndido y todas las cosas grandes y espléndidas para mí. Y tú vas a hacer lo que yo te diga, ¡vas a hacer lo que yo te diga hasta que te diga que pares!

—¡Te saqué de la cloaca de Maple Street —dijo Lou—, y no eras más que una puta! ¡No veo cómo una puta barata podría darme órdenes a mí! Eres mi mujer, y opino que será mejor que hagas lo que yo te diga.

—Prueba a obligarme —dijo Ella, bajando el tono pero con firmeza—. ¡Si estás cansado de vivir, vejestorio hijo de perra, prueba a obligarme!

En la comisaría del Distrito Sexto, a la una y media mandaron salir de su celda a Rudy Black para que acudiera al interrogatorio. Estaba demacrado y sin afeitar, y le despuntaban mechones muy tiesos de pelo que desdibujaban los contornos ondulados de su peinado. Comenzaba a sufrir los peores efectos de la abstinencia; se le atiesaban las articulaciones y aguaban los ojos. Lo condujeron a un cuarto pequeño y diáfano que se encontraba nada más salir

del acceso a la hilera de celdas. Había un ventanuco con barrotes, dos sillas, una mesa y un cenicero renegrido de madera.

Se sentó y apretó las rodillas la una contra la otra para aliviar el dolor. Apoyó la cabeza en las manos y vio las lágrimas que le brotaban de los ojos y caían en los pliegues de sus pantalones verdes de gabardina a prueba de arrugas. Oyó vagamente que dos hombres se reían en algún lugar impreciso. Le llegó el golpe seco de la puerta de una celda al cerrarse, seguido del grito estridente de un hombre. Se oía gritar también a otro, y luego los gritos cesaron.

Volvió a oír a la pareja riéndose.

Alguien gimoteaba.

Rudy se encendió un cigarrillo y sintió que el humo caliente le rastrillaba la garganta. Trató de enderezarse; los huesos crujieron. Se echó adelante con la cabeza entre las manos y volvió a ver las lágrimas. Bostezó y se estremeció espasmódicamente. Un cosquilleo lacerante en las ingles y los testículos hizo que le sudara la frente.

¡No voy a aguantar! ¡Lo sé!

Oyó que el pomo de la puerta giraba pero no quiso mirar. Estaba demasiado abatido para alzar la vista.

—¿Black? —preguntó una voz.

No respondió.

—Black —repitió la voz algo más firme—, soy el detective Patterson, quiero hablar con usted.

—No tengo nada que hablar —dijo Rudy, pero alzó la vista y vio la cara joven, trató de recordar el nombre, recordar el último boletín de la Escena, la noticia de que Davis tenía un compañero nuevo.

Patterson se sentó enfrente y puso un sobre sin nada escrito encima de la mesa.

—¿Te encuentras mal? —preguntó, y Rudy estuvo tentado de reírse de sus modos, de su voz, del corte ceñido y elegante de su traje, de sus zapatos de suela alta... Un aborregado.

—¡Me encuentro de maravilla! —dijo—. ¡Estoy genial!

—Déjate de bromas. No estás en situación de poder bromear.

—No bromeo.

—¿Quieres un pico?

Rudy lo miró y esbozó una sonrisa enfermiza.

—¿A cambio de qué? ¿De la luna? ¡Y dice que bromeo! Oye, colega, tú suéltame que yo ya me consigo mi pico.

Patterson se fue a la barrera, repelido por el discurso zafio, la mata de pelo abrasada. Abrió el sobre y sacó dos cápsulas blancas. Se sacó del bolsillo un librito de fósforos y arrancó la mitad del reverso, siguiendo las instrucciones de Davis. Se lo ofreció a Rudy.

—Toma, la mierda es tuya.

Rudy titubeó.

—¿Cómo que es mía? Yo no tenía mierda. ¿Me tomas el pelo?

—Yo tampoco estoy en situación de poder bromear —dijo Patterson empujando las cápsulas en la mano de Rudy—. Anda, esnífatelo y quítate el pavo. Ambos estaremos más cómodos.

Rudy dobló el pedazo de cartón del librito de fósforos, vertió el contenido de las dos cápsulas en él, se lo llevó a una narina y sorbió ruidosamente, sin poder respirar al golpear la droga los tejidos sensibles de su nariz, notando calor y amargor en la garganta. Dio una chupada a su cigarrillo y se retrepó en la silla, dejando que el sabor de la droga invadiera su boca y su nariz, relajándose.

—Gracias, colega —dijo—. Está de primera.

Patterson asintió.

—No te preocupes; ya sé que no se te puede comprar por un pico.

—Seguro que no.

El tono de la respuesta frenó por un momento a Patterson.

—Esta mañana te han detenido con noventa y siete cápsulas, Black... Más de cien dólares en el mercado. Es lo que yo gano en una semana.

—Espera un momento —dijo Rudy—. ¡A mí no me habéis trincado con droga! La droga estaba en la puerta, alguien ha podido dejarla ahí. Además, a mí lo que tú ganes en una semana me importa una mierda. No me importa nadie salvo el pequeño Rudy, el pequeño Rudy Black.

Patterson frunció el ceño.

—Que tú no estuvieras en posesión de la droga no quiere decir que no podamos probar ante un juez que es cuya.

—Sí, ahí está —dijo Rudy—. Me lleváis a juicio y me empapeláis, eso es. A los maderos os gusta mandar a inocentes a la cárcel.

—Tenemos certeza de que has estado puliendo droga en la Escena. —Patterson reforzó su afirmación precedente—. Tenemos certeza de que has estado puliendo para el Hombre.

—Bueno, sabéis mucho más que yo —dijo Rudy, la droga le caldeaba la barriga—. A los maderos os gusta decir mentiras de la gente, ¡vosotros queréis mandarme a juicio, que me enmarronen y listo!

—Óyeme, Black, o cooperas con nosotros, o atente a las consecuencias.

Los ojos inyectados de sangre de Rudy parpadearon.

—¿Cooperar y que me lleven al saco? ¿A eso lo llamas cooperación?

—Tarde o temprano acabarás en el talego.

—Ah —dijo Rudy adoptando de repente el papel de mártir—. Así que me vais a zurrar, ¿eh? ¿Me vais a dar cera? ¿Me vais a dar cera y a hacerme decir que he hecho algo que no he hecho? —Se enderezó en la silla, la heroína le daba un timbre peculiar a su voz—. ¡Adelante, estupa, dame una paliza!

—Tenía la esperanza de que la cosa no fuera así —masculló Patterson—. Pensaba que una conversación sin pegarte te haría recapacitar. Una paliza es lo que esperabas, y casi estoy tentado de dártela.

—¿Y por qué no me la das?

—¿Tú le pegarías a un borracho? —Al decirlo se sintió estúpido, sabía perfectamente que a Rudy Black no le importaría lo más mínimo pegar a un borracho.

Echando el cuerpo hacia delante, Rudy dijo:

—Déjame hablar.

—Adelante.

—Queréis que coopere, ¿eh? ¿Pues sabes qué, madero? Voy a cooperar, voy a soplar.

Patterson lo miró con extrañeza.

—Decís que la droga que habéis trincado es mía, ¿verdad? —dijo Rudy—. De acuerdo, es mía. Decís que he estado despachando droga, ¿no? De acuerdo, sí, he estado despachando... ¡Me la despacho por la vena!

—¡Oye, Black! Quieres que te demos una oportunidad, ¿verdad?

—¿Qué clase de oportunidad? ¡No la necesito!

—Acabas de reconocer que la droga era tuya...

—¡A ver si consigues que lo vuelva a decir con alguien más delante!

Exasperado, Patterson se levantó y sacó las esposas que llevaba en el cinturón.

—Levanta las manos.

Rudy miró las esposas con recelo. Las ganas de soltar bravatas lo abandonaron por un momento.

—¿Qué es eso?

—Cállate y enséñame las muñecas.

Rudy obedeció.

—Así que me vas a dar cera, ¿eh?

Patterson se imaginaba la sonrisilla de Davis cuando sacara a Rudy. Casi había suplicado a Davis que le diera la oportunidad de hablar con Rudy, para compensar su pifia en el asunto de Bertha Travis, para enseñarle que podía lograrlo con algo de trabajo policial y tacto... Pero en pocos minutos ya se había dado cuenta de que pretender que Rudy se incriminara era como pretender que un elefante se sentara en un taburete.

Imaginando la amplia sonrisa de satisfacción en la cara de Davis, Patterson volvió a intentarlo, esta vez más taimado.

—Te aseguro que no quiero en absoluto verte pasar por esto, Black —dijo—. Quiero ayudarte todo lo que pueda, lo creas o no. El Hombre es el mayor traficante de droga de la ciudad. Tú eres uno de sus camellos, si te lo propusieras podrías torpedearle los cimientos y elevarte a las alturas. ¿Me sigues?

—Escucha... —dijo Rudy mirando con malicia a Patterson.

—Te escucho, Black.

—Yo ya cumplí una condena —dijo Rudy.

—Conozco tu historial.

—Así que, entiéndeme —dijo Rudy retrepándose en la silla, dejando caer las manos en el regazo, entrecerrando los ojos hasta convertirlos en finísimas rendijas—. Estoy cabreado. ¿Tú te cabreas a veces? A veces las cosas te cabrean... Da miedo.

Por extraño que pareciera había una nota de verdad en sus palabras; a Patterson lo descolocó ese cambio repentino.

—¿Puedo hablar? —dijo Rudy, y después de que Patterson asintiera continuó—: ¿Conoces mi historial? Oye esto... Hace mucho me atropelló un coche y me meé en los pantalones del miedo que pasé. De modo que me dije que nunca más me atropellaría ningún coche, y no me ha vuelto a pasar. Luego yo y unos cuantos más levantamos una tienda de radios y la madera me cogió, me dieron leña y cumplí dieciocho meses. Me acojoné tanto que no volví a levantar nada. Seguí picando y pasteando, pero no levanté más tiendas. Y luego me colgué, al juntarme con mi parienta, y eso me volvió a acojonar...

Salía como si un dique se hubiera reventado, y Rudy no podía pararlo. Soltarlo era más importante que cualquier cosa, aunque el madero no lo entendiera. Ese repaso a toda su vida era lo más importante para Rudy; el ramalazo cálido de la heroína lo empujaba a mirar atrás y verse como había sido, lo impulsaba a sacar a relucir toda la porquería de su ser. Y entonces

notó la cara de compasión de Patterson y supo que de rebote le estaba sirviendo para otra cosa.

—Pero esta vez no pudiste dejarlo —dijo Patterson para que no dejara de hablar.

—¿Te puedes imaginar cómo era? —dijo Rudy—. No se parece a nada... —Se interrumpió; algo en su interior lo había hecho pararse.

—Sigue, Black, no es ningún secreto. Te cuelgas y no puedes dejarlo por más miedo que te dé, ¿no es así?

—¡Eso lo sabré yo! —gritó Rudy—. ¿Tú qué vas a saber?

—Solo sé lo que me cuentas.

—¡Yo sé de lo que hablo! Tú no puedes ni imaginarte lo que fue cuando me encerraron en la cárcel del condado por primera vez; los maderos no tenéis ni idea de lo que es eso. ¡Vosotros solo trincáis a los yonquis y les endilgáis muertos de treinta días o treinta años! ¿Qué demonios os iba a importar?

—¡A mí me importa! —dijo Patterson perdiendo los nervios—. Te estoy escuchando. Si no me importara no te estaría escuchando.

—Es verdad... Si no te interesara me estarías zurrando de lo lindo, ¿verdad?

Patterson no podía más que asentir ante semejante monstruo de ánimo extrañamente inestable.

—Para qué —dijo Rudy refugiándose en sí mismo.

—Dímelo tú, Black. Te escucho. ¡Te juro que te escucho!

Rudy cazó a la primera el sentimiento que se le comunicaba. Respondió realmente sin pensar, esforzándose en ganarse la confianza de Patterson.

—Así fueron las cosas, señor Patterson —empezó—. Nunca había hablado de esto, de cómo me siento, con nadie, y si se lo cuento a usted es solo porque la gente como yo se las suele ver canutas y se lo tienen que contar a alguien... Aunque sea a un madero.

—Continúa —dijo Patterson al acecho de cualquier vía de acceso a la psicología retorcida de Rudy.

—Entiéndame —continuó Rudy—. Cuando me quedé colgado, también me acojoné. No había manera de parar. Cuando me llevaron al saco la primera vez, tenía tal pavo que no veía. Así que, óigame, ¿qué cree que hice? Al salir me dije «Hasta aquí, yo a eso no vuelvo», pero no era tan fácil. Acabé pillando. Siempre tenía mierda alrededor. El barrio estaba abarrotado de caballo. Volví a ponerme, picos de un tapón. Mi Nina estaba haciendo un buen dinero, y con toda la lana que entraba comencé a comprar más mierda.

Enseguida me estaba poniendo un par de tapones por pico, y luego tres, y luego cuatro, y así hasta cinco, dos veces al día. —Estiró y separó las manos esposadas—. Nina también tenía su fije. Así que esto es lo que pensé: Tengo una maldición de la que no puedo librarme, ¿qué puedo hacer? Voy a pillar tanta mierda que ya no vuelva a tener miedo. Una sola cosa me lo impide. La madera. Pero me da más miedo el pavo que la madera.

Patterson esperó, y como Rudy no hablaba lo miró fijamente.

—¿Algo más?

Rudy sonrió, dilatando la expectativa.

—Ya está. Eso es todo. Y sí, tenía esos noventa y tantos tapones, pero no conseguirá que lo ponga por escrito. Mi parienta y yo nos chutamos noventa y tantos tapones cada semana, a veces más.

—Black...

—Es la verdad, señor Patterson.

—Black, estás mintiendo —dijo Patterson.

Rudy no dijo nada. Se retrepó en la silla y cerró los ojos completamente.

—Pensaba que con todo lo que te he dicho iba a ser más fácil. —Ahora Patterson comenzaba a enfadarse ante la idea de que Rudy le hubiera tomado el pelo—. Ni siquiera os dais cuenta de si estáis mintiendo o no. Eso es típico de drogadictos.

—No me diga ni una palabra —saltó Rudy—. Suélteme, o deme cera.

—Sabemos que tienes tratos con el Hombre. Vas a hacerle una compra a cuenta nuestra, Black.

Rudy le dirigió una mirada dura.

—¡No! ¡Dos veces no, madero!

Una ráfaga de calor pareció extenderse por la cara de Patterson.

—No hace falta siquiera que os calentemos. Con que os encerremos un par de horas nos venís a suplicar que os dejemos hacer la compra. ¿Por qué todos los yonquis reaccionáis así?

Rudy adelantó el cuerpo, retorciendo las anillas de acero sueltas en sus muñecas.

—¡Porque...! —gritó—. ¡Porque nos dais por el culo a muerte!

—¿Quién?

—¡VOSOTROS! ¡La gente como tú! ¿Por qué no hacéis un país para yonquis y nos dejáis en paz? ¿No ha oído eso que se dice de «una vez yonqui, yonqui para siempre»? ¡Pues es verdad! ¡Los maderos no paráis de trincarnos y trincarnos y trincarnos! ¿No os dais cuenta de que no nos hacéis ningún bien? ¿No sabéis que el hijo de perra que inventó ese dicho tenía razón? A ver

si te enteras, tío: ¡un yonqui no quiere que lo ayudes! ¡Un yonqui no quiere ayuda de nadie!

—¿Y tú qué quieres? —preguntó airado Patterson.

—Caballo —gorgoteó Rudy—. Nada más que potro y más potro, con un poco de merca si es posible, y a vivir. Escucha, papi. ¡Eres tú! ¡Tú no sabes lo que te pierdes! ¡Si lo supieras renunciarías a esa placa y te amuermarías en algún catre y le pegarías un tiro a cualquiera que te buscara lío mientras planeas!

—¡No me has respondido, Black! —gritó Patterson—. ¡Te hemos cogido y necesitas ayuda! ¿Qué quieres? ¡Tienes que querer algo! ¡El qué!

—Nada —respondió tranquilo Rudy.

—¿*Nada*?

—Como lo oye, señor Patterson, señor Madero, caballero —dijo Rudy con sorna—. ¡Te digo que ya me pueden encerrar dos meses o dos años, que no voy a soplar! ¡Yo soy un purasangre! ¡Crecí en la calle sin nada! ¡Tenía padre y madre y aun así no tenía nada! ¡Arrastraba el culo por la cuneta hasta que fui lo bastante grande para salir y comenzar a devolvérsela a los que me habían estado dando por saco! ¡Comencé a vivir, a ponerme y a comprarme ropa, trajes y zapatos que te costarían la nómina! Y me gusta esta vida, tío, ¡porque es pura, pura como la reina o el talco! ¡Las mujeres se me echan encima y me compré un Cadillac que está pagado, casi, un buga que tú no podrías comprar ni comiendo patata hervida todo el año!

Patterson perdió el control.

—¿Eso es vivir? Ser un purasangre con un mono y una puta... ¿esto es lo que tú consideras vivir?

—Tienes un pico de oro, estupa. —Rudy se rio—. ¡Me lo ha quitado de la lengua, señor Madero! ¿Y sabes por qué? ¡Porque son las cosas que tú querrías, pero no tienes los huevos de ir a por ellas!

Patterson refrenó las ganas que tenía de darle un puñetazo. Se enderezó y esperó, liberando la tensión de su cuerpo. Al cabo de un rato dijo:

—Sí, Black, tengo mucho que aprender.

Rudy sonrió.

—Desde luego que sí, desde luego que sí. Dicen que antes de andar hay que aprender a gatear.

Patterson se excusó para irse.

—Y yo aquí pensando: a este chico se le puede ayudar; puedo hacer algo por él, no solo trincarlo y encerrarlo.

Rudy no se lo tragó.

—Ya sé que pensaba eso, señor Patterson... Sí, señor.

A Patterson aquel duelo desigual lo tenía furioso.

—También sé esto, Black. Sé que vas a volver, ¡y que cuando vuelvas será para siempre!

Rudy se levantó.

—Vamos a ver al señor Davis. Está esperando, ¿verdad?

—Sí. Él ya lo sabía.

—Y ahora lo sabes tú —dijo Rudy.

Patterson se levantó y lo cogió del brazo.

—Vámonos.

En el pasillo los esperaba Davis.

—Suéltelo —le dijo seco a Patterson.

—¿Por qué?

—Beeker acaba de llamar. Dice que ha recibido una orden judicial para soltar a Black y a la chica.

Rudy sonreía. Cuando le quitaron las esposas se atusó los punzones que despuntaban de su cabellera. Ahora se sentía bien. Se sentía como si hubiera un Dios. Sentía que la heroína de Patterson le recorría el cuerpo, fluía por cada vena, haciendo que el sistema entero regurgitara deseos de más.

Se rio para sus adentros, sin que los policías lo oyeran, y dijo:

—¿Me puedo ir? ¿Soy libre?

—Vete —dijo pesaroso Patterson—. Volverás.

—Por si no vuelvo —dijo Rudy echándose a andar—, igual deberíais salir a pastelear lo vuestro y a buscaros un tajo nuevo.

Davis corrió por el pasillo detrás de Rudy y le lanzó una patada al muslo. Rudy se encogió de dolor y sonrió a Patterson, la boca torcida, el cuerpo doblado como una astilla rota.

—¿Lo ves? —dijo—. Siempre la misma mierda...

11

El pequeño paralítico en su silla de ruedas, siempre a punto de patinar por la acera resbaladiza y los bordillos helados, se daba impulso a través de la noche en dirección a los Billares Garden.

El cuerpo menudo, retorcido, infantil, encubría el vigor de sus movimientos, encubría el busto curtido y amplio de un hombre hecho y derecho.

Se demoró delante de la entrada, sentía el aguijón del viento frío hasta la cintura, por debajo de la cual cesaba toda sensación. Le gustaba el frío porque a otros no les gustaba. Tenía por costumbre hacer suyas todas las cosas que los demás odiaban.

Imaginó que notaba el frío en las piernas, pero era pura fantasía porque no había andado en toda su vida.

Uno de los incontables figurantes de la Escena lo subió con la silla a la entrada...

«Gracias, tío, pásate por casa después. Tengo para darte...».

Le parecía que oía a su madre protestando. *Sonny, no deberías tomar droga, ni tú ni tu amigo...* Como si le importara una mierda, con el poco dinero que traía a casa del salón de belleza saturado de tufo a berzas, a cerdo guisado y a crema acondicionadora Dixie Peach.

Odiaba a su madre más incluso que a la nada que era su padre. Odiaba los brazos fuertes de su madre cuando lo levantaba en los buses o en las camas o en las sillas o lo levantaba de su silla de ruedas y lo ponía en una butaca del cine. Odiaba la capacidad que su padre había tenido de fecundar, esfumarse y olvidar.

Sus veintiséis años estaban llenos de odio contra todo salvo contra el frío y el calor extremos. Estos le pertenecían; eran sus dominios, eso y la droga que vendía...

«¿Tienes mierda, Sonny?», decían las caras de los billares.

«¡Tengo dinamita, nene, dinamita!».

Siempre correspondía, sonriente. Los yonquis lo adoraban, sabían que era generoso y comprendía sus dificultades.

Pero los odiaba, odiaba sus piernas y sus movimientos; y con la droga los controlaba, habían llegado a depender de él y a dejarse manipular por él. Le invitaban a tragos que nunca se bebía, le pedían platos exóticos de comida china en restaurantes abiertos toda la noche que apenas probaba; hacían cuanto estaba en sus manos para agradarle y atraer su interés hacia ellos.

Con un simple cabeceo podría haber dispuesto de casi todas las mujeres de la Escena, aquellas mujeres de lengua viperina, labios rojos y caras pintarrajeadas como si llevaran máscaras tersas y morenas en las que los ojos brillaban débilmente, con los vestidos subidos por encima de las rodillas, las medias de nailon extra suaves, los mocasines y los callos en los pies de andar toda la noche, reunidas tras muchas horas de trabajo en el restaurante abierto las veinticuatro horas, sentadas escuchando la efusión de sentimientos de Sarah, o Ella, o Lady Day que difundía la máquina de discos, todas las chicas sonriéndole como hermosas muñecas morenas...

Levantó la vista hacia la sala de billares justo en el momento en que el movimiento ansioso que era Rudy Black apareció como una exhalación delante de él, hizo una finta brusca, los largos brazos se abalanzaron y apoyaron fuerte en los hombros de Sonny, la mole de Rudy colisionó con la silla, la proyectó y esta chocó con estrépito contra la puerta de entrada.

«¡Quítame esta carretilla de en medio!».

Luego la cara fea se había ido, y el odio se apoderó de él.

«¿Mierda, Sonny?».

«¡Dinamita, nene!».

Vender el explosivo, corresponder, sonreír, pensar: ¡Esta me la paga el muy cerdo! ¡Se la voy a devolver!

Dell y Clyde Lujack, el del barrio italiano, jugaban una partida de billar. Cuando terminó rodó hacia ellos preguntando:

«¿Y por qué se ha ido tan deprisa Rudy Black?» a todos en general. *«Ayer fichó».*

Una expresión de gran sorpresa apareció en la cara mulata de Dell. *«No fichó. Si estaba aquí. Uno no ficha tan deprisa».*

Sus dedos enguantados, fuertes, movieron la silla de ruedas por la sala de billares. *«Pensaba que ya lo sabía todo el mundo. Me lo han contado unos en el Lou's. Fichó ayer».*

Lujack, gran bigote negro en una cara blanca, un diamante destellante en el dedo meñique: *«Si fichó, ¿cómo lo sueltan?».*

La silla de ruedas estaba en el extremo opuesto de la sala de billares, y subiendo la voz para que todo el mundo lo oyera: «*Yo solo sé lo que me han dicho. ¿Tú por qué crees que lo han soltado?*».

Lujack, mirando a Dell: «*No me huele bien*».

«*No pasa nada...*».

Sintió que el pecho se le ensanchaba por el repentino poder: «*¡Nadie estaba enterado!*».

Lujack, arrugando la frente: «*Yo hago negocio con ese fulano*».

Dell, tratando de tranquilizarlo: «*No pasa nada. Estoy seguro*».

«*No me huele bien*». Preocupado. «*¡Huele muy mal!*».

El poder estalló en el pecho que se ensanchaba: «*¡Igual lo enmarronaron! ¡Igual ha vendido a alguien!*».

«*Él no soplaría*». Dell a Lujack. «*Conozco al chaval. A los maderos les recomendaría una dieta*».

Lujack poniéndose un abrigo cruzado blanco de cachemir: «*Dentro de tres días es Navidad. ¡Yo vuelvo a casa por Navidad, colega!*».

Dell, suplicante. «*¿Te quieres esperar? ¡Pregúntale a él!*».

Meneando el gran bigote negro. «*Las aguas están revueltas, tío. No me gusta. Se dice que los federales van a hacer una redada en Navidad. Lo que te digo, yo vuelvo a casa por Navidad*».

Suplicante de nuevo: «*¡Hay que escuchar a Rudy!*».

«*Debería haberlo contado, tío. Debería haber dicho, “Colega, ayer fiché, pero la madera me soltó”*».

El Poder sonriendo, rodando hacia la mesa, pasando junto al propietario grande y gordo que colocaba las bolas en el triángulo. «*Sí, ¿por qué no ha dicho nada?*».

Ahora los ojos de Dell eran finas rendijas. «*¡Tú te callas, tullido cabrón! ¡Intentas dar por saco a Rudy, como si no lo viera!*».

Que me hubiera arreado, pensó el tullido, dándose media vuelta con la sonrisa todavía pegada en los labios. ¡Que me hubiera arreado el hijo de perra!

«*¿Mierda, Sonny?*»

«*Dinamita, nene...*»

Tiró la piedra y huyó como un avión de combate furtivo, soltó las bombas y se fue bramando con sus piernas rodantes.

Estaba fuera, lo ayudaba un yonqui de los billares, y el frío lo atenazaba.

Dejaba que el viento le aporreara la espalda, pensando en Rudy Black, pensando en su madre. No tenían que haberle tocado las narices, pensó.

¡Quien me toca las narices la paga!

Asestando una puñalada a Rudy había sido poderoso. No veía el momento de ir a hacerle la compra al Hombre y contarle a Sylvia lo de Rudy.

Además de esta idea cálida y satisfactoria, decidió que le iba a hacer una jugarreta a su madre. Se pondría demasiado e iría rodando hasta su casa. Delante de la entrada se caería de la silla al suelo y su madre tendría que salir corriendo a ayudarlo, con lo que ella odiaba el frío.

Una cara en las alturas se cernió de pronto sobre él.

«¡Mierda, Sonny!»

«¡Dinamita, nene, pura dinamita!»

«Bien, bien».

Unas manos fuertes se posaron en el respaldo de su silla de ruedas y lo asieron. «Bien».

Apareció otra figura que de prisa le puso unas esposas en las muñecas, se agachó y le echó a la cara su aliento de chicle de menta. «FBI, Tubbs. Estás detenido». La placa era una copita dorada en la palma de una mano. «Juraría que estás hasta arriba de mierda, Tubbs».

Lo había dicho Clyde Lujack. Se había corrido la voz pero nadie se lo había creído. Los federales iban a hacer una redada en Navidad. Tenía que tocarle justo a él... ¡A él!

Qué perra suerte.

¡Sí, qué perra suerte para Tubby!

Lo llevaron a un coche en la esquina y lo metieron dentro. Vio que una cara salía de los billares, dos caras y luego tres. Observaban.

Al instante renació la sensación de poder, quería dejarle a la gran Escena algo intenso y dinámico de su alma canija y retorcida.

Bajó torpemente la ventanilla del coche y apuntó la boca a las caras expectantes: «¡Rudy Black, Rudy Black!».

Pero una mano le tapó la boca y selló sus labios.

El daño a Rudy Black era irreparable.

12

—¿Qué queréis? —dijo la casera, mirándolos de reojo por encima de la nariz—. ¿Para qué me habéis sacado de la cama a estas horas de la noche?

—Lo traemos a su casa.

—Nadie lo quiere aquí. Ya me habéis dado suficientes problemas, yonquis. Largo de aquí.

—Está mal.

—Me importa un bledo.

—Por favor, *señora*... —Coca Prado llevaba puestos solo los pantalones y la bata del hospital.

—Sois yonquis —dijo la casera—. ¡Largaos de aquí!

—¡Eh! —Una voz de mujer vino desde lo alto de las escaleras—. ¿Son clientes?

—Son esos críos y el panchito hijo de perra —gritó la casera como respuesta—. Baja.

—¿Podemos entrar, señora? Hace frío.

—¿Por qué demonios no os quedáis en vuestra casa a pasar la Navidad como hacen los niños buenos, en vez de chutaros esa mierda todo el tiempo? —dijo la casera.

—¿Quién es? —La cara de Adele asomó en la entrada.

—Tu maromo —dijo la casera—. No tengo ganas de seguir peleando. Lo voy a dejar entrar.

—Déjalo entrar —dijo Adele.

—Pero escucha...

—No va a dar problemas, ¡te lo prometo!

Entraron. El calor les golpeó las caras, sus barrigas se revolvieron deleitándose en él.

—¡Pero míralo! —Se ufanó la casera—. ¿Qué te ha pasado, *Peidro*? ¡Tú no duras ni hasta Noche Vieja! ¿Dónde está mi compadre? —dijo, echándose a andar—. ¡Mira al jefecillo, quién lo ha visto y quién lo ve!

—Arriba —dijo Adele temerosa de tocar a Coca.

—No ha sido fácil —dijo Frankie—. Casi nos cogen sacándolo de ese sitio.

Adele se abalanzó hacia él.

—¿Y quién te lo pidió, mocosos? ¡Todo iba de maravilla! —Cogió bruscamente a Coca del brazo—. Venga, arriba por las malditas escaleras.

Lo subieron a trompicones, Tippy a la derecha y Adele a la izquierda. Frankie lo levantaba por las axilas.

—Tienes que tratarlo con cuidado —dijo Tippy—. Por dentro está fastidiado.

—*Madre de Dios* —dijo Coca dolorido.

Llegaron al rellano y casi tuvieron que arrastrarlo hasta la puerta de su cuarto. Una vez dentro lo dejaron encima de la cama.

Se quedaron alrededor, mirándolo horrorizados. Del pelo solo le quedaban parches que coronaban sus rasgos huesudos como la cabeza de un caniche. Sus dedos, largos y finos como ramas, se alzaban del pecho a intervalos, asiendo como locos, agarrando puñados de aire y llevándose vacuidad a la boca abierta.

Tippy estaba sobrecogido.

—¡Se está muriendo!

Coca lo oyó.

—Llamad al sacerdote —dijo—. Dadme... —Boqueaba convulsamente— ... Tema... ¿Tienes tema? —Miró suplicante a Adele.

Tippy le dio la espalda.

—Dame mierda.

Adele no se inmutaba.

—Tengo algo de mierda —dijo lánguidamente—. No me lo dejéis en mi cama. No quiero que se me muera encima de la cama. Llevadlo al baño. Yo llevo la mierda.

Se lo llevaron por el largo y oscuro pasillo hasta el cuarto de baño.

Adele entró un cuarto de hora después con una papela de heroína y un equipo.

Coca, sentado, se mantenía erguido por sí solo.

—Llama al *padre*...

—Lo he llamado —le dijo Adele—. De verdad que lo he llamado.

Miró a Frankie, que había empezado a preparar un chute para Coca, dejando un poco para Tippy y él.

—¿Por qué lo sacasteis? —preguntó Adele con un odio contenido que se le veía en los ojos.

—¿Por qué? —dijo Frankie, su cara joven damnificada por la interrupción—. Coca ha dicho que tenía unas reservas de cuando trabajaba para el Hombre; ha dicho que si lo sacábamos del hospital nos las daba. —Y después, como si acabara de acudirle de sopetón a la cabeza, añadió—: ¡A nosotros no nos vuelven a burrear! ¡En la Escena no han hecho más que burrearnos!

—Coca nos promete acceso privilegiado al Hombre —añadió Tippy—. Ese es otro motivo importante. Nos habló de la línea caliente del Hombre. Incluso nos prometió que nos iba a decir quién es el número uno de la banda. Solo tenemos que ir a contarle al Hombre lo que sabemos...

—Con el tema que nos va a pasar podríamos ser tan jefes como era Coca —dijo Frankie—. Y por si fuera poco, el Hombre nos fiará para darle de comer al mono y nos dará la oportunidad de hacer algo de dinero. Tiene que hacerlo, lo que sabemos lo vale.

Adele lo miró incrédula.

—¿Estás loco? ¿La quieres palmar o qué? No se burrea a uno como el Hombre. Coca no tiene ninguna caleta; si fuera así, ¿no te parece que yo lo sabría? ¡Simplemente quería que lo sacarais del hospital para poder hacer lo que está haciendo, niños!

Miraron a Coca, que con mucho esfuerzo se ataba un jirón de un camisón de dormir en lo alto del brazo, a punto de desfallecer, y agarraba la aguja con la mano derecha.

—¿Por qué no lo dejáis morir? —dijo Adele con una voz estridente—. ¿Por qué no me dejáis en paz, niños? No tenéis ni puñetera idea. ¿Por qué no abandonáis?

—¡Porque somos yonquis! —gritó Frankie, temblando ante el hecho de haberlo reconocido—. ¡Porque cuando necesitamos un pico, tú no existes, ni tú ni nadie! ¡Si tú no puedes dejarlo, por qué crees que íbamos a poder nosotros!

—¡Que os den por el culo! —chilló Adele y rompió a llorar.

—¿Por qué tú puedes ponerte tu pico y nosotros no? —le gritó Frankie—. ¿Porque somos un par de críos con el mono y dos dólares encima? ¡Bueno, pues nuestro mono pesa lo mismo que el tuyo, y duele lo mismo también, y para quitárselo hace falta la misma cantidad de mierda que con el tuyo!

—¡Eres un fiambre! —gritó Adele a Coca—. ¡Eres un fiambre, espero que eso te mate!

Coca había hundido la aguja en uno de callos gastados del brazo y se había inyectado el contenido del cuentagotas en la vena.

Dos hombres vestidos de calle y un agente de uniforme entraron con sigilo. Tippy trató de huir corriendo, pero un golpazo de porra lo dejó inconsciente. El policía de uniforme esposó de malos modos a Frankie, y agarró rápido a Adele para que le hiciera compañía al chico.

Uno de los detectives levantó a Coca, mientras el otro se apresuraba a guardarse la heroína y las agujas en el bolsillo.

—¡Vaya! ¡Ya lo creo que es una madriguera de yonquis! ¿Quién dio el chivatazo?

—Yo —dijo Adele.

Cuando los policías se llevaban a rastras a los detenidos, apareció la casera acompañada de su marido bajo y cuelllicorto.

—Yo hago lo que puedo para que la pensión esté decente —les gimoteó detrás—, juro por Dios que lo intento...

En las escaleras, ayudado a bajar por los detectives, Coca se detuvo, los obligó a detenerse con una fuerza inaudita que manaba de lo más hondo de su ser. Una sombra de espanto se posó en sus ojos, y una exhalación ronca y fuerte salió de su boca. Luego pareció desintegrarse sobre el brazo de uno de los policías.

El detective le buscó el pulso y levantó la vista hacia su compañero.

—Debe de ser una sobredosis —dijo—. Este tipo está muerto. Adele comenzó a chillar.

13

Aquí estamos, pensó. Otra mañana. Otro día.

Lo pensó nada más abrir los ojos, todavía empañados de sueño, antes de que todos sus sentidos revivieran y entraran en calor al abrigo de la colcha, y que la fina losa de luz bajo el estor de la ventana le sonriera.

Y bien, pensó, pero a continuación no pensó nada más. Solamente *Y bien*.

Oyó que su mujer le llamaba desde abajo. «¡Virg, levanta, cariño! ¡Vas a llegar tarde!», y las voces de los niños, Lonnie y Virg Junior, sus gritos en la mesa con el desayuno servido.

Me voy a levantar. Me voy a levantar. Me voy a levantar.

Pero no se movió. Cerró los ojos contra el resplandor que bañaba su cuerpo, la lozana molicie que envolvía sus muslos, sus piernas, su cerebro...

En sueños estaba colgado de sus esposas, las punteras de los zapatos arañando el suelo. Era dos personas, una que veía la acción y la otra que participaba.

De pronto Davis emergía del suelo y empezaba a reírse de él. Se reía hasta cansarse, y luego se ponía a darle patadas, sin parar. Luego Davis llamaba a Rudy Black y su figura grotesca se deslizaba hacia él con andares afectados y ridículos. Davis y él aunaban fuerzas para patear su cuerpo indefenso hasta que se ponía a oscilar como un péndulo, y gritaba, gritaba...

Abrió los ojos y vio que la cara de Maxine se cernía sobre él con aire preocupado, el ceño fruncido.

—¡Virg, cariño, espabila! ¿Qué te pasa, cielo?

El sonido de su voz le sobresaltó, trató de sonreír.

—Nada... No pasa nada.

—Estabas hablando en sueños; nunca lo haces. Y la cara que ponías...

Se incorporó bajo el cuerpo inclinado de ella y plantó los labios en los de ella.

—Debería acostarme más temprano. Es probable que empiece a hacerlo, en la brigada han cambiado los turnos por un tiempo.

Le sonrió con afecto.

—Tienes que afeitarte, y más vale que te levantes. Son las ocho y diez. ¡Venga, holgazán, a trabajar!

—Voy. —Saltó de la cama y fue al baño. Ella lo siguió y se quedó en el umbral de la puerta viéndolo quitarse la camisa del pijama y preparándose para afeitarse.

—Virg...

—Dime... —La miró en el espejo.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bueno, bien, supongo... ¿Dónde están los niños?

—Abajo, decorando el árbol.

—Oye, pensaba que iban a esperar a esta noche a que volviera del trabajo.

—Tal como están las cosas en la comisaría, les he dicho que empezaran. No hay manera de saber cuándo llegarás a casa.

—Voy a llegar —dijo—. Siempre he llegado para Navidad, ¿o no?

—Sí, pero antes no estabas en el Distrito Sexto. Tu trabajo era mucho más predecible.

Agitó la cuchilla ante el reflejo de ella en el espejo.

—Una predicción segura: Nada me impedirá volver a casa esta noche... Ni Davis, ni la comisaría del distrito, ni nada.

Ella se le acercó y rodeó su cintura con los brazos, acariciándole la espalda arriba y abajo con la mejilla, y él sintió sus pechos fuertes y abundantes contra sí. Se rieron juntos; el fervor tierno, secreto, de los amantes.

—Si sigues voy a llamar a decir que estoy enfermo —dijo él.

—No se te ocurra —dijo ella a su espalda—. Necesitamos el dinero.

—A veces pienso que solo te casaste conmigo por mi dinero.

—Seguro que no por tu aspecto, gigantón.

—Podría haberme agenciado a cualquier chica de la universidad, señorita. Supongo que no sabías eso cuando nos conocimos en el campus.

—Te podrías haber agenciado a cualquiera, probablemente —dijo ella mordisqueándole la espalda—, pero ¿te podrías haber casado con cualquiera?

Volvieron a reírse, y luego se hizo un silencio incómodo.

—Virg, cielo, ¿te puedo preguntar una cosa?

—Supongo. Dime.

Ella lo miró en el espejo por encima de su hombro.

—¿Qué te pasa?

Dejó de afeitarse.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero al trabajo.

Enjuagó el jabón y los pelos de la cuchilla con un chorro de agua caliente que empañó el espejo, enturbiando su cara.

—Bueno, supongo que ahora ya puedo decírtelo —dijo él.

—¿Decirme qué?

Él se volvió para mirarla de frente.

—He pedido el traslado. Tardará un poco, claro, pero...

—¿El traslado? —gritó—. ¿De qué estás hablando?

—Escucha, Max...

—Llevo todo el año oyéndote refunfuñar porque no te ascendían —lo interrumpió—, y ahora que lo consigues, ¿pides el traslado? ¿Adónde te van a trasladar? ¿De vuelta al coche patrulla? ¿Vas a renunciar voluntariamente a más de quinientos dólares al año?

—Otra vez con el dinero —dijo de malos modos—. Escucha, Max, sería solo por un tiempo. Solo hasta que me den otra función, otro compañero.

—¿Quieres decir hasta que hagan detective a otro negro? —Levantó las manos—. ¡Pues espera sentado! ¿Qué problema tienes con el señor Davis? ¿No te llevas bien con él? ¿Qué hay de todo el entusiasmo de cuando empezaste en la Brigada de Estupefacientes? ¿Dónde ha ido a parar, en qué caparazón se ha escondido para desaparecer de este modo?

—¡Muy bien, de acuerdo! —dijo subiendo la voz—. Digamos que simplemente me he cansado. El trabajo es ingrato. No tengo ganas de partirme los cuernos.

Ella lo miró profundamente.

—¿El bebecito tiene un problema que no puede resolver? ¿Es eso?

—¡Eso no es muy comprensivo por tu parte! —gritó.

—¡No pretendía que lo fuera! Por Dios, Virg, ¿te crees que cuando te pasa algo no me doy cuenta? Cuando empezaste en la Brigada de Estupefacientes, admito que tenía miedo del desgaste que sufrirías, el desgaste físico. Pero es obvio que aquí no es tu salud lo que está en juego. ¿Qué es? ¿El orgullo? ¿Te ha pisoteado el señor Davis tu precioso orgullo?

—Muy bien, muy bien —dijo, rindiéndose—. Es por el cabrón con el que trabajo, Davis. ¡Es mi enemigo, Max, mi enemigo! No quiere que me salgan las cosas bien. ¡No me va a dar ninguna oportunidad!

Ella se negó a curar la herida.

—El hombre con el que me casé se buscaba él solo las oportunidades.

—No es lo mismo —dijo—. Este no es un trabajo que se haga solo. Davis actúa como si yo fuera un paquete, algo que puede echar por la borda cuando

le apetezca.

—¿Y vas a dejar que te pisotee? —dijo en voz baja—. ¿Solo por un conflicto personal vas a renunciar a todo lo que siempre has peleado por conseguir?

Patterson se mordió el labio.

—Mira, es que no lo entiendes...

—¡Entiendo que no voy a dejarte tirar la toalla y que dejes escapar esta oportunidad, eso entiendo!

Lo avergonzó, y por un momento él se enfadó con ella por haber puesto en evidencia su mal genio de niño pequeño; luego comenzó a enfadarse también consigo mismo. No le dijo que había dejado la solicitud de traslado en el escritorio del capitán Beeker el fin de semana anterior, y que probablemente ya la habrían mandado a la Jefatura.

Tampoco podía contarle su sensación de haber fracasado con el yonqui, Rudy Black, que desde el día del lamentable interrogatorio, se había convertido en su némesis, más incluso que Davis. Aquello era lo más difícil de tragar, la sensación de haber sido derrotado por un enemigo inferior. Le hacía sentir que no estaba hecho para ese trabajo, y todavía le molestaba más pensar que Davis había detectado que no tenía madera de estupa desde el primer día que los habían puesto a trabajar juntos.

Estas cosas lo obsesionaban cada día más. Se había prometido que se convertiría en un policía mejor que su padre, que alcanzaría un puesto muy por encima de la insignificancia de un guardia de tráfico. Pero por alguna razón Davis y Rudy Black conspiraban con malicia para que no lograra sus objetivos, haciendo que dejaran de importarle.

—... Y te tiene que importar —decía Maxine—. Si te da igual ascender o no, nunca lo conseguirás, ¡nunca! —Trató de animarlo de una forma masculina, golpeándole el pecho desnudo con su puño minúsculo—. ¡Ese es mi chico! Corre, afeítate. Cuando bajes tendré el desayuno listo.

Cuando llegó al salón los niños acababan de terminar de decorar un pino pequeño, una cosita corajuda que trataba de sostener la montaña de luces, borlas y nieve de imitación.

Virg Junior corrió en brazos de su padre y lo acercó a rastras a la obra de arte. Lonnie estaba quieto contemplándola y evaluaba el efecto del conjunto.

—¿Qué te parece, papi? —dijo Virg Junior.

—Bueno... —dijo Patterson con ojo crítico—. Está algo torcido.

—Es por culpa de Lonnie. Ha puesto la estrella mal.

—Estás loco —dijo Lonnie—. Eres tú que no la miras bien.

Patterson recolocó ligeramente la estrella plateada.

—Hmm... Puede que tengas razón, Lonnie. Depende de desde dónde la mires. —Volvió a colocar la estrella donde estaba.

—Ahora necesitamos nieve de verdad —dijo Virg Junior—. Quiero que nieve nieve y que llegue hasta las ventanas, entonces sería Navidad de verdad.

—No hace falta que nieve para que sea Navidad —le dijo Lonnie—. Es Navidad cuando lo sientes en el corazón, lo dijo mamá.

—Y es Navidad cuando te hacen un montón de regalos —dijo Virg Junior.

—Escuchad —dijo Patterson atrayéndolos hacia sí—. Vuestra madre tiene razón. Es Navidad cuando sabes que lo que sientes en tu corazón por las demás personas es lo correcto. Eso es lo que significa de verdad la Navidad. Y cuando sientes de esa manera, no hace falta que esperes todo el año a la Navidad... Puede ser Navidad todos los días del año.

—¿Y los regalos? —dijo Virg Junior.

—Eso es simbólico —le dijo Patterson—. Es la forma material que toma la bondad de las personas.

—¿Y los niños que no celebran la Navidad? —dijo Lonnie—. Quiero decir los niños demasiado pobres. A ellos no les dan regalos.

—Eso no quiere decir que para ellos no sea Navidad —dijo Patterson—. Escuchad, muchachos, recordad que la Navidad es amor, no regalos. Los regalos representan el amor.

Lonnie meneó la cabeza desconcertado.

—No lo entiendo, Papi.

—Es muy sencillo, chicos —dijo Patterson—. Mirad, vosotros sois afortunados, muy afortunados. Imaginad que yo no fuera un policía que cobra su sueldo cada mes. Suponed que no pudiera compraros comida ni ropa cuando fuera necesario. Cuando llegara la Navidad, no lo parecería mucho, ¿verdad?

Negaron con la cabeza.

—Pero, aunque fuéramos pobres, os querría igual que os quiero ahora, y no echaríais tanto de menos los regalos como creéis.

—Los tendríamos en el corazón —dijo Lonnie.

—Exacto —dijo Patterson—. Y si vuestra madre y yo os hiciéramos regalos sin el amor que los acompaña, los regalos no significarían gran cosa, ¿verdad?

—No nos hace falta nieve —dijo Lonnie—. La gente celebra la Navidad por todo el mundo y en lugares en los que no nieva.

Patterson se enderezó al pensar en la Escena y en sus muchos niños desamparados. ¡Qué Navidades les esperaban!

Maxine apareció en el salón.

—Mejor que corras, Virg. El desayuno está servido. Vas a llegar tarde.

—Hoy me trae bastante sin cuidado —dijo Patterson.

Lonnie le tironeó la manga.

—Oye, papi.

—Dime, hijo.

—Pon derecha la estrella. Sí que se ve un poco torcida.

Anduvo hasta su escritorio, atravesando deprisa la oficina abarrotada. Davis lo esperaba allí.

—¿Cómo llegas tan tarde, Virg? —dijo cordial, y Patterson supo que algo iba mal; Davis era un maníaco de la puntualidad. Entonces supo que Beeker debía de haberle contado a Davis lo de su traslado.

—¿Cuál es el problema? —continuó afable Davis—. ¿No te acostumbras al turno de día?

Patterson se sentó y se puso a revisar ficheros del FBI.

—El turno de día está bien —dijo—. Veo más a mis hijos.

—Eso está bien, tienes dos chicos, ¿verdad? Me gustaría pasar por tu casa algún día, conocer a tu familia.

A Patterson aquella condescendencia de Davis le resultaba molesta.

—¿Esta es toda la información que tenemos sobre ese tipo, Coca Prado?

—Suponía que querías echarle un vistazo —dijo Davis—. Los de Speer lo cogieron con su mujer y esos dos chavales que rondaban por la Escena. Está muerto, ¿lo sabías?

—¿Prado?

—El tipo se había hecho resistente a la heroína, y luego se volvió alérgico. El pico que se puso lo fulminó. A los chavales los mandaron a la Jefatura. Me gustaría poder hablar con esos críos —dijo—. No entiendo por qué sacaron a Coca del Hospital Municipal.

Patterson examinó los papeles que tenía en el escritorio.

—¿Cómo resultó la redada de los federales de la otra noche, la que nos avisaron?

—Los federales no nos lo cuentan todo. Puede que sea mejor así. —Davis se mesó el bigote pensativo—. He oído que la cosecha fue ridícula. Al único pez medio gordo que pescaron fue al cabroncete de Sonny Tubbs.

Patterson lo miró.

—¿Chivatazo otra vez?

—Podría ser. Aunque Stuart dijo que la operación estaba bien asegurada. Solo lo sabíamos unos pocos.

—¿Qué hacemos?

—Nada —dijo Davis—. Seguimos como de costumbre. Esta semana voy a contactar con Bertha en algún momento. He apretado a Andy Hodden y nos ha soplado una compra considerable para esta noche: dos onzas de un fulano nuevo que no lo conoce.

—¿Esta noche? —dijo Patterson—. ¡Pero si es Navidad, Mance! Quiero estar en casa con mi familia.

—Qué le voy a hacer —dijo Davis—. No vamos a dejar pasar esta compra.

—Si recuerdo bien su último encuentro con Andy Hodden, usted no necesita mi ayuda.

—De acuerdo, señorito diplomado —dijo Davis armándose de paciencia—. Estoy haciendo esfuerzos para llevarme bien contigo.

—¿No será que Beeker le ha soplado lo de mi solicitud de traslado? —dijo Patterson.

Una sonrisita acudió a los labios de Davis.

—Si no lo aguantas no es culpa mía, señorito diplomado, y no te voy a pedir disculpas.

Patterson permaneció inmóvil junto al hombretón, mirándolo fijamente a los ojos.

—¿No es hora ya de salir de ronda?

—No, todavía tengo que decirte algo. No me gustas, Patterson.

—Me alegra decirle que a mí me ocurre lo mismo con usted, señor.

—Pero eso no es todo —dijo Davis, la furia crecía en su interior—. Si no creyera que tienes madera para ser un buen policía de estupefacientes, hace tiempo que te habría destruido. Me alegro de haber esperado. Me alegro de haber descubierto de qué pasta estás hecho. Eres un cabrón y un listillo, y nada de lo que veo en ti me gusta, ni tus trajes elegantes de profesional acreditado ni tu pelo al rape de negro. Eres demasiado correcto. Así que, hermano, toma tu condenado traslado y métetelo por donde te quepa mejor, ¡pero mientras estés conmigo te voy a hacer sudar la gota gorda!

—Lleva casi un mes haciéndome sombra —dijo Patterson—. ¡El traslado no puede alegrarle ni una décima parte de lo que me alegra a mí!

—¡Feliz Navidad! —dijo Davis poniéndose rojo.

—¡De acuerdo! —respondió Patterson.

—Ahora que nos hemos entendido —dijo Davis—, ¡vámonos de paseo de una puñetera vez!

Eran las siete y media y hacía mucho frío. Davis y Patterson se habían citado con Andy Hodden cerca de un colegio con altos setos delante. Los tres fueron al drugstore de la esquina y pidieron café.

—Yo no quiero —dijo Andy. Parecía enfermo y helado. Llevaba una chaqueta gris claro.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Davis—. ¿No tomas café?

—Luego... Dentro de un rato, señor Davis. Ahora no quiero, ya está. —Tenía la voz tomada de mocos, los ojos muy abiertos y penetrantes, de una forma inusual.

—¿Te has puesto tu pico? —dijo Patterson, empático y sintiéndose algo responsable del muchacho desde que viera administrar a Davis aquella paliza terrible en el pasillo.

—No —dijo Andy.

—Enseguida te podrás poner —dijo Davis.

Andy negó con la cabeza.

—No hace falta, no.

Davis se quedó sorprendido.

—¿Me estás diciendo que no quieres un pico?

—Llevo todo el día sin ponerme mierda. —El chico tuvo un escalofrío—. Esta mañana he pillado algo de metadona, me voy a descolgar.

Davis resopló.

—¡Anda ya! ¡No me vengas con chorradas!

—Igual lo dice de verdad —sugirió Patterson.

—Me da igual lo que haga mientras nos sirva a ese niñato en bandeja —le dijo Davis, y miró su reloj—. Venga, larguémonos de aquí.

Salieron al frío de la calle. Acababa de comenzar una suave tormenta de nieve que les rociaba una especie de polvo blanco en las caras. Recularon para ponerse a cubierto en la entrada del drugstore.

Davis volvió a mirar el reloj.

—Se suponía que el tipo sería puntual, ¿verdad, Hodden?

—Sí, se suponía.

—¿Entonces por qué lleva un cuarto de hora de retraso? ¿Cómo arreglaste el encuentro?

—En plan confidencial, ya me entiende —dijo Andy—. Un yonqui me lo presentó hace un par de días, en el Garden. El tipo se supone que tiene mierda a montones, dice que pule y desaparece. El yonqui me dijo que no había oído hablar de mí; aparte de eso, la onza va a doscientos pavos porque es cojonuda.

—Es una barbaridad para una onza —observó Davis.

—Pero lo vale, señor Davis. Yo la he probado, solo un tapón, y casi me revienta los sesos.

—Le dijiste que sería esta noche, ¿verdad?

—Sí, delante del patio del colegio... Eso le dije. Se supone que tiene que venir con un par de onzas, pero no sé. Igual le han acabado llegando voces sobre mí.

—Si actúa con tanto secretismo como dices, no puede haber hablado con mucha gente. ¿Cómo se llama?

—No lo sé —dijo Andy—. No me lo iba a decir. Parece que desconfía un poco de mí, pero quiere despachar la mierda. El yonqui que me lo presentó lo llamaba Popeye.

—¿Le dijiste que tenías el dinero?

Andy asintió.

—Le dije que tenía que sentar cabeza. Ya sabe, como que me estaba quedando sin gasolina. Pero le dije que aquí estaría, eso seguro.

Davis sacó ocho billetes de cincuenta dólares de su billetera y se los ofreció a Andy.

—Que no le pase nada a este dinero; es del contribuyente. —Le dio una palmada en la espalda al chico—. Si consigues que la cosa vaya sobre ruedas te podrás quedar una parte de la droga.

Andy cogió el dinero.

—No, gracias, señor Davis. Estoy intentando descolgarme.

Davis lo miró con recelo.

—Si tienes alguna idea de cabrito, chico, quítatela de la cabeza. Como algo vaya mal te dejaré el culo verde a patadas.

—Todo irá bien si el fulano aparece, señor Davis. —Andy tuvo otro escalofrío y miró a lo lejos—. Yo solo quiero quitarme esto de encima y largarme de aquí, nada más que eso.

—¡Más te vale! —le advirtió Davis.

Andy los miró a ambos.

—No puedo ganar de ninguna manera, ¿verdad?

—¡De ninguna manera! —dijo Davis.

Andy cruzó la calle bajo la nevada que arreciaba por momentos, con la cabeza gacha. Casi oculto tras las ráfagas de nieve, se sentó en un banco del patio del colegio, al lado de la caseta de electricidad. Bajó la cabeza pesaroso, los ojos clavados en el suelo.

—Vamos al coche —dijo Davis a su compañero.

Fueron al Ford aparcado junto al bordillo y subieron. Patterson se puso al volante y encendió el motor. Instantes después puso la calefacción. El calor se difundió sin obstáculo por sus rodillas y pies helados. A través del parabrisas sucio veían a Andy, todavía en el patio, la oscuridad se apoderaba gradualmente del entorno.

—Espero que esto no nos lleve mucho tiempo —dijo Patterson.

Davis gruñó.

—Tranquilo, señorito diplomado, volverás a casa en su debido momento.

—Cabe la posibilidad de que no venga.

—Yo creo que aparecerá —dijo Davis—. No va a renunciar a cuatrocientos pavos solo porque nieva. —Frunció los ojos, tratando de adivinar la silueta de Andy en el patio—. No me gustan los que van por libre. Algo raro le tiene que pasar a ese soplancete para que no quiera droga...

Patterson se encogió de hombros.

—Puede que sea verdad que quiere dejarlo.

Davis lo miró.

—¿Desde cuándo eres una autoridad en la materia?

La rabia que sentía hacia el Hombre era aterradora, incluso para él. Pese a que era joven, Georgie Barris llevaba más de ocho años en el negocio de la droga, dentro y fuera de Nueva York. En ese tiempo se había enfrentado a traficantes bastante duros de roer. Sin embargo, nunca había conocido a ninguno como el Hombre.

Había sido surtidor directo, pero ahora que el accidente había sacado al crío de circulación, se había convertido en surtidor y pulidor para el Hombre.

Que le den. Si el Hombre no veía claro cómo conseguir más pasta, ¡ya encontraría él solo la manera! Iba a vender a cualquiera que tuviera efectivo... como el crío al que se suponía que iba a ver esa noche. Tenía su fardo, casi un kilo de mierda pura, y si necesitaba más dinero para la huida, y para ganarlo tenía que cortar el tema, ¡lo cortaría!

En un lugar recóndito de su mente todavía consideraba la opción de coger todo el cargamento y volver a Nueva York. Con esa cantidad de droga podía

montar algo de verdad, podía incluso convertirse en el Hombre algún día. Pero le daba miedo correr el riesgo. Sabía bien que el Hombre pagaba su tributo a la organización, y que si se la jugaban, la organización disponía de medios para ocuparse de la facción agresora. Ni siquiera Nueva York sería lo bastante grande para que pudiera esconderse.

Se acercó a la esquina, la nieve le fustigaba la cara con dureza, y vio el patio del colegio al otro lado de la calle. Entonces advirtió el coche frente al drugstore de la otra esquina; le pareció más bien inofensivo, pero lo observó con detenimiento unos instantes antes de reanudar la marcha.

¡Más le valía al niño enseñarle la lana! No lo conocía, y le había tomado la palabra al yonqui que le había dicho que el crío era legal. Llevaba la droga encima, pero no se temía un asalto, no de un birria como ese chico.

El banco al lado de la caseta, pensó al captar la silueta. Aceleró el paso hacia allí.

El chico se levantó al verlo acercarse.

—¿Cómo va? —dijo.

—¿Tienes el dinero?

El chico se hurgó el bolsillo.

—Aquí lo tienes, pero ¿dónde está la mierda?

Llevaba el paquete en la mano, listo para entregar desde el principio. Alargó la mano hacia el chico y cogió el dinero en el momento en que soltó la droga.

—Te vas a poner contento —dijo—. Muy contento, tío.

Era un hombre voluminoso, lento, y no supo lo que estaba ocurriendo hasta que los vio venir.

Captó la trampa al instante. Derribó a Andy de un golpe, los ojos desencajados y blancos, el cuerpo encorvado de tal forma que no podía ni avanzar ni recular; solo podía quedarse donde estaba, petrificado. De un modo inimaginable sacó el dinero, como si semejante acción pudiera salvarlo. Se quedó paralizado, no tanto por el miedo cuanto por la sorpresa, esperó hasta que los tuvo cerca y trataron de alcanzarlo, alargaron las manos hacia su abrigo, hundieron los dedos en su espesura.

Entonces estalló como un explosivo de alta potencia, el pánico lo volvía un animal enorme con los ojos muy abiertos, sus brazos arremetían, los puños grandes como mazas desmedidas se lanzaban al encuentro de los otros.

Davis cayó como un árbol, la nariz rota. Patterson tuvo tiempo de soltar un puñetazo ineficaz a la oreja del tipo, un golpe breve y cortante que restalló en el silencio frío como un chasquido de madera húmeda y reblandecida. Luego encajó un duro puñetazo debajo del corazón, y pareció partirse por la mitad, supo que aquel tipo era seguramente boxeador, aquel yonqui, un hombre dominado por algo mucho más terrible que la heroína: el miedo.

Patterson se había incorporado clavando una rodilla al suelo cuando el tipo arrancó a correr. Alcanzó la pistolera del cinto y desenfundó su revólver de servicio. En cuclillas, adoptando la posición de manual, aguzó la vista a través de las miras, su dedo índice palpaba el gatillo.

—¡Quieto, Patterson, maldita sea! ¡Deja que se vaya! —Davis se puso en pie tambaleándose, se cubría la nariz rota con la mano, el bigote rojo y reluciente por la sangre—. ¡A ese cabrón lo quiero vivo! ¡Coge la radio y pon a todos en alerta! Lo van a coger en media hora. ¡Tengo el sabor del hijo de perra en la boca, muchacho! ¡Cuando lo tenga en comisaría le voy a hacer una maldita fiesta!

Patterson se puso de pie, aliviado por no haber tenido que matar al tipo, pensando en sus hijos y en lo que la Navidad significaba para ellos. ¡Gracias a Dios que esta noche no!

Enfundó el revólver. Antes de echarse a andar por el patio, observó un instante el cuerpo tendido boca abajo de Andy Hodden, muy tensa la carne encima de las protuberancias de los ojos.

Luego se fue a toda prisa, sintiendo que iba a vomitar de un momento a otro.

El sábado por la mañana Taylor Mayo estaba muy cansada cuando subió las escaleras. Llevaba una rebanada de pan y sobras de pavo relleno del menú navideño que desde hacía unos días servían en el restaurante donde trabajaba. Mientras que las carcasas de pavo eran gratis, el pan lo había comprado con el dinero para el autobús de la noche siguiente. Iré a trabajar andando, pensó. Si no lo piensas no parece tan lejos.

Mañana por la noche le pagarían: treinta y cinco dólares por siete días de trabajo, jornadas de nueve horas... por trabajar en un sótano saturado de vapor con platos sucios que desfilaban a todo trapo en una cinta transportadora de madera, por apilarlos y secarlos y acarrearlos por una escalera que ascendía hasta un agujero en el techo, y en el piso de arriba rubias y morenas frescas e impolutas se aprestaban a cogérselos de las manos... «Platos, señora... Las copas y los platos de postre, Maggie...». «Gracias, niña. ¡Jesús, estás derrotada! ¿Por qué no dejas esto, Taylor? ¿Por qué no te buscas un buen marido y sales de ese agujero?».

Se formó la imagen de las mejillas rellenas y los labios carnosos, el pelo de un rojo muy vivo y los ojos azul claro. Se aferró a esto, pensando, a alguien le importa.

Las piernas parecían tan pesadas; las sentía traspasadas de dolores mientras ascendía con dificultad las escaleras del edificio de viviendas.

Por fin llegó a la puerta de su apartamento y llamó. Respondió su tía.

—Hola, tía Fay.

Entró y su tía, una mujer de pelo rizado y piel clara con una bata verde, la miró sin responder; los finos labios sellados formaban una línea recta.

—¿Madre está despierta? —preguntó Taylor.

—No lo sé —contestó su tía con frialdad.

Taylor cambió de posición los brazos con que sujetaba los paquetes.

—¿Puedo usar la cocina?

—Hasta ahora la has usado, ¿verdad? Maury te deja usar todo, ¿o no?

—Sí... Solo preguntaba.

—Preguntar no hace daño.

La chica entró en la cocina, un cuartito ganado al porche de detrás. Le habían puesto ventanas pero el viento se abría paso con gran fuerza a través de las grietas. Los radiadores no funcionaban.

Por una de las ventanas sucias Taylor veía la parte trasera, gris, severa e impersonal, de la fábrica de cajas.

Se preparó la comida en la vieja cocina de gas. Sacó dos platos de un cajón de la mesa y puso la mayor parte de la comida en uno de ellos; luego fue a la habitación que compartía con su madre.

—Madre...

Su madre estaba sentada junto a la ventana, viendo la calle de debajo. Era una mujer menuda con una cara delicada, y el pelo negro comenzaba a agrisarse encima de la frente y en las sienes. Llevaba solo una combinación sucia y arrugada para resguardarse del frío de la habitación, e iba descalza.

—Madre, tu desayuno. Prueba a comer algo, ¿no?

Su madre la miró ausente.

—De acuerdo.

—¿Has estado bien?

Su madre la miró extrañada y recelosa ante tanto interés.

—Sí.

—¿Necesitas algo? Quiero acostarme. Dímelo antes de que me acueste.

—Estoy bien. Acuéstate.

Taylor bajó la mirada y le vio los pies.

—¿Dónde tienes las zapatillas? La semana pasada te compré un par de zapatillas nuevas, para Navidad.

—Me duelen los pies.

—Pero, Madre...

—Estoy embarazada. Me acabo de enterar de que estoy embarazada. Algún hombre me ha dejado embarazada. —La mujer levantó la mirada y sonrió de forma infantil.

—Madre...

De repente los ojos de su madre refulgieron.

—¡No me mires así! ¡Deja de mirarme fijamente! ¡Tráeme la Biblia!

Taylor fue al tocador y cogió el libro deteriorado, la cubierta rajada y envejecida.

—Aquí tienes... Estás cansada, Madre. ¿Por qué no comes y te echas a descansar?

—Descansaré con Jesús —dijo la mujer—. Él es mi Salvador. Él es mi alma. Él es el alimento que fortalece mi espíritu.

Taylor se quitó el abrigo y se sentó en la cama sin hacer. Cogió su plato y comenzó a comer, viendo leer a su madre, viendo los labios en movimiento y los ojos en blanco, y pensó: Nunca seré como los demás. Llanamente, a sabiendas, sin nada que reprocharles a los demás. Llevaba más de cinco años viviendo así, desde los catorce. No le pesaba vivir así toda su vida.

—*Y dijo el Señor...*

Veía a su madre como si fuera uno de esos pájaros invernales que revoloteaban enloquecidos por los paseos del parque y los monumentos cuando iba a trabajar por las noches. Perdida y hambrienta, pero todavía aferrada a la vida.

—*Aquel que desdeña a los hijos de Dios...*

Mi madre está loca, pensó para recordárselo.

Su padre, un birria y jugador, las había abandonado hacía cinco años. Las ayudaban algunos familiares, una tía y dos hermanos de su madre. Pero uno de los hermanos hacía dos meses que había muerto, y habían tenido que dejar la casucha de la Sesenta para mudarse con el otro hermano.

Y aquello no era mejor. Era peor. Aquí las odiaban por respirar y dormir, por vivir...

—Llévatela a un loquero —le había dicho su tío Maurice.

—No puedo. Están llenos. No la van a coger hasta que haya sitio.

—¡Bueno, pues haz algo con ella!

—¿El qué?

—¡Cualquier cosa! Estará loca pero come. Búscate un trabajo y pon de tu parte también. Has ido al instituto; encontrarás algo.

—Lo haré —dijo Taylor.

—Más vale que lo hagas. Yo tengo tres niñas.

—Lo haré.

—Si no consigues trabajo, búscate un hombre.

—¿Qué?

—Que te busques un hombre... un *hombre*. ¿Qué problema tienes, niña? Búscate a alguien que cuide de ti y de mi hermana y que lo haga a gusto.

—Voy a...

—Puedes. Eres guapa y estás hecha como les gustan a los hombres, con esa melena larga.

—Voy a conseguir trabajo.

Hombre. Así. Nunca lo había pensado en esos términos.

Hombres. De pronto comenzó a observarlos en los trolebuses, en las esquinas. Cuando compraba billetes de autobús reaccionaba a las voces de los conductores.

Se los figuraba mientras trabajaba sola en el sótano saturado de vapor: hombres altos con brazos y músculos largos, carnosos, y bigotes peludos y horribles pegados al labio superior. Fantaseaba con que se le acercaban hombres y la tocaban con sus manos y sus caras. Veía los dientes blancos entre labios finos y sonrientes y percibía el olor acre de sus cuerpos cercanos al suyo.

Sola con sus pensamientos, que rehuía un poco, aunque también la atraían, su mente la ponía a hacer cosas con ellos, cosas que nunca había hecho con nadie, actos obscenos y excitantemente secretos que conocía de lo que contaban otras chicas, o de las vividas imágenes que su madre voceaba, cuando se despertaba en plena noche gritando que hombres yacían sobre su barriga, sus muslos y sus pechos.

—Protégenos, Señor, pues sin nosotros Tú no existirías. —Su madre miraba hacia la calle de debajo. La Biblia estaba en el suelo, abierta como alas gruesas y viejas.

—Madre...

Su madre lanzó los brazos adelante y le dio una patada violenta.

—¡No te me pongas detrás! ¡No te me pongas detrás, Satán! ¡Quédate delante, donde pueda verte!

—¡Madre!

—Sí —dijo tranquilamente la mujer.

—Solo ponía el plato en el tocador. Por favor, madre, intentemos descansar un poco. Estoy muy cansada.

Su madre asintió, amansada.

—De acuerdo, Taylor.

Taylor cogió una toalla y una toallita del cajón del tocador y fue al cuarto de baño. Se lavó los dientes, luego se sentó en un lado de la bañera, aprovechando el calor del pequeño radiador de tres tubos situado en la esquina. El cuarto de baño era el lugar más caliente del apartamento. Abstraída, deseó poder echarse en el suelo y ponerse a dormir. Se imaginaba la calidez y la dureza del suelo contra su espalda, y de repente el cuerpo se le atiesó por efecto de un éxtasis ajeno. Se había imaginado que el cuerpo de un hombre atrapaba el suyo, lo cubría, lleno de deseo, los fuertes brazos de él sujetaban los suyos firmemente, los labios de él en los labios de ella, carnosos y salvajes y ardientes, la lengua de él empujaba la de ella.

Jadeó, los ojos muy abiertos, aterrados, recobraba el aliento y al hacerlo jadeaba como un animal. Se levantó de prisa de la bañera y se lavó la cara con agua fría. El corazón latía a toda prisa. Temblaba, y notaba un cosquilleo en lo más profundo, todavía insatisfecho.

Volvió a enjugarse la cara con la toallita húmeda y sintió el impulso repentino de enfriarse el cuerpo entero. Se desvistió, los dedos torpes e insensibles, hasta que quedó desnuda ante el lavamanos. Lo llenó hasta arriba de agua fría, sumergió la toallita y se la pasó por el calor de sus pechos, por el temblor liso y duro de su vientre suave, y lo repitió hasta que el suelo se encharcó, hasta que el fuego se retiró de su carne y volvió a la guarida de su mente, burlándose de ella.

Abrió más los ojos y, casi con desesperación, pensó *¡No!*

Luego, como atraída por un imán, se volvió hacia la ventana del baño, los ojos escrutaban la ventana contigua del edificio de enfrente, visualizaban con avidez el cuerpo delgado, moreno, desnudo.

No, pensó. ¡Mi madre está loca!

Y se hizo excesivo: no podía soportar la ignorancia.

Se vistió.

—¿Adónde vas? —Su tía estaba en la cocina con una de las hijas.

—Bajo... a la esquina. Vuelvo en un momento.

—Esos platos que has usado los quiero ver limpios —le dijo su tía—. No quiero platos sucios por aquí.

—Enseguida vuelvo —dijo Taylor.

La tía la siguió a la puerta y la vio bajar las escaleras.

Se le cansaban los pies en aquellos zapatos planos y pequeños. Tenía que comprarse unos nuevos. Tenía que conseguirle un par a su madre que no le hicieran daño en los pies. Tenía que llevar a su madre a un hospital en el que pudieran cuidarla...

Llamó al timbre un buen rato hasta que él apareció.

—Hola —dijo ella.

Él no dijo nada. Parecía atemorizado, y la cara se le veía machacada y azulada.

—¿Te gusta? —dijo, siguiendo los ojos de ella—. Primero empezó un fulano. Y luego los polis, los maderos, lo terminaron. Me querían dejar guapo.

Él sabía que ella respetaba la ley y el orden, pero ahora ella detestaba que le hubieran hecho eso.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

Él la dejó pasar.

—Mi hermana ha salido. Supongo que no hay problema.

Al cerrarse la puerta ella tuvo miedo también, y trató de sonreír.

—¿Cómo estás, Andy?

La miró.

—Estoy bien.

—¿Te apetece... charlar conmigo un rato? —dijo.

—Iba a bajar al drugstore. ¿Me acompañas?

—Hace demasiado frío.

En la casa hacía calor, mucho más que en la suya. Sintió que la calidez le acariciaba las piernas y las mejillas. Sonrió para evitar que su voz sonara estúpida al hablar.

—Vamos a sentarnos —dijo ella.

—¿Cuánto tiempo puedes quedarte?

—No mucho.

—¿Por qué has venido?

Trató de mantener la sonrisa, pero sus labios cedieron, su corazón se aceleró.

—Me apetecía charlar.

Él negó con la cabeza.

—¿Por qué has venido?

—Solo para hablar. Somos vecinos. ¿No podemos... hablar?

—No te sigo —dijo—. Desde que te conocí, señorita, ¡me he vuelto loco!

—La cogió fuerte de la mano—. ¿Qué me pasa? ¿Qué me hace estar así? ¿Tú lo sabes?

No encontraba respuesta. Al mirarlo solo podía pensar en su cercanía, sus manos, sus labios y su cuerpo, sus ojos, que probaban que la quería y necesitaba. Sentía que el calor volvía a crecer en su interior, pero era lo más maravilloso que había sentido nunca.

—Bésame —dijo ella, el aliento abandonaba las palabras en la boca—. Bésame, Andy, bésame, bésame...

Las manos de él se hundieron tras su espalda, se llenaron de su melena espesa, hicieron que el cuerpo de ella se amoldara y cobrara vida contra el suyo, en el suyo.

Los labios de él prendieron fuego a la cara de ella.

—¡Oh, señorita, no sabes lo que sentido! ¡No sabes lo que he estado haciendo!

—Querámonos, Andy —dijo contra su garganta—. ¡Querámonos y ya está!

—He rezado —dijo, sus manos exploraban la tersura de ella—. ¡Juro que no volveré a ponerme! ¡Por favor, no volveré a ponerme!

De alguna forma llegaron a su habitación, y cuando la puerta se cerró descubrieron un mundo nuevo, la alegría que se escondía en sus cuerpos jóvenes. Su carne y sus labios se engranaron, y les sorprendió y sobrecogió la plenitud de sí mismos.

Yacían juntos y sus cuerpos desposados en el reposo les devolvieron una conciencia plena. Ella le habló de su vida, de todas las cosas que componían su vida.

Pasó un rato hasta que él empezó a hablar, pero cuando lo hizo descubrió que no podía mentir. Le contó su maldad y a ella no le importó, porque había visto la bondad.

—No sé —dijo él, confundido—. Sí sé, creo que te quiero.

—Te quiero, Andy.

—Pero ¡qué hacemos! —dijo—. ¿Adónde vamos? Alguien nos vendrá a tocar las narices. ¡Siempre vienen a tocarte las narices cuando tienes algo bueno, algo que no quieres perder!

—Nos casaremos —resolvió ella—. Así estaremos juntos. Juntos seremos fuertes.

Él la besó en su suave mejilla, fue atraído sin poderse resistir, y el tacto recorrió todo su ser como corriente eléctrica.

—Sí, señorita, nos casaremos —dijo—. Pero ¿te casarías conmigo?

—Me casaría contigo.

—Pero no tenemos dinero.

—Yo tengo trabajo. Podría trabajar hasta que tú encuentres algo.

—Encontraré algo —le aseguró—. ¡Partiré ladrillos!

—Mi madre se muere.

—Nos la podemos llevar con nosotros.

—Nos la llevaremos, pues.

—¿Adónde podríamos ir? Tenemos que ir a algún sitio. No quiero que tengas que andar por la Escena.

—Pues nos iremos —dijo ella—. Pero, Andy, hay sitios como la Escena en todas partes. Si tenemos fe el uno en el otro, no hay por qué tenerles miedo.

—No quiero que nada me ande comiendo la cabeza, y cuando estás cerca de un sitio como la Escena, siempre hay algo que anda comiéndote la cabeza.

Ella le tapó la boca con la mano.

—No pienses en eso. Dejemos de pensar en cosas malas.

De pronto ella se incorporó en la cama y miró por la ventana.

—Andy, me tengo que ir a casa. ¡Llevo horas aquí!

Se levantaron y comenzaron a vestirse. Sonó el teléfono y él salió al pasillo a responder a la llamada.

—¿Diga?

Ella se apresuró a terminar de vestirse, preocupada por su madre.

—¿Rudy? —dijo él desde el pasillo—. Ahora mismo nada... ¿Quién dices que eres? Rudy Black. Ah, sí, ¿qué quieres, tío?... ¿Qué?... No sé si puedo. La cosa es que ahora mismo estoy un poco ocupado, tío. Igual podría más tarde... Sí, esta noche. Lo intento... Pero no me esperes mucho rato... Hecho. Hasta luego. —El teléfono hizo clic en la horquilla.

Ella terminó de vestirse.

—Andy, me tengo que ir corriendo. Mi madre debe estar hambrienta. Llevo fuera casi todo el día.

—Señorita —dijo él de pronto—, hagamos algo... ¡Tú y yo solos! Salgamos a alguna parte.

—Pero, Andy, no puedo. Tengo que ocuparme de mi madre. Llevo todo el día fuera. No he dormido nada.

—¿No puedes decirle que sales a dar una vuelta o algo así? Por favor, Señorita... Tengo algo de lana, tres o cuatro dólares. Bajemos a la hamburguesería de la esquina y pidamos un par de hamburguesas, luego podríamos ir al cine.

—Creo que no quiero ir al cine.

—Pues... —La falta de ideas lo ponía frenético—. Nos montamos en el trolebús. Damos una vuelta por la ciudad, por todas partes, la ciudad entera.

Asintió sin convencimiento.

—Tengo que ver si mi madre está bien.

—Espera un segundo —dijo él, contento—. Voy a por mi chaqueta.

Salieron del apartamento juntos. La tarde era fría y se esmeraba en helarlos.

Él se quedó esperándola en el portal de su edificio, impaciente, y a medida que pasaba el tiempo crecía su miedo a perderla. Perderla... *Por favor, Dios...* Moriría si ella no aparecía, porque nunca un sueño suyo se había hecho realidad, y como conocía los sueños le tenía pavor a la inevitable

decepción que los sucedía. Ningún sueño era tan horrible como la Escena y la mierda, ni ninguno era tan bonito como su señorita. Ahora no podía perderla, porque de lo contrario nunca sería capaz de descolgarse.

—Aquí estoy —dijo ella en la oscuridad—. Mi tía está loca, pero me da igual. Le he dicho a mi madre que no tardaremos mucho.

—¿Le has hablado... de mí?

—No... Pero quería, quería con todas mis fuerzas. Solo le he dicho que salía a dar una vuelta.

—¡Señorita... Señorita, estoy tan contento!

—No me llames señorita, Andy. Llámame Taylor.

—Me gusta llamarte señorita, porque eres una dama, como esas tipas locas que salen en las fotos de las páginas de sociedad de los periódicos.

—Dilo... Di Taylor.

—Taylor —dijo.

Los labios de ella besaron la boca de él.

—Suena formal cuando lo dices. Sigue llamándome señorita.

Luego echaron a andar deprisa por la calle, como si fueran a llegar tarde si no corrían, como si el mundo fuera a celebrar una fiesta en su honor y ellos no llegaran puntuales.

El viento silbaba tímido entre las ramas de los árboles; a sus espaldas la Escena ya se iluminaba, pero juntos aplacaban el horror de su mundo.

—Te quiero, Señorita... Quiero compartirlo todo contigo. ¿Te acuerdas de la primera vez que te vi? ¿Por la ventana del baño?

—¡Me voy a poner roja!

—Tienes la piel más suave que ha tenido nunca una chica, Señorita.

Pasaron ante la ventana de una tienda, todavía con alegres adornos navideños. Recordó al Papá Noel de los grandes almacenes y se lo contó todo a ella. Lanzó un suspiro de satisfacción.

—No sé si Papá Noel conseguiría subirse encima de Dumbo. Pobre imbécil, debería ser yo.

—¿Por qué?

—Porque no tendría que andar montándose en ningún elefante tontaina.

—Si él fuera tú, tendría a alguien que lo ayudaría.

—¿Me ayudarías a subirme al elefante, Señorita?

—Te ayudaría a lo que sea.

—¿Me ayudarías ahora? ¿Me ayudarías a salir del bache?

—Sabes que sí.

—Vamos adonde no haya gente.

Pero había gente en todas partes.

—Vamos al puente de Pennsylvania, a ver pasar los coches por debajo.

—De acuerdo.

Su fina chaqueta lo resguardaba del frío abrazándole fuerte sus costillas secas; la espesa melena de ella comenzó a agitarse al viento de última hora de la tarde, y a azotar su cara como terciopelo negro, tapándole la nariz y los ojos.

Llegaron a la barandilla del paso elevado y contemplaron los coches que circulaban debajo, los faros como ojos, apenas discernibles sus formas presurosas.

—Parece imposible que tanta gente tenga un sitio adonde ir —dijo él, absorto.

—No quiero irme. Quiero pararme. Quiero que nos paremos en algún sitio, para siempre.

—Eso haremos. Tendremos hijos. Y la ciudad no sabrán ni lo que es. Yo no les dejaría venir a ninguna ciudad.

—Ay, parece tan lejano —dijo ella con un suspiro.

—Sí, lo parece.

—Ojalá pudiera ser mañana. Ojalá pudiera ser ahora mismo.

Ella adelantó el cuerpo y lo besó; la boca de él estaba helada y tuvo un escalofrío.

—Andy...

—Dime.

—Casémonos pronto. No esperemos. No hace falta que vivamos juntos... mientras estemos casados.

—¿Cuándo quieres que nos casemos?

—En cuanto tú quieras. Esta noche, si tú quieres.

—Señorita...

—¿No te quieres casar conmigo?

—Sabes que sí... Pero quiero tener algo que ofrecerte. Ni siquiera tengo lana para pagarme el carnet de conducir.

—Yo tengo algo de dinero...

—¡No, no pienso dejarte pagar! Tengo que pagármelo con mi propio dinero. Igual conseguiría que mi hermana me prestara algo de dinero hasta que encuentre un trabajo.

—Andy, tengo una sensación extraña. ¡No quiero esperar!

—¿Una sensación extraña de qué, Señorita? Podemos esperar solo un poquito más, ¿o no?

Ella no respondió.

—Por favor, Señorita, te quiero, lo sabes.

Se volvió hacia los coches, yéndose, yéndose.

Él notó el escalofrío de ella a su lado, y le rodeó la delgada cintura con el brazo.

—No soporto tener que volver —dijo ella.

—Ni yo.

Debajo los coches zumbaban, ¡*zuum!*

—Mirar abajo me marea —dijo ella.

—Volvamos —dijo él.

Tenían que volver.

—Andy —murmuró mientras andaban—, ¿duele tener niños?

Él se rio.

—¿Pero por qué me preguntas eso? ¿Cómo voy a saberlo?

Lo miró con gesto serio.

—Hoy ha sido mi primera vez. No lo había hecho nunca. ¿Voy a tener un niño?

—¿Por eso tienes tanta prisa en casarte?

—No, no tiene nada que ver con esto. Quiero que nos casemos porque creo que nos necesitamos el uno al otro ya mismo. Lo del niño no importa.

—No lo sé. Supongo que sí.

—¿Sí qué? ¿Sí que importa lo del niño?

—Noo, digo lo de tenerlo. Supongo que sí duele.

Ella cerró los ojos y hundió la cabeza en el cuerpo de él.

—Duele hacerlos, así que supongo que duele tenerlos.

—¿No sabías nada? —Él sonrió—. Solo duele la primera vez.

—Debes creer que soy una boba.

—Noo, Señorita, eres la chica más lista que he conocido.

Ella alzó la vista, sorprendida.

—¡Ya estamos de vuelta!

—Ni me he dado cuenta.

Los edificios de viviendas se cernían sobre ellos como malos augurios.

—Bésame, Andy.

La besó; su boca probó la dulzura madura y extraña de la boca de ella.

—No te vayas, Andy...

—Nos vemos mañana, Señorita.

—¿Qué vas a hacer esta noche?

—Me ha llamado un amigo. Le he dicho que igual lo veía.

—Andy...

—No te preocupes. No voy a tontear más con la mierda.

La mano de ella estrechó la de él, luego ella volvió de repente y lo besó con avidez.

—¡Tengo miedo, Andy!

—¡No tengas miedo, Señorita! No va a pasar nada.

—Te quiero, Andy. Por favor, no te alejes de mí.

—¿Adónde iría? Mira lo pequeño que es el mundo: llevábamos todo el tiempo viviendo en la puerta de enfrente el uno del otro.

—Buenas noches, Andy.

—Buenas noches, Señorita.

—¡Te quiero!

—Y yo te quiero a ti.

Rudy colgó el teléfono.

Desde el salón suntuoso del apartamento oía el televisor del Hombre. En cierto modo le resultaba gracioso que el Hombre viera la televisión.

Anduvo hacia las cortinas bordadas que separaban el salón del pasillo, preguntándose por qué habría hecho la promesa, por qué el Hombre se había quedado tan inquieto... Sí, estaba inquieto.

Habían trincado a Sonny, ¿y qué? El Hombre ya había perdido grameros antes y nunca le había importado. Rudy no lo entendía, pero no era tonto; intuía las cosas. Sabía que estaba bajo sospecha por lo de Sonny. El Hombre lo quería poner a prueba, imaginaba que si había vendido a Sonny, o si ahora trabajaba para los federales o la estupa, no sería capaz de hacer lo que ahora se proponía.

El Hombre era listo: borrar del mapa a Andy y asegurarse la lealtad de Rudy de una sola tacada. El soplón ya estaba sentenciado, pero vender a la sanguijuela de Popeye había sido el colmo. El Hombre había jugado sus cartas con astucia. En cuanto tuvo noticia de que los maderos habían pescado a Barris le había pagado la fianza, pese a que sabía que al citarse con el informante lo había traicionado. Barris había recibido un buen meneo de Davis, pero no había soltado la lengua. Al descubrir que se había saltado la condicional le habían puesto a Barris una orden de busca y captura, pero no habían encontrado ni rastro. El Hombre se iba a asegurar de que no lo encontrarán.

La idea se apoderó con fuerza de la mente de Rudy: nada de eso habría ocurrido si no se hubieran regado esas malas lenguas sobre él.

Vaciló un momento ante la cortina. ¿Acaso el Hombre no había prometido a Rudy un buen puesto, hombro con hombro con Dell, cuando terminara ese trabajo? Podía ser incluso que le diera el puesto de correo con el que Dell se había hecho después de que Barris quedara descartado. Para el Hombre, Dell era demasiado importante en la ciudad. El caso era que se hacía viejo; no era lo bastante desconfiado.

Nada valía tanto la pena como para correr tanto riesgo. ¡Si el Hombre quería pruebas de su lealtad las tendría!

La idea enaltecía a Rudy. Él era un purasangre, el Hombre mismo se lo había dicho...

—Si agarran a Popeye y lo llevan a comparecer ante el juez, lo pueden presionar de lo lindo a costa del testimonio del chivato —había dicho—. Pero si no hay chivato, no hay testimonio ni presión. Así de simple.

—Voy a matar al hijo de perra, Floyd; me voy a cargar a ese cabrón —había dicho Rudy.

—Te daré mil. Me da igual el cómo, pero hazlo bien.

—No te preocupes, Floyd.

—Si algo sale mal, confía en mí. Mantén la boca cerrada. Sé que puedes. Tú eres un purasangre...

Reforzado su amor propio, Rudy acercó la boca a la cortina y gritó hacia el salón:

—Me voy.

Le respondió una voz profunda, cauta.

—Bien. Andate con cuidado, Black.

El sonido del televisor permanecía inalterable.

Al volante del gran automóvil, un cosquilleo recorría a Rudy, avivado por la importancia de su misión. No dudaba de que podría llevarla a cabo.

Tenía en el bolsillo dos gramos de ácido de batería, cuatro tapones de heroína potente, jeringuilla y cuchara, y billetes de diez dólares.

Planeaba aún gracias a la onza que se había regalado por Navidad, y esperaba que el año nuevo le trajera riquezas todavía mayores.

Solo tenía que matar a Andy Hodden.

Febrero

En el corazón de la Escena había un lugar impermeable al Pánico.

Aquí chicos y chicas, blancos y negros, se agrupaban bajo la bandera del Centro de Juventud; nadaban, jugaban a baloncesto o a voleibol, y organizaban bailes, campañas de recogida de basuras y colectas de fondos para la comunidad.

Aquí se enseñaba la importancia del orgullo bien entendido y de los valores de la competición. Se enseñaba que ningún miembro del centro debía beber ni drogarse, que no debía robar, pelearse, mentir, ser promiscuo ni descuidar el aseo, y que siempre debía tenerle respeto a la autoridad.

Estos jóvenes, guiados por la mano de un negro fornido, no eran conscientes de su enorme potencial para el bien en el sumidero de maldad que era la Escena.

La Escena estaba en todos lados, pero sorprendentemente no buscaba cobijo en el Centro de Juventud. Aquí era demasiado aparente la vida limpia, y la vida limpia era tan mortífera para la gente de la Escena como la crueldad impersonal del propio Pánico.

Y ahora mismo la Escena luchaba por su vida.

Davis y Patterson entraron en el gimnasio con paso decidido.

Salió a su encuentro un hombre bajo de piel oscura, musculoso, con una camiseta en cuyo pecho abultado se leía CENTRO DE JUVENTUD.

—¿En qué os puedo ayudar, tíos?

Davis, cuya nariz vendada parecía el hocico chato de un jabalí blanco, le enseñó su placa.

—Queremos hacerle unas preguntas. ¿Es usted Carlisle Knop?

—Así es.

—¿Usted es el responsable del centro?

—Sí. Llevo aquí de monitor desde que se inauguró, hace seis años.

—Supongo que aquí vienen un montón de niños.

—Sí, eso parece. Casi todos los niños del barrio pasan por aquí, blancos y negros. En realidad es un club de juventud con afiliación, pero si un niño no

quiere afiliarse no le obligamos. Le damos acceso a todas las instalaciones y actividades, boxeo, natación, baloncesto... Ya se imaginan. Y si luego quiere quedarse, solo le pedimos que colabore con las tareas del centro.

—Educación cívica, ¿no?

—Esa es nuestra finalidad.

—¿Cuántos suelen venir?

—Bueno, unos cien más o menos, ciento veinte por las noches. Alrededor de setenta y cinco son miembros asiduos. A los demás, a los que vienen solo de vez en cuando y a pasar el rato, solemos llamarlos «turistas». A estos les dedicamos una atención especial; ciertos miembros se meten en grupos de no miembros y los aprietan para que se unan. Solo conseguimos dos o tres miembros nuevos por semana, aunque a mí me parece una maldita hazaña.

—Desde luego. ¿Ha tenido problemas alguna vez?

Carlisle sonrió.

—Nada que se me haya ido de las manos. De vez en cuando hay alguna pelea de bandas por el barrio. Están los Rockets, los Cool Daddies y los Shakers. Pero estoy casi seguro de que ningún miembro habitual del centro pertenece a esas bandas. Por aquí, por los alrededores, normalmente conseguimos que no haya bronca.

—¿Y qué me dice del whisky y la grifa? ¿Aquí hay droga?

—Todo eso está terminantemente prohibido en el centro. No toleramos ningún incumplimiento de las normas, y si agarramos a algún miembro saltándose, o bien lo multamos, o bien lo expulsamos, o las dos cosas.

—¿Cómo sabe si aquí hay o no hay droga?

Carlisle se encogió de hombros.

—Es simple: mientras el consumidor está aquí, no consume. Las normas miran por eso. Y si no consume, yo puedo enseñarle por qué no tiene que consumir nunca.

—¿Cómo lo hace? —preguntó Patterson.

—Con argumentos basados en hechos que un niño pueda comprender. Les explico que un treinta por ciento de todos los delitos cometidos el último año los cometieron drogadictos. Les enseño las estadísticas sobre esperanza de vida y retraso mental asociados al consumo de droga. A algunos de ellos el mensaje les cala, lo sé por esos miembros que les decía que se mezclan con las bandas. Estos tienen los ojos bien abiertos, y siempre que ven a un chaval nuevo fumando grifa o poniéndose heroína me avisan. Luego agarro al crío en cuestión y le explico mis argumentos.

—A mí me parece que no debe ser muy eficaz —dijo Davis.

Carlisle frunció el ceño.

—Puede que no lo parezca, señor, pero ¿de qué otra manera se combate la droga? A estos críos les cuesta menos conseguir heroína que penicilina. Ahora mismo podría pedirles a cinco chavales, de trece o catorce años, que salgan y me traigan veinticinco canutos de marihuana. ¿Qué puedo hacer? A veces consigo que un consumidor me escuche, suelen ser críos asustados de verdad por lo que están haciendo que vienen a pedirme ayuda.

—¿Alguna vez le vino a pedir ayuda Andy Hodden? —dijo Davis.

Carlisle los miró a ambos.

—¿Se refieren al Soplón?

—Ese mismo —dijo Davis—. ¿Usted habló con él alguna vez?

Carlisle hizo memoria.

—Sé que el crío andaba metido en droga. Venía bastante por el centro, hace dos o tres años. Era uno de los que llamamos turistas, aunque se permitía más excesos que los demás. Era un buen alero y traté de que se uniera al equipo de baloncesto, pero nunca le interesó demasiado. Supongo que la mierda lo tenía bien agarrado.

—¿Habló alguna vez con él? —intervino Patterson—. ¿Dio señales alguna vez de querer dejar la droga? ¿Tuvo todo esto —Patterson recorrió el gimnasio con la mirada— algún efecto en él?

Carlisle se cruzó de brazos, percibiendo la sinceridad de Patterson. Frunció el ceño pensativo.

—Mire, esa es una pregunta que no dejo de hacerme, ¿sabe? Y he llegado a la siguiente conclusión: si consigues que un crío quiera que lo ayuden, entonces este gimnasio, este club, los partidos y los bailes y demás, funcionan. Pero no puedes curar a quien no quiere que lo curen. Pongamos por caso a ese chico, Hodden. Estoy convencido de que no quería hacer lo que hacía, pero para el tipo con el que andaba, un fulano mayor que él llamado Walsh, la droga era un requisito. Para ser jefe, para ser un guapo, tenía que consumir. Para seguir siendo jefe, tenía que seguir consumiendo.

—Sabe que el cabroncete está muerto, ¿verdad? —preguntó Davis. Se tocó el vendaje de la nariz.

Carlisle pareció ofenderse, no tanto por las palabras que había usado Davis sino más bien por el tono. Descruzó los brazos.

—Sí, lo he oído. Me lo contó un crío de aquí. ¿Le dieron un chute caliente?

—Eso es. Sabemos por qué se lo dieron. Lo que queremos saber es quién se lo dio.

Carlisle sonrió con frialdad.

—Yo no. Pero les digo algo. El chute caliente ya se lo habían dado cuando se pinchó el brazo con una aguja por primera vez.

—¿Con quién andaba? ¿Con qué chicas? ¿Quién le tenía manía?

—Cuando venía por aquí no caía bien a nadie. Hubo algunas chicas, pero ya no recuerdo los nombres, ni las caras. Fue hace más de tres años.

—Le pregunto por chicas porque creo que a nuestro coleguita muerto le echaron un anzuelo para que picara.

Carlisle entrecerró los ojos, mirando fijamente a Davis. Dijo con firmeza:

—En mi club no va a encontrar al asesino de Hodden, señor; tendrá que buscarlo en otra parte.

Davis puso cara de interés.

—¿Dónde me sugiere que lo busque?

—Pues podría estar en cualquier sitio... menos en nuestro centro —dijo Carlisle.

El bigote de Davis tembló.

—¿Qué demonios pretende decir?

Patterson le puso la mano en el brazo a Davis.

—Mejor que nos vayamos.

Davis se quitó de encima la mano de Patterson y lo fulminó con la mirada.

—No nos vamos hasta que este hijo de perra me diga qué está insinuando. Él mismo ha dicho que hay drogadictos que vienen a este sitio. Puede que alguno colara ese tapón caliente en el chute de Hodden. —Se volvió hacia Carlisle—. ¿Por qué lo protege?

—Si aquí hubiera un asesino soy el primero en querer que lo cojan... Yo no protejo a nadie. Pero usted sabe muy bien que aquí no vendría ningún drogadicto como usted lo ha descrito. Drogado no se puede nadar, ni boxear, ni hacer ninguna de las actividades físicas en las que se les obliga a participar desde el mismo momento en que entran por esa puerta. —Carlisle hablaba con determinación—. Si quieren coger al asesino de Andy Hodden, busquen a quien haya salido ganando con su muerte. Busquen a alguien sin el menor escrúpulo. Y empiecen a buscarlo ahí fuera, en la jungla, no aquí entre críos decentes que juegan a baloncesto y voleibol. ¡Hágame el favor, señor, de dejar tranquilos a mis chavales!

Davis adelantó su voluminoso cuerpo.

—¡Vaya con el predicador de pacotilla! ¿Cree de verdad que les hace ningún bien a estos maleantes? ¡Está perdiendo el tiempo! ¡Si un chaval de

aquí, uno solo, valiera de mayor lo que costará el formol para purgarle las tripas cuando la palme, le beso el culo!

Carlisle sonrió, relajado.

—¿Quiere apostarse algo?

Esa tarde, antes de volver a casa, Patterson arrinconó a Davis en una sala de interrogatorios.

—Mire, Mance —dijo—. Sobre esto de Hodden, sé que lo está haciendo a su manera y demás, pero querría que me diera un permiso excepcional para ocuparme de algunos aspectos.

—¿Crees que he pasado algo por alto?

—No es eso lo que quería decirle, en absoluto, pero el chico ya lleva muerto bastante tiempo y todavía no hemos averiguado nada. Flaubert está que echa humo, no me extrañaría que empezara una purga en la comisaría del distrito si no se hace nada.

—Escucha —dijo Davis—. ¡Ni Flaubert ni nadie me dice cómo tengo que hacer mi trabajo! Estoy esperando una buena razón. Conozco a esa gente, conozco la Escena. El asesino de Andy le ha puesto una camisa de fuerza a la Escena y eso no se puede mantener mucho tiempo; nos va a servir en bandeja a nuestro hombre, ya lo verás.

—No creo que la cuestión aquí sea la Escena —dijo Patterson, mirándolo con extrañeza.

—¡Yo conozco ese sitio del demonio! —gritó Davis, la nariz brillante y azulada donde le habían retirado el vendaje—. ¿Dónde está la droga, eh? ¿Cómo es que el Hombre ha cerrado el grifo por completo? ¿Por qué el barrio italiano tiene un hambre canina de droga? —Meneó el dedo índice cerca de la cara de Patterson—. ¡Es porque ese chico ha muerto, por eso! Es un círculo vicioso; ¿pretendes decirme que lo puedes romper a la primera?

—Usted no quiere librarse por completo de él, ¿verdad? —Patterson agrandó los ojos al formularle la pregunta—. ¡Mance, estoy seguro de que a usted en realidad le encanta andar dando vueltas por la Escena!

—¡Estás loco! —Pero a Davis la mordiente observación de Patterson lo dejó asustado—. Escúchame bien, niño universitario de las narices...

—¡Le da miedo librarse de la Escena! —siguió Patterson—. Podría si lo quisiera, pero le da mucho miedo. ¿A qué le tiene miedo, Mance?

Davis se puso de pie, la cara desencajada de ira.

—¡Tú, hijo de perra, pides un traslado y resulta que yo tengo miedo! ¡Si tropiezo con algo difícil, hermano, yo no salgo corriendo! ¡Lo agarro con las manos y lo aplasto, lo destrozo completamente! ¡Puede que me dé miedo pero lo hago pedazos! —Con las manos hacía gestos vehementes de arrancar—. ¡Lo que me da miedo lo destruyo! ¿Y qué haces tú, señorito medio hombre? ¡Huyes, huyes y te escondes!

Patterson bajó la cabeza. Al descubrir la debilidad de Davis había descubierto la suya propia.

Davis volvió a sentarse, parecía abatido. Había dicho que Patterson huía, pero la acusación podía aplicársele mejor a él mismo, aunque no se obligaba a admitirlo.

—¿Qué pretendes? —dijo en voz baja, casi derrotado.

Por unos instantes Patterson apenas pudo centrarse. En el fondo de su mente sabía que cierto deber en relación con Andy Hodden, o más bien un sentido de la responsabilidad, lo impulsaba a perseverar, a trabajar hasta desfallecer si hiciera falta, para encontrar al asesino.

Además, espoleado por la actitud de su mujer, quería demostrarse que era capaz de seguir. En los últimos días esto había ganado la máxima importancia.

—Te he preguntado qué piensas hacer —dijo Davis.

—Bu... Bueno —tartamudeó Patterson—. Quiero ir a ver a la hermana de Hodden, echar un vistazo a su casa...

—¿Y piensas que eso no se ha hecho ya?

—Supongo que sí, pero ¿qué problema hay en volverlo a hacer?

Davis gruñó, tanteándose con cautela la zona oscura de su nariz.

—¿Qué más tienes pensado?

—Bueno... Pensaba dar una vuelta por la Escena, preguntar, ver a la gente que conocía a Hodden...

—Adelante, señorito diplomado —dijo Davis con sorna—. Te doy permiso para que te pateen el culo. —Le clavó un dedo en el pecho—. Pero recuerda que tienes mucho que aprender. Antes de caminar hay que aprender a gatear.

Patterson recordaba que alguien ya le había dicho algo parecido, pero en ese momento no conseguía recordar quién.

La Escena lo rehuía. Sondeó sin éxito, y las luces de las calles le advertían que no se acercara, como si fuera el enemigo.

De camino a casa pasó por el apartamento en el que vivía Andy Hodden. Jacqueline le abrió.

—Me llamo Patterson, señorita. —Le enseñó la placa—. Soy de la Brigada de Estupefacientes de la comisaría del distrito. Querría hablar con usted, si no le importa. Usted es la hermana de Andy Hodden, ¿verdad?

Ella asintió y lo dejó pasar.

Él se quedó quieto e incómodo unos instantes.

—¿Le importa si echo un vistazo, señorita Hodden?

Se encogió de hombros con desgana.

—Haga lo que le parezca. Ya han venido otros policías.

Se paseó por las habitaciones escasamente amuebladas. Aunque algo deteriorado, todo estaba limpio y ordenado, todo parecía ocupar su sitio.

—¿Este es el cuarto de su hermano? —le preguntó subiendo la voz.

—Sí. Al lado del baño.

Asomó la cabeza y lo examinó.

—¿Puede venir un momento, señorita Hodden?

—¿Qué pasa? —dijo, acercándose.

—¿Aquí es donde encontraron a su hermano?

—Sí, en el suelo, justo ahí. —Señaló cerca de la pata de la cama. Patterson entró en el cuarto.

—¿Todo está como la noche en que fue asesinado?

Sus ojos examinaron la habitación con detenimiento.

—Sí... Creo que sí. Los otros policías no se llevaron nada.

Patterson fue al tocador, sobre el cual había un reproductor y una pila de discos. Ojeó los álbumes y se volvió hacia ella.

—Veo que a su hermano le gustaba la música.

Asintió.

—Tenía ese trasto puesto casi siempre.

—¿Es lo que la impulsó a venir cuando volvió a casa esa madrugada? Entiendo que encontró el cuerpo bastante tarde.

—Sí, mi novio y yo habíamos estado en muchas fiestas. —Se ruborizó algo avergonzada—. Y cuando volví a casa el tocadiscos no sonaba. La puerta estaba abierta de par en par y la luz encendida. Pensé que se había quedado dormido, así que fui a apagarle la luz. Entonces lo encontré.

Patterson recordaba algunas cosas sobre drogadictos que había aprendido de Davis, en especial algo acerca de cómo lo dejaban todo preparado para

disfrutar de la máxima comodidad. ¿Por qué Andy no había puesto música, por qué no se había preparado para su sesión de planeo?

Recordó la noche que trataron de agarrar a Georgie Barris: ¿No había dicho Andy que estaba intentando descolgarse? Sabía, sin necesidad de que Davis se lo dijera, que la mayoría de drogadictos recaían; pero algo le hacía pensar que la promesa de dejarlo que se había hecho Andy era sincera. ¿Por qué había vuelto a ponerse? La razón era tan evidente que se maldijo por no haberlo visto antes: A Andy lo habían *invitado* a volver a ponerse.

Salió del cuarto. La hermana del chico parecía bastante honesta, y se notaba que había estudiado.

—Sé que esto es doloroso —dijo cuando llegaron a la entrada—, pero ¿podría contarme cosas de su hermano, cosas que pudieran ayudarme?

Sonrió un poco con cansancio y amargura.

—Supongo que Andy sabía que le harían daño, señor Patterson, pero no parecía que le importara. No hace mucho llegó a casa lleno de golpes. Intenté que me dijera quién se lo había hecho, pero no me contó nada. Era casi como si se alegrara de que lo hubieran pegado. —Suspiró—. Era pequeño y miedoso. Las cosas no estaban tan feas cuando mi madre vivía, pero, después de morir ella, Andy se puso peor. Nuestro padre era un borracho y Andy lo odiaba. —Dio media vuelta y se alejó despacio—. No sé. Después de que papá muriera, yo no tenía fuerzas. Veía que mi hermano iba de mal en peor, pero sencillamente no era capaz de hacer nada para evitarlo.

Patterson, incómodo, daba vueltas al sombrero con las manos.

—Bueno, creo que ya estamos, señorita Hodden. —Sacó una tarjeta del bolsillo interior de su abrigo—. Si recuerda otra cosa, algo que crea que deberíamos saber, me gustaría que me llamara a este número.

—Claro —dijo.

—Bien... Adiós.

—Claro —repitió.

Mientras bajaba las escaleras, una idea ensombreció la vergüenza que le había causado el relato de la paliza de Andy, una idea que no dejaba de incordiarle. Una cosa se le escapaba, qué podía ser...

Metieron rodando a Sonny Tubbs en la sala de interrogatorios de la cárcel del condado, donde Patterson, Davis y un agente federal llamado MacMahon lo esperaban sentados. Sonny parecía empequeñecido, soldado a su silla, un montoncito de carne retorcida. Estaba llorando.

—Deja de babosear, Tubbs —dijo el federal—. Te queremos hacer unas preguntas.

La voz de Sonny prorrumpió interrumpiendo un sollozo.

—¿Aún no habéis acabado conmigo? Me habéis endilgado tres años. ¿Por qué no me dejáis en paz? ¡Me estoy muriendo, estoy enfermo!

—Hoy ha sido el juicio —explicó MacMahon—. Le han caído tres años en el Hospital Federal de Lexington.

Davis gruñó.

—Sois demasiado buenos con ellos.

—¿Puedo ver a mi madre? —gimoteó Sonny—. Quiero ver a mi madre.

—Te está esperando abajo —le dijo MacMahon—. Anda, ayúdanos un momento con una cosa y te dejamos verla.

—Queremos que nos hables de Andy Hodden —dijo Davis—. ¿Lo conoces?

—Le pulía tema sin parar —dijo Sonny.

—Está muerto —dijo Patterson—. Le dieron un chute caliente.

—Me da igual —gimió Sonny—. ¡Me da igual!

—Queremos saber quién podría habérselo dado —dijo Davis.

—No lo sé —dijo el tullido—. Yo estaba en el saco. ¿Cómo voy a saber quién se lo dio?

—Cuentas que le pulías droga —dijo Patterson.

—Eso no quiere decir que sepa quién se lo cepilló. Había un montón de tipos que no iban a por él solo porque estaba informando. Cualquiera podría haberle dado un chute caliente.

—¿Y tú quién crees que pudo ser? —preguntó Davis.

—No sé.

—¿Quién crees? —insistió Davis.

—Podría haber sido cualquiera —dijo Sonny en tono neutro—. Ace, Dell, Bertha... —En ese momento sus ojos titilaron—. ¿Y Rudy Black? —dijo esperanzado.

—Tiene demasiado que perder —intervino Patterson—. Un Cadillac y una prostituta. No se arriesgaría a perderlos.

—Venga, Tubbs —lo azuzó MacMahon—. Tú tienes cabeza. Sabes usarla. Tú sobre todo recuerda que un día de estos saldrás de Lexington. Si colaboras, puede que recibas alguna contraprestación, o un montón de contraprestaciones.

—¡Hay un millón de yonquis en el mundo, colega! —protestó Sonny—. ¿Cómo crees que voy a saber cuál de todos le deslizó el matarratas al Soplón?

—Danos nombres —dijo Davis—. No queremos más que eso. Danos a alguien para que lo busquemos, alguien a quien poner en el punto de mira.

—No lo sé. Si Coca Prado estuviera aún operativo, te diría que fue él. Coca odiaba a los chivatos.

—Coca está muerto —dijo Patterson. Sin embargo, Davis tomó nota mental de ir a hablar con los dos críos que habían pillado con Prado—. Siempre estará Georgie Barris. Nuestra gente no encuentra rastro de él por ninguna parte desde que salió con la fianza.

—A ese tipo ni siquiera tuvimos tiempo de hincarle el diente —se lamentó Davis—. Ahora mismo es probable que esté a mil kilómetros de distancia. No se habría molestado en ir a darle a Andy un chute caliente. De todas formas, Andy no le habría dejado acercarse tanto.

—¿Qué me dices de tu surtidor? —preguntó MacMahon a Sonny—. ¿Del Hombre? ¿No tiene motivos para quererse quitar de en medio a Andy?

—No se rebajaría tanto —dijo Davis—. Él en persona no haría nada así, eso seguro.

—Puede que otro yonqui le tuviera una guardada a ese Hodden —dijo MacMahon.

—Andy burreó a Freddy Arrujo no hace mucho —dijo Sonny.

—Un burreo siempre es razón suficiente —dijo Patterson.

—Mance —dijo MacMahon—, ese chivatazo del que me habló al teléfono la semana pasada... ¿Tiene ya algún hilo del que tirar?

—Solo tengo un presentimiento —le dijo Davis—. Y no me gusta. —Se levantó despacio—. Aunque le diré una cosa: las calles están limpias. De la Ciento diez hasta la Cincuenta y cinco, no se ve un solo camello por ninguna parte.

Patterson se removi6 en la silla.

—Me he dado una vuelta por la Escena. La atm6sfera de droga todavía se hace sentir bastante.

—¿Puedo ir a ver a mi madre? —dijo Sonny—. ¿Qué pasará cuando haya cumplido la castaña de tres años? —le pregunt6 a MacMahon.

—Te daremos lo que te debamos —prometi6 MacMahon.

—Nos has ayudado mucho, Sonny —le dijo educadamente Patterson—. Espero que te las arregles en Lexington.

—Y el día que salgas no corras a ponerte un pico —dijo ir6nico Davis, dirigiéndose hacia la puerta—. A ver si te van a dar un chute caliente a ti.

El cuchillo de la heroína había rajado profundamente las caras de Tippy y Frankie. Pese a su mirada apática, estaban recuperando cierto brillo de conciencia física. Se habían librado del vicio, y el mundo que los rodeaba se estaba convirtiendo en una realidad inh6spita y brutal.

—¿Qué castaña os quieren envainar, chicos? —pregunt6 Davis despu6s de sentarse en la sala de interrogatorios.

Frankie observ6 a los detectives con algo de hostilidad.

—Nos acusan de posesi6n, pero todavía no hemos ido a juicio.

—He pedido al fiscal que retrase vuestros casos —dijo Davis.

—¿Ah sÍ? —dijo Tippy.

—Sí. —Davis lo mir6—. Si actuáis como os conviene, muchachos, tal vez ni siquiera tengáis que comparecer ante el juez.

Frankie sospechaba.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Contadme todo lo que sabéis de Coca Prado.

Los chicos se miraron.

—¿Por qué lo sacasteis del Hospital Municipal?

Ambos apretaron los labios.

Davis se volvi6 hacia Patterson.

—¿Tienes la libretita a mano? —Patterson la sac6 del bolsillo interior. Davis levant6 la vista al techo, pensativo—. Escribe: *se niegan a colaborar, recomendamos sentencias de entre dos y cinco años...*

—¿A qui6n os creéis que le vais a tomar el pelo? —dijo desdeñoso Frankie—. ¿Desde cuándo recomienda sentencias un estupa?

—Desde que he trincado a dos o tres docenas de rufianes como tú —dijo Davis—. En el reformatorio conoceréis a un tipo llamado Benny Gibson.

Preguntadle quién sugirió que le cayera un muerto de entre cinco y diez años.

Los chicos volvieron a mirarse, atemorizados esta vez.

Después de un largo silencio para guardar las apariencias, Tippy habló.

—Coca nos dijo que nos pondría a buenas con el Hombre si lo sacábamos del hospital...

—Dijo que nos llevaría derechos ante el Hombre después de ponerse un pico o dos —añadió Frankie, algo arrepentido—. Dijo que el Hombre no tendría más remedio que quedarse con nosotros después de lo que nos había contado.

Davis se enderezó en la silla.

—Así que os contó cosas, ¿eh?

—Puede que fuera mentira. —Tippy se encogió de hombros—. Estaba ido la mayoría del tiempo... Probablemente lo dijo por decir.

—Puede que sí, puede que no —dijo Davis—. ¿Qué es lo que os contó?

—Algo de una línea caliente —respondió Frankie—. Coca le hacía de correo al Hombre, contó incluso que él se encargaba del surtido gordo que tiene el Hombre en la frontera.

Davis se volvió a indicarle a Patterson que escribiera, pero el lápiz ya correteaba sobre la libreta.

—¿Cómo se manejan? —dijo Davis—. ¿Te lo contó?

De pronto Frankie se dio cuenta de que estaba colaborando con la policía, y bajó la cabeza avergonzado.

—Coca... dijo que era surtidor y correo a la vez cuando el Hombre empezó.

—¿Qué pasó?

—La banda tomó las riendas de la operación, según dijo. Luego él pasó a ser solamente el correo, hasta que el Hombre y él dejaron de entenderse por cuestión de lana.

Davis meneó el bigote colorado con expectación, de una forma cómica.

—¡Así que era eso! ¿Quién pasó a ocuparse del surtidor después de que despacharan a Coca?

—¿En la frontera, quiere decir?

—¿Te contó eso también? —dijo Davis sin llegar a creerse que fuera posible—. Me refiero a la línea caliente, ¿quién ocupó su lugar?

—Eso no lo sé, pero nos dijo que poco después de que él empezara a encargarse de la línea caliente apareció un crío por ahí. Coca contó que era joven, y que su familia tenía un montón de lana. Dijo que el crío hacía

muchos viajes a México, los de aduanas lo conocían en persona. Por eso entraba y salía a sus anchas.

—¿Os dijo el nombre del crío?

Frankie miró a Tippy para verificarlo.

—Balsom, ¿no?

—¿Balsom? —dijo Davis.

—O Halston —corrigió Tippy—. Sí, creo que era eso.

—¿Halsted? —dijo Davis—. ¿Se llamaba Halsted?

—Eso es —dijo Frankie—. Ahora me acuerdo.

Una amplia sonrisa desbarató la expresión severa de Davis, y a Patterson le sorprendió caer en cuenta de que era la primera vez que veía sonreír al sargento.

—¿Recuerdas lo que te dije de Halsted y ese yonqui de Barris? —dijo Davis contento, lanzándole un manotazo a Patterson en el hombro.

La cara de Patterson se iluminó.

—Puede que esa sea la relación, pero con estatus sociales tan diferentes...

—Todavía no he resuelto eso —dijo Davis—, ¡pero voy a averiguar qué demonios está pasando! —Se volvió hacia los chicos—. ¿Qué más os contó Coca?

—Eso es todo —dijo Frankie—. Dijo que con esta información podíamos plantarnos ante el Hombre y agarrarlo de los huevos.

—¡Ya podéis estar contentos de no haberlo hecho, muchachos! —les dijo Davis—. ¡Estaríais los dos tiosos en la morgue como otro niño que conozco!

Tippy hizo una señal con la mano, casi como un estudiante que tratara de atraer la atención del profesor.

—Usted... Usted ha dicho que tal vez no tendríamos que ir a juicio.

—Así es —dijo Davis—, pero después de escuchar lo que teníais que contar, vamos a tener que reteneros aquí un poco más.

—¡Traidor asqueroso! —gritó Frankie.

Davis lo miró fijamente.

—Yo no traiciono a nadie, muchacho. Puede que no lo sepas, pero ahora mismo estás más seguro dentro de la cárcel que fuera. Así que cierra la boca y haz lo que te dicen, y saldrás de aquí antes de lo que imaginas.

Frankie, a quien la brusquedad de Davis había calmado un poco, se quedó de pie ante ellos mientras empezaban a irse.

—Mire —dijo dubitativo—, mi viejo... bueno, le agradecería que llamara a mi viejo. —La heroína le daba un aspecto sombrío y suplicante a su mirada—. Le avisaré, ¿verdad? —Se esforzaba en encontrar las palabras adecuadas

—. Bueno, ¿podría preguntarle si me perdona?, ¿podría preguntarle si puedo volver a casa?

Davis lo meditó, frunciendo los ojos.

—Eres Wysocki, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Qué pasa si tu padre responde que no a ambas cosas?

Frankie miró al suelo y un estremecimiento fugaz le atravesó la espalda.

—No sé —dijo—. Supongo que no lo sabré hasta que responda.

El frío tomaba sin piedad la ciudad. La nieve sucia se había helado hasta formar por las calles picos irregulares, punzantes, que pinchaban las llantas al pasar. La noche era negra.

En la casa de la Noventa, Constance Purtell acabó de hacer su equipaje y llevó las maletas al salón. Ace estaba sentado a la mesa, decaído, con una sonrisa enfermiza en la cara, y la miraba.

—¿Entonces te vas? —dijo.

—Sí. —Fue al armario del pasillo a coger su abrigo. Cuando volvió, Ace no se había movido.

—Cambiarás corriendo de idea, cariño.

—No creo.

—¿Necesitas dinero?

—No.

Tenía una sensación muy extraña. Nunca había pensado que dejar a Ace fuera así, tan sencillo y relajado. Siempre había imaginado una escena de Ace y ella muy distinta, con un cariz violento que la atemorizaba.

Se acercó a la mesa; llegó a tocarlo.

—Tú... ¿Tú entiendes por qué tengo que parar, Tommy? ¿Lo entiendes?

La sonrisa comenzaba a borrarle de su gran boca.

—Sí.

—Quiero que te des cuenta de lo que siento...

—¿Necesitas un pico? —dijo, esperando oír que sí.

Ella negó con la cabeza.

—Me he puesto uno esta tarde. Cuando llegue al Hospital Municipal quiero empezar enseguida a descolgarme.

—Pues ya te puedes ir —dijo secamente.

—Tengo muchas cosas que decirte...

—Vete de una puñetera vez —dijo con serenidad y dolor en lo más profundo de los ojos.

Se alejó y cogió las maletas.

—Espera —gritó él—. Suéltalo. ¿Qué es lo que tienes que decirme?

Ella volvió a la mesa. Por unos instantes se quedó plantada mirándolo.

—Sé que has sido muy bueno conmigo, Tommy. Quiero que sepas que te lo agradezco. Si pudiera demostrártelo de alguna manera...

—Lo estás demostrando —dijo.

Ella continuó como si no hubiera oído sus palabras.

—Pero... tu manera de tratarme... era natural solo para ti. Esperabas algo más y solo conseguiste mi cuerpo.

Él dejó de sonreír.

—¡Oye, puta, eso es todo lo que yo quería de ti!

—No era solo eso lo que querías de mí —dijo—. La otra parte, que no podía darte; lo que pagabas por mi cuerpo no me permitía dártela. Igual si las cosas hubieran sido distintas, si hubiéramos podido conocernos sin la mierda de por medio...

Él apartó la mirada de ella, la voz tensa, la cara menuda y fea escudada tras una mano.

—¡No me vengas con esa mierda! En la calle nunca me habrías mirado.

—Tommy, el físico no es todo lo que una mujer tiene en cuenta de un hombre. Tú tienes cosas que muchos hombres guapos jamás tendrán.

Levantó la vista hacia ella.

—¡Tú nunca piensas en mí! Te vas justo cuando más te necesito. El Pánico durará un tiempo. ¿Qué voy a hacer mientras tanto? Me voy a quedar aquí solo.

—Me voy a curarme de la adicción —le dijo—. Y luego volveré a vivir con mi madre.

—¿Y qué pasa conmigo?

—El Pánico terminará pronto. Te las apañarás, Tommy.

—Connie, cariño...

—No intentes que me quede, Tommy. No lo voy a permitir.

—¿Qué va a pensar la gente? —gritó.

—Me da igual lo que la Escena piense.

Los ojos se le empañaron de lágrimas.

—¿Y qué hay de... de las otras cosas?

—¿Mi cuerpo? No te vas a perder nada. Con mierda en los bolsillos puedes acostarte con casi cualquier mujer de la Escena... Con tres o cuatro a la vez, incluso. Igual ellas podrán darte lo que yo no puedo.

Él se puso a llorar, y a ella le dio miedo.

—Cariño, ve al hospital, descuélgate y vuelve... ¡por favor!

—Tommy...

Él estrechó las manos como si rezara.

—¡Te quiero, juro por Dios que te quiero! Si quieres que deje la mierda por completo, lo haré. Haré lo que sea. ¡Mañana temprano me voy para la fábrica de cajas y consigo un tajo! Pero por favor, Connie, no me dejes. — Alargó los brazos hacia ella—. Haría cualquier cosa por ti.

—No estoy enamorada de ti —dijo. Sintió que su corazón se encogía y se hacía una bolita, sintió que sus labios cortaban las palabras hasta hacerlas jirones—. Ni siquiera me gustas, Tommy.

—Me da igual —balbuceó—. ¡Me da igual!

Ella reprimió un escalofrío.

—No soportaría vivir contigo sin mierda. ¿No lo entiendes? ¿No te das cuenta? Tendría que empezar a ponerme otra vez para poder aguantarte.

—¡Cariño, haría cualquier cosa!

—¡No lo aguanto, Tommy! —dijo, casi gritando—. La heroína me tiene tan mal que no... no puedo pensar. —Se sentía desfallecer—. Lo único que puedes hacer por mí es dejarme en paz. ¡Te odio! —Liberó su mano de la de él. Ahora ya no quedaba ningún sentimiento. Fue de nuevo a coger sus cosas.

—¡Haría cualquier cosa, Connie, cualquier cosa!

Ella comenzó a andar hacia la puerta. Oyó que se le acercaba por detrás, sus sollozos descontrolados resonaban por toda la casa.

—¡Connie! Tengo trescientos tapones. Son todos tuyos, cariño. ¡Por favor no me dejes tirado, cariño! ¡Te daré lo que quieras, cualquier cosa del mundo! —La rodeó y se le puso delante, mirándola desde abajo con los ojos muy abiertos, suplicándole, la cara de gnomo bañada en lágrimas. Le ofreció un puñado de cápsulas blancas, como un sacrificio—. ¡Todos estos, cariño! Todos para ti. Todo lo que tengo, Connie. Connie, moriría por ti. Tú dímelo y yo me mato.

—¡Déjame en paz! —gritó, apartando la mano que sostenía las cápsulas—. No te pido nada más que eso. Déjame irme antes de que me vuelva loca.

Se abrió paso y salió al frío de la noche. Notaba detrás la presencia de él en la puerta, la luz del interior de la casa proyectaba su sombra retorcida sobre la acera.

Para él, la magnitud de que ella se fuera era tan enorme como la muerte. Cuando se echó a andar por la acera, él le arrojó unas cuantas cápsulas a la espalda cada vez más lejana.

—¡Vete, zorra! —gritó—. ¡No te quiero ni ver! ¡No vuelvas, zorra yonqui!

La vio desvanecerse en la oscuridad, luego bajó al porche, reparando repentinamente en lo que había hecho. La mayoría de cápsulas se habían perdido, pero buscando a cuatro patas consiguió recuperar algunas.

Se puso de pie y echó a correr detrás de la silueta de la chica, aullando a la noche.

—¡Connie, Connie, vuelve! ¡Perdóname, cariño! ¡Vuelve conmigo, por favor, Connie!

Llegó a la esquina de la Noventa con Maple, pero no la veía por ningún lado. Un taxi se alejó por la larga calle con un parpadeo de luces, como haciendo señales.

Se detuvo, bajó la cabeza, lágrimas le rodaban por las mejillas, cápsulas de heroína se colaban entre los dedos que las aprisionaban y caían al suelo. Ante aquella extraña visión los transeúntes apretaban el paso, cambiaban de acera.

Una mano grande lo agarró de un brazo, luego otra mano del otro brazo, y al levantar la cabeza vio la cara de Davis, y luego la de Patterson.

Davis se rio.

—Estás metido en un lío, Ace, viejo amigo. ¡Un lío del demonio! —Lo llevó al coche, aparcado en la cuneta, mientras Patterson recuperaba las cápsulas que se le habían caído al suelo—. Entra y hablemos un poco, Ace. ¡Tu papi Davis te va a arrimar el hombro para que llores tranquilo!

Era casi medianoche. Una pareja acababa de irse y Ella estaba limpiando la habitación cuando sonó el teléfono. Al llegar a la recepción Lou ya había respondido.

—¿Diga? Sí, soy Lou... ¿Ella? ¿Quién pregunta?

Ella se le acercó.

—¿Quién es?

Lou torció la boca para indicarle que no le interrumpiera.

—Sí. Bien, ¿ahora qué se supone que va a pasar?

Ella acercó la oreja al auricular, se retiró.

—¿Sylvia? —preguntó Ella, enfadada.

Lou asintió deprisa y dijo al teléfono:

—Escucha, esto no me gusta. Ya le he dicho a Ella que no me gusta. No cuentes más con nosotros.

Ella alargó la mano para que le diera el teléfono.

—Trae —dijo con sequedad. Lou le apartó la mano. Se llevó el auricular al pecho y se volvió hacia ella, adelantando la mandíbula.

—No te la cameles ni nos metas en más porquerías. ¡He tomado la decisión y no voy a cambiar de opinión!

Le dio el teléfono a Ella y se fue.

Ella se llevó corriendo el auricular a la oreja.

—¿Sí?

—Oye, muñeca, soy Syl. Quiero medio kilo de los tuyos, lo quiero ya.

—¿Algo grande?

—Un tío de la ciudad ha decidido que el Pánico es un buen momento para mover ficha. Quiere establecerse por la Calle Cien, un poco más allá de la Escena.

—Está loco —dijo Ella—. Desde que le dieron pasaporte al chivato hay maderos por todas parte. Es demasiado peligroso.

—A mí me importa un carajo lo peligroso que sea para él. Lleva unos días grameando y cree que lo sabe todo. No le vamos a discutir porque tiene lana para comprar a kilos. Cuando haya despachado esto, piensa comprarnos la reserva, todo lo que tenemos.

—Está loco —volvió a decir Ella, y luego reparó en las últimas palabras de Sylvia—. ¿Piensa comprarlo todo?

—Así es. Vamos a bajar la persiana.

—Pues... No pensaba que sería tan pronto.

—No me digas que no te lo habías oído. Todo se está viniendo abajo. Popeye se ha largado con más de veinte onzas, Hodden está muerto. Beeker ha llamado y nos ha dicho que han trincado a Ace.

—¿Ace?

—¡Las cosas se han puesto muy feas! Todos los periódicos lo están voceando.

—Pero... Pensaba que íbamos a esperar un poco.

Sylvia estaba sorprendida.

—No me digas que necesitas dinero. ¡Pero si ahora mismo debes ser millonaria!

Ella frunció los labios.

—Syl, déjame comprar el cargamento a mí. Estoy impaciente por empezar a pulir.

—Yo no te puedo vender nada.

—Entonces déjame hablar con Floyd.

—No está, y si estuviera no te vendería a ti. Ahora mismo, vendiéndola al detalle, tu caleta vale más de noventa mil. Ese sería el precio.

Ella lo pensó un momento.

—Podría...

—No, no podrías nada. Quítatelo de la cabeza. El Hombre nunca se equivoca. Tú sigue con lo tuyo y haz lo que te digo. No te va a pasar nada.

—Pero... Pero quiero hablar con Floyd.

—Cuando vuelva le digo que te llame —dijo Sylvia—. Oye, ¿cuándo me va a traer el medio kilo tu pariente?

—Dice que se planta. No consigo que el viejo cabrón haga nada.

—¿Dónde está Rudy?

—En la cama, con Nina.

—Que me lo traiga él.

—Te dije que no quiero que sepa nada de mí...

—Pues no hay otro, y necesito la mierda ahora mismo.

—¿Es de fiar?

—Más que nadie. Vaya si lo es. —Por el tono Sylvia parecía convencida.

—De acuerdo.

—Dile que nos vemos en la Ciento cincuenta con Maple a las dos y media.

—Cosa tuya, Syl.

—Yo me ocupo de todo. Tú mándamelo con el paquete.

—Dile a Floyd que me llame.

—Adiós —dijo Sylvia.

Ella colgó. Se quedó ahí parada un buen rato, media sonrisa en los labios, la ira ardiendo en su interior. Luego se crujió ruidosamente los dedos de ambas manos y fue al pasillo. Lou estaba en el umbral de la puerta de su habitación, la miraba con reserva. Fue a la B-23 y llamó hasta que Nina abrió. Llevaba puestos solo unos pantis cortos y sus pechos descansaban en la manzana de su vientre terso. Todas las persianas estaban bajadas y la habitación estaba a oscuras.

—¿Qué pasa? —preguntó Nina amodorrada.

—¿Está tu pariente?

—Sí.

—Dile que salga.

—Está durmiendo.

—Ve a despertarlo.

—Se va a cabrear —la advirtió Nina.

—Es importante.

Nina se fue. Pronto apareció Rudy, la cara oculta en la oscuridad de la habitación.

—¿Qué pasa?

—Ha llamado una tal Sylvia y ha dicho que te van a traer un paquete sobre las dos. Dice que lo llesves a la Ciento cincuenta con Maple a las dos y media.

Rudy gruñó y le cerró la puerta en las narices.

Ella dio media vuelta y volvió a su habitación. Lou esperaba todavía en el umbral de la puerta.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. —Intentó entrar en la habitación pero él se le interpuso.

—Te lo dije. —Tenía la voz ronca—. Te dije que ya no podía más. Eres mi mujer, Ella. Mejor será que hagas lo que te digo.

Ella le puso una mano en la garganta, y Lou trató de arrancársela pero ella era más fuerte que él.

—Tú vas a hacer lo que yo diga —le susurró—. Viejo cabrón, tontaina, me casé contigo por un plato de comida. ¡Te hice un favor!

—¡Suéltame! —Se ahogaba, pero ella seguía agarrándolo fuerte.

—Quiero cosas grandes —dijo—, y no pienso dejar que te me pongas en medio. ¡Soy demasiado buena para ti!

—Tú... ¡Tú no eres más que una puta! —exclamó jadeando.

—¡Y tú no eres más que un viejo estúpido! ¡Tenemos treinta y cinco mil dólares, imbécil! Si no fuera por mí, ¿cómo habrías conseguido treinta y cinco mil dólares? ¡Nunca lo habrías conseguido!

—Puede que no tenga educación como tú —dijo, luchando contra la presión de sus manos—, pero sé distinguir entre lo que está bien y lo que está mal, ¡y no me digas que no lo sé!

—¿Sabes distinguir entre estar hambriento y estar lleno? —dijo ella—. ¿Sabes distinguir entre estar sentado en una casona de lujo y estar sentado en la calle? ¡Yo eso lo sé distinguir! Tuve que ser puta para aprender qué es lo bueno, y no voy a dejar que me lo estropees.

Los brazos de él arremetieron contra la fuerza de ella y consiguió zafarse.

—Oye lo que te digo, Ella —dijo sin resuello—, ¡aquí va a pasar algo! No pienso permitir que me echas a perder el hotel, no voy a dejar que me quites todo lo que he conseguido con mi trabajo.

—Y si tú Rieras a quitarme todo lo que he conseguido con mi trabajo —dijo, apretando los labios—, ¡yo te mato!

Él se apartó de ella bruscamente y se echó a andar hacia la recepción.

Ella se apretaba y se soltaba las manos llena de ira. Primero Sylvia diciéndole que el Hombre no le iba a vender la caleta, ¡y ahora ese viejo loco!

Fue a su habitación. Cerró la puerta al entrar y se asomó a la ventana a contemplar la calle de abajo. El rótulo de neón, HOTEL LOU'S, parpadeaba eternamente junto a su ventana. Debajo la Escena estaba muerta, y no veía una puta por ninguna parte. Pensando en Nina concluyó que el Pánico las había puesto bajo techo.

Echó un vistazo al armario, en cuyo techo escondía tres kilos de droga por valor de más de noventa mil dólares. En una buena racha esa cantidad se podía vender en dos semanas.

No entendía por qué no querían venderle la caleta. Que a ellos les diera miedo esperar hasta que acabara el Pánico no significaba que a ella tuviera que darle miedo también.

Se recostó en el alféizar de la ventana, sonriendo para sí. Y si... ¿Y si se lo quedaba y no ponía ni un centavo? Podía, si quería. Cuando las cosas se pusieran muy calientes, el Hombre no perdería el tiempo buscándole las cosquillas.

Entonces podría montar su propia banda, podría formar un ejército de camellos con los yonquis que vivían en el hotel. El único obstáculo sería Lou.

Posó la mirada en la ausencia de vida de la Escena, y como quien no quiere la cosa comenzó a pensar en Lou...

Marsha Lee los sintió venir demasiado tarde. Trató de atravesar la amplia puerta de cristal, pero se interpusieron en su camino, el hombre y la mujer. El hombre era grande, negro, con un traje ceñido y oscuro. La mujer era blanca, y al principio Marsha Lee pensó que era una adolescente: delgada como un muchacho, con calcetines blancos de colegiala y zapatos Buck marrones y blancos. Llevaba un pañuelo rojo claro atado a la cabeza, con campanillas blancas que producían un tintineo musical. Pero cuando la mujer se le acercó, Marsha Lee vio las finas arrugas finas de la cara, y el pelo que sobresalía debajo del pañuelo se veía encanecido.

Rozó el brazo de Marsha Lee y dijo:

—Vamos arriba, ¿de acuerdo, cielo? No armes escándalo y todo te irá de maravilla.

El hombre se acercó y cogió a Marsha Lee del otro brazo. Le dedicó una sonrisa radiante.

—¿Cómo estás hoy, corazón? Parece que te pesa el abrigo.

La llevaron al ascensor de servicio. Los compradores dispersos por los mostradores no se dieron cuenta de nada.

Subieron en ascensor al entresuelo. Marsha Lee apretaba mucho la mandíbula.

Cuando entraron en un despacho cercano a las escaleras, Marsha Lee se detuvo de repente y se volvió hacia la mujer.

—Señora, soy de Memphis, un hombre de aquí me hizo una faena y tengo un bebé y si robo es solo por mi bebé. Por favor, señora, lo va a recuperar todo. ¿Por qué no me deja ir con la condición de que no vuelva a su tienda nunca más?

Las arrugas se hicieron más profundas en el rostro de la señora cuando miró a Marsha Lee.

—¿No tienes ningún cuento mejor, hermana?

—Por favor, señora...

—Limítate a mantener la boca cerrada hasta que yo te diga que la abras, y todo irá de maravilla.

El hombre abrió la puerta.

—Entra.

El cuarto era muy pequeño, sin ventanas, y Marsha Lee tenía que apoyar la espalda en la pared opuesta a la puerta. El mobiliario se reducía a un escritorio, un teléfono y tres sillas con cojines gruesos.

El hombre y la mujer hablaron con susurros, y luego el hombre hizo una llamada rápida y dijo «Es ella» a alguien, sonriendo mientras la mujer desnudaba con malos modos a Marsha Lee. La mujer puso encima del escritorio una estola de armiño, dos vestidos de noche con lentejuelas y tres caras combinaciones de seda azul. Sosteniéndolos en alto, le enseñó al hombre los ganchos que había usado Marsha Lee para sujetar las prendas.

—¡Toda una profesional, Jonesey! —dijo la mujer. Luego pidió a Marsha Lee que se vistiera.

El hombre colgó el teléfono y se acercó a Marsha Lee.

—Te he visto una cosa. Déjame verte el brazo, el izquierdo.

Marsha Lee reculó, pero el hombre le agarró el brazo y tiró de él para verle los callos. Se rio.

—¿Es este el bebé que te hizo el sinvergüenza ese, guapa?

—Pos claro —dijo riéndose la mujer—. Lo parió en Tennessee, tenía los deos como patas de rana, y era igual de saltarín. —Hablaba como si tuviera la boca llena de galletas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el hombre.

—Tillie Bell Curry —dijo Marsha Lee—. Y no soy de Tennessee, soy de Macon, Georgia, y no sé a qué se refiere con profesional, a no ser que quiera decir vigilante profesional. Y esos ganchos son de verdad inofensivos. Se los saqué a una que vigilaba unos grandes almacenes de California y que los usaba para quitarse las hormigas de los minishorts. Usted podría probarlos —le dijo a la mujer.

La mujer se puso colorada.

—Has empezado muy mal, cielo. Sigue soltando esa lengua tuya y te vas a ver en un lío de narices.

—Sí, señora.

El hombretón la empujó a una silla.

—¡No me pongas las puñeteras manos encima! —gritó Marsha Lee.

—Vaya, vaya —dijo. Se fue a llamar otra vez, pero comunicaba.

—Déjenme hablar con mi abogado —dijo Marsha Lee.

—Todo va a ir de maravilla —dijo la mujer—. Tú límitate a mantener el pico cerrado, cielo, y trata de no meter la pata.

—¿Dónde están las otras chicas? —preguntó el hombre.

—¿Qué chicas?

—Sabes de quién hablo, señorita. Las chicas que han estado robando en esa tienda y en otras contigo.

Marsha Lee adoptó una actitud ausente.

—No sé de qué otras chicas me habla. Déjeme hacer una llamada para hablar con mi abogado.

La mujer se puso detrás del escritorio a hurgar en el bolso de Marsha Lee. Encontró el documento de identidad en una billetera, y alzó la vista.

—Así que eres Christine Smith, ¿eh, cielo? ¿Calle Ciento treinta y siete Oeste, Nueva York?

El hombretón llevó una silla junto a la puerta y se sentó.

—Es un cuento; me juego lo que quieras a que es una cuentista. Seguro que conoce a alguien de allí que está al tanto de lo que hace y pone la fianza si la agarran como la hemos agarrado hoy. ¿No es así, dulzura?

Al pensar en Mickey, a Marsha Lee le dio un vuelco el corazón.

—Es donde vivo, de verdad, señor. Estamos solas mi madre y yo. Ella es pobre y la verdad es que no puede hacer nada por mí. Por favor, ¿no me dejan llamarla? La voy a llamar para que venga a recogerme.

—Hace un minuto querías llamar a tu abogado —dijo el hombre. Sonrió de oreja a oreja—. Pero ni tu mami, ni tu abogado, ni nadie te puede librar de esto, cariño. Vas de cabeza a la cárcel.

—A menos que hables —añadió la mujer—. A menos que te pongas ya mismo a colaborar con nosotros. Soy la señora Neill, del departamento de robos de aquí, y este es el señor Jones, de la policía antifraude. Llevamos vigilándote más de una semana, cielo, y tenemos fotografías de sobra para freírte el trasero. Accede a colaborar con nosotros y todo irá de maravilla. Te lo prometo.

Jones se encogió de hombros.

—Tengo todo lo que necesito. He visto todo lo que quería ver. Me faltan las otras dos. Estas llevan un mes robando por la zona. Solo te pido que denuncies a esta ratera. Si se pone terca, perfecto. Así es mucho mejor.

—Estoy segura de que no se va a poner terca —dijo la señora Neill—. Quieres llevarte bien con nosotros, ¿verdad, Christine?

—Dejadme llamar a mi madre —dijo Marsha Lee, a quien de repente invadía un terror profundo. No era la primera vez que la trincaban, pero era la

primera vez que la agarraban sin que nadie lo supiera, sin que nadie pudiera ayudarla de inmediato.

Y ahora caía en cuenta de que no podía llamar a Mickey, aunque se lo permitieran. ¿Cómo le iba a explicar que la habían trincado solo a ella? Seguramente estaba enfadado porque llevaba más de un mes sin mandarle un centavo. ¿Qué le podía contar?

Y si le decía «Cariño, sabes que te quiero, eres lo que más quiero. Te mandé el dinero... ¿No lo has recibido? Han sido los de correos, Mickey, te lo juro, te mandé el dinero...».

No, no se lo creería. Y luego estaban Alice y Leslie. Pero no podía llamarlas, porque no sabían que iba a picar sola. Seguramente le darían esquinazo y se irían de la ciudad, pensó con desesperación. Me van a dejar tirada, sin dinero ni para un billete de autocar a Nueva York.

Cariño, sabes que te quiero...

Pero era pura palabrería. Al decidir que pondría la necesidad de droga por encima de la unidad del grupo que le hacía falta para sobrevivir había prescindido de todo lo demás. A Mickey ni siquiera le había enviado una postal. Solo trabajaba con Leslie y Alice cuando estaba absolutamente segura de que si se negaba a hacerlo sospecharían de ella.

Ahora el peligro que comportaba su decisión de trabajar sola, para quedarse con todo el dinero y toda la droga, le resultaba evidente y aterrador.

—Bien —dijo Jones. Parecía que para él todo hubiera terminado.

La señora Neill intentó sonreír afectuosamente a Marsha Lee.

—Vas a comportarte como una mujer adulta, ¿verdad, cielo? Sabemos que eres una profesional. Hace tiempo que a ti y a tus amigas os tenemos en el punto de mira.

—No va a ayudarnos en absoluto —afirmó con seguridad Jones—. Es una yonqui... ¿Le has visto los callos en los brazos? No va a darnos más que problemas.

—No lo creo —dijo la señora Neill—. Creo que se lo está pensando un poquito. ¿No, Christine?

Jones se levantó y señaló el montón de ropa robada.

—Tiene a alguien que le compra lo que roba. Me gustaría saber quién es. Pero si no colabora, tenemos todo lo que necesitamos para dejar el caso bien atado.

—¿Qué dices, Christine? Nos vas a ayudar, ¿verdad, cielo? Sería lo mejor para todos, lo mires como lo mires.

Marsha Lee contuvo la respiración, observándolos.

—Déjenme hablar primero con mi abogado, por favor...

Jones se puso la ropa robada bajo el brazo.

—Vámonos, dulzura —le dijo a Marsha Lee.

—Espera un segundo, Jonesey —dijo la señora Neill—. Igual quiere decirnos algo más.

Jones apartó la mirada, desentendiéndose.

—Ya ha tenido su oportunidad. De todas maneras he llamado a la oficina y están todos decididos a llevarla a juicio. Todo el mundo quiere a esta chica, se mueren por ella. Con esto de aquí, las fotos, y un par de testimonios de alguna de las otras tiendas, la tenemos en el bolsillo.

—Bueno, deja que lo piense un rato —dijo la señora Neill—. Ella sabe que esta tienda no será la única en denunciarla. Sabe que le pueden caer un montón de años en el correccional. —Se volvió hacia Marsha Lee y sonrió—. ¿Qué piensas, cielo?

Marsha Lee sintió que se le estrechaba la garganta y comenzó a sudarle el labio superior.

—Por favor...

—¿Por favor? —dijo Jones—. ¿Otra vez por favor? Place solo un momento eras más dura que la pinga de un colegial en un puticlub de cincuenta centavos.

—¡Jonesey! —La señora Neill se puso colorada—. Lo que pasa es que Christine, o como se llame, se lo ha estado pensando. Tiene exactamente cuatro dólares y cinco centavos en el monedero, y es drogadicta. Eso no sirve de mucho cuando te enfrentas a una pena de cárcel, ¿verdad? Y su pobre y anciana madre no sabrá qué ha sido de su niña y probablemente se morirá de preocupación. ¿No es así, cielo?

Marsha Lee se sintió como si fuera a vomitar de un momento a otro.

—Déjenme llamar por teléfono... Solo una vez.

Jones se echó a andar hacia la puerta.

—Ya ves que no da su brazo a torcer —dijo disgustado.

—No creo —dijo la señora Neill, con gesto adusto—. Creo de veras que puedo ayudar a esta chica. Hay que ayudar a los demás cuando se puede, y yo puedo ayudar a Christine renunciando a denunciarla, siempre que ella esté dispuesta a colaborar conmigo.

Jones se dio la vuelta y arrojó la ropa encima del escritorio.

—De acuerdo, ya verás. Pregúntale, a ver si me equivoco. ¡Pregúntale!

La señora Neill preguntó con amabilidad:

—Tú no quieres ir a la cárcel, ¿verdad, cielo?

—No...

—Entonces dínos dónde están las otras chicas y quién es tu perista.

Marsha Lee se refrenó, sintiéndose atrapada. El nombre de Mickey le reconcomía la cabeza, y no dejaba de pensar en un ratoncito orejudo en pantalones cortos que le dedicaba una sonrisa extraña en tecnicolor. Los ojos comenzaron a aguársele.

La señora Neill adelantó el cuerpo como para contarle una confidencia.

—No tienen por qué saber que nos lo has dicho tú, Christine; les diremos que les hemos seguido el rastro.

—¿Qué te pasa? —dijo Jones—. ¿Te mareas? Tú dínos lo que queremos saber y te soltamos.

—He...

—Sí, cielo, te escucho.

—Piensa en lo que sería pasarse cuatro años en el correccional —dijo Jones—. Ellas libres y tú cumpliendo condena.

—Venga, cielo, tú sé buena, y te dejamos volver a tu casa.

Marsha Lee sintió que algo se rompía en su interior. Subió la voz.

—¿Puedo llamar antes? Por favor, déjenme llamar...

—Luego te dejamos llamar. —La señora Neill esbozó media sonrisa—. Si respondes a nuestras preguntas ni siquiera vas a necesitar llamar.

Esperaron.

Marsha Lee se llevó una mano a la nariz y se secó el fluido que le salía de la narina izquierda.

—Muy bien —dijo Jones—. ¿Dónde están las otras chicas?

Mintió por instinto, para ganar tiempo.

—En el trescientos veinticinco de la Ochenta y uno, un edificio de apartamentos.

—¿Quién es tu perista? ¿Dónde vive?

Marsha Lee vaciló. Trató de pensar en algo lo bastante creíble. Y entonces Rudy Black le vino a la cabeza. Recordó lo mucho que lo odiaba, y que no les había devuelto a ellas tres ciertas cosas que eran de ellas.

—Venga, dulzura, ¿quién es? —dijo Jones—. ¿Dónde está?

—Rudy Black —dijo Marsha Lee—. Está en el Hotel Lou's, en Maple. Buscad en su armario y encontraréis un buen pastel.

—¡Buena chica! —exclamó la señora Neill con una sonrisa radiante—. ¡Eres un amor, cielo! Sabía que colaborarías.

Jones fue al teléfono e hizo una llamada rápida. Volvió sonriente.

—Me vuelven a llamar en un ratito —le dijo a la señora Neill—. Esto podría ser una red, incluso de fuera del estado. Tal vez es algo muy grande.

Marsha Lee hizo ademán de levantarse.

—¿Me puedo ir?

—Siéntate —le dijo Jones.

—Ahora no te puedes ir —dijo la señora Neill—. Esto acaba de empezar.

Marsha Lee los miró.

—Decían que me podría ir en cuanto les contara lo que querían saber.

Jones se rio.

—¿Sabes lo que es una puñalada por la espalda, dulzura? Es lo que te hemos hecho. Estás en el mismo atolladero que antes, o incluso en uno peor. ¡O creías que te íbamos a dejar que camparas a tus anchas a ti, con el talento que tienes!

—Hijo de perra —masculló Marsha Lee.

La señora Neill esbozó una sonrisa complaciente.

—Más te vale tener la puñetera boca cerrada.

—¡Hijos de perra asquerosos! —dijo Marsha Lee.

La señora Neill dejó de sonreír.

—Te lo he dicho, mejor será que cierres la boca.

Jones se le acercó.

—Di una palabra más y te cruzo la cara.

Al cabo de un rato sonó el teléfono y Jones fue a responder. Escuchó sin decir nada, y al colgar se acercó a Marsha Lee y le dio el tortazo que le había prometido.

—¡Serás zorra! —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó la señora Neill.

—Han encontrado al tipo llamado Black con algo de ropa robada, pero el sitio en el que dijo que estaban las otras chicas ni siquiera existe. Nos ha mentado.

Marsha Lee se echó a reír y el mareo desdibujó la sala. Supo que todo había terminado, pero ni siquiera le dio importancia. Sentía que había hecho algo bueno y bien, y ahora ya ni siquiera Mickey existía para ella.

Clavó unos ojos vidriosos en Jones.

—¡Yo también sé dar puñaladas por la espalda, cabronazo!

Davis apenas pudo quitarse de en medio cuando el coche que conducía Patterson se metió en el aparcamiento.

—¡Me cago en Dios! ¿Quieres matarme?

Patterson aparcó y se apeó; vio que Davis miraba su reloj mientras se le acercaba.

—¿Treinta puñeteros minutos para conseguir un café? —dijo Davis.

—He estado en la Jefatura —le dijo Patterson.

—¿En la Jefatura? ¿Para qué?

—Bueno, he pedido en la oficina que manden a los de la científica al dormitorio de Andy Hodden a buscar huellas...

—¿Que has pedido qué?

—Mance, hemos dado por sentado que Hodden estaba solo cuando se dio el chute caliente. ¿Y si hubiera estado acompañado?

Davis se quedó mirándolo un rato, luego dijo con cautela:

—Bien. Es una idea. ¿Qué te lo hizo pensar?

—Bueno, recordé que usted dijo que los de la criminal no recogieron huellas. Todo el mundo supuso que Andy había comprado la droga en la calle y se había ido a su casa, pero ¿y si iba con alguien?

Davis sacudió la cabeza.

—Eso es una corazonada con poquísima base para mandar ahí a esa gente.

—Bueno, hay una razón. ¿Recuerda que me dijo que un drogadicto siempre se prepara para estar lo más cómodo posible en el sitio donde va a planear, que le gusta asegurarse de que dispone de todas las comodidades antes de ponerse?

Davis lo miró.

—Correcto.

—La hermana de Hodden me dijo que oía continuamente su tocadiscos, pero cuando se lo encontró muerto el trasto ni siquiera estaba encendido.

—¿Y eso qué prueba?

—Bueno, supongo que nada, pero ¿no le parece extraño? Hodden en su casa, con un par de taponos de lo que él cree que es heroína. Era un apasionado de la música...

Davis se mesó el bigote.

—Puede que tengas algo sólido, señorito diplomado. ¿Cuándo te van a mandar el informe?

—Me han dicho que lo tendrían hoy a última hora. Quiero tenerlo lo antes posible, antes de que alguien se meta en la habitación y eche a perder algo valioso.

Impresionado por la vehemencia de Patterson, Davis lamentó que el muchacho no se hubiera atrevido a contarle sus sospechas antes. Entonces recordó su discusión del día anterior y tuvo que admitir que no podía esperar que el muchacho se lo dijera.

—Bueno —dijo Davis—, ya hemos consumido nuestro minuto de gracia. En marcha. —Echaron a andar hacia el garaje.

Davis fue a uno de los Ford y miró el asiento trasero. Patterson se le puso al lado.

—¿Un lanzagranadas? —dijo.

—Puede que necesitemos la artillería pesada. Esa banda nueva de la Calle Cien se supone que es dura. No vamos a correr ningún riesgo. Es una operación estrictamente secreta. Ahora mismo solo lo sabemos Stuart, tú y yo.

—¿Y el soplo?

—De aquí, de comisaría, pero no te voy a decir lo que pienso. Hoy por la tarde se supone que me llamará Bertha Travis. Creo que me va a dar información nueva.

El teniente Stuart y el detective Garver aparecieron en el garaje.

—Davis —dijo en voz alta Stuart—, le hemos puesto una brigada. Speer y sus chicos van a venir enseguida.

—¿Qué hay del Hombre, jefe? —dijo Davis—. ¿Vamos también a por él?

—Lo he estado pensando —dijo Stuart—. Creo que lo mejor será que se escabulla hasta que llegue esa llamada que está esperando.

—Por mí bien —dijo Davis.

—Recuerden, hay que actuar coordinados. Cójalos a todos, a cualquiera que esté en el edificio. Tendremos furgones abajo. Denles un buen meneo. ¡Necesitamos la información y la vamos a conseguir! No les dejen ni respirar. Nosotros haremos igual, cuenten con ello.

—Descuide —dijo Davis.

Un Buick de cuatro puertas negro, poco llamativo, entró en el garaje y se detuvo junto a ellos. Un hombre voluminoso, con la cara colorada, y otros tres, todos vestidos de paisano, se apearon y se les acercaron.

—Vengo de la Jefatura —dijo Speer arrugando la frente—. ¿Por qué últimamente nos tenemos que comer todo el trabajo? Anoche el fiscal mandó a mi cuadrilla a la casa de un yonqui por una denuncia... Uno que vosotros trincasteis y soltasteis bajo fianza y ahora se ha largado de la ciudad. El fiscal está cabreado como el demonio porque hemos encontrado un montón de pruebas después de que el pájaro volara.

—¿Qué pruebas? —preguntó Stuart.

—Ayer por la tarde el dueño de uno de esos antros de la Ochenta se puso a limpiar su habitación y encontró unas veinticinco onzas en un poste de la cama. ¡Veinticinco onzas! ¿Cómo no registrasteis la habitación cuando trincasteis al cabrón? ¡Os lo tengo que decir, estoy hasta los huevos!

—¿Quién era? —dijo Davis.

—Creo que tú hiciste el arresto, Mance. Al menos el informe que he encontrado es tuyo... Georgie Barris, alias Popeye.

Patterson tuvo un sobresalto, pero no dijo nada, de momento. Dejó que su mente atara cabos.

Luego Stuart dijo:

—¡En marcha! Que no se os olvide nada. Démosles duro. En unos quince minutos deberíamos tenerlo todo atado.

Luego se subieron a los coches, el olor acre del monóxido de carbono les raspaba las narinas.

—Estatus sociales tan distintos —dijo Patterson incrédulo—. Parece casi imposible que algo los pueda acercar.

—¡Pero el caso es que algo los acerca! ¡Y es precisamente la relación que andábamos buscando! —Davis tomó aire profundamente y la satisfacción le llenó los pulmones—. Según lo veo yo, después de que a Coca le dieran la patada, el chico de Halsted se convirtió en el surtidor directo, y pasó a ocuparse de la frontera y probablemente de la entrega directa al químico. Barris puede que lo recogiera y se lo sirviera al Hombre. Pero al morir el chico de Halsted, es probable que Barris tuviera que ocuparse de lo suyo más lo de Halsted hijo, lo que explicaría que tuviera esa mierda tan pura a la venta. Chico... Al Hombre no debió hacerle ni puñetera gracia enterarse de que su contacto trataba de llenarse los bolsillos por libre.

—Por eso tuvieron que matar a Hodden —dijo Patterson—. Barris estaba implicado en la línea caliente. No podía comparecer ante el juez.

Davis le hizo un guiño de camaradería, ostensible e inédito.

—Esa podría ser en parte la explicación, señorito diplomado. Aunque después de que Barris se largara de la ciudad, Andy no era ni la mitad de peligroso...

—Lo más importante —dijo Patterson presa de la agitación— es que tenemos una relación sólida: ¿Quién iba a necesitar una línea caliente en esta ciudad aparte del Hombre?

Al fin Davis tuvo que reconocer que se alegraba de contar con la compañía de Patterson para salir de paseo.

Ahora que la policía se había llevado a Rudy, Nina había pasado de la preocupación a la indiferencia. Por reflejo automático había pensado en conseguir una orden judicial, suponiendo que era lo que él esperaba que hiciera ella ahora que el Hombre tomaba tantas precauciones; pero antes se detuvo a saborear el momento.

De una forma extraña le resultaba grato saber que podía sacar a Rudy cuando ella quisiera. Se echó en la cama con indolencia. Acercó la cabeza al alféizar de la ventana y paseó los ojos, distraídos, por la calle de debajo. Pronto, cuando terminara el Pánico, podría volver a patearse las calles; ahora su deseo de ejercer la prostitución era más fuerte por el montón de droga que Rudy había dejado pegado a la parte de abajo del primer cajón del tocador. En realidad no necesitaba prostituirse, porque el cajón contenía también más de quinientos dólares.

Entonces una idea hizo que se incorporara de sopetón, y su corazón tuvo un vuelco extraño. Rudy no le había ocultado lo de Andy Hodden. Ella le había insistido en que sacara la batería vieja del armario; ahora los maderos se la habían llevado con todo lo demás. Habían estado todo el tiempo puestos, planeando en la cama... Le había sobrado tiempo para deshacerse de la batería.

Se alisó la falda sobre los muslos rollizos. ¿Y si Rudy les decía que ella tenía algo que ver? ¿Y si le daba el gorilazo y empezaba a soltar la lengua y a contar mentiras, solo para conseguir un pico? Por ser una simple prostituta la policía no le iba a hacer ninguna faena, pero tratándose de un asesinato...

Intentó quitarse la ansiedad. La policía no sabía quién había matado al chaval. No podían cargarle el muerto a Rudy. Incluso habían ensayado una coartada juntos: Rudy había pasado toda la noche con ella ahí, en la

habitación; Rudy no había ido a ningún sitio; eso es, eso es, ¡ni siquiera se habían movido!

Claro, eso es. Aunque los maderos hubieran comenzado a barruntarse algo después de llevarse la batería a la Jefatura, ellos estarían a salvo. Tenían coartada. Estaba segura.

La idea no le hizo bien. Corrió al tocador y abrió el cajón de la droga. Seguía allí. Dudó de si ponerse un pico o no, pero decidió que no. Con una fuerza de voluntad inusual, amansó a su mente.

Solo tenía que decir que Rudy había estado con ella toda la noche; Rudy no había ido a ninguna parte. ¡Es la verdad! ¡Yo estaba echada ahí a su lado! Si se hubiera ido me habría dado cuenta, ¿o no?

¿Dormiste?

¿Si había dormido? Se hizo esta pregunta ladina. Claro, pude dormir un rato, un ratito.

¿Cuánto tiempo estuviste dormida?

No lo sé. Dormí sin reloj.

¿Rudy salió en algún momento?

¿Cómo voy a saberlo? Si estaba dormida, ¿cómo iba a saber si se había ido a alguna parte?

Acabas de decir que no había salido a ningún sitio. Has dicho que estuvo contigo toda la noche.

¿Cómo voy a saber que estuvo toda la noche si me había dormido? Cerré los ojos. Con los ojos cerrados no iba a verlo.

Sí, eso era, eso les tenía que decir. Ella no tenía la culpa, y Rudy solo quería que les dijera lo que él le había dicho. ¿Qué le iba a hacer ella si las cosas se ponían así?

¿Y la batería?

Se le encogió el corazón. ¿La batería?

¡Eso he dicho! Tú sabías que él guardaba una batería en la habitación.

Yo no sabía para qué quería esa porquería. Pensaba que la iba a arreglar.

¡Mientes!

¡No miento, le juro que no! La trajo ese día. No sé por qué la trajo; yo no sé nada de baterías. ¡Pregúnteme cómo se pesca a un chorlito en dos minutos, pero no me pregunte de baterías!

Sí, eso estaba bien. Si preguntaban podía decirles eso. ¿Qué sabía ella de baterías y demás?

¿De dónde sacaste el dinero?

¿Dinero?

Ya me ha oído. No me diga que se lo sacó a sus chorlitos y que lo ahorra para la jubilación.

El dinero...

¿De dónde lo sacaste?

No es mío. Es de Rudy.

¿Y él de dónde lo sacó?

No sé.

Igual es tuyo, a fin de cuentas; igual se lo levantaste a algún chorlito. Voy a comprobar si el último mes ha habido alguna denuncia. Seguro que alguno dice que perdió quinientos, aunque sea mentira, y cuando el fulano te vea la cara...

¡Estará mintiendo! ¡Yo nunca robo dinero a clientes!

Más de cincuenta pavos es delito de hurto... Te puede caer una castaña importante.

¡El dinero es de Rudy, se lo he dicho! ¡Rudy lo trajo esa noche!

Pensaba que no había ido a ninguna parte.

Pensó deprisa. Me desperté. ¡Sí! Estaba dormida y me desperté y él acababa de volver, pero no pudo estar fuera mucho tiempo.

¿De dónde sacó Rudy el dinero?

Dijo... Dijo que un tipo se lo había dado por alguna razón. Igual por droga.

¿Dijo que se lo había dado el Hombre?

No recuerdo que dijera eso. No me acuerdo.

¿Lo dijo?

No... No lo sé. Igual sí. Sí, seguramente dijo «un hombre»... ya me entiende.

Había un «hombre», ¿eh?

Creo que sí. Creo que dijo «el hombre», pero no estoy segura.

¿Sabes quién es el Hombre?

¿Qué hombre?

¡Sabes de quién te hablo! Llevas tiempo suficiente en la Escena para saber quién es el Hombre.

Igual... Igual lo he oído alguna vez, pero yo no sé nada del tipo; no lo he visto en mi vida.

¿No fue el Hombre quien le dio la bolsa a Rudy?

Yo no sé nada de la bolsa de Rudy. Me doy alguna alegría con ella de vez en cuando, eso es rodo.

Más te vale ser sincera con nosotros, hermana. ¡Ahora mismo estás metida hasta tu hermoso cuello de embaucadora en un delito de asesinato!

Notó que el sudor le empapaba la cara y le temblaban las manos. ¡Rudy era un maldito estúpido! ¡Para qué tenía que matar a nadie!

Se volvió hacia las paredes de la habitación, buscando una respuesta. Respiraba con dificultad, agotada por el miedo repentino. Los temblores eran insoportables. Fue al tocador y se preparó un pico, aguzando la vista durante quince minutos hasta encontrar una vena adecuada bajo la carnosidad de su brazo.

La heroína apaciguó los movimientos involuntarios de su cuerpo con su calidez, pero no logró embotar el miedo. Volvió a la cama y se echó sin ganas, atormentada por la indecisión.

¿Podía permitirse dejar a Rudy en el saco, aunque solo fueran unos meses por comerciar con objetos robados?

Se dijo que no con la cabeza. Si iba a la cárcel y ella no movía un dedo por sacarlo, al salir la mataría.

Tengo que conseguir una orden, pensó, y se levantó para ir al teléfono del pasillo. Es lo único que puedo hacer.

Pero se detuvo. Ella misma estaba en la picota. Dejarse ver no le iba a ser de mucha ayuda. Además, tenía que reconocer que sin Rudy estaba mejor. Una vez pasó una semana en el apartamento de un chulo novato, un jovencito que quería triunfar en la Escena agenciándose a la prostituta de algún manco notable. ¿Y si dejaba las cosas a su aire, escondía la cabeza un tiempo... y volvía al *boudoir* del joven cadenero?

A él le gustaba mucho ella; le había dicho que si se quedaba con él ni siquiera tendría que trabajar, porque ya tenía a otra que hacía lana en la calle.

La tentación era casi invencible. El joven chulo podía hacer mucho por ella, evitar que la Escena la matara a ella o a su cuerpo. Sería muy tonta si no aprovechaba la oportunidad.

Si se quedaba colgada de Rudy, tal vez acababa en la cárcel por asesinato. ¿Qué futuro le esperaba? ¿Acaso Rudy se preocupaba de verdad por ella?

Aun así, era su hombre, eso no podía olvidarlo. Habían estado juntos como si fueran un matrimonio.

Echó a andar hacia el pasillo, pensando en la droga del cajón, y en el chulo joven, en la seguridad, la comodidad de vivir sin preocupaciones, sin Rudy.

En el pasillo descolgó el teléfono de la pared, pero no tenía intención de conseguir una orden para sacar a Rudy Black.

Bertha había elegido la parte trasera de la carbonera porque daba la espalda a la calle. Los bloques de apartamentos de la Ochenta y ocho proyectaban una sombra larga, sucia y negra sobre la valla de madera de la carbonera, que discurría a un ritmo enloquecido.

Bertha esperaba en un recoveco, nerviosa y perpleja ante el hecho de que Davis y Patterson no hubieran llegado aún. Pero le habían llegado voces de la ofensiva generalizada contra la droga por toda la ciudad, y supuso que la pareja de maderos andaría ocupada.

Sus ojos recorrieron la calle lúgubre de un extremo al otro. ¡Ojalá llegaran pronto! Igual esta vez se la había jugado demasiado, pero suponía que la información que iba a darles sobre el chivatazo bien valía que Davis le perdonara el marrón con que la amenazaba. Se ató el cuello del abrigo contra el frío de la tarde, volvió la cabeza hacia el extremo lejano de la calle.

No quiso volverse cuando oyó los pasos y reconoció la voz de inmediato.

—Estás muy lejos de casa, ¿no, Bert? —Dell se detuvo cerca de ella, los labios adustos no esbozaban su habitual sonrisa—. Me acuerdo de esa vez que te encontré muy lejos de casa.

Reculó inconscientemente, pero los listones parduzcos y sucios de la valla la retuvieron.

—Dell...

—La última vez que te vi, Bert, estabas saliendo de ese coche. —La miró de cerca—. ¿Te acuerdas?

—Eso fue hace mucho —se apresuró en decir—. No me acuerdo.

—Ahora que lo pienso bien —dijo—, aquel coche se parecía horrores a un coche de la madera.

—No sabes de lo que hablas.

Se le acercó, el pecho a la altura de la barbilla de ella y su barbilla sobre la frente de ella.

—Le he estado dando muchas vueltas a lo que vi esa vez.

Ella se indignó.

—¿Y qué si me metí en un coche? ¿Por qué iba a ser un coche de la poli? ¿Qué te pasa...? ¿Has perdido la cabeza?

—No tanto. Igual sí la perdí aquella vez, no sé cómo no pensé un poco más en aquel primer momento.

Ella intentó rodearlo, pero las manos de él la lanzaron contra la valla.

—Hijo de perra...

La manaza se le vino encima y le dejó un verdugón enorme y ardiente en la mejilla.

—Ibas a hacer que nos trincaran a todos, ¿eh, Bert?

Ella tenía una mirada furiosa.

—¡No sé de qué me hablas! ¡Déjame marchar!

—No vas a ninguna parte —dijo él decidido. Se llevó una mano al bolsillo del abrigo y sacó un cuchillo de mango largo, cuyo filo desenvainó con el pulgar.

—Qué buen sitio has elegido para verte con la madera, Bert.

Ahora estaba asustada de verdad.

—¡Dell! ¡Déjame ir! ¡Lo hacía por las niñas!

—¿Sabes cómo hemos sabido lo tuyo? —dijo—. ¿Sabes esos estupas con los que te llevas tan bien? Tienen a otro madero por encima, ¡y ese madero sabe lo que has estado haciendo!

—¡Beeker se equivoca! —gritó—. ¡Me trincaron, no hay más! Él asintió.

—Fui bastante tonto al hablarte de él, ¿eh? Pero entonces no sabía lo tuyo. Beeker se lo ha contado al Hombre hoy mismo.

—¡Dell, déjame ir! ¡Te juro que me iré de la ciudad! ¡Me iré tan lejos que nunca me encontrarán!

Y ahora vio que volvía su sonrisa, pero era una sonrisa que nunca había visto.

—Es verdad —dijo en voz baja—. Te vas a ir tan lejos que nunca te encontrarán.

El cuchillo trazó un arco reluciente y decidido en su mano y el filo topó con la espesura del abrigo de ella, de la mórbida resistencia de su vientre. El cuchillo penetró con facilidad, y al principio ella pensó que solo la había golpeado en el abdomen. Pero al salir el filo sintió que le arañaba los intestinos, y fue casi como si una descarga eléctrica la hubiera alcanzado en la zona de la herida. De repente no fue capaz de mantenerse en pie, los ojos se le salieron de las órbitas mientras el suelo aparecía de la nada e iba al encuentro de su cara.

Luego hubo un estrépito, el zumbido como un tintineo de la conmoción, ruido de pisadas a la carrera, sonidos de cosas que no podían ser reales.

¡Quieto, quieto o disparo!

¡Bertha! ¡Bertie, estás bien! ¡Dale al cabrón, Patterson! ¡La ha apuñalado!

Ding, ding, ding

¡Bertie, Bertie!

Mance... Le he... Le he dado.

¡Bien! ¡Buen tiro, muchacho!

Ding, ding, ding

¿Dónde demonios se han metido los cabrones del furgón? Tranquila, Bert, tranquila, te vas a poner bien.

Está muerto. Lo he matado.

Bien. Bien.

Ding, ding, ding

La oficina bullía de actividad. Los hombres que con tanta eficacia habían frustrado los últimos intentos de la heroína de recuperar el terreno perdido se preparaban para otra redada.

Un lápiz golpeó un pómulo duro. *Según lo veo yo, no puedes eliminar esta mierda a base de incursiones esporádicas, hay que darle por saco sin parar.*

Un puño se abatió. *¡Así mismo, sin más! Ese Lujack viene corriendo hacia mí con un cuarenta y cinco del demonio, el más grande que he visto, y ¡bum! ¡Le doy lo suyo, sin más!*

En esta sala aprenden datos que no conocían. Aprenden que en los últimos cuatro años naturales se han contado aproximadamente cincuenta mil drogadictos en Estados Unidos. Pero la cifra recoge solamente a los detenidos. Nadie sabe cuántos drogadictos hay que no han pisado jamás una comisaría.

Se les cuenta que de cada cien drogadictos recluidos en instituciones federales, más de setenta son reincidentes.

Descubren que la heroína no es la única droga que crea dependencia: hay por lo menos otras veintisiete, desde la alfaprodina hasta la prometazina, y los drogadictos tienen acceso a casi todas.

Sí, ya sé que los federales se están pelando el culo para tener la mierda a raya, ¡pero no soporto que se pongan todas las medallas! Ya veréis los periódicos de mañana. Me juego lo que sea a que dicen «EL FBI DESARTICULA UNA RED DE TRÁFICO DE DROGA, SE INCAUTA DE MÁS DE DOS KILOS DE HEROÍNA... LA POLICÍA LOCAL PARTICIPA EN LA OPERACIÓN». ¡Eso es lo que me pone de los nervios!

Uno de ellos, sentado y apartado de los demás, tenía la cara triste y lívida.

Al margen de lo que había pasado, al margen de todo el bien que se había hecho ese día, la victoria había sido a costa de la vida de un hombre.

Stuart y Davis se habían reunido para tratar el problema. Estaban sentados el uno frente al otro en el pequeño despacho de Stuart, con aire apesadumbrado.

—Es difícil de creer —dijo Stuart jugueteando distraído con un pisapapeles de plomo.

Davis tomó aire.

—Me pasó por la cabeza cuando sondeé a Lou y a Ella Tyler, jefe. Ella me dijo que había informado a Beeker de la situación, pero que Beeker no había hecho nada. ¿Por qué no había hecho nada? Cuando me llamó Bertha me dijo que la manzana podrida era uno de los nuestros, pero que por teléfono no me iba a decir quién.

—¿Cómo está Bertha?

—Estará delicada un tiempo, pero dicen que se recuperará.

Stuart meneaba la cabeza.

—¡Es que no me lo puedo creer, Mance! Beeker lleva más de ocho años de capitán, más de veinte en el cuerpo.

Davis no respondió. No sabía qué decir. La integridad existía, pero no era menos cierto que la mayoría de personas tenían un precio.

—¿Cuánto lleva Beeker con el Hombre? ¿Bertha te dijo eso?

Davis se encogió de hombros.

—Viendo el tiempo que el cabronazo lleva operando en nuestro distrito sin que nadie le tosa, diría que desde el principio.

Los ojos de Stuart traslucían indecisión; la impotencia le torcía la boca y arrugaba la frente.

—¿Cómo se hace, Mance? ¿Cómo aires algo así?

—No le envidio —dijo Davis empático.

—No es solo por Beeker. ¿Qué pasa con la comisaría? ¿Qué hay de los que no han sido sobornados, los que hacen su trabajo honestamente? ¡Piense en lo desmoralizante de la noticia para ellos, en la publicidad que nos dará!

—Le entiendo. Que hayamos hecho limpieza, que por fin hayamos cogido al Hombre, no tendrá la menor importancia. —Miró a Stuart—. Pero no creo que nos quede otra, jefe.

Tras una pausa, Stuart dijo:

—Tienes razón, claro. Voy a llamar al comisario, y luego haré una llamada a Beeker. Empezaremos esta noche.

Davis se levantó.

—Estamos todos a punto para salir a la carga contra el Hombre. Los federales dicen que saldrán a darnos una mano.

—Estupendo —dijo Stuart—. Cuida de que los chicos cubran todos sus dominios. No sabemos en cuál se esconde, ya lo sabes.

—Dudo que esté en alguno de esos sitios. Es probable que le haya llegado una filtración y se haya escondido. Cuando aparezca, puede estar seguro de que dispondrá de un imponente parapeto legal.

—Ah, antes de que me olvide —dijo Stuart entregándole un folio—. El informe que Patterson pidió... Acaba de llegar.

Davis lo leyó.

—Del laboratorio, ¿eh? —Sonrió—. Vaya, vaya... ¡A mi chico con diploma le va a dar un síncope cuando lo lea!

—¿Dónde está Patterson ahora?

—Fuera, reconcomiéndose. Tuvo que matar a Dell Swiggins y creo que se le han revuelto las tripas. Ahora lo que hay que hacer es encontrar a Rudy Black.

—Está en los calabozos de la Jefatura. ¡Comercio de objetos robados! ¿No es de chiste? Pero adivina qué encontramos en su armario. ¡La batería vieja más chorreante de ácido que se haya visto nunca!

—¡Si tuviera veinte años menos —exclamó exultante Davis— bailarías una giga!

—Deberías verte ese bigote tuyo —dijo entre risas Stuart.

—Ahora mismo voy a que el señorito diplomado sepa todo esto —dijo Davis—. Igual le da un pasmo. —Echó a andar en dirección de la puerta—. ¿Saldrá ahora?

—En cuanto haga esas llamadas —respondió Stuart—. No me perdería la operación de esta noche por nada del mundo.

Pasó un rato largo hasta que Stuart reunió las fuerzas necesarias para descolgar el teléfono. Entonces, decidido, agarró el auricular, marcó un número y se puso a hablar parsimonioso.

Fuera, en la oficina, Davis se sorprendió de encontrar a Patterson haciendo de todo menos reconcomerse. Hablaba animadamente al teléfono, meneando el lápiz sobre el bloc de notas que tenía delante.

Al fin, encajó el auricular en la horquilla y se levantó de un salto.

—¡Mance, no se lo va a creer! —dijo exultante—. Acabo de hablar con una chica llamada Taylor Mayo. Dice que ha leído lo de la ofensiva contra la droga y ha pensado que no podía callarse que estuvo con Andy la noche de su asesinato, y que esa noche Andy recibió una llamada.

¿Y?

—Y... ¡la llamada era de Rudy Black! Se supone que tenía que ver a Andy esa noche.

—¿Y eso qué demuestra? —dijo Davis, escondiendo el informe detrás de la espalda.

—Bueno... Pues demuestra... ¡Demuestra que Black pudo matar al chico, eso demuestra! —Hizo memoria—. ¡Lo acabo de recordar! La noche que Andy fue asesinado vimos a Rudy Black andando por la calle. Puede que saliera del apartamento de Andy. No tenemos ningún otro sospechoso mejor, y sabemos con seguridad que se encontraba cerca de donde se cometió el asesinato.

—No te calientes —dijo Davis entregándole el informe—. Aquí está la prueba de que Black andaba por ahí. El análisis de dactilograma latente ha revelado dos hermosas huellas en el tocadiscos.

Patterson corrió a sentarse.

—Entonces tenía razón. —Siguió leyendo—. Ahora solo nos falta que Black confiese.

—Mañana iremos a verlo. No creo que se resista demasiado.

Patterson recordó su primer encuentro con Rudy Black.

—No sé, Mance. Igual no es tan fácil hacer que suelte la lengua.

Davis gruñó.

—Diez o doce horas sin probar tema lo ablandarán. Cuando le enseñemos lo que tenemos no creo que se nos resista demasiado.

Patterson no estaba tan convencido.

—Rudy Black es otra cosa, creo. ¿Ha visto alguna vez algo tan sucio que no hay manera de limpiarlo? Así es Black.

Davis lo miró, algo irritado.

—Black es como cualquier otro yonqui... Lo doblegaremos.

Las otras noches el alcohol le había ayudado a olvidar a su mujer Margaret y al cáncer. Le había ayudado a olvidar su vida de despilfarro innecesario en barrios residenciales. Le había ayudado a olvidar a Denise, su hija tarada que vivía en una residencia, la prueba viviente de su negligencia durante la Primera Guerra Mundial, en Francia.

Aquí, en el santuario de su cubil privado, le dolían las articulaciones; el alcohol ayudaba algo, pero no alcanzaba a aplacar el dolor más profundo que se extendía por todo su cuerpo.

Se puso a llorar, y las lágrimas regaron de forma irregular su vaso de whisky, y el verdor aterciopelado de su chaqueta de fumar. El sollozo se prolongó de forma horrible desde la garganta, y el lamento contrajo su cuerpo de cobarde. El capitán de policía se desplomó en el suelo, llorando como un crío...

Era un niño pequeño, corría por una carretera de campo envuelto en la viva fragancia de todo lo viviente, y una mariposa le revoloteaba en torno a la cabeza, cuando un perro se lanzó hacia él como un toro embravecido y lo atacó, sus manitas, sus piernecitas...

De forma inconsciente se palpó las manos y las piernas, pero estaban curadas.

¿Cómo podía explicarle al perro que, si le había molestado, no había sido intencionadamente? ¿Cómo podía decírselo al perro?

Los sollozos habían cesado y lo asaltó el ridículo de encontrarse tumbado cuan largo era en el suelo. En un instante todo le vino de nuevo a la cabeza, pero se esforzó en mantenerlo a raya. ¡No podía pensar en eso! ¡Era demasiado horrible!

Pero tenía que hacer algo.

¿Qué podía hacer?

¿Qué podía explicarle al maldito perro?

¿Qué haría mañana, pasado mañana, el día siguiente?

¿Qué podía decirle a Margaret, moribunda en el hospital?

Se puso a llorar de nuevo. ¡Oh, Dios, ten piedad! Haz que todo sea un sueño. Haz que todo se disipe y no tenga que levantarme mañana y encontrármelo. Por favor, Dios, si tú quieres puedes hacerlo. He sido un buen esposo; nunca me he ido de putas; he ido a ver a Denise todos los domingos; y además he ido a la iglesia, Dios mío.

¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?

Sus manos cobardes tocaron su cara cobarde, y la audacia del pensamiento lo alivió de cierto estigma.

No...

Eso no es algo que se pueda hacer de inmediato. Se necesita tiempo, días. No puedes simplemente pensarlo y luego hacerlo.

Pero estaba la idea de mañana.

¡Por favor, Dios! ¿No puedo hacer otra cosa? ¿No puedo llegar de alguna otra manera? ¡Podrías ayudarme!

No podía huir del pasado. Sus piernas temblorosas lo llevaron al escritorio. Abrió el cajón y vio el largo cañón de su revólver de servicio.

¡No, no puedo!, pensó, reculando. Tengo que tomarme una copa antes.

Se tomó una copa, dos, luego tres, pero fue en vano; tenía la cabeza entumecida.

De nuevo ante el escritorio, su mano tanteó el acero frío.

¡Pero tienes que hacerlo! De todas formas pasado mañana estarás muerto. Pero me va a doler. Voy a hacerme un agujerito en el cráneo; la bala me atravesará el cerebro, lo desgarrará; la sangre y los sesos y el hueso saldrán despedidos por el otro lado. Es horrible, y me dolerá una mala cosa. Pero mañana me dolerá más.

Se apoyó en el escritorio para mantenerse en pie.

¡No puedo hacerlo! ¡No me puedo matar! ¡Pero tienes que hacerlo! ¡No así! Igual colgándome...

Como todo suicida en potencia evaluó desesperadamente los medios a su disposición, buscando el que doliera menos. De pronto entrecerró los ojos.

Arriba... Margaret dejó algo de medicación después de la última operación. Trágateela.

Anduvo dando tumbos hasta las puertas amplias del estudio y las abrió de un manotazo. Si iba a hacerlo, tenía que ser deprisa.

Los muebles pulcros y caros se interpusieron en su camino. Tropezó con una silla en el pasillo. En las escaleras resbaló. Arriba, hurgó en los cajones del dormitorio de su esposa.

¿Dónde está?

Se alegró de que su búsqueda precipitada no revelara a la primera lo que andaba buscando. Al fin vio la caja debajo de un puñado de cartas.

Aquí está. Ábrela. ¡No puedo matarme! Ábrela. Tienes que hacerlo. No te va a doler.

Abrió la caja con los dedos nerviosos. Diez pastillas.

Deberían bastar. Eran pastillas de treinta miligramos; para ayudarla a dormir. Leyó la etiqueta, una pastilla antes de acostarse. Tómese solo con prescripción médica. Sácalas. Póntelas en la mano. Póntelas en la boca. Y ahora trágatelas.

Los pequeños discos blancos se le quedaron en la garganta, y tardó minutos en tragarse el último. Sintió el cosquilleo en el cerebro casi al instante, y le aterrorizó.

La sensación fue a más, luego sintió que una calidez lo envolvía y dejó de preocuparse. Ahora no temía el mañana.

Flotaba en aquella sensación placentera, asombrado de que morir se pudiera resultar tan agradable. En el atolondramiento se preguntó si aquella dosis sería suficiente.

El estupor creció y se sintió más seguro, consciente de que pronto estaría muerto.

No sabía que su esposa Margaret había puesto mal la etiqueta de la caja intencionadamente, que se acababa de tomar trescientos miligramos de morfina sulfatada soluble.

Pese a que llevaba años trabajando con estupefacientes, hasta entonces nunca había probado la extrañeza de la heroína... el ingrediente principal de las pastillas de Margaret, que no eran barbitúricos, sino un derivado del opio.

OOOoo bopsha bam! AAAaahcoogah Mop!

Los sonidos le llegaban amortiguados. Un joven con zapatos de punta y unos pantalones con el bajo gastado andaba por la celda, torciendo la boca mientras pronunciaba sus frases.

—¡SpleeEEE bee dah-OOOooo-yah, SpleeEEE bee dah OOOool yah Coo!

Yacía sobre los duros tablones, los pies acalambrados envueltos en la piel suave de sus zapatos, el abrigo de ciento veinticinco dólares enrollado bajo su cabeza a guisa de almohada, las piernas cruzadas solo un poco para no estropear la raya de los pantalones. Pensaba *Más cerca, oh Dios, de ti*, y recordaba que era una canción que su madre solía cantar en una miseria muy lejana.

Ausente, miró al joven, en pie y puerilmente consciente del imaginario y estudiado carisma que tanto le hacía gustarse y tan por encima lo ponía de los borrachuzos dormidos y demás infractores insignificantes, todos echados en el suelo de cemento como cerdos enfermos y exhaustos. Sostenía la chaqueta con las manos entrecruzadas, y ladeaba el cuerpo a medida que sorteaba despacio los cuerpos dormidos, dando saltitos sobre el talón del pie derecho como si tuviera una malformación, cada movimiento al compás del sinsentido que emanaba de debajo del vello pubescente de su labio superior.

Tarareaba «Mi chica no lleva calzones, es una tipa con mucha clase» entonando la melodía de «My Baby Is So Refined».

Echado boca arriba, descansando en la blandura de su abrigo a la espera de que Nina llegara con la fianza, atrajo la atención del chico, «Oye, colega», con una sensación repentina de superioridad al verlo volverse, porque él había sido como ese muchacho. Tal vez era el gorilazo que empezaba lo que le causaba esa sensación.

—Dime, nene —dijo el chico.

—Acércate un segundo.

El chico fue y se quedó mirándolo desde el umbral de la puerta abierta de la celda.

—¿Tienes un cigarrillo? —le preguntó al chico.

El chico hurgó en los bolsillos de su chaqueta y sacó uno de un paquete arrugado, se lo encendió, reparando en los finos zapatos, en la ropa buena, en la apariencia en conjunto de ser un jefe.

—¿Desde cuándo estás aquí? —preguntó a Rudy.

—Desde ayer por la mañana.

El chico sacudió la cabeza, intimidado de algún modo por la frialdad del tipo, por la ropa cara, por aquel algo que decía purasangre, maleante de categoría. Sonrió dócilmente.

—No te había visto. Cuando me han traído esta mañana no te he visto.

—He estado aquí echado sin abrir la boca... Me está dando el pavo.

—¿Te chutas?

—Todo lo que pillo. Tengo un fije malísimo.

—Yo también me pongo —dijo el chico—. Pero no estoy colgado.

—Si no puedes cubrir la apuesta, no juegues.

El chico se indignó.

—Oye, tío, yo cubro la apuesta como cualquiera. Pero ¿quién quiere quedarse colgado?

—Ahí está. Bien pensado, colega. Tú fúmame tu canuto y sigue gustándote. Bébetete tu priva, fúmame tus canutos y que las piconas no se te acerquen al brazo.

—Yo cubro la apuesta —se defendió el chico—. Llevo lo mío.

A Rudy aquellas palabras le provocaron escalofríos y trató de recordar cuándo las había escuchado. Lo pensó detenidamente y recordó que había sido el Soplón, Andy Hodden, y volvió a tener escalofríos al imaginar que otra cara lo miraba desde el umbral de la puerta.

—Siéntate, tío —dijo, haciéndole un sitio en los tablones.

El chico se sentó. Se desempolvó los zapatos. Al removerse, Rudy notó el hedor de su cuerpo. El tufo acre de aquel cuerpo joven le dio náuseas.

El chico levantaba los zapatos y los exponía a la luz débil de la celda, los desempolvaba, le enseñaba a Rudy los nuevos que eran, el cuero lustroso de piel de alguna vaca o caballo viejos y enfermos, las puntadas de un blanco reluciente perfectamente alineadas en los bordes de las suelas.

Gallito.

Acaba de empezar. Diecisiete o dieciocho. Recién incorporado a las filas de los guapos; principiante, todavía no se ha estrenado en el tema del

proxenetismo, le falta la chica o la combinación de fortaleza y crueldad necesaria para coartar la mente de una mujer joven e insegura... *¿Un bomboncito moreno con el culo y las tetas grandes? ¿Un lametón por todo el cuerpo?*

Acaba de empezar. Todavía fuma grifa para darse un gusto, para compensar lo que su entorno no le ha dado o no ha sabido aprovechar; miembro de los Cool Daddies o de los Shakers, que busca en estas bandas la seguridad de la que nunca dispuso. Uno de los chicos del barrio, uno de esos personajes de no dar un centavo por ellos. Porque... Porque se gustaba demasiado con sus zapatos de veinticinco dólares y sus pantalones que le dejaban medio trasero al aire.

El chico se encendió su último cigarrillo y tiró el paquete vacío a la taza del váter apestoso de la pared del fondo.

—¿Por qué te han encerrado? ¿Caballo? —preguntó el chico.

—No.

—A mí y a un colega se nos echaron encima cuando levantábanlos un bar. Habíamos entrado por el tejado. Mi colega escapó, pero a mí me trincaron.

—¿Los maderos te han dicho algo? —preguntó Rudy.

El chico sonrió como si fuera a contarle una confidencia.

—Mira, nene, yo no creo que tengan nada con que enmarronarme. No me han dicho nada desde que me trincaron anteayer. Creo que mi colega está moviendo hilos. Supongo que saldré antes o después.

—No vas a salir —dijo Rudy, que lo sabía por experiencia—. Antes te van a comer la oreja.

—¿Eso crees?

—A menos que alguien se haya ganado un pico en tu lugar. Hablarán contigo.

—Seguramente querrán que sople.

—Eso mismo.

El chico se rio nervioso.

—A mí no me fichan.

—Igual te dan cera.

—¡Que me den cera, me importa una mierda! Yo soy capo. Me...

—Cierra la boca —dijo Rudy. Ya no aguantaba la voz del gallito, ni su gesticulación exagerada con las manos, ni los golpeteos agitados de los duros tacones contra el suelo de cemento.

El chico lo miró con una especie de fascinación extraña.

—¿Qué pasa? ¿Estás frito?

Pero no estaba tan absolutamente fascinado como para que su voz, su forma de mirarlo, no denotaran una pizca de envidia.

Niñato gallito, suplica una botella cuando quieras tetita.

Y por arte de magia le dio el pavo cuando el chico le preguntó si lo tenía.

¿Cuándo vendrá Nina con la orden? ¡Ella sabe que me trincaron!

De repente, demasiado pronto tal vez, rodaron las primeras lágrimas por sus mejillas. Cerró los ojos para dormirse, pero era demasiado tarde.

—Mira, nene, si estás frito, yo me voy y ya está.

—Te he dicho que cerraras la boca, solo eso. —Otra disculpa ahora habría sido imposible, pensando en Nina y deseando que apareciera: una chica grande y mulata con un abogado y un papel que lo liberara. Y siguió pensando.

¿Cómo he venido a parar al calabozo?

—¿Y por qué te han trincado a ti? —preguntó el chico, y se puso casi eufórico de alivio ante el hecho de que el joven le hiciera la pregunta que tenía en la cabeza. Le parecía que llevaba miles de años encerrado, pero solo llevaba un día. Nadie le había dicho formalmente de qué se le acusaba, aunque sabía que probablemente sería por comerciar con objetos robados. ¿Cómo habían sabido dónde ir a buscarlo?

Mosqueado, se incorporó.

—Debería llamar a mi colega.

—¿Por qué te han trincado?

—No lo sé —dijo, confundido—. Estaba crujidísimo cuando los maderos entraron en mi nido. Una tipa guardó un pastel en mi armario y hace mucho que tendría que haberme librado de eso.

—No tienen nada.

—¿No? —Rudy le clavó la mirada—. ¿Te parece que no tienen nada? ¡Intenta decirles a los maderos que no tienen nada! Si no tienen nada, ¿por qué te crees que estoy aquí sentado, majaderete hijo de perra?

—Tío, escucha...

—¡Cierra la boca! ¡Largo de mi celda!

El chico se levantó, asustado.

—Si estás cruzado...

—¡Sí, estoy cruzado! ¡Lárgate y vete al infierno!

La brusquedad del cambio de ánimo le sorprendió incluso a él. Los ojos comenzaron a aguársele profusamente; volvió a echarse y los cerró, pensando «¿Qué demonios hago en el calabozo?».

Trató de hacer algo que nunca había hecho: repasar y evaluar cada paso dado hasta ese preciso momento. Pero era como soñar, como andar por una capa de hielo que al pisarlo parece duro como la piedra hasta que de repente cede.

Jesús anduvo sobre las aguas...

Un hombre blanco y alto con una túnica blanca y larga y una barba rizada y los pies descalzos, caminando sobre el agua...

¿Por qué no voló?

Nina con el papel.

Pensó en ella, no era capaz de recordar su cara, solo recordaba su piel clara como un limón maduro junto a la suya más oscura, echados en la cama como dos personas de mundos distintos pero con el mismo derecho inalienable a droga.

Pensó en ella como nunca lo había hecho: yaciendo al lado o encima de otros hombres, emparejando su cuerpo con los de ellos, de todas las formas y tamaños, su cuerpo amoldable a sus apetitos, un guante sucio amarillo limón. Esto tampoco era fácil, esto de pensar en Nina, porque su mente dividía el cuerpo de ella en tres elementos diferentes: su entrepierna, su boca, sus pechos... Y solo estos vivían y eran Nina. Y si Nina era eso, no podía venir con el papel que lo haría libre; no tenía piernas ni manos ni cerebro que preocuparse de un modo u otro por su encierro.

Escúchame, zorra, soy tu hombre...

Y cada vez estaba peor, vaya si lo estaba. Allí echado, consciente de todo eso de Nina, su cuerpo se veía forzado a abandonar cualquier esperanza. Los ojos se le aguaban como si tuvieran bocas, como cuentagotas, cuentagotas largos y colmados que se prolongaban hasta la base misma del cráneo, donde unos deditos ansiosos, enloquecidos, presionaban las perillas, con suavidad, una lágrima húmeda y grande por cada ojo, alternativamente.

Se incorporó.

—¡Eh, colega! —Lo inesperado del grito atrajo la atención de muchos detenidos que yacían en el suelo; sus cuerpos formaban cúmulos sucios, acomodaticios.

El joven, que paseaba todavía, se volvió al oír su voz. Tenía una expresión contenida, pero su alegría cándida era fácil de ver.

—¿Me lo dices a mí?

—Sí —dijo Rudy a través de los barrotes—. Ven aquí.

El chico volvió, gallito, regodeándose, sonriendo para sí con aire petulante porque Rudy lo había llamado a él.

—Dime, papi —dijo con una suficiencia tan desmedida que a Rudy le dieron ganas de levantarse y arrearle con todo, tumbarlo y pisotearlo.

¡Te crees que eres un jefe! ¡Eres lo que yo era hace años!

—¿Qué puedo hacer por ti? —dijo el chico.

—Siéntate. Quiero hablar contigo.

El chico entró y se quedó de pie cerca de él, tratando de parecer grande.

—No me tomes por un borrego, tío. Si estás frito, muy bien, pero a mí nadie me trata como un borrego.

—No eres un corderito, eso ya lo veo.

—¡Y una mierda corderito!

—Te lo veo en las formas... Eres un chaval nervioso. Te mueves más que unas maracas.

El chico se sintió halagado y se ablandó.

—Está claro que sabes lo que le gusta oír a la gente, papi.

—Siéntate. Si me da el pavo otra vez, tú ni caso.

Tenía necesidad de hablar con alguien y le había mendigado al chico su compañía; cuando este se sentó olvidó la necesidad, y empezó a boquear con enormes bostezos.

—¿Cuándo te has puesto por última vez? —preguntó el chico, intimidado.

—Ayer por la mañana, me puse unos diez tapones y me entró el muermo. Cuando vinieron los maderos todavía estaba planeando.

—¿Diez tapones?

—Sí.

—Eso es un montón de mierda.

—A veces sí, a veces no. Depende de lo bueno que esté el tema. Mi pico normal son ocho, solo para empezar. Subo a diez fácil. Me pongo treinta, cuarenta tapones al día.

—¡La virgen! Debes llevar bolsa.

Rudy bostezó.

—Sí.

—Yo me puedo poner un par o tres de vez en cuando —dijo el chico con orgullo—. Pero ¿el pavo que tienes tú? ¡Tío! ¡Yo no querría eso ni por un Cadillac nuevecito!

—Yo tengo un Cadillac.

—¿Ah sí? —El chico no se lo creyó. Abrió un paquete de cigarrillos y le ofreció uno a Rudy, que este aceptó. Rudy sabía que el chico iba a intentar ponerlo a prueba, iba a tratar de falsear su afirmación de tener un Cadillac,

ofreciéndole cigarrillos baratos. Pero a Rudy le traía sin cuidado; esas cosas ya no tenían la importancia que habían tenido en el pasado.

Ya había superado la etapa de gustarse, la época en que adoraba como a héroes a chulos, maleantes y convictos notables. Pero entendía los criterios con que el chico lo evaluaba.

—Sí, tengo un Cadillac —dijo, dándole una calada al cigarrillo. *Un Cadillac y una puta...* Eran, desde luego, los requisitos indispensables de cualquier chulo que se preciara, para poder decir a los don nadies «Esto es lo que yo tengo que vosotros no tenéis, y por eso soy mejor que vosotros».

El sonido de una voz parecida a la de Patterson pareció que lo asaltara.

—¿Black?

Tembló hasta que su cuerpo dio una sacudida como una vara contra el chico, que lo sostuvo, sus tacones golpeteaban al suelo al no encontrar forma de pisar con firmeza.

—¡Oye, tío! ¡Estás frito de verdad!

—¡Black!

—¿Me llama alguien? Alguien... —Sudaba. Tenía sofocos y escalofríos.

—¿Ese eres tú? —dijo el chico—. ¿Black?

Se estremeció, se secó el sudor de la frente. Se puso el cigarrillo en los labios y estiró el cuello hasta que se le marcaron los tendones.

—¡RUDY BLACK, DÓNDE DEMONIOS TE HAS METIDO!

—Es el maldito saquero —dijo con desprecio el chico.

Rudy se levantó vacilante, agarrando el abrigo de los tablones.

—Yo soy Rudy Black...

¡Nina con la orden! Lo sabía...

—¡Hijo de perra! —dijo alguien. Lo había pisado al avanzar hacia la puerta. Pero ya no tenía importancia, porque se iba... *Nina, adorable y dulce Nina, tú podrías quitarme el pavo...* se dirigía a la puerta donde lo esperaba el carcelero, un hombre bajo con la voz grave y una llave grande.

—Ve por el pasillo —dijo—. La segunda puerta a tu izquierda.

Algo pasaba. Aquello no era normal. No era así cuando te soltaban con una orden. Aquello era el cuartucho con los hombretones y sus manos fuertes, con sus listines de teléfonos, sus esposas y sus voces que decían «¡Más vale que hables, hijo de perra! ¡Te (¡Bum! con el listín en la cabeza) vamos (¡Bum!) a enseñar (¡Bum!) a robar (¡Bum, bum, bum!)!».

Sintió que se le soltaban las tripas.

—¡Anda, ve ahí! —le gritó el carcelero.

Patterson, Davis y un hombre blanco lo esperaban de pie.

Nina...

—Siéntate, Black —dijo Patterson, y vio algo distinto en los ojos del tipo, algo que no tenían sus ojos la última vez que se habían visto, algo intenso—. ¡Siéntate, Black! —repitió más firme, duro, contundente.

Nina...

Se sentó. Esperó, los ojos empañados de lágrimas, la piel erizada, frío.

Todavía no he llegado a tanto, lo sé...

Pero sí había llegado a tanto, estirado como un pedazo largo de goma, los brazos, la cara, las manos ansiosas por un pico. Y ahora era peor con aquellos tipos apostados alrededor, mirándolo como si fueran unos chiflados, asustándolo. Tres borregos mirándolo, tratando de joderle, las caras tías y amargadas.

¡Qué locura!

—Muy bien, muy bien, ¿qué pasa? —dijo—. ¿Qué queréis? ¿De qué va esto? Me han encerrado por un pastel. ¿Qué hacéis vosotros aquí?

Davis miró a su compañero.

—Díselo tú. Tú eres la estrella del espectáculo.

Patterson tomó aire profundamente.

—Te dije que volverías, Black. Parece que esta vez ya no sales. —Cogió un par de folios que le dio el hombre blanco—. ¿Has estado alguna vez en casa de Andy Hodden?

A Rudy se le enfrió toda la carne del cuerpo.

—¿Andy qué? —Dio un bufido—. ¿Andy? ¡Yo nunca he conocido a ningún Andy! ¿Amos y Andy?^[3] ¿De quién demonios hablas?

—No voy a perder tiempo —dijo Patterson—. Encontramos huellas dactilares tuyas en el tocadiscos del cuarto de Hodden, lo que demuestra que estuviste ahí. Encontramos la batería gastada que usaste para el chute caliente que le diste a Andy Hodden. Estaba en el armario de tu habitación. —Ojeó los papeles—. Un análisis del laboratorio puede demostrar que el ácido que recubría la batería es del mismo tipo que el que se administró a Hodden. Tenemos además un testigo, la señorita Taylor Mayo, que jura que llamaste y concertaste una cita con Hodden la noche en que fue asesinado.

El miedo se propulsó hasta la garganta de Rudy, que tuvo que contener las arcadas.

—¡No tienes nada, madero, nada! Esa noche me la pasé entera en casa... ¡Pregunta a Nina!

—No cuela, Black. Davis y yo te vimos en la Escena aquella noche.

—No será difícil demostrar que el Hombre te lo ordenó —intervino Davis con frialdad—. Si Popeye hubiera comparecido ante un tribunal, todo podría haber saltado por los aires, ¿verdad? ¿Cuánto te pagó el Hombre, Black?

Rudy no contestó. Volvía a sudar. Patterson y Davis se quedaron inmóviles delante de él, las caras tensas y horribles. Se puso peor, y un cosquilleo le recorrió la ingle, le hizo apretar fuerte las piernas y se aplastó los testículos entre los muslos de tal modo que el dolor le hizo tomar aire.

—¡Habla, Black! —gritó Davis.

¡Black, Rudy, habla!

Un enorme bostezo le desfiguró la expresión.

—¡No tengo nada que decir! —Se echó adelante, comenzaba a tener retortijones en el estómago.

Patterson lo empujó atrás contra el respaldo de la silla.

—¿No te das cuenta de que vas a morir por esto, Black? ¿No te das cuenta?

—¡No tengo nada que decir! ¡NADA!

—Nadie te puede librar de esto —dijo Davis—. El Hombre no te puede sacar: se acaba de entregar voluntariamente, hace unas horas.

El líquido que emanaba de la nariz de Rudy le llegó a los labios; se lo secó con el dorso de la mano.

—¿Lo habéis trincado? ¿Habéis trincado al Hombre? —Estaba mintiendo, ¡Davis estaba mintiendo! Lo engañaban para que soltara la lengua.

—Dell está muerto —siguió Patterson—. Lou y Ella, trincados... Ace... ¡Todos! Hemos hecho limpieza, Black. No queda nadie.

—¿Y qué? —dijo Rudy tranquilamente.

—¡Pues que te vas a morir como no hables! ¡Y rápido!

—¿Y qué si me muero? —Se rio. ¡Estaba frito pero aún tenía fuerzas!—. Me estoy muriendo; me voy a morir si no me pongo mierda pronto.

—Tú no te vas a morir —rugió Davis—... ¡Morirse es demasiado bueno para ti, inmundicia!

—No es a ti a quien más queremos —dijo Patterson—. Queremos al Hombre. Dinos la verdad, Black, y puede que te libres de la silla.

La prueba. Una prueba. Era como una prueba, tenían que verlo así de frito y débil, sin soltar prenda, arrogante y seguro, sin otra cosa con que tocarles las narices que la certeza de que todo había acabado para él.

¡Nina, serás zorra! ¡Tú y mi madre sois unas zorras!

—¿Qué vas a decir, Black? —le preguntó Patterson, confuso—. Tenemos todo lo que necesitamos para enmarronarte. Sabemos que fue el Hombre el

que te encargó que lo hicieras. Dinos la verdad.

Rudy se echó a reír como un loco.

—¡Ya tendrías que conocerme, madero! —dijo—. Yo soy un purasangre. No soplaría ni para salvar a mi madre.

—¿Y para salvarte tú? —añadió Patterson en tono tranquilo.

Rudy volvió a reírse y escupió moco ensangrentado.

—No me importa —dijo—. Tampoco es que nunca me haya querido demasiado.

¡No soplaría ni por salvar a mi madre, ni a mi padre, ni a mi hermano, ni a mi mujer, no soplaría por salvar a NADIE!

Porque morir se no tenía nada de malo. Todo el mundo hablaba mal de ello y esa era la única razón de que pareciera una faena. Mejor así, papi: Capo y pequeñas piscinas en tu cabeza; capo y la comezón en la ropa que la volvía baños de vapor perfumados, que calaban cada vez más hasta que podías jurar que se te habían chupado la sangre; capo y honrado de verdad y el sudor se helaba en la piel, te helaba tan profundo que bajo la piel morena la carne se ponía azul; capo y un zapateo en la barriga, debajo de las costillas.

Un purasangre de la vieja escuela, de los que casi todos estaban ya jubilados o muertos.

No soples, no puedes soplar, ¡el Soplón está muerto!

—¡OOOL yak coobeee OOOb Dah!

—¡Cállate!

—¡Vete al infierno, tío!

Unos lo agarraron antes de que se lanzara encima del chico.

—Tío, ¿qué te pasa? ¿Quieres que venga el saquero y nos encierre a todos en celdas de mierda? ¡Aquí estamos a nuestras anchas!

—¡Soltadme! ¡Os voy a matar! —les gritó. Lo soltaron y volvió a la celda. Vio su abrigo en la mugre del suelo. La celda apestaba a él. Se tumbó en los tablones, pero no boca arriba sino de lado para que cuando le diera la comezón pudiera apuntalar los talones en la pared de piedra y empujar fuerte hacia fuera, accionando todos los músculos y huesos, contorsionando su cuerpo en forma de medio ocho. Se ciñó el cinturón hasta que el cuero fino se le hundió en la barriga como alambre e instauró un dolor nuevo, un dolor en el que podía concentrarse y olvidar los otros.

Soplón.

El tiempo se prolongó por varias horas.

Andy Hodden entró en la celda. Andy Hodden dijo: «Oye, tío, ¿tienes mierda? No de esa que me diste la última vez, aunque si solo tienes de esa te pillo igual. Estoy tan frito...».

Anduvo hasta la pared del fondo, y el dolor se estampó contra su vista como estrellitas felices. No gritó; no podía gritar si había de ser un capo. Se lo tomó a risa.

Así que aguanto el tipo... ¿y ahora qué?

Así que fue a los tablones y se sentó. No volvería a tumbarse, igualmente no iba a poder dormir. Sentado combatía mejor el cosquilleo; podía doblarse hacia delante y dejar la cabeza colgando entre las rodillas de modo que su cuerpo estuviera plegado por la barriga y aplastara y deshiciera todos esos dolores. De nuevo se puso a temblar; cogió su abrigo; estaba mugriento y apestaba. Le había vomitado encima, pero no recordaba cuándo.

Soplón.

¡Alguien estaba diciendo eso! Hizo un ademán de levantarse a averiguar quién era, pero no logró moverse. Estaba tan cómodo así, el cuerpo contorsionado y babeando y bañando el suelo de lágrimas. Volvía el sofoco, pero lo aguantaba mejor que el frío. Olvidó el cosquilleo y la comezón por un momento. Cosquilleo y comezón.

El cosquilleo y la comezón son unos hijos de perra.

Nina. Tuvimos momentos buenos, lo sé; pero ahora no recuerdo ninguno...

¿Y qué si él no le había proporcionado a ella ningún momento bueno? No se merecía ninguno, la muy zorra miserable. ¿No le había comprado ropa buena a aquella puta? Cuando la conoció vivía con su hermana y llevaba calzones heredados de su hermana, ¿o no? Sus dedos recordaron el tacto áspero, la tela rosa, los descosidos.

—Me vas a llevar a la cama como los otros chicos. Me vas a llevar a la cama y luego me tratarás como un trapo sucio.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sois todos...

—¡El que tienes delante no es como todos, es Rudy Black! Rudy Black te va a enseñar cómo hay que manejarse por el mundo. Rudy Black va a ser alguien importante. Rudy Black...

El peso del cuerpo le doblaba los tobillos y ya no aguantaba más el cosquilleo. Se levantó y se desabrochó el pantalón, hundió los dedos bien adentro, tanteando la carne blanda hasta que el dolor fue excesivo y sintió que se derrumbaba, incapaz de mantener o recuperar el equilibrio. Se dio con la

frente en la pared y cayó hecho un ovillo al suelo, los dedos todavía clavados como zarpas en la parte inferior del cuerpo. Sintió un hormigueo en la frente, un pitido de dolor, y parecía que un foco inmenso le deslumbrara los ojos, un foco cuyos colores alternaban del rojo al blanco, y luego al verde a medida que la visión se ampliaba y veía la mortecina insistencia de la luz del techo de la celda. Se llevó una mano a la frente y la retiró pegajosa. Se la llevó a la boca, probó la sangre y vomitó el verdor cálido de su barriga.

Muchos detenidos lo contemplaban desde la puerta.

—Que alguien llame al celador.

—¿Qué le pasa?

—Es un yonqui. Se habrá chutado, supongo.

—Llamad al saquero.

—¡EH, MADERO, ESTE TÍO ESTÁ FRITO!

Oyó al celador acercarse a la puerta.

—¿Qué le pasa a este?

—No lo sé.

—Es drogadicto —dijo alguien.

—Dejadlo ahí —recomendó el celador—. Se va a poner bien... Veo de estos cada día... Luego se ponen bien.

Envuelto en una bruma roja vio a Andy Hodden acercarse a la puerta y mirarlo.

—Esta gente son unos bestias, nene, no valen un pimiento. He intentado que viniera a echarte un vistazo, pero...

—¡Vete al infierno! —gritó—. ¡VETE AL INFIERNO!

La gente se alejó de su celda.

Trató de ponerse en pie, luchando contra el cosquilleo. El cosquilleo decía «tumbate» pero él tenía que ponerse en pie, tenía que recordar cómo había acabado allí. Se levantó, tambaleante.

Floyd.

Floyd. Floyd podía ayudarlo; Floyd tenía un montón de dinero y un montón de contactos. Floyd lo ayudaría antes de que fuera demasiado tarde; Floyd mandaría a los salvaculos a que pusieran el salvaculo y lo liberaran. Floyd tenía toda clase de contactos. Iba a cuidar de Rudy. Era lo menos que podía hacer. Él era la razón de que Rudy estuviera allí, él era el responsable. ¿Por qué le iba a fallar? Lo había prometido.

Si algo saliera mal, confía en mí. Tú no abras la boca. Sé que sabes hacerlo. Tú eres un purasangre.

Avanzó hacia la puerta de la celda esperanzado. Luego se detuvo.

¿Lo has olvidado? A Floyd lo han trincado. Han trincado a todos. Te van a freír.

El cosquilleo se rio de él. Se llevó ambas manos al cuerpo y apretó. Se le llenó la barriga de dolores que lo doblaron. Empezó a tener escalofríos. El sudor le bañaba la frente.

¡Nina y mamá, sois unas zorras! ¡Os voy a hacer una faena! ¡Una faena bien sucia!

Se arrodilló en el suelo y pensó «Dos días más y se acabó. Puedo aguantar ese tiempo. Yo soy capo».

Andy Hodden volvió a la puerta y dijo:

—Estoy intentando descolgarme, tío. Hace cuatro días que no me pongo mierda. Estoy limpio.

—¡Lárgate, hijo de perra!

Estaba de pie, temblando, el cuerpo se le volvió a doblar. Cuando levantó la vista Andy Hodden se había ido. Se echó boca arriba en los tablones, sosteniendo las piernas en alto gracias a los tobillos, conteniendo el cosquilleo. La luz del techo de la celda le dirigió un débil parpadeo, luego se apagó. No podía quedarse tumbado sin moverse; el cosquilleo no se lo iba a permitir. Ahora era más tenaz y estridente. Se volvió y se puso boca abajo, apretó el vientre y presionó fuerte hacia abajo, casi como si estuviera con una mujer, una mujer flacucha y huesuda, sus pómulos clavados en su cara, sus muslos y brazos como cuchillos afilados. Tuvo un orgasmo maravilloso.

Cómo puedo haber llegado a esto...

Presionó el cosquilleo y tuvo otro orgasmo que le hizo daño. Se puso boca arriba y comenzó un sudor nuevo, profuso y que le ardía en la piel.

Vio a Nina acercarse a la puerta de la celda.

—Papaíto, cariño, tu mami ha traído la orden. Anda, nos largamos.

Se levantó, casi incapaz de creerlo.

—¿De verdad, mami? No me estás tomando el pelo, ¿eh, mami?

—Anda, papi —dijo ella—, vámonos a por un pico.

—No me la juegues, mami, ¡si me la juegas TE MATO!

Ella se rio y él supo que era mentira.

Se quedó mirando al vacío. Los demás detenidos lo miraban, le miraban la frente sudada, los ojos desesperados y suplicantes.

—Me ha dicho que tenía un Cadillac —le contó socarrón el chico a otro detenido.

Volvió a la celda. Tropezó con el resalte de la puerta y se cayó al suelo, aplastándose un dedo que le quedó debajo del cuerpo. No sintió el más

mínimo dolor. Se quedó postrado en el suelo, su cuerpo se sacudía de forma incontrolable, tics nerviosos le fruncían los ojos, abría la boca hasta que parecía que los huesos de la cara empezaban lentamente a resquebrajarse, la porquería de la nariz le corría por la cara y se secaba en vetas muy pegajosas y brillantes.

Se arrastró hasta el retrete y vomitó sangre. Allí acuclillado vino de sopetón el cosquilleo y le lanzó el cuerpo hacia delante, los intestinos parecía que hubieran estallado. El cosquilleo le dio de lleno en la cabeza, le hizo alargar la mano hasta el botón de tirar de la cadena, pulsó, pulsó, el agua llenó la taza y se arremolinó, pulsó, pulsó, el frío hizo que los muslos cedieran.

Se incorporó, jadeante.

¡PURASANGRE!

¡CAPO!

¡MANCO!

¡CAMELLO!

¡NADIE!

PURASAN...

Salió de la celda y echó a correr hacia la pared del final de la hilera, la cabeza encogida. A medio camino alguien lo agarró. Se enderezó, peleó y escupió sangre. Lo sujetaron para que no pudiera moverse, dejándolo a merced del cosquilleo.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! —gritó—. ¡Traedme al médico! ¡Traedme a alguien con algo de mierda!

—Chico —le susurró alguien a la oreja—, chico, chico, chico, ¿qué vas a hacer? ¿Hacer? ¿Hacer?

El cosquilleo creció, acuchillándolo por todo el cuerpo, y notó que la sangre le subía por la garganta y volvía al estómago vacío. Algo no paraba de repetir Soplón Soplón Soplón Soplón, y ya no pudo soportarlo más hasta que abrió los ojos y vio al doctor Patterson inclinado sobre él.

El pelo era rizado natural, y encima de las orejas se veían mechones grises. Tenía la piel tersa, bronceada y cuidada, con un brillo permanente por las bolsas de calor y los masajes. La buena vida lo había puesto regordete, y su ropa cara y hecha a medida se adhería a su cuerpo como dobleces de piel de un color apagado. Los ojos eran grandes y brillantes, con una inocencia infantil, y su columna recta contra el respaldo de la silla empujaba hacia fuera su torso amplio, haciendo que su espalda pareciera ancha como una mesa. Tenía la cabeza altiva, como una estatua de yeso.

La aristocracia arrogante y adquirida del Hombre.

Tenía un ejército alrededor: blanco, blanco, negro, negro, blanco, blanca gorda sosteniendo un lápiz. Lo flanqueaban los hermanos Columbo, dos de los abogados más hábiles de la ciudad.

El Hombre miraba alrededor con seguridad, las manos entrecruzadas en el regazo, diamantes destellando en sus dedos.

—Tengo que decir que para mí todo esto es desconcertante. —Lo retomó donde lo había dejado—. Pero mis abogados me han asegurado que una declaración ahora mismo solo serviría para establecer mi voluntad de colaborar.

El lápiz tocó el papel, los ojos miraron.

—Soy inocente de lo que se me acusa, por supuesto; me avergüenza admitir que he sido engañado por la única persona en la que confiaba plenamente. A la señorita Dutton, ya lo saben, la contraté como administradora hace un buen puñado de años. Es una mujer increíblemente dotada para la contabilidad, y en mi negocio me resultaba muy valiosa. Me dedico al transporte, como todo el mundo sabe. —Desde luego que lo sabían, pero ¿por qué no repetirlo una y otra vez? La reiteración, embarullarlos, así había que proceder—. Soy un hombre terriblemente ocupado. Si quisieran ver mi agenda, que casualmente llevo encima —la sacó del bolsillo interior del abrigo—, se harían una idea aproximada de mi jornada de catorce horas. Así verán que no había manera de que yo supiera lo que hacía la señorita Dutton

mientras yo estaba Riera de la oficina, aunque confiaba plenamente en su integridad.

—Ha quedado suficientemente claro —dijo uno de los hermanos—. Esta mujer se aprovechó del señor Angelo. Él no podía saber de ningún modo que ella usaba su negocio como pantalla para el nefando tráfico de drogas del que ustedes hablan.

—Conozco a la señorita Dutton desde hace más de diez años, señores, desde cuando estaba en Florida —dijo el Hombre—. La contraté como secretaria personal después de que tuviera algunos problemas con la WAC. Nunca indagué en esta cuestión, pero bueno hubiera sido investigarlo. —Arqueó una ceja con aire benévolo—. Lamentaba la situación de la señorita Dutton, y como era una mujer educada pensé que hacerme con sus servicios podía resultar provechoso.

—Para juzgar el carácter de la señorita Dutton, aquí tienen su hoja de servicios —dijo el otro hermano sacando un documento—. Fue sorprendida manteniendo relaciones homosexuales. En fin, de una mujer así... —Dejó que la opinión quedara tácitamente expuesta.

—Yo soy un empresario honrado —dijo el Hombre—. ¿Qué iba a saber de estas cosas? Sin embargo, como he dicho, confié sin reservas en la señorita Dutton. Apenas veía a la gente que recibía en el apartamento donde trabajaba para mí; siempre pensé que serían clientes. Casi nunca mantuve contacto con ninguno de ellos.

—El señor Angelo era totalmente ajeno a la existencia de estos personajes turbios —dijo uno de los hermanos.

—Me estremece pensar en lo que me podría haber pasado —dijo el señor Angelo—, de haberme quedado solo con alguno de ellos. Como pueden imaginar guardo bastante dinero en el apartamento. Cada día reúno varios miles de mi empresa de transporte o de alguna de mis propiedades. —Observó el movimiento frenético del lápiz, a los hombres que lo miraban—. Recuerdo como si fuera ayer las palabras de mi padre en el lecho de muerte: «Muchacho —me dijo—, tú concéntrate en los asuntos más inmediatos, y deja que las cosas menos importantes se ocupen de sí mismas». Desde entonces mi filosofía ha sido ignorar las cosas menores, irrelevantes, y dedicar mi tiempo a los grandes problemas.

—Ya lo ven —dijo uno de los hermanos—. El señor Angelo era ajeno a todo lo que no fueran sus negocios. No tenía la menor noticia del imperio de la droga que la señorita Dutton ingeniosamente ocultaba.

Floyd Angelo asintió, mostrándose irritado por primera vez.

—Y los que dicen que yo era el testaferro de esta infamia... los propietarios del hotel, la tal Bertha, ese tal Black...

—Aquí nadie ha hablado de Black. —Alguien lo había mencionado, de acuerdo. ¡Querían ponerle misterio!

La mujer gorda esperó, lápiz en alto apuntando a la libreta como una lanza.

—Debo perdonarle a la policía sus sospechas —dijo el Hombre con repentina indulgencia—. Es natural concluir que fuera yo, y no la señorita Dutton, quien dirigía todo el asunto. Sin embargo, caballeros, soy un hombre que nunca ha visto por dentro un calabozo o una cárcel. He tratado de ser respetuoso con la ley de todas las formas posibles. Deseo que erradiquen este asunto de la droga con tanto fervor como cualquier hombre de bien. Como empresario y buen ciudadano americano, sé que los estupefacientes no pueden cohabitar con la ley y el orden. De lo único de lo que me arrepiento es de haber confiado en una mujer que ha estado a punto de mezclarme con una red de tráfico de droga.

Un cosquilleo le recorría el cuerpo. Los hermanos lo miraban, haciendo girar las yemas de sus dedos delgados.

—Me parece que el señor Angelo lo ha explicado todo perfectamente —dijo uno de ellos.

—Sí —dijo el otro.

—No tanto. —La objeción vino de un negro grande y fornido—. ¡Este tío podría haber hecho fortuna en el mundo del espectáculo! —Su risa despertó inquietud en el Hombre—. ¡Enséñale esas declaraciones juradas, Virgil!

Uno de los hermanos decía:

—... Mi cliente bajo fianza inmediatamente. Los cargos contra él no se sostienen, caballeros. No pueden probar ninguna venta. El señor Angelo es inocente...

El negro más joven le entregó los documentos al abogado.

—Ayer el señor Angelo igual tenía alguna oportunidad de salirse de rositas, pero hoy... Nah.

—El capitán Beeker ha intentado matarse —dijo el tipo fornido—. Lo que pensaba que eran barbitúricos era en realidad morfina. Su mujer estaba colgada. En esos documentos encontrarán su confesión completa.

El abogado dio un rápido vistazo a los papeles.

—¡Un momento! ¡Esto es intimidación! —Su hermano se le arrimó para verlo—. Vamos a tener que estudiar a conciencia esta documentación.

—Les vamos a dar unas copias en pergamino —dijo uno de los blancos—. Necesitarán algo que dure, porque el señor Angelo va a tener unos cuantos juicios, la mayoría con la autoridad federal enfrente.

El negro corpulento recuperó los documentos del abogado.

—Nuestra prioridad es el señor Angelo. Entre otras cosas, es cómplice de asesinato. Rudy Black no se nos resistió tanto como usted cree, señor Angelo. Habló. Y Lou y Ella Tyler hablaron también... y Bertha Travis no ha muerto, ¿lo sabía?

El Hombre miró a los abogados, que le devolvieron una mirada de impotencia.

—¿Qué...? Pero... ¡No hay pruebas! ¡Es todo mentira! Yo no...

—¡No tienen nada! —intervino uno de los hermanos—. Sylvia Dutton testificará a nuestro favor...

—Me temo que no —dijo el joven—. Sabe que podría morir en la cárcel si intenta dejar libre al señor Angelo. Tenemos su declaración junto con las de los demás.

Los hermanos se volvieron hacia el Hombre.

—Floyd —dijo uno de ellos—. ¡Floyd, acuerdo! ¡Llegemos a un acuerdo!

—¿Qué queréis? —les gritó el Hombre—. ¡Decidme qué queréis!

El joven esperó, la mirada tranquila, observó detenidamente a Angelo, enfundado en aquella ropa cara, la piel repleta y saludable, palpó el miedo que había en él.

—Es muy sencillo —dijo tranquilamente—. ¿Quién es el pez más gordo, señor Angelo? Queremos al químico, al proveedor. Ese es el que nos interesa, y usted nos lo va a servir en bandeja.

El pez más gordo, el químico, cerebro y centro neurálgico de todo el entramado, estaba convencido de que había llegado el momento de bajar la persiana y tenía los preparativos considerablemente avanzados.

En la vastedad de su gran mansión, se apresuraba a reunir con el mismo ímpetu que los criados todas las nimiedades vitales que su mujer, su hijo y él iban a necesitar en el viaje a Sudamérica.

A la carrera por los pisos inferiores, al pasar junto al mayordomo encanecido lo agarró del brazo.

—¿Los billetes de avión, Jeffrey?

—Todo listo, señor.

—Bien. No te preocupes, en cuanto estemos instalados os mandaremos buscar a ti y a los otros. Vas a tener que decidir si quieres vivir en Sudamérica indefinidamente.

—Lo hablaré con mi esposa, señor —dijo el mayordomo—. Vamos cumpliendo años, señor, y no veo qué diferencia habría entre estar aquí o en Sudamérica.

—Bueno, date prisa con las bolsas. Los Cadillacs se los van a llevar, nos vamos en taxi.

—¿En taxi, señor?

—Hemos vendido los Cadillacs, Jeffrey. Va a venir un señor a reclamarlos. Te enseñaré toda la documentación necesaria.

—Sí, señor. ¿Alguna otra cosa, señor?

—No. Si alguien viene a preguntar le dices que no sabes adonde nos hemos ido. Toma, coge esto. Para que Emily y tú os apañéis hasta que mandemos buscaros.

—Mil dólares, señor. Pero...

—¡Maldita sea, no me discutas, Jeffrey! ¡Cierra la boca! ¡Tú no sabes nada!

—Sí, señor.

Atravesó la casa de nuevo y percibió un ligero frufú en lo alto de la larga escalera.

—¡Cariño!

—¿Qué pasa, Cynthia?

—Las pieles. Me ha dicho Sandra que le has pedido que las deje aquí.

—Sí.

—Esos visones valen miles de dólares; ¡no pienso dejarlos aquí!

—Bueno, ya pediremos que nos los manden más adelante, querida.

—Pero en la casa no habrá nadie, les podría pasar cualquier cosa.

—¡Pues si tanto te importan los puñeteros visones quédate aquí con ellos! ¡Ahora cierra el pico y baja de una maldita vez! Tenemos solo quince minutos para coger el avión.

Corrió como un torrente a la biblioteca. ¡Ojalá pudiera irse sin ella! Fue a la caja fuerte de la chimenea, retiró los ladrillos móviles y giró el dial: diez a la izquierda, cuatro a la derecha, ocho a la izquierda, seis a la derecha, clic.

Esperaba algo así desde que mataron al chico. Ese cabroncete, ¿por qué no podía dejar la mierda en paz? ¿Por qué no podía hacer simplemente lo que le habían dicho? ¿Qué lo había movido a colgarse? ¿La curiosidad?

Bueno, por lo menos no había podido explicar que metía la droga desde México, o que ayudaba a cortarla en el laboratorio. Tampoco podía hablar de los millones que habían hecho, de la necesidad de hacer esas cantidades.

Llenó el maletín con fajos de dinero, diez mil, dos mil, cinco mil, cien, cincuenta. Sí, los cincuenta mil del último pago del Hombre. Todo sumado, ciento cincuenta mil. Nada comparado con los cientos de miles que tenía en el banco de República Dominicana. Ojalá nadie incordiará con ninguna revolución antes de que pudiera sacarlo todo.

Cerró la caja fuerte de sopetón. Lo volvió a pensar y la abrió para cambiar la combinación. Ahora para abrirla había que usar un soplete. Eso los entorpecería algo.

No había querido tratar directamente con el Hombre, pero después de que quitaran de en medio al tal Prado no le había quedado otra alternativa. Y luego esos tipos que había mandado la organización cuando dijo que se apeaba...

Si no hubiera sido por ellos, tal vez el chico estaría vivo.

Pero también era cierto que si no hubiera sido por ellos, él no habría contado con esa ventaja. ¡Qué surtidores tenían! Si no lo hubieran vendido nunca habría tenido tiempo de disponer de su casa ni de los coches, ni de llevarse consigo algo de su fortuna.

¡Aquellos chicos llevaban ventaja!

Pensó en su meticulosidad y le hizo gracia. Para cuando la policía atara cabos, o el Hombre soltara la lengua, lo que era inevitable, haría mucho que él se habría ido. ¡Si ellos supieran! El hombrecillo tranquilo, el hombrecillo obediente, el percherito afable.

En realidad era el monarca de todo el tinglado. Siete años atrás, más o menos —antes del Hombre—, había adulterado opio cuando trabajaba con una farmacéutica... *Esto es heroína, la destruimos. Su importación legal en Estados Unidos se prohibió en 1924. No tiene ningún uso médico. Solo tiene valor para drogadictos.*

Se había hecho rico con la mierda. ¡Su colega de trabajo más cercano se habría muerto de un infarto si hubiera sabido lo rico que era!

Llevaba el maletín abultado bajo el brazo. Miró el reloj. El taxi iba a llegar de un momento a otro. Salió de prisa de la biblioteca y fue al pie de la escalera.

—¡Cynthia! —gritó.

Taconeó apresurada hasta la barandilla del rellano de arriba.

—¿Sí, querido?

—¿Qué demonios haces ahí arriba? Tenemos que darnos prisa.

—Voy todo lo de prisa que puedo. De todas maneras no podemos irnos hasta que no encontremos la manera de ir a buscar a Ralph al colegio.

—¡Diantre! ¡Lo había olvidado completamente! Voy a llamar.

Volvió a la biblioteca y marcó un número en el teléfono de su escritorio. Contratiempos como ese bien podían costarle la vida.

—¿Hola? —Gracias a Dios era la maestra de la escuela. Le dijo apresuradamente lo que tenía que hacer, cuándo tenía que esperarlo su hijo.

¡Ya estaba!

Sonrió y fue adonde tenía los licores. Un último trago.

No podía dejar de pensarlo... Se estaba yendo. Hubiera dado un millón de dólares por ver la cara de su socio cuando leyera el periódico al día siguiente. ¡Ese tipo orgulloso, corto y testarudo! ¿Recordaría aquellos tantos días? ¿Los días de abyecta subordinación? ¿Se daría cuenta de la paciencia y astucia que hacían falta para dejarse pisotear por un ser inferior? ¡Ah! Cuando la comprensión se abriera paso en ese cerebro obcecado, él ya haría tiempo que estaría fuera del país.

Sonrió al imaginarse al infeliz cuando la policía fuera a interrogarlo. Le costaría trabajo explicar cómo a alguien tan dominante había podido pasarle

todo por alto. No se lo creerían. ¡Incluso podían llegar a pensar que estaba implicado! Eso sería el colmo.

La puerta se abrió, interrumpiendo sus pensamientos.

—Sí, Jeffrey, qué pasa.

—Perdone, señor...

—¿Qué demonios quieres?

—Han venido unos señores. Quieren hablar con usted.

Los hombretones aparecieron detrás. Los abrigos abiertos, sosteniendo en alto las placas para enseñárselas.

—¿Señor Donald Halsted? —dijo uno de ellos—. Puede que me recuerde; soy el detective King. Queremos robarle algo de su tiempo, si no le importa...

Marzo

Los hombres, las mujeres, la gente de la droga están abandonando la ciudad.

¡Nene, me tengo que largar!

Estoy tan frito...

... A Nueva York, me voy a la Gran Manzana. Esto en la Gran Manzana no pasa nunca.

Frenéticos, con idéntico anhelo, los que no pueden irse se quedan como soldados heridos en el campo de batalla, abandonados a su suerte y a merced del estar frito, del estar crujido.

Alguien dice «Tengo algo de potro, píllame a mí. Y sobre todo no lo cuentes por ahí». Pero no es más que un burreo para comprar un billete de autobús a Nueva York.

El nuevo día y el nuevo amanecer oyen la música de la ciudad que jadea y gime mientras gana conciencia.

Sin droga.

Y como no hay droga, más de cinco mil personas en la ciudad soportan sufrimiento y agonía.

En su dolor rezan por la resurrección del Hombre.

A Davis y a Patterson los habían llamado al despacho del nuevo capitán, John Stonestreet. Era un señor corpulento de formas bruscas, con ojos vidriosos de color azul y unas manos anormalmente grandes.

Davis y él podían ser hermanos, pensó Patterson, si no fuera porque posiblemente uno de ellos era un poco más malvado que el otro.

Los dos hombretones se estrecharon efusivamente las manos.

—Demonio, Mance, ¿cómo estás? —dijo sonriente Stonestreet.

—¡Bien, Johnny! Veo que por fin te han ascendido a capitán, a fuerza de lamer culos.

Una manaza simpática rebotó en el hombro de Davis.

—¡A ti tampoco te ha ido mal, compañero! Después de esta cosa que has logrado, ¿quién sabe?

—La única cosa que me queda es la jubilación —dijo Davis con una risotada.

Stonestreet reparó en la mirada inquisitiva de Patterson y adoptó una actitud más formal.

—Eh... ¿Queréis sentaros?

Se sentaron delante de él.

—Es la primera oportunidad que tengo de hablar con vosotros, chicos, desde el... alboroto. —Se retrepó en su silla con un aire de autoridad algo incómoda—. Pero para mí siempre ha sido importante entrevistarme personalmente con todas las personas a mi mando. Entiendo que tuvisteis un papel decisivo en la desarticulación de ese entramado de tráfico de droga. —Dirigió esta última afirmación a Davis.

—Trabajamos coordinados con los demás compañeros —admitió Davis, y a regañadientes añadió—: supongo que podría decirse que aquí el detective Patterson dio uno de los pasos más importantes. Si Rudy Black no hubiera relacionado al Hombre con el asesinato de Hodden, puede que todo se hubiera venido abajo.

Patterson se apresuró a intervenir.

—Eso no es del todo correcto, señor. Yo tuve una intuición, pero lo esencial de la operación fue cosa del sargento Davis. Sin él hubiéramos estado siempre en falso.

A Davis le hervía la sangre. ¡Patterson estaba loco si creía que se lo iba a agradecer!

Luego se dio cuenta de que era su compañero, y en realidad no tenía una intención tan condescendiente como parecía. La palabra «compañero» le provocó una punzadita de dolor. Recordó a los muchos compañeros que había tenido a lo largo de su dilatado servicio en el Departamento de Policía, las muchas caras; unos con más agallas que otros, pero casi todos buena gente.

Y, a fin de cuentas, tenía que admitir que Patterson, en cuestión de agallas, no se quedaba rezagado. Era bastante bueno sacando las castañas del fuego, aunque se quemara un poco.

Entonces recordó el traslado y se retractó de todo.

Stonestreet extendió sus manazas sobre el escritorio y no pudo evitar sonreírse.

—No se me pongan modestos, compañeros. Sabéis lo que habéis hecho, lo sabemos todos.

Se quedó en silencio y los hizo sentirse incómodos.

—¿En qué estado ha quedado la zona de la operación, la Escena? —dijo al fin—. ¿Se nota que le hemos hecho una limpieza a fondo?

—Bueno —dijo Davis mirando por el rabillo del ojo a Patterson—, hemos estado patrullando las calles bastante intensamente. Hay alguna gotera, pero de momento nada organizado. Aunque no creo que las cosas vayan a quedarse así.

El capitán miró a Patterson.

—Y usted, ¿cómo lo ve?

Patterson estaba sorprendido.

—Bueno... Lo veo bastante parecido a como lo ve el sargento Davis, señor. He pensado que... igual podríamos hacer que la comisión de planificación urbana se replantee ciertas cosas con respecto de la Escena. Cuesta a los contribuyentes más de lo que debiera.

—No está mal pensado. Puede que toque alguna tecla en esa dirección. —Hizo una pausa—. Para seros sinceros, la verdadera razón por la que os he llamado es algo más edificante. Parece que en la Jefatura creen que habéis hecho un trabajo policial de primera. —Les sonrió de oreja a oreja—. El comisario os va a otorgar una mención de honor el mes que viene.

—¡Mención de honor! —dijo Patterson.

—Supongo que le sorprende bastante, Patterson. —Stonestreet sonrió—. Es su primer caso como detective, ¿verdad? Sin embargo, el sargento Davis está bastante acostumbrado a estas cosas. Cedo al sargento la responsabilidad de ocuparse de pasarle la podadora a eso que usted tiene en la cabeza. —Se levantó y dio la entrevista por concluida—. Mance, ¿por qué no pasas a verme hoy a última hora? Podemos traer a la memoria unas cuantas anécdotas de los viejos tiempos que no te importaría olvidar.

—Con mucho gusto, Johnny.

Comenzaron a salir.

—Ah, Patterson —lo llamó el capitán.

—¿Sí, señor?

—El asunto del traslado. Pude anular la solicitud, tal como usted me pidió. Déjeme decirle que me alegro de que haya decidido seguir aquí con nosotros.

A Patterson le extrañó que Davis no dijera nada cuando salieron del despacho del capitán. Tenía que saber que no podría mantener aquello en secreto eternamente, pero habría preferido que Davis pensara que le habían denegado el traslado o que la solicitud se había traspapelado y perdido.

Aunque no habría renunciado a salir si hubiera sabido que podían asignarle otro cargo igual o mejor.

En cualquier caso, tomó la decisión de aguantar cuando lo de Rudy Black, decidió quedarse para demostrar que podía mantener el tipo. Habría sido rematadamente estúpido dejar que un viejo nariz rota lo privara de ganar quinientos dólares al año, ¿o no?

Y a fin de cuentas, había visto que Davis no era tan ogro. Solo era un grandísimo hijo de perra egocéntrico que quería que lo trataran como a un hombre, y que a cambio te trataba a ti como a un hombre... Siempre que a él le pareciera justificado.

Puede que sus métodos fueran rudimentarios y algo bastos, pero no podía negarse que resultaban. Y aunque Patterson lo había sospechado que tenía miedo, en realidad no lo tenía. Una cosa que Davis le había enseñado era a mantenerse firme; uno no podía andarse con guantes de seda por el submundo de la droga. Y si se quedaba en su sitio bastante tiempo y no dejaba que Davis lo echara, tal vez Patterson podría enseñarle algo que había olvidado: la compasión.

—Andando —dijo Davis toscamente—, vamos a dar ese puñetero paseo. Tengo que pasar a dejar unas compras.

Patterson lo miró.

—¿Desde cuándo es el chico de los recados?

—Desde que ingresaron a Bertha Travis. —Dulcificó la mirada—. Tendrías que ver cómo se las arreglan sus crías. Son espabiladas de narices.

—¿Cómo es que no las dejó en la Jefatura?

—¿Tienes la menor idea de cómo es eso, los catres fríos y las papillas que les sirven dos veces al día? ¡No! ¡No tienes ni idea!

Se dirigieron al garaje, y de repente cayó en cuenta y miró a Patterson.

—Tienes dos críos, ¿verdad, Virgil?

—Sí, señor. De ocho y de nueve.

—Me gustaría conocerlos —dijo Davis, casi susurrándolo.

—¿Por qué no viene a cenar esta noche? —le preguntó Patterson—. Siempre nos sobra comida, y me gustaría que mi mujer lo conociera.

La cara grande trató de enmascarar su embarazo.

—Eh... No, no creo que deba...

—Venga —dijo Patterson agarrándolo del brazo—. Estaríamos más que contentos de contar con usted, Mance.

Davis dijo en voz baja:

—Sí. —Apartó de prisa la mirada de Patterson y la dirigió al garaje—.
¡Anda, señorito diplomado, vamos a dar el condenado paseo!

Alguien...

Yacía, y sudaba y maldecía.

Alguien me ha puesto agujas en la cama para que me pinchen por todo el cuerpo, porque he estado mal, dicen. Serán cabrones, serán desgraciados, hacerme eso a mí. Si tuviera algo de droga...

Estaba empapado de sudor, los ojos abiertos de par en par.

Dios, no quería insultar a nadie; y Mama Mee era lo mejor que pillé demasiado tarde. Tengo pensamientos de loco, veo a Mama Mee, oigo que me dice Mi niño, aquí está todo lo que se te tendría que haber dado y no se te dio...

Me dieron vida, lo que ya tenía, y me dejaron aquí sin ella, asquerosos hijos de perra. Sin dormir estoy bien. No es la primera vez que me descuelgo, pero es la peor.

Se volteó empapado y hundió los puños en el indefenso cojín, acabando con su blandura y convirtiéndolo en una cosa dura y húmeda.

¡Chivato, chivato, chivato! ¡Culpa mía, todo! Y aquí estoy echado, deseando una mujer con los pechos tiernos, como mi Mama o Nina, una simple puta, una simple mujer por primera vez después de tanto tiempo, para que haga conmigo todo lo que yo quiero... No pienses en eso... Tengo veintiún años. ¿Por qué no le dan vida a una mujer que me haga compañía, borregos hijos de perra? No pienses en eso... Saldré adelante. ¡Me cargué al soplón, Floyd! No lo pienses... Alguien me ha puesto agujas en la cama, el muy cabrón. Me pregunto si... no, la gente siempre lo dice, todos los desgraciados, todos los borregos. Lo haré, cada día, porque soy lo bastante fuerte y voy a quitar de en medio a cualquiera, voy a matarr a cualquiera, me van a tener que matarr para pararme. Más les vale que me dejen en paz, que me dejen a lo mío. Tengo un fije tan malo, todavía me da el gorilazo, incluso después de todo este tiempo, echo la pota. ¡Si tuviera un solo tapón! Lo saboreo en la boca solo con pensarlo...

Golpeó el cojín húmedo, lo lanzó contra la pared y se quedó sentado en un lado de la cama.

¿POR QUÉ, MAMA, POR QUÉ?... ¡No seas tan tontaina! No seas... Mejor que me dejen en paz, mejor que se acuerden de mí, ¡no saben que he manejado miles, MILES! Y más pipas que todas las que hayan podido ver. No saben nada de la mierda, no conocen la sensación, la gustera, no saben lo que es ponerse speedball, sentir dentro la cocaína y la heroína como un hombre y una mujer, revolverte en una cama grande. ¡No saben nada del potro, DEL POTRO BUENO DE VERDAD! No saben cómo te perfora la cabeza y se te mete en los ojos y en la barriga y te pica y te araña y estás tan a gusto que tienes que vomitar. ¡Esos cabrones aborregados sin vida! ¡Están muertos, son cadáveres!

Se enderezó, el cuerpo empapado de sudor. En el fondo de un abismo profundo, de lado a lado, veía hileras y más hileras de celdas, oscuras. Reclusos durmiendo. Con desconfianza se frotó las cicatrices de los agujeros de sus brazos, gruesas, curándose, que lo dejarían marcado para siempre.

La vida... Mama... Mama Mee... Estos borregos no me siguen, no puedo hacérselo entender, siguen poniéndome agujas en la cama y me mandan tapones vacíos y agujas obstruidas que no sirven para nada, y envoltorios de chicles como los que yo usaba para envolver el tema, solo por... La vida...

Sentado vio la Biblia en el armario; alargó la mano y la cogió. Empezó a arrancar hojas y a atrojarlas a la taza del váter. Algo le golpeó fuerte, como Dios, como la mierda. Apoyó la espalda recta en la fría pared, sudando.

Por favor, por favor, por favor, por favor, por favor, por favor, ¡no me tengo que agachar ante nadie! ¡Soy yo, Rudy Black, el Maleante Purasangre, nunca he vendido a nadie! ¡Maté a un chivato! ¡Todas estas cosas, por qué no me dejáis en paz! ¡Dejadme ser yo! ¡Dejadme volver a la calle a pillar algo de mierda y a pillarme una tipa y dejadme en paz!

Vino un carcelero con una tabla y le preguntó «¿Qué haces sentado? Métete en la cama». Pero él no respondió, y el carcelero se fue, habiendo reconocido el aire de condenado a cadena perpetua en su cara, el aire triste de la muerte.

Eh, eh, no dejo de ver la Escena en mi cabeza y todas las luces y putas estrella de la Cien a la Setenta, y las jam sessions en los billares y en el bar, con cerveza helada en verano y hasta arriba de buena grifa, y potro, y las chicas pasando el rato en restaurantes y maquinando cómo sacarles tajada a sus hombres, y yo con la bolsa, plantado todo estiloso en la esquina con el colocón y mi Caddy ahí mismo, y Nina, un zapatazo mío estampado en su

culo, de pesca cuando no hay nada que pescar, y la gente comiéndome la oreja porque llevo la bolsa, ¡eh, eh! ¡Esto era mío! Fiestas de coca y fiestas de potro y demás, y yo con cashmir y seda y piel de canguro, al ritmo de «Dewey Square» o «Dear Old Stockholm», dale, dale... Todas las tipas comiéndome la oreja, deseando darme lo que sea, ¡con tal de meterme los dedos en la bolsa! Era mía, mi vida, y no tienen derecho a llevársela ni a traerme adonde no me quieren, como mi madre, echada boca arriba y trayéndome adonde no me querían. ¿Por qué no me mató? ¿Por qué no se me cepilló en cuanto asomé? ¿Por qué no tomó vinagre o se dio un trago de laxante fuerte? ¿O tenía miedo de hacerse daño en el estómago? La muy zorra. La muy puta. La muy basura... Mama Mee, no dejes de verte, querida Madre Mee, mi madre, ayúdame a tu pequeño a que haga su vida en una cuerda, Dios le dará su merecido cuando resbale, y caerá caerá caerá hasta que caiga en la oscuridad Más cerca, oh Dios, de ti Oh buen Jesús mi Señor, y Dios se lo lleva y le patea el culo, otra vez... Y no volveré a ponerme nunca, de verdad. Solo una vez más y ya está...

Y cogió la almohada empapada del suelo y volvió a echarse, sucumbió a un sueño febril, hasta que algo lo despertó, Dios lo despertó, envuelto en un resplandor, alto hasta el techo de la celda, iracundo. «No volverás a consumir droga —dijo Dios—. No volverás a arrancar hojas de la biblia de tu Madre Mee, hijo de Dios».

Y gritó.

Un hombre joven llamado Phil está en un tren; viaja con su mujer.

Desde las ventanillas del tren, la trama urbana se extiende contra el cielo nocturno y desciende en crestas jorobadas hacia el río.

Phil ha estado llorando porque se ha enterado de que su padre murió una de las noches en las que él no estaba en casa. Le ha oído decir a su madre, con los ojos llenos de desilusión, «Aléjate de mí, te odio, lárgate».

Phillip llora y se encuentra mal, y sabe que de un momento a otro va a tener que volver al servicio de hombres a ponerse una buena dosis del polvo blanco que guarda en un sobre en el bolsillo derecho. La aguja que lleva en el bolsillo derecho del pantalón ha perforado la media que sirve de envoltorio protector y se le ha incrustado en la carne del muslo. Le duele un poco, pero no le importa.

—Cariño... —Su mujer está sentada a su lado y aprieta la mano de él entre las suyas—. Cariño, ya ha pasado, y todo irá bien, ya lo verás.

Porque no lo sabe, porque no puede entenderlo, porque es una mujer gruesa, estúpida, de ojos azules, porque es incapaz de entender nada él deja que ella lo acaricie con sus manos suaves y esconde su cara a las demás pasajeras detrás de la de ella, detrás de su pelo rizado y delicado como el de una niña a los ojos húmedos de él.

—Nos vamos —dice con ese dejo estúpido de niña, tamborileando con los dedos—. Ya sabía que algo iba mal... todos estos meses. Pero irá bien, cariño. Todo nos va a ir a las mil maravillas. —Mira desafiante a los demás pasajeros.

—Lillie —dice él, y por un momento se vuelve tan estúpido e ilógico como su mujer—. ¡Dulzura, lo siento, te lo juro por Dios! —Lo dice con la voz ronca, pide perdón por todo, en realidad pide perdón por una sola cosa: Lillie llorando, diciendo «¿Qué problema tienes conmigo? Llevamos un año de casados y parece que sea una apestada. ¿Por qué no lo hacemos nunca? ¡Sabes cuánto me gusta hacerlo!»—. Lo siento, cariño —repite, pidiéndole perdón por no poder acostarse con ella.

—No pasa nada, corazón. —Le sonrío, entiendo al menos esa parte—. ¡Deja de llorar como un niño grande! En Lexington te pondrán bien, y cuando salgas iremos derechos a un hotel.

—Eso no lo hacen en un día, Lillie...

—Sssshhh... Calla —susurra.

Guarda silencio un rato, y los pechos de ella parecen calentarse demasiado contra su cabeza. Se incorpora.

—¿Qué pasa? —pregunta ella mirándolo.

—Papá... Estaba pensando en papá.

Intenta bajarle la cabeza de nuevo.

—Sssshhh... No pienses, cariño. Ya ha pasado todo. Anda, sigue...

—Me encuentro mal —dice, comenzando a levantarse.

Ella lo mira con aire de preocupación.

—Cariño, preferiría que no tomaras eso más de lo que necesitas. ¿Por qué no apoyas la cabeza en mi hombro y descansas hasta que llegemos mañana a Lexington?

Sale al pasillo, el pavo se apodera de él.

—Ahora vuelvo. Es importante, créeme, por favor, ¡es importante!

—Phil...

Recorre el pasillo deprisa, sin ver nada, solo ve el letrero que dice VARONES al final del vagón. Se mete sin darse cuenta de que está ocupado. Cierra de un portazo.

—Qué... —El otro se vuelve. Es un negro joven de tez muy oscura, los ojos destellantes, de pie ante el lavamanos con un brazo arremangado. Tiene un cinturón rojo atado en la parte alta del brazo izquierdo y una aguja clavada en la carne tersa y morena de la sangradura del brazo.

Su cara expresa miedo, sorpresa e ira a la vez: un nódulo redondo y negro ha brotado bajo la carne justo donde se hunde la punta de la aguja.

—Hijo de perra —le dice a Phil casi sin separar los labios—. Ve a decírselo al conductor, dile que te he llamado hijo de perra y que me estoy poniendo un pico en el cagadero... ¡Anda, ve, hijo de perra!

—Lo siento —dice el otro, contemplando el equipo rudimentario en el lavamanos, oliendo la heroína recién tostada.

El joven negro se arranca la aguja del brazo; gotea sangre de la punta y deja unas manchas grandes y rojas en el suelo.

—¡Ya veo cuánto lo sientes! —dice—. ¡Has echado a perder mi último pico, y lo sientes! —Comienza a bajarse la manga, la mirada encendida. Limpia la aguja y echa un hilo de agua ensangrentada por el váter. El agua del

fondo de la taza se tiñe de rojo hasta que tira de la cadena. Se vuelve hacia Phil, con aire de querer pegarle—. Bueno, J. Edgar, ve a llamar al puñetero revisor... ¿A qué esperas?

Phil bailotea, sonrío, por primera vez se siente sereno pese al pavo.

—Espero a que termines de limpiar tu equipo y me dejes el lavamanos libre para que yo me ponga lo mío.

—¿Qué?

—Digo que...

—Has dicho «equipo» —dice incrédulo el negro—. ¿Te pones? ¿Eres un yonqui? —Parece asombrado de que detrás de la ropa cara de Phil pueda esconderse un yonqui—. Oye...

Phil sonrío con benevolencia.

—Vas a planear. No te preocupes, te doy lo que te he hecho tirar.

Corren el pestillo de la puerta y se encorvan sobre el lavamanos, sus cuerpos se tocan durante la puesta a punto, sus agujas succionan la mezcla incolora de heroína, se chutan los dos a la vez con el acero que perfora su carne y los cuentagotas que succionan su sangre y la devuelven a la capa subcutánea y a las venas. La heroína se les mete en los ojos y les provoca comezón en la carne, carne blanca y carne morena; el denominador común es la heroína.

Se asean y enjuagan la sangre de la blancura del lavamanos, desoyendo los golpes impacientes en la puerta; el traqueteo somnoliento de las ruedas del tren hace de contraventana a sus mentes, niega la entrada a pensamientos innecesarios y palabras innecesarias, hace que sus labios sonrían en comunión y paz involuntarias.

Están de pie, les pesan los párpados, se miran el uno al otro.

—Soy músico —proclama Phil por iniciativa propia—. Me gano la vida tocando el bajo, pero no me hace falta. Mis viejos son ricos.

El negro no parece haberlo escuchado, amuermado por la heroína.

—¡Tío, es la mejor mierda que he probado en años! Debes conocer a un chino. Seguro que me dura hasta Lex.

—¿Ahí vas?

—Sí, tío.

—Como yo.

—¿A Lex?

—Con mi mujer, vamos los dos. Mi mujer no es una tipa como las demás —dice Phil—. Mis viejos no querían que nos casáramos. Decían que no era nadie. La conocí en un garito en el que tenía un bolo, pero es buena niña.

—Claro, tío.

—Ni siquiera sabía que yo me ponía.

—¿Cuánto lleváis casados?

—Un año.

—No debe enterarse de nada, Dientes de oro.

Phil lo miró.

—¿Por qué me llamas Dientes de oro?

—Porque has dicho que eras rico. Pero no te estoy echando en cara que seas rico. Solo te he llamado Dientes de oro.

Phil cabecea amuermado momentáneamente, pero vuelve en sí.

—Sí, el viejo tenía un montón de lana. Vivíamos con él y mi madre en un casoplón de la zona residencial, se llama el Robledal porque no hay nada más que robles por todas partes.

El negro se sentó en la taza del váter.

—Nunca me han gustado los robles, tío. Son muy sosainas. En la Escena, de donde yo vengo, un vecino nuestro tenía un sauce al final del callejón. A mí sauces los que quieras.

Phil remueve intencionadamente recuerdos dolorosos.

—Mi viejo... Lo llamaba papá... Descubrió que me ponía. No lo pudo soportar. Murió hace tres días.

—¿Y vas corriendo a Lex porque lo mataste?

—¡Yo no lo maté!

El negro meneaba tristemente la cabeza.

—No, tú no lo mataste, Dientes de oro. La mierda lo mató.

Las ruedas giran, las ruedas traquetean; mil millas pasan entre sus cerebros entumecidos.

—Lex no está tan mal —dice el joven negro.

—¿Ya has estado?

—Una vez cada dos años. Llevo ocho años colgado. Vendía mierda en la ciudad para el Hombre, solo que yo estaba en el centro, quedé fuera del campo de tiro de la gran redada. La vi venir. Incluso me vi con el tipo ese, Rudy Black, un par de veces o tres; yo sabía que no andaba fino.

—Está todo patas arriba. No se pilla en ningún sitio.

—No durará. A la mierda no se la destruye, Dientes de oro.

Phil meneó la cabeza.

—Se acabó. En la ciudad todo está muerto.

Los ojos brillantes estudian asombrados a Phil.

—¿Crees que con trincar al Hombre se acaba la cosa? ¡Espabila, tío! ¡La cosa acaba de empezar! Me fui de la ciudad sabiendo que diez, quince tíos tenían bolsa, cada una con mierda distinta. Después del Pánico todo el mundo sale a por ese dinero. Cuando tú y yo volvamos de Lex habrá otro Hombre; habrá otro tinglado y otro sistema de compra. La única manera que tienen los maderos de acabar con la mierda es ir a Italia y esos países. Y ni así conseguirían hacer limpieza total.

—Todo el mundo mira para otro lado.

—¡Eso es!

—A nadie le importa un pimiento.

—Menos a los yonquis. A esos les duele.

A Phil se le enturbia la vista y abre más los ojos, deseando pasarse la noche así, sentado, relajado, de charla.

—¿Qué tal es Lex? ¿Está bien?

—No está tan mal.

—¿Que te hacen? ¿Te quitan de la mierda a lo burro?

—Lo hacen pasito a pasito. Primero ven cuál es tu dosis y te la dan de Demerol; luego van reduciendo las dosis. Está bastante bien; tienes habitación propia, y puedes pedir el alta cuando te apetece.

Phil apoya el trasero en el lavamanos. El otro comienza a amuermarse, así que levanta un poco la voz.

—Siempre he querido saber... Es la primera vez que me descuelgo... ¿Es... De verdad es tan duro?

—No, no tanto. Depende.

—¿De qué?

—De la cantidad de blanca que te pones.

—Tengo un fije grande —dice Phil comenzando a inquietarse—. No uso tapones, uso cerillas de un par de gramos, y me duran unos tres días.

El joven negro lo mira y silba admirado.

—¡Menudo callo, colega!

—Tenía bolos sin parar. Pillaba cerillas para no quedarme sin tema entre un bolo y el siguiente. Soy un bajista Cojonudo.

—Qué locura. En Lex vas a ver a algunos de los mejores músicos del mundo, y tocan. —Enciende un cigarrillo y le da una chupada—. ¿Cómo te colgaste?

—Un tipo me fijó en el extranjero, en Japón. Teníamos bolos en clubs de la USO^[4] y en tugurios de sake, y me fijaron. —Cierra los ojos, hace memoria—. ¡Tío!

—Puro opio, ¿eh?

—¡Fue una descarga! Me puse hasta arriba durante todo el camino de vuelta a Frisco, y estuve tan ido que no sabía cuándo habíamos zarpado ni cuándo habíamos llegado.

—Y nunca lo has dejado, ¿eh?

—No. Esto fue hace tres años, cuando empecé. Ahora ha sido la primera vez que he sentido la necesidad de descolgarme. Mi viejo... —Se interrumpe. Algo invisible se le viene encima y le da un manotazo en la frente; tiene que vomitar. El negro se apresura a levantarse del váter, se queda de pie hasta que el otro termina de vaciar el estómago.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta a Phil.

Phil asiente.

—La verdad es que ahora me siento de maravilla.

—¿Qué ha sido? ¿Demasiada mierda?

—No. Yo siempre vomito.

—Ah. Conozco a un montón de tíos que les pasa eso.

—Siempre me encuentro mejor después de vomitar.

—Sí, siempre pasa.

—Bueno, mejor que vaya volviendo con Lillie. Le extrañará que tarde tanto.

—Supongo que nos veremos.

—Claro, estaremos ahí los dos.

—Cuando nos hayamos descolgado podríamos sentarnos un día a comentar la cosa.

—Claro.

—¿Cuándo pedirás el alta?

Phil se encoge de hombros.

—Cuando me descuelgue, supongo. Ya te avisaré.

—Acuérdate. Conozco a un tipo que vive fuera de Lex que podría fijarnos a la salida.

—¿Fijarnos?

—Así es. Todo el mundo pasa a verlo al salir del hospital.

—Pero si vamos ahí a descolgarnos —dice Phil—. No tiene mucho sentido volver a ponerse nada más salir, ¿no?

—Ya verás —dice el negro con una sonrisa cómplice—. Tendrás tanta hambre de ponerte un pico cuando salgas de Lex que no sabrás qué hacer.

—¿Qué sentido tiene?

El negro meneaba la cabeza.

—No lo sé, tío. ¿Tú lo sabes? ¿Me podrías decir por qué no deberíamos ponernos?

—No —responde con impotencia Phil.

El negro se echa a reír.

—Ese es exactamente el tema. Nadie es capaz de decirnos por qué no deberíamos ponernos.

Salen juntos del servicio.

El tren atraviesa como un trueno la noche.

En dirección a Lexington.



CLARENCE COOPER Jr. (Detroit, 1934 - Nueva York, 1978) escribió seis novelas en las que exploró lo más profundo de la adicción a las drogas que minaba su propia vida. Cooper comenzó a consumir heroína a finales de los cincuenta, cuando trabajaba como editor para el «Chicago Messenger». Pese a que «La Escena» (1960) cosechó buenas críticas, el resto de su obra no gozó de una buena acogida y Cooper no logró afianzarse como escritor.

Decepcionado ante la hostilidad que recibían sus novelas, incapaz de superar su adicción y cada vez más rechazado por cuantos lo rodeaban, Clarence Cooper Jr. murió solo y con los bolsillos vacíos en la YMCA de la Veintitrés de Nueva York.

Notas

[1] En castellano en el original (*N. del T.*) <<

[2] *Women's Army Corps*, Cuerpo Femenino del Ejercito. Existió entre 1943 y 1978. (N. del T.) <<

[3] *Amos 'n' Andy*, popular comedia de situación norteamericana protagonizada por dos afroamericanos. (N. del T.) <<

[4] La United Service Organizations (USO) es una organización sin ánimo de lucro que provee servicios recreacionales y morales a los miembros de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos por todo el mundo. (*N. del T.*) <<